



Jonathan Littell
Una vieja historia
Nueva versión





JONATHAN LITTELL

Una vieja historia

Nueva versión

Traducción de
Robert Juan-Cantavella

Galaxia Gutenberg

Título de la edición original: *Une vieille histoire - nouvelle version*
Traducción del francés: Robert Juan-Cantavella

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: noviembre de 2018

© Jonathan Littell, 2018
© de la traducción: Robert Juan-Cantavella, 2018
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2018
Imagen de portada: *Chica con gorro de baño*, Arno Nollen
Fotografía extraída del libro *Costes / Nollen*,
producido por Hotel Costes, París, 2011.
© Arno Nollen

Conversión a formato digital: Maria Garcia
ISBN: 978-84-17355-48-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Todo eso era real, sépanlo.

MAURICE BLANCHOT,
La locura de la luz

I

Mi cabeza atravesó la superficie y mi boca se abrió para tomar aire mientras mis manos, en un jaleo de salpicaduras, dieron con el borde, se apoyaron en él y trasladaron la fuerza del empuje a los hombros, izando mi cuerpo empapado fuera del agua. Me quedé un instante en equilibrio sobre el borde, desorientado por los ecos amortiguados de los gritos y los ruidos del agua, aturdido por la visión fragmentada de algunas partes de mi cuerpo en los grandes espejos que rodeaban la piscina. Alrededor de mis pies fue creciendo un charco; un niño salió corriendo ante mí y a punto estuvo de hacerme caer de espaldas. Recuperé el equilibrio, me quité el gorro y las gafas y, echando un último vistazo por encima del hombro a la línea reluciente de mis músculos dorsales, salí por las puertas batientes. Una vez seco y vestido con un chándal gris y sedoso, agradable a la piel, volví a encontrar el pasillo. Pasé sin vacilar por una bifurcación, luego por otra, aquí estaba bastante oscuro y la luz indistinta apenas permitía divisar las paredes, me puse a correr a pequeñas zancadas como de footing. Las paredes, de un color apagado, desfilaban a los lados, a veces me parecía apreciar una abertura, o por lo menos una parte más oscura, la verdad es que no podía estar seguro, otras veces el tejido de mi chaqueta rozaba la pared y me desviaba hacia el centro del pasillo, que al parecer debía de curvarse, aunque muy poco a poco, de forma casi imperceptible, apenas lo suficiente para poner en duda el equilibrio de mi carrera, empecé a sudar, sin embargo no hacía ni frío ni calor, respiraba con regularidad, inspirando cada tres pasos una bocanada de aire insípido para expulsarla sibilante, los codos ceñidos al cuerpo evitando así tocar las paredes, que unas veces parecían alejarse y otras acercarse como

si el pasillo serpentease. Al frente no distinguía nada, avanzaba casi al azar, por encima de mi cabeza no veía ningún techo, puede que por fin estuviese corriendo al aire libre, puede que no. Un fuerte golpe en el codo proyectó un estallido de dolor a través de mi brazo, me lo agarré enseguida con la otra mano y me volví: en la pared, un objeto reluciente destacaba sobre la negrura. Lo toqué con los dedos, se trataba de un pomo, lo giré y la puerta se abrió, arrastrándome tras de ella. Me encontré en un jardín que me resultó familiar, apacible: el sol brillaba, numerosas manchas de luz salpicaban las hojas entremezcladas de la hiedra y las buganvillas, limpiamente podadas sobre su celosía; más allá, los troncos nudosos de unas viejas glicinas emergían del suelo para ascender y cubrir con su verdor la alta fachada de la casa, erigida ante mí igual que una torre. Hacía mucho calor y me sequé con la manga el sudor que perlaba mi cara. A un lado, en parte escondida por la vivienda, espejeaban las aguas de una piscina o un estanque, un plano azul rodeado de baldosas de caliza, su pálida superficie rizada de blanco, medio sombreada por las largas frondas arqueadas de una palmera rechoncha y poblada. Un gato gris se coló entre mis piernas y, la cola enhiesta, frotó su espalda contra mi pantorrilla. Lo aparté de un puntapié y huyó hacia la casa hasta desaparecer por una puerta entreabierta. Lo seguí. Del fondo del pasillo, por otra puerta entornada, me llegaron una serie de curiosos ruidos, oclusivas más o menos graves entrecortadas de silbidos: el niño debía de estar jugando a la guerra, derribando uno tras otro a sus soldaditos de plomo en una tromba de tiros y explosiones. Lo dejé y subí por la escalera de caracol que llevaba al piso de arriba, me detuve en el rellano para contemplar un instante la mirada seria, perdida en el vacío, de la gran reproducción enmarcada de *La dama del armiño* que había allí colgada. La mujer estaba en la cocina; al oír mis pasos dejó el cuchillo, se volvió con una sonrisa y vino a abrazarme con ternura. Llevaba una bata de ir por casa gris perla, fina y ligera, a través del tejido acaricié su suave costado, luego hundí la cara entre sus cabellos rubio veneciano recogidos en un moño sabiamente despeinado para olfatear su olor a brezo, musgo y almendra. Ella dejó ir una ligera risa y se liberó de mi abrazo. «Estoy preparando algo de comer. Enseguida estoy contigo.» Me rozó el rostro con la punta de los dedos. «El pequeño está jugando.» — «Sí,

lo sé. Lo he oído al entrar.» — «¿Vas a bañarlo?» — «Claro. ¿Qué tal el día?» — «Bien. Fui a recoger las fotos, están arriba, sobre el mueble. Ah, otra cosa: tenemos un problema con el circuito eléctrico. Ha llamado la vecina.» — «¿Y qué ha dicho?» — «Parece que hay picos de tensión y que eso provoca cortes en su casa.» Yo me puse nervioso: «Esa mujer delira. Ya es la segunda vez que hago rehacer ese circuito. Y por un profesional». Ella sonrió y yo le di la espalda para volver a bajar la escalera. Los ruidos de batalla habían cesado. Antes de abrir la puerta, pasé por el cuarto de baño contiguo, abrí el grifo y comprobé la temperatura para que no estuviese demasiado caliente. Entonces entré en el cuarto del niño. Sólo llevaba puesta una camiseta; estaba de cuclillas y con las nalgas desnudas filmando con una camarita digital al gato, que se divertía dando vívidas patadas, retrocediendo para volver a brincar, derribando en suma a los soldaditos de plomo que, armados con lanzas y carabinas, se alineaban cuidadosamente sobre la gran alfombra persa. Lo contemplé un momento como a través de una pared de cristal. Luego me adelanté y le di unas palmaditas en las nalgas: «Venga, al baño, que ya es hora». Él soltó el aparato y se echó en mis brazos gritando. Lo levanté y lo llevé hasta el cuarto de baño, le quité la camiseta y lo metí en el agua. Enseguida se puso a golpear la superficie con la palma de las manos, salpicando las paredes y riendo. Yo reí con él, pero al mismo tiempo me retiré contra la puerta para mirar cómo se sumergía por completo bajo la extensión líquida.

Mientras cenábamos, el niño, sentado entre nosotros dos, parloteaba sobre sus batallitas. Yo lo escuchaba distraídamente, saboreando el vino fresco y las cigalas al ajillo. La mujer, su fino rostro cercado por unos mechones rubios que se le habían escapado del moño, sonreía y también bebía. El niño se calló por fin para ensañarse con una cigala, tratando de quebrar una de las pinzas con sus dienteitos de leche; me enjuagué los labios y, con la punta de los dedos, le acaricié el pelo, rubio como el de su madre. En cuanto hubo terminado, se levantó y desapareció por la escalera, limpiándose las manos grasientas en el pijama mientras yo lo reñía amablemente. Acabé de recoger

la mesa mientras la mujer bajaba a acostarlo, luego me lavé cuidadosamente las manos y volví para acabarme el vino. Encima del equipo de música había una funda, una grabación reciente de *Don Giovanni*; puse el tercer disco y fui a sentarme delante del ventanal para contemplar, mientras mordisqueaba una manzana roja que cogí de un cuenco, cómo la luz azafranada de la tarde bañaba las masas verduscas del jardín. El Comendador estaba a punto de presentarse a cenar y yo pensé en el sentido de esa figura moralizante y acusadora. Pretendía imponerle a toda costa su ley al hijo rebelde; pero ¿a este no lo habían ensartado al principio del primer acto? Era evidente que no había servido de nada, pues ahí estaba de nuevo, aún más monumental y mortífero, ruina de todos los placeres. Sin embargo se acercaba el fin, y el hijo seguía resistiendo como un jovenzuelo terco, taimado y pertinaz, negando cualquier obediencia a esa ley muerta, desusada, sofocante, aun cuando le iba la vida en ello. Fuera caía la noche; solté el corazón de la manzana para ir a encender una a una las lámparas del salón, luego me serví otra copa. El disco llegó a su fin, en un final jocoso que sonaba como el último eco de la risa burlona del intratable bribón. En mi boca, las arboladas notas del vino se mezclaban con el gusto azucarado y ligeramente repugnante de la manzana. Al cabo de un rato, la mujer volvió a subir y yo la seguí hasta el piso superior. En la penumbra de la escalera, sus caderas se mecían tranquilamente. Mientras se duchaba miré por encima las fotografías que había sobre la cómoda: en todas aparecía yo junto al niño, en diferentes épocas y situaciones, en el circo, en la playa, en una barca. Ninguna de ellas me llamó la atención y volví a dejarlas en el mismo sitio para desvestirme, examinando mis músculos esbeltos en el gran espejo vertical junto a la puerta. Visto de espalda, mi cuerpo me parecía casi femenino, me fijé en las nalgas, blancas y redondas como las de la mujer; sólo mis cabellos, igualmente rubios pero cortos, parecían diferenciarme. Cuando ella salió del cuarto de baño, desnuda y todavía húmeda, su hermoso pelo enrollado en una toalla, la tomé por los hombros y la empujé encima del cubrecama, un espeso tejido dorado bordado con largas hierbas verdes. Ella se dejó caer boca abajo con un pequeño grito y yo alargué la mano para apagar la luz. Ahora sólo el resplandor macilento de la luna alumbraba la habitación, se colaba a través de

los cristales detrás de los cuales se apreciaban las imprevisibles torsiones de los brotes de glicina, iluminando las hojas verdes del bordado y el cuerpo blanco extendido encima, la espalda recta y fina, los riñones, la doble curva de las nalgas. Me acosté sobre ese cuerpo y se estremeció. La toalla le había caído y la cabellera le tapaba la cara. Con la punta de los pies le abrí las piernas, pasé una mano bajo su vientre para alzarle los riñones y le restregué mi sexo erguido; pero estaba seca, reculé un poco, me humedecí los dedos con un poco de saliva y la unté, masajeándola con lentitud. Entonces sí pude entrar con facilidad. Su respiración se apresuró, su trasero empezó a moverse bajo mi cuerpo, y el suyo, sujeto entre mis dos manos, se estiró hasta escapársele un grito que enseguida acalló. Yo mismo sentía que me derretía suavemente, que una larga aguja de placer me traspasaba la espalda, muy fina, estirándome la piel de la nuca y electrizándola. Volví la cabeza: en el espejo, vi de nuevo mi culo y mis muslos nerviosos blanqueados por la luz de la luna, también los suyos, atrapados debajo, y entre unos y otros unas formas oscuras, rojizas, indistintas. Fascinado por tan incongruente espectáculo ralenticé mi movimiento, la mujer, su cuerpo perdido en las hierbas bordadas del cubrecama, jadeaba mientras su mano buscaba mi cadera, yo la veía en el espejo, sus uñas lacadas incrustadas en mis músculos, fue entonces cuando se abrió la puerta, junto al espejo, y la luz lunar me permitió atisbar el pequeño rostro afilado del niño, sus ojos bien abiertos, los labios tercos, pertinaces. Me quedé petrificado. También su rostro quedó inmóvil; justo a su lado, en el espejo todavía podía ver la doble masa de las nalgas y la oscura confusión de los órganos entre ellas. Sentí cómo el placer iba en aumento, la mujer gemía, yo me retiré abruptamente y rodé hacia el costado, mi verga, húmeda y escarlata, palpitaba mientras yo gozaba a largos jadeos y, sin darme cuenta, la cara del crío desapareció en la oscuridad de la escalera, se oyeron sus piececitos desnudos golpeando a toda velocidad la piedra de los escalones, la mujer me miró con gesto perdido y confuso, todavía en éxtasis. Empapado en sudor, la respiración entrecortada, me volví de espaldas y me sequé distraídamente el vientre con la sábana mientras la mujer, ya de pie, se ponía un batín para salir tras del niño.

Cuando ella volvió a acostarse yo debía de estar dormido. Al despertar, el cielo palidecía tras los cristales. Los tentáculos de la glicina se balanceaban quedamente; anidados en las ramas, los pájaros empezaban a cantar un concierto de agudos piulidos. La mujer me daba la espalda a medias, la cara de nuevo escondida bajo sus cabellos deshechos, la dejé y me metí en el cuarto de baño, donde bien plantado sobre mis piernas meé largamente con los ojos cerrados, atento al sonido diáfano del chorro que penetraba en el agua de la taza. En el momento en que, inclinado ante el espejo, me cepillaba los dientes, la luz matutina, cayendo al bies sobre el chorro de agua, formó como un trémulo remolino sobre el contorno redondeado del lavabo. Eso duró un breve instante; el sol empezaba a avanzar y, cuando escupí el dentífrico, una débil sombra acechaba la porcelana blanca. Me puse el chándal y bajé. No me detuve en el salón sino que continué hasta el piso inferior donde el niño, hecho una bola en su estrecha cama de madera, el gato acurrucado contra su cuerpo, la cabeza junto a un osito de peluche rosa con los ojos de vidrio azul, seguía durmiendo. Me senté en el borde y contemplé su semblante severo alumbrado por la luz del alba. También aquí el canto de los pájaros llenaba la estancia. El niño parecía respirar con dificultad, el sudor le adhería el pelo rubio a la frente, lo despegué con los dedos y abrió los ojos. «¿Te vas?», dijo sin moverse. Yo meneé la cabeza. «No quiero», prosiguió mirándome fijamente con aire obstinado, casi ávido. «Tengo que hacerlo.» — «¿Por qué?» Yo lo consideré y luego respondí: «Porque me apetece». Su mirada, impotente y a la vez terca, se había velado: «Pues cuando tú eres feliz, yo soy desgraciado. Y cuando yo soy feliz, tú eres desgraciado». — «Pero no, qué va. No lo eres en absoluto.» El gato había enderezado la cabeza y me atravesaba con sus ojos amarillos, sin parpadear. Me incliné, besé con delicadeza la frente sudorosa del chico, me levanté y salí. En el jardín todo estaba tranquilo, las hojas crujían ligeramente, ocultando los movimientos bruscos de los pájaros que seguían sin callar; ya hacía calor, un intenso calor matutino que se pegaba a la piel. La puerta se abrió fácilmente y encontré el pasillo que encaré en una carrera medida de largas zancadas ritmadas por mi respiración. Era como si en el pasillo hubiese un poco más de claridad, me parecía apreciar mejor las curvas aunque seguía sin poder situar con precisión

ni las paredes ni el techo, si es que había uno. Aquí la temperatura era más bien moderada, pero mi cuerpo, calentado por la carrera, sudaba en el interior de la ropa, los pantalones pegados a los riñones, lo cual no me impidió mantener la regularidad del ritmo, como una máquina bien engrasada. Pasé sin detenerme junto a unas aberturas más oscuras, cruces o puede que sólo alcobas de nicho; por fin algo me llamó la atención a mano izquierda, un brillo metálico que flotaba a un lado de mi campo de visión; sin vacilar, agarré el pomo, abrí la puerta y atravesé el umbral. Mi pie se hundió en una superficie blanda y me detuve en seco. Me hallaba en una habitación bastante amplia, en penumbra, con pocos muebles; en las paredes, las vides doradas del papel pintado ascendían entrelazándose; una moqueta rojo oscuro, color sangre, cubría el suelo. Al otro lado de la estancia, más allá de la cama cubierta por un tejido con largas hierbas verdes estampadas sobre un fondo dorado, frente a la ventana, había una figura de pelo corto negro azabache; las contraventanas estaban cerradas pero ella miraba algo en el cristal, puede que su propio reflejo. Yo mismo la contemplé un momento, con una sensación ligera y distante, casi asustado. Al oír el ruido de la puerta que se cerraba, se volvió, vi entonces que se trataba de una mujer, una hermosa mujer de rostro apagado y anguloso que me miraba sin moverse del sitio, una delicada sonrisa en sus labios. Luego vino para echarse sobre la cama, los brazos tendidos hacia mí. Vacilé un instante antes de quitarme las deportivas con la punta de los pies, sin agacharme, y fui a acostarme encima de ella, apoyado en mis codos, jugueteando con la punta de los dedos entre su tupida cabellera. Su cara flotaba justo bajo la mía, grave, seria; me tocó delicadamente la nuca y alzó la cabeza para apoyar sus labios contra los míos. Por un instante permanecieron rígidos, luego se aflojaron aceptando el beso. Mi barba mal afeitada debía de rascarle la piel, aunque pareció complacerle, enlazó mis riñones con las piernas y me atrajo hacia sí para abrazarme ávidamente, acariciándome con ardor el pelo, los hombros, los bíceps, olfateándome el cuello y los cabellos como para impregnarse de mi olor. Sus mechones me hacían cosquillas en la nariz, llenándome la cara de un olor a tierra y canela. Entonces aventuré mis manos, tratando mal que bien de desabrocharle la blusa de tul claro, apartando el rígido sujetador para rozarle un seno. Su

pezón se enderezó enseguida entre mis dedos, ella tendió el pecho para apretar su seno contra la palma de mi mano, doblando en el mismo movimiento las nalgas para pegar su entrepierna contra mi muslo. Luego me rechazó, y yo retrocedí sobre las rodillas mientras sus dedos me palpaban la verga a través del tejido del chándal, se deslizaban detrás del elástico de los calzoncillos para rozar la piel y los pelos ensortijados, registraban más bajo y sopesaban mis testículos. Yo me había empalmado a medias, ella me bajó los calzoncillos y liberó mi sexo, se inclinó y lo tomó entre sus labios. Haciendo resbalar el prepucio sobre el glande, lo envolvió con su lengua mientras yo volvía a jugar con su espeso pelo negro, luego lo succionó todavía más, empujando sus labios contra mi pubis. Yo seguía sin empalmarme del todo, mi verga yacía flácida en su boca, ella esbozó un movimiento de vaivén, arañándome al mismo tiempo la piel de las caderas, lo cual en realidad me molestó, así que me retiré, devolví el sexo a sus calzoncillos y volví a ponerme el chándal. Sin inmutarse, ella se incorporó sobre sus rodillas y me preguntó con una sonrisa: «¿Tienes hambre?». Sin esperar mi respuesta, descolgó el auricular que había junto a la cama, marcó un número y, blandiendo un folleto de cartón, enumeró varios platos. Yo me levanté, estiré las piernas entumecidas y fui al cuarto de baño donde abrí los pesados grifos de porcelana de la bañera, los dedos bajo el chorro para controlar la temperatura.

En el agua, de espaldas a mí, ella acercó su largo cuerpo moreno al mío y le acaricié los brazos, el vientre, la parte superior de los senos que flotaban en la superficie del agua espumosa del baño. Unas cuantas cicatrices pequeñas decoraban su piel mate, en algunos casos costurones bastante gruesos y más o menos largos, aparté la espuma y comprobé que tenía tres en el hombro izquierdo, una en la ingle, una grande en las costillas, justo bajo el seno derecho, y otra, bifurcada, en el ángulo de la mandíbula. Sonaron unos golpes secos en la puerta de la habitación. La chica se volvió en medio de un gran ruido de agua, me dio un beso rápido en los labios y saltó fuera de la bañera para ir a abrir, deslizando su cuerpo empapado en un amplio batín. Yo me

sumergí en el agua, la cara aflorando apenas. Un sentimiento de irritación se apoderó de mi cuerpo, una angustia vaga, inasible, que dejó tras de sí una sensación como de vacío. Asfixiados por el agua que cubría mis orejas, me llegaban algunos ruidos de forma indistinta. También yo salí del baño, me sequé, me puse otro batín que había allí colgado y, sin tomarme el trabajo de cerrarlo, volví al cuarto. De nuevo arrodillada sobre el estampado verde, la chica contemplaba una gran bandeja en la que se alineaban varios platos de madera lacada llenos de pescado crudo y verduras confitadas. Dos cervezas doradas espumaban en vasos de boca ancha. «Comer contigo es algo que he echado de menos», dijo con una sonrisa afectuosa. Yo no respondí nada y fui a sentarme frente a ella. Ella alzó su vaso y brindó conmigo, mirándome fijamente a los ojos; luego se abalanzó sobre un par de palillos y empezó a comer. Yo la imité en silencio. El tintineo de los palillos era el único ruido: del otro lado de las contraventanas, donde yo imaginaba una calle o un patio, no llegaba el menor sonido; sólo la lámpara de la mesita de noche nos iluminaba con su halo amarillento, volví la cabeza y percibí nuestros reflejos en los cristales de la ventana, dos formas vagas vestidas de blanco, netamente destacadas sobre el campo de hierbas verdes del tejido estampado. La presencia de la chica me turbaba y, a pesar de la atracción violenta por su cuerpo esbelto, me sentía tan alejado de ella como de su confuso reflejo en los cristales. De repente rompió el silencio: «Cuéntame algo», me confió con una sonrisita ambigua. Yo carraspeé, me tragué otro trozo de pescado y terminé por responder: «No hace mucho tuve un sueño terrible». — «¿Lo recuerdas?» — «Un niño era asesinado. Un niño pequeño y rubio. Fue horrible.» — «¿Quién fue, quién lo mató? ¿Y cómo?» — «Ya no me acuerdo.» Ella reflexionó: «¿Puede que fueses tú, ese niño pequeño?» Yo me enojé: «Tú estás loca. ¿Por qué dices eso?». Ella soltó una breve risa llena de ternura: «No te enfades. Lo he dicho por decir. Vaya... qué sed, de repente». Se terminó la cerveza de un trago, se levantó y, dejando que el batín le resbalase hasta el suelo, se dirigió hacia el cuarto de baño. Con una mirada casi abstraída, seguí el movimiento flexible de sus hombros, sus riñones, sus nalgas. Pasado un momento volvió a salir con un tubito, una crema cualquiera tomada de entre los productos ofrecidos por el establecimiento, la

vació en su mano, repartiéndola primero a grandes trazos por su cuerpo y luego masajeándose la piel con mayor cuidado para untarla bien. Yo me acodé en la verdosa extensión de aquel estampado a fin de observarla y ella me miró de forma burlona: «En vez de espiar podrías ayudarme». Mi cara se retrajo pero ella lo ignoró, pescó una última verdura confitada, la masticó, se chupó los dedos brillantes de aceite y siguió mirándome por encima del hombro. Luego cogió la bandeja para dejarla en el suelo, en un rincón, sus nalgas morenas tendidas hacia mí. De vuelta junto a la cama, apuntó con el índice hacia mi batín: «¿Vas a seguir con eso puesto? No pasa nada». Se coló en la cama y se elevó sobre sus codos, apartó los faldones de algodón y volvió a tomar mi verga flácida en su hermosa boca. Sus nalgas se enderezaron, apartó los muslos y me agarró las pelotas con una mano, poniéndose en marcha con vigor. Pero yo seguía sin empalmarme. Un tanto molesto, contemplé las molduras del techo, luego levanté la cabeza: en los cristales, más allá de la cama, pude distinguir la doble curva alargada de su trasero, erguida sobre el campo de largas hierbas verdes, una zona más oscura, confusa pero realzada por un brillo rosa y reluciente curvada en su centro. Me quitó el batín, avanzó de rodillas hasta cabalgarme y apretó contra el mío su sexo, ahora fluido y henchido, masajeándolo pacientemente entre sus labios abiertos. Yo la contemplé con gesto serio y me dispuse a acariciarle los muslos. Ella se enderezó, las manos cruzadas sobre la nuca rapada, e insinuó sus pequeños senos de puntas enhiestas: «Tócalos», ordenó. Yo cumplí la orden, intentando ocultar sin demasiado éxito mi falta de entusiasmo. Exasperada, ella asió entre sus dedos mi miembro todavía fofo e intentó metérselo en la vagina, esperando sin duda, aunque en vano, que así por fin se endureciese. Yo la aparté con despecho, despacio, y liberé mis piernas bajando un faldón del batín sobre mi bajo vientre. «Lo siento – mascullé, un tanto avergonzado—. No llego.» Ella sonrió amistosamente y se inclinó para besarme, acariciándome el hombro y el cuello y luego apoyando súbitamente una de las cicatrices que decoraba su piel mate contra mis labios. «No pasa nada, no le des más vueltas. Pero igual es mejor que me vaya.» Mi pecho se estremeció y me sobrevino una tristeza gris. No sentía el menor deseo, ni siquiera la humedad de su sexo, en el que de mala gana había

metido los dedos, me causaba el menor efecto, pero no quería que se marchase. «Quédate. Por favor.» Para reforzar la petición, removí un poco los dedos y ella suspiró retorciendo la pelvis contra la presión. Levanté otra vez la cabeza para contemplar el reflejo de sus nalgas en el cristal: en ese mismo instante se apagó la luz, borrando la imagen y sumergiendo la habitación en la oscuridad, por más que forzase la vista ya no veía nada, debía de tratarse de una avería eléctrica, aceleré el movimiento de mis dedos, repartiendo las secreciones entre sus labios y sus pelos ásperos y buscando la punta en el centro de sus carnes, dura como una espinilla a punto de estallar, ella suspiró de nuevo, esta vez contra mi oreja, sus dedos se habían crispado sobre mi pecho y, con la otra mano, me tiraba convulsivamente del pelo, su respiración, ronca, dejaba escapar pequeños gemidos, por fin se dejó ir y me mordió la base del cráneo, enviando una breve oleada de dolor a través de mi cabeza que se confundió con su bufido, interrumpido de golpe en cuanto se desplomó sobre mi cuerpo. Yo me quedé inmóvil, la mano incómodamente aprisionada entre unas piernas que todavía se estremecían, los ojos abiertos en la oscuridad, escuchando a mi lado su respiración sibilante.

Cuando volvió la luz me despertó y abrí los ojos. La lámpara de la mesita de noche estaba encendida; de pie junto a la cama, la chica se ponía las bragas y luchaba con unos vaqueros casi demasiado estrechos para sus caderas. «¿Te vas?» Ella se sacó un teléfono móvil del bolsillo, consultó la pantalla y volvió a guardárselo en un gesto seco. «Sí —dijo—. Ya es hora.» Yo la miré tratando de ocultar mi disgusto. «Quédate un poco. ¿No quieres?» — «Tengo que irme», dijo en voz baja. — «Pero ¿por qué?» Su mirada, impotente y pertinaz, se había velado: «Porque me apetece». No había nada que responder a eso, de modo que observé en silencio cómo acababa de vestirse. Cuando hubo terminado se inclinó, me besó furtivamente en los labios y salió. Yo me eché boca arriba, la mano sobre el vientre, luego, de una rabiosa patada, aparté el tejido estampado. Tenía la boca seca, pastosa; me levanté de golpe y fui al cuarto de baño donde bebí un buen trago directamente del grifo, parpadeé ante la vívida luz blanca del neón. Al salir, recorrí con la mirada el

cuarto vacío: la cama deshecha, mi chándal hecho una bola, la bandeja en un rincón, las vides doradas del papel pintado que parecían hormiguitar sobre las paredes, el reflejo pálido y confuso de mi cuerpo cansado en el cristal, todas esas formas vagas y objetos esparcidos eran como el eco de la hueca interferencia que ocupaba mi cuerpo y vaciaba todos mis sentimientos. Mi piel estaba áspera: Tendría que bajar la calefacción, me dije con un mohín. Pero en el radiador no vi ni termostato ni ninguna manecilla. Al final llené de agua los dos vasos vacíos de cerveza y los puse sobre el hierro colado y pintado del radiador, apagué la luz y volví a acostarme, la mente embotada por una cólera sorda y taciturna, sin objeto. No logré conciliar el sueño y me volví boca abajo, deslizando la mano entre mis piernas. Pero no me masturbé, seguía sin apetecerme, me contenté con jugar de forma maquinal con la masa endeble de mi sexo, amasándolo con los dedos. Acabé por dormirme así, con una mano entre los muslos y la otra replegada bajo la mejilla. Me despertó el timbre del teléfono. Descolgué sin pensarlo: era una alarma programada y volví a colgar inmediatamente. Me quedé acostado por un momento, estirando los miembros. Por fin me incorporé, fui al cuarto de baño y me planté pesadamente ante la taza del váter. Frente al espejo, de pronto me sentí viejo: mi cuerpo, el hermoso cuerpo de mi juventud, poderoso y firme, se resquebrajaba, se desvanecía, me abandonaba. Me eché agua en la cara y en el pelo, peinándome deprisa con los dedos, y volví a salir para vestirme. La materia lisa y sedosa del chándal se deslizó agradablemente sobre mi piel, resultó reconfortante. Al salir de la habitación, vacilé: había dos puertas, una frente a la otra, no me había dado cuenta. ¿Cuál había tomado la chica? No tenía importancia. Abrí una al azar y atravesé el umbral con paso seguro; mis pies, enfundados en las deportivas ligeras como plumas, retomaron sus pequeñas zancadas, pegué los codos contra las costillas y me concentré en la respiración, inspirando por la boca al ritmo de mis pasos. El aire aquí era menos seco, el sudor perló rápidamente mi rostro, humedeció mis axilas, el hueco de mis riñones, yo recorría el pasillo gris, lanzando los pies sin apenas ruido. Había poca luz, pero no me molestó demasiado, se veía bastante bien; sin embargo, no podía distinguir el origen de la luz, las paredes parecían lisas, planas, indistintas, me pregunté vagamente de dónde podía venir la

claridad, un dato que en el fondo me importaba muy poco. Aquí y allá había partes más oscuras que parecían abrirse a algún trastero, tal vez a un túnel que sabe Dios dónde llevaría, continué adelante sin disminuir la marcha, siguiendo la curva que no cesaba, y como un niño tendí la mano y dejé que mis dedos palpasen la pared hasta que tropezaron con un objeto que no había advertido. Era un pomo, lo giré y abrí la puerta. Supe enseguida que ese espacio me convenía. Era un estudio enorme y muy claro, las paredes forradas por libros, con un ventanal al fondo que daba a un montón de pequeños edificios escalonados delante de una franja de mar gris y luminoso. Fui a apoyar las manos sobre la larga mesa situada ante el cristal y observé la ciudad, contemplando los cambios de color de las fachadas a medida que la luz bajaba, jugueteando distraídamente con las manzanas rojas, verdes y amarillas que había en un gran bol. Una paloma atravesó el cielo, girando sobre su ala; por un momento la seguí con la mirada, luego me volví. Encima del equipo de música vi la funda de un disco, unas viejas grabaciones de conciertos para piano de Mozart; puse uno al azar y deambulé por el estudio escuchando las primeras notas, dejando errar la mirada sobre el lomo de los libros y los numerosos grabados y reproducciones colgadas entre las estanterías. Las lúcidas y vivarachas notas de la música danzaban a través de la estancia, colmándome de una sensación de serena ligereza. Me serví un vaso de aguardiente, encendí un puro que encontré en una caja y me arrellané en un diván de cuero negro a hojear un álbum que había sobre la mesa baja. De formato horizontal y encuadernado en tela blanca, mostraba series de fotografías de hombres y mujeres desnudos llevando a cabo diversos movimientos descompuestos en secuencias por el dispositivo de grabación. Me detuve en una página: con un poderoso movimiento, un hombre hacía pivotar a otro alrededor de su cuerpo para echarlo al suelo, boca abajo, y abalanzarse sobre él para placarlo, su cabeza como confundida con la de su adversario mientras los blancos globos de las nalgas y las líneas nerviosas de los muslos se superponían, un sinuoso apilamiento de formas, fijado para siempre por el disparo sucesivo de los obturadores.

En este estudio hacía fresco, casi frío. Cambié el disco e inspeccioné los armarios buscando algo que comer. No había gran cosa, pero pude prepararme una cena revitalizante a base de sardinas en aceite, cebolla cruda, pan integral y vino rosado que encontré en el frigorífico. Mientras me lo terminaba, mi cuerpo tiritaba, recogí rápidamente y fui a abrir la ducha, esperé a que saliese agua caliente para desvestirme. Debajo del chorro estiré los músculos, disfrutando de las sensaciones que atravesaban ese cuerpo, largo y nervioso. En la habitación, me sequé delante de un gran espejo redondo colocado al pie de la cama: un simple colchón echado en el suelo, cubierto por una gruesa colcha a cuadros, cada uno de los cuales representaba una mata de hierbas verdes sobre fondo dorado. El espejo no reflejaba más que la parte inferior de mi cuerpo, que a pesar de la pequeña verga acurrucada entre las pelotas, se me aparecía casi como un cuerpo femenino, imagen que no me causaba la menor inquietud, más bien una difusa y agradable sensación de placer. Me volví para contemplar de perfil la combadura del muslo, la curva de los riñones, el óvalo delicado de la nalga. Me arrodillé sobre la cama, de espaldas al espejo, y levanté la cabeza. El culo, que ocultaba la parte de arriba del cuerpo, estaba ahora frente al círculo del espejo, aquello me pareció muy hermoso, lo contemplé un instante y me acosté por fin sobre la colcha. Ya no tenía frío y me dormí, como alargado sobre un campo de hierba, mecido por las cadencias alegres, burlonas, lúdicas de un último concierto. Cuando desperté estaba oscuro, todo en silencio, la carne de gallina, me deslicé bajo las sábanas y me tapé para entrar en calor. Pero no logré volver a dormirme y al final me levanté, echándome la colcha sobre los hombros para ir a la cocina americana a por un vaso de agua. Allá abajo, a través del ventanal, divisé en la negrura un rombo de luz, la ventana de un apartamento vecino que formaba un plano atravesado al bias por un largo diván de tejido blanco sobre el cual acababa de recostarse una joven en fina ropa interior. Sujeto encima del diván había un espejito redondo y ella se maquillaba, erguida sobre sus rodillas, con los riñones un tanto torcidos para mantener el equilibrio. De vez en cuando, levantaba el brazo para ajustar el ángulo del espejo, fijado en un soporte móvil, o bien para acercárselo a la cara, y ese gesto estiraba su pecho anidado en un sujetador escotado y hacía

sobresalir el borde del pectoral, como un cable lechoso atado al hombro. Ella completaba esos gestos con rapidez y precisión, absorbida en la felicidad inconsciente de una rutina tan familiar para su cuerpo. La miré un momento, luego volví a acostarme. El sueño me llevó rápidamente a la entrada de una casa, una casa que debía de ser la mía, cerrada con llave tras una larga ausencia. Una serie de puertas daban a la cocina, de donde, tan pronto como abrí, salió un gato gris. La estancia apestaba a mierda y a basura, el gato debía de haberse quedado encerrado durante mi ausencia y lo había ensuciado todo: Poco importa, me dije encogiéndome de hombros, mi mujer lo limpiará. Abrí la puerta que llevaba al jardín trasero para airear, luego bajé al sótano; atravesé un largo pasillo que desembocaba en una especie de cueva, abierta al gran jardín de delante. Mis obreros estaban allí esperando. «Dime, Emilio – pregunté–, ¿cómo va el trabajo?» Aquel a quien me había dirigido se adelantó, el sombrero entre las manos, y con una señal me pidió que lo siguiese afuera. La visión de lo que vi me horrorizó: el jardín, que antes dibujaba hermosas curvas montañosas protegidas de la vista de los vecinos, estaba ahora totalmente relleno, formando una superficie plana a la misma altura de la casa siguiente. Desesperado, miré a mi alrededor: el viejo granero en ruinas contiguo a la casa había desaparecido, Emilio, en un exceso de celo, lo había demolido, lo más probable es que para nivelar el jardín. Fuera de quicio, arremetí contra él violentamente: «Pero ¡Emilio! ¡Eso no es para nada lo que te había pedido!». Emilio intentó defenderse tímidamente, yo corría de un lugar a otro comprobando la magnitud del destrozo. El jardín así renovado desembocaba en las ventanas de la casa vecina, apenas escondidas por unos arbustos, y prolongaba ahora un camino vecinal que, antes, terminaba en las inmediaciones de mi propiedad. Precisamente por allí llegó un coche que atravesó mi jardín tocando alegremente el claxon a su paso. «¡A ver, Emilio! – exclamé–. ¡Mira bien y dime! ¿Y mi granero? ¿Quién te ha dado permiso para arrasarlo?» En vano estuve pensando en la forma de arreglar todo aquello, pues los daños eran demasiado importantes, me pareció una tarea imposible. El coche volvió a salir del jardín por un pórtico abierto cerca de la casa de los vecinos, y yo, furioso, lo seguí. «¡Venga, vas a cerrarme todo esto ahora mismo!», ladré señalando al camino. «¡Esto es una propiedad privada,

por Dios, no una carretera secundaria!» Me adelanté y contemplé el callejón. Otro coche venía hacia mí, conducido esta vez por una mujer rubia. Emilio también había salido y estaba junto a mí, un poco en retaguardia. El coche deceleró como para aparcar, pero no se detuvo y, con un gran estruendo metálico, fue a estrellarse perezosamente contra el pilar de piedra que sostenía el pórtico. Me acerqué deprisa pero la conductora, las manos todavía sobre el volante, no se había hecho nada. Me pareció reconocer a mi vecina, que por otra parte se parecía curiosamente tanto a mi esposa como a mi madre –dos mujeres que tampoco sabían conducir–, y me incliné para hablar con ella de nuestro recién estrenado problema de vecindad; pero ni tiempo tuve de abrir la boca, pues, a través del cristal bajado, empezó a largarme una letanía de quejas: «¡Oh, precisamente usted! ¿Es consciente de que su circuito eléctrico anda como una cafetera? Hay picos de tensión todo el tiempo y eso provoca cortes en todo el vecindario». Aquellas palabras me llenaron de furor y me puse también a gritar: «¡No sea usted exagerada, señora! He hecho que un electricista profesional revisase el circuito por completo, dos veces. ¡Así que ya basta!».

Cuando desperté, una luz fría bañaba la habitación, haciendo relucir el campo dorado de la colcha pero sin calentar lo más mínimo. Me levanté y me vestí rápidamente, devoré una manzana verde robada al paso, y salí. En el pasillo retomé la carrera sin vacilar, el esfuerzo me relajó y acabó de disipar los últimos restos del sueño. Todavía distraído, no obstante, tropecé alguna que otra vez con las paredes, la luz indistinta confundía los puntos de referencia y no siempre lograba situarlos con precisión, a veces aparecían zonas más oscuras, nuevos túneles o acaso nichos, yo los evitaba y me esforzaba por permanecer en el centro del pasillo, avanzando a zancadas cortas y regulares, mis deportivas golpeando con un sonido amortiguado un suelo tan liso como las paredes. Respiraba con regularidad, en pequeñas bocanadas rápidas, no me cansaba, sabía que así podía correr mucho tiempo. De vez en cuando, dirigía mi mirada a los lados y así es como advertí una protuberancia cobriza, un pomo del que me serví para abrir una puerta que atravesé sin aminorar la marcha. Unos pasos más lejos me esperaba una hermosa mujer orgullosa, de físico muy sensual. Tenía una mano sobre la cadera; la otra acercaba a sus labios, pintados de color sangre, una boquilla

para cigarrillos de marfil: «Llegas tarde, querida», murmuró expulsando una nube de humo y cogiéndome de la mano. «Dios mío, estás sudando. Y ni siquiera vas vestida.» En su muñeca tintineaban varias pulseras doradas; me agaché y rocé con los labios su hombro desnudo, la nariz entre sus largos rizos de reflejos pelirrojos, inspirando su rico olor a ámbar, ligeramente almizclado. «Disculpa. He tenido que correr.» — «No pasa nada. Ven.» La seguí a través de una gran estancia, al fondo de la cual había abierta una puerta con vidriera que daba al exterior. Un césped de un verde brillante, sobre el que dos hermosos dálmatas se perseguían ladrando y trazando grandes elipses erráticas, se extendía hasta unos bosquetes de palmeras, ficus y buganvillas; un grupo de chicas en pantaloncitos ceñidos y bikinis o en camisetas de tirantes jugaba al voleibol. «Ya ha llegado todo el mundo», dijo mi amiga con un ligero tono de reproche, subiendo una escalera de piedra que bordeaba la fachada de la vivienda. Sus altos tacones de aguja crujían a cada paso, sus caderas ondulaban delante de mí. La escalera desembocaba en una amplia terraza embaldosada y salpicada de tumbonas y sombrillas amarillo canario, en su centro chapoteaban las aguas verde esmeralda de una piscina rectangular. Una chica grande y esbelta de pelo corto negro azabache hacía largos con el pecho desnudo; cerca del borde, acostada boca abajo y apoyada en los codos, otra joven, rubia con un moño retorcido, me seguía con la vista con aire burlón; sus hermosos piececitos de uñas color de fresa se mecían por encima de sus nalgas rollizas, apresadas en un bañador blanco a rayas azules que le dejaba la espalda al descubierto. Contemplé aquel cuerpo magnífico con un deje de envidia; pero mi amiga ya me arrastraba por otra puerta corredera a un gran salón enmoquetado de paredes gris pálido, con cortinas naranja quemado y amarillo limón, organizado en varios planos y amueblado con elegancia y sobriedad en tonos verdes que hacían juego con el césped, visible desde el interior. En el centro reinaba una especie de lecho o de diván de dimensiones imponentes, sin respaldo, tapizado con una gruesa tela dorada decorada con hierbas verdes. Rodeamos aquel mueble para seguir un pasillo que llevaba a un dormitorio, cuyos grandes ventanales daban a la misma altura de la piscina. El cuarto de baño contiguo, con suelo de pizarra y paredes chapadas de blanco, me pareció inmenso. «Dúchate ahí —ordenó mi

amiga—. Voy a buscar algo con que vestirme. Algo clásico, ¿no? —Me rozó la barbilla con sus uñas lacadas—: Y afeitate. Rascas.» Me desvestí en unos pocos movimientos e hice lo que me ordenaba. Apenas terminé de afeitarme, volvió con una pila de vestidos y los dejó sobre una silla. La sesión de pruebas duró un buen rato, la talla no siempre me iba bien; me pasó un sujetador de encaje gris cuyo escote redondeaba un poco mis formas, unas bragas de tul bordado y unas medias de seda rematadas por una ancha banda de encaje, también grises pero de un tono más oscuro, color acero. Encaramada sobre los zapatos de tacón en los que había deslizado mis pies, admiré en el espejo la curva de mis nalgas y de mis muslos realzados por el encaje, retrasando el momento de ponerme el vestido. Este era sublime, un largo vestido tubo de lino y viscosa gris perla tricotado y muy sedoso, sin la menor costura, forrado en su interior con una seda rosa pálido que resbaló delicadamente sobre mi piel cuando me lo puse por la cabeza. Los tirantes dejaban al descubierto mis hombros angulosos; delante, el tejido, modelado por el sujetador, daba forma a un pecho menudo pero encantador. Mi amiga me alisó el tejido sobre las caderas sin perder de vista nuestro reflejo en el espejo. Luego me maquilló, gris azulado para los párpados, un color más bien rosado para los labios y una laca también rosa pero más oscura para las uñas, y me alisó el pelo con gel, dejando una mecha aplastada de través en la frente y alzando los costados con pequeñas pinzas; me puso unas cuantas joyas de plata, simples y labradas con gusto; todo ello rematado con varias gotas de perfume, un exquisito aroma floral, lastrado en su corazón por una nota oriental apenas perceptible. Me encaramé en mis zapatos de tacón y esboqué un movimiento. «Estás soberbia», le susurró con voz ronca mi amiga a la gran mujer con porte de reina que me devoraba con los ojos desde el espejo, los ojos realzados con kohl y con rímel, ardientes de excitación. «Puede que no sea la más guapa de la velada —murmuré pivotando sobre mis tacones y mirando por encima del hombro la espalda y los riñones de la figura en el espejo—, pero mi culo se la pondrá tiesa a más de una.»

La fiesta estaba en pleno apogeo. El remolino de mujeres a mi alrededor me

provocó un ligero vértigo, en mis oídos resonaba el ruido de la música, las risas, los gritos y el tintineo de los vasos y las joyas, me hallaba en medio de una zarabanda de guiños, mohines, sonrisas, contactos, gestos cariñosos, atisbos de movimiento repetidos en los grandes espejos que rodeaban el salón. El estrecho vestido me obligaba a dar pasos menudos, todavía no acababa de sentirme a gusto sobre los tacones; pero mi equilibrio se iba afirmando y, con él, iba ganando seguridad y empezaba a reírme y a hablar, a moverme tan libremente como mis compañeras. Mi amiga me ofreció un cóctel, un gin-tonic fresco, chispeante, casi amargo, y se inclinó a susurrarme unas palabras al oído: «Aquí todo es perfecto, ¿no? Estamos entre las nuestras». Había demasiado ruido para oír y meneé la cabeza. En una parte un tanto elevada del salón, tres chicas bailaban contoneándose, sus hermosos traseros apresados en minifaldas o en pantaloncitos, sus piernas largas y desnudas y lisas. Muy cerca de mí, una mujer altiva de cuerpo escultural, exagerado, que me sacaba casi una cabeza, se miraba en un espejo, sus dos manos remontando las caderas y el vientre hasta llegar a sopesar gravemente sus senos abombados. La joven de los cabellos rubio hielo recogidos en un moño, a la que había visto poco antes al borde de la piscina con una camiseta rayada se unió a nosotras, ahora llevaba un corto vestido bordado con una estola morada drapeada sobre los estrechos hombros. Su mano se posó con familiaridad sobre mi espalda y me rozó el cuello con los labios: «¡Qué hermoso vestido! Te queda muy bien». Me sonrojé de placer y, atrayendo su nuca con la mano, ceñí mi boca a la suya. Cerca de nosotras mi amiga reía; delante de mí, en el espejo, vi la espalda y los riñones de la joven, nuestros cuerpos enlazados y mi propia mirada sobre sus mechones que olían a brezo, musgo y almendra. Finalmente se liberó y me contempló con una sonrisa breve y alegre; luego, acariciándome la cara con la punta de los dedos, se alejó: «Hasta luego». Di un trago mientras la veía desaparecer entre el gentío. Mi amiga seguía riendo y me ofreció un pintalabios: de pie ante el espejo, me retoqué con cuidado el trazo de los labios; cuando los presioné el uno contra el otro, en ese gesto tan íntimamente femenino, experimenté un placer sensual que se difundió por todo mi cuerpo. Cerca de mí varias chicas se abrazaban sobre los sofás o de pie contra las paredes, vi manos de uñas

variopintas errando sobre los muslos y las nalgas y desapareciendo bajo los vestidos o las faldas, senos que aparecían bamboleantes, su pezón erecto convidando a los labios, la joven peinada a lo chico que antes hacía largos en la piscina arrodillada ahora entre los muslos de la gran mujer escultural; esta, su cabeza inclinada sobre aquella, seguía mirándose en el espejo, me volví hacia su reflejo e intenté que nuestras miradas se cruzasen, pero ella continuaba ensimismada, impenetrable, de este modo podía contemplarla con toda tranquilidad, sin que se diese cuenta; visto desde esa perspectiva su rostro adquiriría un visaje duro, anguloso, casi masculino, a medida que la cabeza de pelo negro descendía a lo largo de su cuerpo, su mirada se ensombrecía virando hacia un aire feroz, desmesurado, y cuando por fin la chica le hubo apartado los muslos con ambas manos para posar la hermosa boca pintada sobre su sexo, sus ojos se vieron animados por una alegría furiosa, devoradora, soberbia. Yo bebía a sorbitos sin dejar de mirar el espectáculo en el espejo, mi amiga observaba igualmente a la pareja por encima de mi hombro y yo distinguía también, delante de mi propio reflejo, el de sus formas generosas y sus cabellos ensortijados. Una bandejita plateada que circulaba entre las invitadas llegó hasta nosotras; me agaché, pellizqué entre dos dedos la paja de cristal e inspiré por la nariz una línea de polvo blanco y luego otra; un temblor me atravesó el cuerpo, me incorporé, combada nerviosamente sobre mis piernas tensas por los altos tacones, y con una mano me alisé el tejido tricotado sobre la cadera y la nalga. También mi amiga tomó un poco de cocaína mientras yo le sujetaba la bandeja. Luego la hice pasar, y a ella la agarré de la mano para sacarla fuera. Al atravesar el umbral de la puerta corredera de cristal tirité, afuera hacía fresco, también humedad, bajo el haz de puntos luminosos dispuestos aquí y allá, la hierba brillaba por el rocío. Empotrados en las paredes había unos proyectores que alumbraban la piscina, la cual formaba un rectángulo de blancura brillante en medio de la oscuridad. «Hay mucha luz –le dije a mi amiga–. ¿Estás segura de que no van a saltar los plomos?» — «No te preocupes. El circuito ha sido revisado por una empresa especializada, dos veces, además.» Por todas partes había decenas de invitadas charlando o besándose mientras bebían, reían, fumaban. Varias chicas en tanga o en camiseta nadaban en las aguas

iluminadas, sus cuerpos hermosos y esbeltos deformados por las ondulaciones. En el borde, arrodillada, vestida con unas sencillas bragas de fino encaje negro y violeta, la joven del moño recogido a la que había besado contemplaba su imagen irisada en los remolinos de agua. Desde donde yo estaba, veía su perfil: su luenga nuca realzada por el moño, su hombro anguloso y la graciosa curva de su espalda eran casi las de un chico; pero la forma redondeada de sus caderas cuando se levantó con un movimiento flexible y las nalgas firmes que tensaban el tejido translúcido de las braguitas eran las de una mujer, toda una mujer. Yo seguía bebiendo, mi amiga me había pasado otro gin-tonic y el rojo de mis labios maculaba el borde del vaso, sentí que se me erizaba la piel bajo la ropa interior que la apresaba, una piel que buscaba con delicia, en los lugares donde estaba desnuda, el contacto del sedoso forro del vestido. La joven rubia, las manos sobre las rodillas y las nalgas hacia atrás como una chiquilla, seguía contemplándose en las blancas aguas de la piscina, y ese espectáculo me llenó de alegría. Luego se incorporó de golpe, brazos alzados y pequeños senos menudos lanzados hacia delante, tomó impulso y se sumergió, borrando así su reflejo. Vi cómo su cuerpo pálido se esfumaba bajo el agua, el brazo a lo largo de los costados, propulsada por los pies. Mi amiga me acariciaba los riñones y las nalgas, haciendo resbalar el tejido del vestido sobre la tela chirriante del forro, pero yo apenas me daba cuenta. «Te gusta –me dijo su voz al oído–. Más que yo.» — «No es eso, dije yo con tristeza. Estoy celosa de su cuerpo. El mío jamás será así.» — «Tú también eres muy guapa.» — «Tal vez. Pero no es lo mismo.» Me acerqué a ella, el pulso acelerado. La chica salió del agua luminosa, chorreando, los cabellos deshechos y empapados, las braguitas mojadas pegadas al pequeño sexo delicado. Otra mujer le tendió una toalla y ella se cubrió los hombros y corrió hacia nosotras a pasos menudos: «¡Dame un trago!», exclamó estallando en una risa cristalina. Apoyada contra mi amiga que ahora me rozaba el vientre, le ofrecí mi vaso con una sonrisa afectuosa. Me sentía feliz y ligera, el espíritu dilatado por el alcohol y la cocaína, invadido por la plenitud del cuerpo ambiguo que dibujaba el precioso vestido prestado por mi amiga. «Te vas a enfriar –le dije a la chica rubia que tiritaba, estirando los dedos para secar el agua que perlaba la piel

erizada de su brazo—. Ven a secarte.»

Sola ahora en el cuarto de baño, examiné mi rostro a la luz cruda y despiadada del neón. Bajo su máscara de colores y de polvos me parecía hueco, casi febril. Me repasé rápidamente los pómulos ardientes con un poco de colorete y volví al salón. La joven rubia, el moño ya rehecho, había salido antes que yo y bailaba ahora casi desnuda, su imagen repetida en los espejos ante la cama verde y dorada. Por todas partes reinaba una enorme confusión de cuerpos; desvestidos del todo o sólo en parte, se enlazaban sobre los divanes y la moqueta, abriéndose los unos a los otros en un alegre comunismo salvaje en que los órganos, las manos y las bocas ávidas se imponían a los individuos haciéndolos estallar, revolverse, mezclándolos en una marea de gritos y de suspiros roncós, sacudidos por espasmos irregulares. Busqué con la mirada a mi amiga: seguía del otro lado del ventanal, encaramada con aire irónico sobre sus altos tacones, fumando un cigarrillo y contemplando con aparente indiferencia, a través del cristal, aquella utopía desordenada de los cuerpos, en cuyo seno me fui abriendo camino lentamente. Llegué delante de la chica rubia, la tomé por los hombros y la acosté boca abajo, empujando su pecho menudo y su cara sobre las hierbas largas y sinuosas de la tela. Así como involuntariamente, abrió las piernas, yo me arrodillé detrás de ella sobre el diván y acaricié sus muslos finos y nerviosos; cuando estiré del fino tejido de sus braguitas, las nalgas se ahuecaron para aflojarse enseguida y abrirse bajo la presión de mis dedos. Me agaché y rocé con los labios la piel todavía erizada del culo; con los codos prietos contra las costillas, ella tiritó; entonces le pasé la lengua por la raya, degustándola con un ligero amargor al contacto del ano, fruncido en medio de una escueta mata de pelo rubio. Deslicé una mano bajo su cuerpo estrecho, a lo largo del vientre y luego de la ingle, apartando el tejido mojado de su braguita para arropar entre mis dedos su pequeña verga blanda y sus pelotas acurrucadas. Ella empezó a gemir, yo le lamía el ano a golpes secos jugando con su sexo, mi propio miembro se había endurecido y me incorporé para extraerlo de mi braguita y levantarme el vestido, lo unté con saliva y luego

atraje contra mi vientre la espalda y las nalgas desnudas de la chica y me deslicé en ella de golpe para doblarme hacia delante, mis dientes sobre los pelos rizados de su nuca. Con las manos crispadas sobre la tela del diván y la respiración entrecortada, la joven bufó de placer, yo solté su verga floja para acariciarle un seno, girándome un poco y apoyando la otra mano en su nuca: así podía contemplar una parte de nuestros cuerpos en el espejo, mis nalgas, todavía moldeadas bajo el vestido, dibujando una curva gris perla realzada por la luz del plafón, y debajo, carmesíes, desnudos salvo por la fina banda arrugada de la braguita, arqueados sobre la tapicería verde y dorada del diván, el muslo y el culo de la chica rubia. Apreté su cuerpo menudo y fino entre mis manos y volví a buscar su verga, ahora sí estaba empalmada y el sexo, atiesado, parecía minúsculo entre mis dedos, lo bamboleé mientras seguía hurgando en su culo, ella jadeaba y gozaba dando pequeños chillidos contra mi mano, su trasero y su espalda estremeciéndose de forma continua. Luego se hundió en el campo de hierba, dejando escapar mi sexo fuera de ella. Yo todavía no había gozado y mi verga palpitaba, jadeaba como ella, las manos apoyadas sobre sus largos muslos blancos. Pero llegó otro cuerpo para instalarse contra el mío y levanté la cabeza para frotarla contra la suya: se trataba de la gran chica peinada a lo chico, cuyo pelo negro y tupido, apretado contra mi cara, me colmaba las ventanas nasales de un olor a tierra y canela. Levanté la cabeza para besarla en los labios: justo delante de mis ojos, una espesa cicatriz bifurcada le marcaba el ángulo de la mandíbula. Totalmente desnuda, se restregó contra mi espalda, me acarició el pecho, presionó mis muslos con sus rodillas; luego se subió el vestido hasta los riñones, apartó mis braguitas y se puso a su vez a acariciarme el ano, la pulpa del pulgar húmeda de saliva. Impasible detrás del cristal, mi amiga nos observaba atentamente; la chica rubia se había acurrucado como una bola y, retirada a un lado del diván, también nos miraba con los ojos húmedos de placer. La verga de la chica de pelo negro empujaba contra mis nalgas, pesada, caliente, tierna; apresado por sus riñones palpitantes de excitación, yo sentía cómo mi cuerpo se endurecía, cómo por un breve instante adquiriría la densidad de una piedra para luego fundirse poco a poco. Con la mano atrás y el corazón batiente, guié la verga resbaladiza de saliva hacia mi ano, ella

presionó y me ensanchó y entró, llenándome de alegría la espalda entera, desplegándola bajo el tejido del vestido. Yo no acababa de empalmarme, mi sexo rebotaba contra el encaje de mis braguitas bajadas, mis muslos enfundados en seda restregándose contra los muslos musculosos de la chica que se metió en mi interior de una poderosa arremetida, me repantigué sobre un hombro, retorciéndome un poco de lado, así podía ver otra vez varias partes de nuestros cuerpos enmarcados en los espejos, un amasijo de carnes movientes, de pedazos de ropa dispar amontonados sobre la extensión verdosa del diván, rematados por el culo abombado de la chica que se sobresaltaba a cada investida, y bajo su culo mi muslo y la curva de mi nalga, delimitados por el gris de la media y del vestido arremangado. Sus manos se apoyaban con todo su peso en mi nuca y mi cabeza y fue así que, bien abierto por su verga magnífica, mi cuerpo se arrancó de sí mismo, proyectándose tal que una sombra sobre los que lo rodeaban, el que lo estaba dominando y otros que andaban cerca, ligeros y dislocados por el placer que los elevaba como una inmensa marejada.

Cuando abrí los ojos estábamos las tres echadas sobre el diván, nuestros miembros mezclados los unos con los otros, desnudas excepto por algunas prendas de tul y de encaje. Tenía la boca pastosa, algunos calambres me recorrían los músculos. La joven de los cabellos rubio hielo dormía boca abajo totalmente desnuda, la del pelo negro yacía de espaldas, su larga verga apoyada en el muslo. Se la toqueteé con la punta de los dedos pero la chica no despertó. Me incorporé, me senté en el borde de la gran cama y me deshice del zapato de tacón que no me había quitado durante toda la noche, así como de la media de seda. A pesar del dolor ácido que se ensortijaba con intermitencia en mi cabeza, una enorme sensación de paz y plenitud colmaba mi cuerpo. A nuestro alrededor había otras chicas que también dormían, echadas sobre los sofás y las mullidas moquetas. Algunas seguían gozando en sueños, una de ellas, una muchacha muy delgada de senos desmesurados, se acariciaba distraídamente un seno y soltaba pequeños gemidos. De mi amiga no había el menor rastro. Me levanté y deambulé por la casa silenciosa

buscando el cuarto de baño, donde me senté en la taza para orinar. Luego me desmaquillé y me di una ducha, estremeciéndome de placer bajo el chorro caliente. Mi ropa de deporte estaba enrollada en el rincón y, en cuanto me hube secado, me la puse en un santiamén. En el salón, mis dos compañeras seguían durmiendo, acurrucadas ahora la una contra la otra en medio del campo verde y dorado del gran diván. La chica del pelo a lo chico se había vuelto sobre el costado de tal modo que su pelvis encajaba con las nalgas finas y nerviosas de la joven rubia, medio escondidas bajo las más musculosas de la otra. Mis deportivas no hacían el menor ruido sobre la moqueta y al salir no desperté a nadie. Bajé, atravesé la casa y abrí la puerta del fondo para meterme en el pasillo; tan pronto como la cerré me puse a correr, subiéndome la cremallera del chándal hasta el cuello. No contaba los pasos, se iban sucediendo uno tras otro, firmes y regulares como mi respiración, me conducía mal que bien en la difusa luminosidad, tratando de adivinar la curva del pasillo, temeroso por chocar con la pared. De cuando en cuando, cada vez que aquello se volvía demasiado oscuro, tendía una mano para guiarme, pero a veces mis dedos no encontraban más que el vacío, tal vez otra galería o acaso un hueco, entonces vacilaba pero no me detenía, esforzándome por mantener el rumbo. Cuando mi mano golpeó un objeto metálico, supe enseguida que era el pomo de una puerta, ajusté mi paso para cogerlo y abrí. Una luz tierna y rosácea iluminaba el espacio. Continué avanzando sin pensarlo, luego me eché violentamente hacia atrás: un paso más y me hubiese precipitado en el vacío. Me hallaba encumbrado en una cornisa curva, sin barandilla; a mi alrededor se extendían las crestas irregulares de una inmensa ciudad, apacibles y silenciosas en el crepúsculo. A un lado todo era ya gris, las torres, redondas, cúbicas, cónicas, ya no se recortaban sobre el cielo sino como siluetas indistintas; al otro, sus superficies metalizadas o vítreas todavía reflejaban las últimas luces del día, azul pálido estriado de rosa y blanco y con manchas anaranjadas. Paso a paso, pegado a la pared, fui avanzando sobre la cornisa. Las paredes eran lisas, cubiertas de un revestimiento mate y suave al tacto, sin ventanas, aberturas ni asperezas. Pero un poco más lejos la cornisa se abría a una escalera que se enrollaba en una estrecha espiral a lo largo de los costados de la alta torre en

cuya cima me hallaba yo. Con un hombro bien pegado contra la pared, me manejé con precaución, la mirada clavada en los pies, apenas consciente de los numerosos edificios que había por todos lados, presencias mudas que no ocupaban más que un rincón de mi mirada. Los peldaños no parecían terminar nunca, como si estuviese bajando el paso de un tornillo que, al ritmo de mi avance, fuese girando en sentido opuesto, manteniéndome siempre a la misma altura. De pronto se me echó encima una figura humana y me adelantó por el exterior, empujándome contra la pared y desapareciendo a mi espalda tan rápidamente como había aparecido; otra la siguió casi enseguida, luego todavía otra más, pasaban tan deprisa que no podía adivinar si se trataba de hombres o mujeres; pronto me encontré apresado entre la pared y el interrumpido torrente humano que gruñía hacia lo alto de la torre en un flujo apenas desviado por mi presencia. De vez en cuando, una de aquellas figuras tropezaba y caía al vacío sin el menor grito; pero enseguida, la discrepancia así aparecida se cerraba como una pequeña herida cicatrizada al instante. Yo me pegué a la pared, los brazos abiertos, y continué como pude mi descenso, constantemente interrumpido por aquel flujo. En cierto momento, eché una ojeada por encima del hombro: allá abajo se extendía una enorme explanada iluminada, atestada de gente, un caos humano aparentemente inextricable pero que poco a poco se iba aglomerando en filas bien distintas, curvadas todas ellas hacia el mismo punto que yo podía adivinar justo bajo mis pies, en la base de la torre. Ese punto resultó ser la salida de la escalera, donde acabé llegando con alivio después de un interminable y agotador descenso. La gente no dejaba de afluir a mi alrededor; pero sorprendentemente, las columnas se fusionaban sin tocarse, cada cual ocupaba su lugar en una fila única sin disminuir la marcha ni atropellarse, enlazándose a un ritmo perfecto. Cuando llegué a la explanada, me abrí camino a través de la muchedumbre colándome en el espacio que quedaba vacío entre dos filas y luchando por no dejarme llevar en sentido opuesto. Aquí y allá yacían los cuerpos de cuantos se habían despeñado por la escalera, sus miembros rotos, los cráneos reventados, dislocados en medio de diminutos charcos de sangre cuyos regueros se fusionaban a veces sin que la muchedumbre que avanzaba al trote hiciese la menor pausa para evitarlos. Sobre aquella escena insensata reinaba

una luz violenta y artificial, mas yo no acertaba a determinar su origen. Al fondo de la explanada pude caminar con mayor libertad: la gente, aquí, estaba más dispersa, y no todos avanzaban, sino que se reunían en grupos compactos en que, vueltos los unos hacia los otros, cuchicheaban furiosamente. Yo no veía más que sus espaldas, estaban tan apretados que me resultó imposible deslizarme entre ellos, así que estiré el cuello para espigar sus conversaciones angustiadas; pero las voces no me llegaban sino a trocitos y no lo entendía todo, algo decían de un virulento conflicto político, de aspiraciones locas pero irrealizables, de una represión desbocada, fuera de todo control. Así zarandeado de grupo a grupo, me vi llevado insidiosamente hacia niveles todavía más bajos de la ciudad, en el seno de interminables y sombríos subterráneos donde los grupos dispersos se reagrupaban en columnas que se ponían en movimiento las unas a lo largo de las otras, cada vez más regulares y organizadas, en trayectorias sinusoidales que iban dibujando largas volutas enrolladas entre los pilares de contención. La gente cantaba ahora cánticos lentos y graves, diferentes de una fila a la otra pero todos infinitamente ricos, llenos de esperanzas y de alegría. Esa especie de peregrinación espontánea parecía tender hacia un fin único en alguna parte al fondo del bosque de pilares, pero yo no acertaba a distinguir nada más allá de la humana multitud ordenada a mi alrededor. De pronto los cantos mudaron en gritos, el orden espontáneo del movimiento prorrumpió en grandes remolinos desordenados, una mujer se vio proyectada contra mí y yo a mi vez choqué con un hombre, la muchedumbre disuelta bullía en todas direcciones, una masa informe embriagada de pánico, a punto estuve de caer pero logré mantener el equilibrio, otro cuerpo se apoyó en mi espalda y cayó a mis pies, bajé la vista, se trataba de una mujer de pelo corto negro azabache, sus ojos y su boca abiertos desmesuradamente, la piel mate de su mandíbula hendida como una fruta, el rostro salpicado de sangre fresca. De repente otra figura se alzó ante mí, un hombre con el torso desnudo y el cráneo rapado pintado de blanco que blandía en silencio un gancho de acero brillante. Presa de un terror salvaje, casi animal, intenté huir, pero no sabía qué dirección tomar, aquel tropel me empujaba desde todas partes y no veía ninguna salida, fue cuando el gancho se clavó en mi hombro, bajo el omóplato, el dolor me perforó el cuello y el

brazo y grité, con la otra mano traté en vano de coger el gancho pero el nervi, burlándose, me hacía dar vueltas y yo bastante tenía con mantener el equilibrio, el sufrimiento era intenso y traté de articular algunas palabras, de implorar su piedad, en vano: de forma insensible me arrastró a través de aquel desmadre hacia donde le pareció, en dirección a una gran escalera que descendía ensanchándose por los dos lados, yo vacilé, quejándome de dolor, al borde del primer peldaño, él, con un gesto flexible, desprendió por fin el gancho de mi carne y me dio una patada en medio del pecho, echándome a rodar escaleras abajo con la cabeza agarrada entre las manos, incapaz de amortiguar aquella caída horrorosa que al parecer no iba a terminar nunca.

Me desperté tirado boca abajo en la hierba. Unas violentas punzadas me atravesaban el hombro irradiando a mi costado un dolor sordo, opaco, insufrible. Poco a poco fui advirtiendo voces, murmullos de múltiples fuentes entrecortados por breves risotadas. Con un largo quejido me volví boca arriba, luego, apoyándome en mi brazo útil, logré incorporarme. A mi alrededor había gente sentada en la hierba charlando y comiendo; más lejos, de una cocina de campaña llegaba un olor apetitoso. Me hallaba en una especie de pequeño parque, una plaza redonda rodeada por altas fachadas cuyas ventanas alineadas con regularidad parecían contemplarnos silentes. Alguien me ofreció un plato humeante lleno de alubias rojas, así como una cuchara de latón. Se lo agradecí, lleno de gratitud, y, silbando bajito para lidiar con el dolor que acompañaba cada uno de mis movimientos, me puse el plato entre las rodillas dispuesto a devorarlo sin contemplaciones. Le faltaba sal pero poco me importó, tenía un hambre voraz y apuré cuidadosamente la escudilla, rebañando con los dedos los últimos restos de salsa antes de devolver el plato. Fue entonces cuando presté atención a las conversaciones, todas se referían al mismo tema, la guerra insensata que estaba librando el poder contra las creencias, las prácticas y las tradiciones más antiguas de la población, aquellas a las que más profundamente estaba unida, y que constituían el mismísimo fundamento de su vida en común. No tomé parte en esas discusiones; a fin de cuentas, no sabía de qué hablaban: aquí era un

extranjero, y aunque me hallaba inmerso en el conflicto, no me sentía preocupado por aquellas disputas oscuras y poco comprensibles. Pero una joven rubia con el moño cuidadosamente recogido, sin un solo mechón suelto, me dijo con severidad: «Y usted, ¿usted qué piensa de todo esto? Todavía no ha dicho nada. ¿Hay que tratar de hacer las paces con los poderes dominantes o enfrentarse a ellos?». — «Hay que combatir, por supuesto», respondí sin pensarlo. Ella consideró mis palabras en silencio, acariciando distraídamente a un gato gris que andaba a hurtadillas entre los grupos, husmeando con el hocico entre los restos de comida. Luego se levantó: «Sígueme», ordenó secamente, y se dirigió hacia una de las calles que desembocaba en la plaza. Me levanté y la seguí, masajeándome el hombro herido. Como todas las demás, aquella calle desaparecía curvándose entre los edificios, yo imaginé que juntas trazaban motivos reticulados a través de la ciudad, formando como lazos serpenteantes sobre el mapa, si es que tal mapa existía. Delante de mí, la joven caminaba con paso firme, sus caderas apenas contoneadas por un equilibrio controlado cuyo ritmo parecía casar con el de los picos lancinantes que aún me recorrían la espalda. En las paredes vi unos cartelitos pegados deprisa y corriendo que clamaban eslóganes irrisorios, sin la menor proporción con el desenfreno bestial del poder; aquí y allá topábamos con un cadáver de cuerpo convulso, ejemplo último e inmóvil de la ilimitada crueldad que lo había arrancado de la vida. De vez en cuando topábamos con una figura furtiva; poco a poco, las calles se iban repoblando, la gente se acercaba, se hablaban los unos a los otros, caminaban codo con codo. La joven rubia, con la que bien me hubiese complacido reanudar la discusión, se había fundido en ese grupo, ya apenas podía verla; ahora estaba rodeado de hombres armados, desplegados en orden disperso, marchando con paso firme y marcial. Arriba brillaba un sol pálido y frío sobre la población atontada, petrificada, despojada de la menor cohesión debido a la paroxística violencia del régimen; pero allí donde nos hallábamos la vida seguía su curso; ya habíamos tomado el control de algunos sectores enteros. Avanzábamos por una amplia galería curva cuando nos atacó una unidad de nervis en uniforme verde. El combate, incierto al principio, fue de una intensa brutalidad; los hombres caían de un lado y del otro heridos de muerte; por fin

nos impusimos y los enemigos supervivientes se replegaron, liberando el lugar. Uno de ellos había caído en nuestro poder; de rodillas sobre el hormigón húmedo de la galería rogaba por su vida con los brazos en alto. Hubo quienes flaquearon: no era plan, argüían, que nos mostrásemos tan despiadados como aquellos a quienes combatíamos. Ante esas palabras, una rabia sorda e impotente me irritó el rostro, sentí cómo la sangre latía en mis sienes y temí que me fuese a faltar el aire; enloquecido, le arranqué a uno de mis compañeros la pistola de las manos, la armé y, con un gesto decidido, le disparé al nervi tres tiros en el pecho; se derrumbó como un peso muerto. Le apunté a la cabeza para darle el tiro de gracia, pero no lo necesitó, estaba muerto. A mi alrededor, mis compañeros, incluida la joven del moño, me miraron con estupor y como con una sombría admiración; yo mismo estaba conmocionado por mi gesto; nunca me hubiese creído capaz de semejante furor. No dije palabra: le devolví con frialdad la pistola a su propietario y me alejé del cadáver.

La joven rubia, su moño igual de impecable que antes, me había llevado a un apartamento clandestino, un escondite seguro en el corazón de los barrios que eran para nosotros más peligrosos, desde allí debíamos llevar a cabo una serie de atentados con el fin de desestabilizar al poder y darle la vuelta a la situación. Las cosas, en efecto, se nos empezaban a poner de cara; hasta los niños, con edades que apenas les permitían servirse de un arma, empezaron a alzarse; compensando nuestra inferioridad numérica, se organizaban por su cuenta formando rabiosas jaurías que se arrojaban como lobos sobre los nervis, aprovechando el efecto sorpresa para matarlos o mutilarlos, hacerse con sus armas, dispersarse como un enjambre en torbellinos y desaparecer en los bajos fondos. Eso preocupaba profundamente a las eminencias del régimen, teníamos que aprovecharlo. El apartamento en que nos hallábamos estaba casi vacío; el único mueble era un gran colchón medio enmohecido, cubierto con una gruesa alfombra con motivos de hierbas verdes sobre una trama dorada y casi hecha jirones. Pero eso importaba poco, todo estaba listo, sólo había que esperar. Detrás de mí, la joven dejó su bolsa en un rincón y se

acomodó pacientemente, masticando con lentitud una manzana amarilla un poco pasada. Allá abajo, del otro lado de las ventanas ocultas tras las persianas bajadas, se extendía un estadio en que hacía instrucción una unidad de nervis recientemente reclutados. Distraído por las punzadas que todavía me sacudían el hombro, los miré plácidamente a través de una hendidura entre dos lamas, confiando en que sus esfuerzos no les iban a servir de nada, convencido de que había llegado nuestra hora. Por la ventana entreabierta oí claramente la voz de su jefe que les ladraba órdenes, instrucciones. De pronto, surgió de los vestuarios una horda de niños, se apoderó del lugar en olas sucesivas y, en pocos instantes, masacró a un gran número de reclutas; los supervivientes, enloquecidos, huyeron hacia las gradas. Horrorizado, contuve la respiración: aquella acción, ejecutada con una audacia desquiciada en el mismo corazón del dispositivo enemigo, no estaba prevista, esos niños no podían conocer nuestros planes, debían de haberse aventurado por su cuenta y riesgo, prestos a todo para probar su valor, su coraje, su determinación. Pero la trampa se cerró sobre ellos. De cada uno de los lados del estadio surgió una masa compacta de soldadotes en uniforme azul, una nueva tropa de élite cuyo origen preocupó incluso a los más aguerridos de nuestros combatientes. Rápidamente desarmaron a los niños de forma precisa y eficaz; luego uno de los nervis, con un movimiento seco, les fue sajando la garganta uno tras otro y dejando tras de sí, con gesto desenvuelto, aquellos cuerpos menudos. La mujer del moño, roja de ira, había venido junto a mí a la ventana y también miraba. Fue entonces cuando reconocí entre los últimos combatientes a un niño rubio de rostro estrecho, a todas luces uno de los jefes del grupo; calmo, mudo, miraba cómo iban muriendo sus compañeros. Yo, desamparado, lo observaba a través de la persiana y me sentía infinitamente próximo a él, todo mi cuerpo se tensaba para tomarlo entre mis brazos y abrazarlo, pero entre nosotros mediaba el cristal, el espacio y los escuadrones de asesinos, no podía hacer nada aparte de mirarlo con desesperación. Lo pusieron de rodillas, le echaron la cabeza hacia atrás tirándole del pelo y le abrieron con fuerza la mandíbula; el ejecutor, una larga daga en la mano, se adelantó y la blandió por encima de su boca, colocándole la punta entre los dientes. El niño permaneció tranquilo, estaba listo para morir, pero se liberó

de las manos que lo sujetaban y, con voz fina y uniforme, articuló unas palabras que no me costó distinguir: «Por favor, así no. No quiero sufrir. No es necesario». La mujer, a mi lado, contuvo un gemido; los nervis se pusieron de acuerdo; luego uno de ellos se sacó de un bolsillo un trozo de tela amarilla y la embebió en agua. Espantado, falto de aliento, incapaz de mover un músculo, me quedé embobado ante aquella escena. El nervi extendió sobre la cara testaruda del niño la tela mojada, que se acomodó a la forma de la frente, de las órbitas y de la nariz, acabando pegada en el interior de la boca contra la lengua y el paladar. Entonces, echando nuevamente su cabeza hacia atrás, le ensartó el cuchillo en la boca a través del tejido y hasta la guarda. El grito que di, arrancado de mi garganta muy a mi pesar, llenó la habitación y resonó por encima del estadio. Instantáneamente, vario nervis se volvieron en nuestra dirección y abrieron fuego sin vacilar. Una de las primerísimas balas le dio a la joven en la frente, salpicando de sangre viva sus mechones rubios y lanzándola hacia atrás en una terrible torsión que terminó con su frente en el suelo sobre la alfombra de hierbas verdes, donde quedó inmóvil, sus miembros desparramados como los de una muñeca abandonada en un rincón por un niño enrabiado. Yo había retrocedido vívidamente mientras los cristales volaban en pedazos por todas partes, todavía atravesado por una pena atroz, demasiado viva para mis sentidos, titubeé, sin fuerzas siquiera para agacharme o taparme la cara, al final localicé la puerta del apartamento, mi mano, por reflejo, tomó el pomo y abrió, retrocedí hacia el pasillo y enseguida me puse a correr. Seguía siendo presa de un horror inmenso, mi hombro enviaba punzadas de dolor que se derretían en mi pecho, a punto estuve de tropezar contra una pared y necesité un cierto tiempo para recuperar un equilibrio y un ritmo más o menos regular. El pasillo estaba oscuro, sólo muy vagamente lograba distinguir el camino y de forma regular me tocaba ir reajustando la carrera con el fin de evitar las paredes, claramente curvadas, así como los huecos todavía más oscuros que iban apareciendo aquí y allá, probablemente bifurcaciones, pero que muy bien podrían haberse revelado también como simples anfractuosidades si hubiese querido explorarlos. Me costaba respirar, una angustia sorda me hacía perder el aliento, me esforzaba por poner un pie delante del otro, por mantener la carrera sin desfallecer hasta

que por fin emergí a la luz blanca del vestuario, donde rápidamente me puse mi traje de baño y mi gorro de goma, empujé las puertas batientes y entré en un gran espacio azul de luces inciertas invadido por unos sonidos ahogados, gritos reverberados, chapoteos, salpicaduras. Unos grandes espejos fijados a las paredes multiplicaban el espacio, aumentando la confusión y reflejando parcelas de cuerpo que me hubiese costado determinar si me pertenecían o no. Desorientado, tropecé y pivoaté sobre mí mismo, luego logré incorporarme de súbito para estirar los músculos, tomar impulso y lanzar mi cuerpo como una flecha en el agua clara y acogedora de la piscina.

II

Encadenaba largos sin contarlos, complacido por la fuerza de mis músculos y la sensación fluida y agradable del agua, marcando apenas la pausa en los extremos de la piscina para volver a lanzarme con un vigor cada vez renovado. Por fin, sumergido por completo, la superficie tornasolada por encima de mí, di el circuito por terminado. Mi cabeza surgió al aire libre, mis dos manos encontraron el borde, se apoyaron en él y, de una tracción, izaron mi cuerpo empapado fuera del agua. Desorientado por la luz azul y los ruidos, me quité el gorro y las gafas y me quedé allí un instante, el agua goteando de mi cuerpo para formar un charco a mis pies. A mi alrededor resonaban chapoteos, gritos y risas, los grandes espejos que rodeaban la piscina me devolvían fragmentos de mi cuerpo desde todas partes, un hombro aquí, un muslo allí, el costado, el pectoral, la nuca, la larga curva de la espalda. Cerca de mí, una joven esbelta se zambulló en un movimiento rápido y flexible. Yo recuperé mis fuerzas, fui hacia las puertas batientes y las empujé con gesto firme. Una vez seco y vestido con un chándal gris y sedoso, agradable a la piel, volví a encontrarme en el pasillo y eché a correr a zancadas cortas, mis deportivas golpeaban el suelo a paso ligero, mi respiración sibilante entre los labios. Reinaba aquí una claridad difusa, casi opaca, no veía ninguna fuente de luz y a duras penas distinguía las paredes para orientarme; en algunos lugares, unas zonas todavía más apagadas parecían sugerir encrucijadas o acaso algún tipo de depresiones, yo las ignoraba y mal que bien continuaba recto, pues el pasillo parecía curvarse y todo el tiempo me tocaba corregir la carrera para evitar tropezar con las paredes. A veces, para guiarme, alargaba los dedos, y fue así que chocaron

con un objeto metálico, un pomo al que me agarré y que giré con gesto decidido, siguiendo el movimiento de la puerta que se abría para atravesar el umbral sin detenerme. Mi pie se hundió en la hierba y me detuve para mirar a mi alrededor. Era un gran jardín, apacible y luminoso, el sol hacía relucir las hojas entremezcladas de las buganvillas y la hiedra cuidadosamente podadas sobre su celosía, así como el verdor tupido de unas viejas glicinas que emergían del suelo para cubrir la fachada de la casa, erigida contra el cielo azul igual que una torre. El calor era intenso, el sudor perlaba mi frente, me lo sequé con la manga al tiempo que avanzaba hacia la piscina medio escondida a un lado. Sus aguas pálidas y tranquilas, un largo rectángulo que espejeaba en el centro de un brocal enlosado con piedra caliza, reflejaban los pequeños manojos de nubes blancas suspendidas en el cielo, semiocultas en la otra punta por la sombra dentada, ligeramente moviente, de las largas frondas arqueadas de una palmera rechoncha y poblada. Pensativo, acaricié la superficie y me quité la ropa para entrar poco a poco. El líquido fresco se cerró sobre mi cuerpo y me sumergí perezosamente para volver luego a subir a respirar y dejarme ir de espaldas, los ojos cerrados, la cara vuelta hacia el cielo. Al cabo de un rato giré sobre el vientre y me zambullí de nuevo hacia el fondo, lo toqué con la mano y di media vuelta, disfrutando del poder de desplazarme con semejante libertad hacia donde me pareciese, frenado solamente por la resistencia del agua. Abrí los ojos; agitada en medio de los reflejos de luz blanca que danzaban sobre el fondo azul de la piscina, una pequeña sombra me llamó la atención y levanté la cabeza buscando su origen: justo encima de mí, agitándose en la superficie del agua, un osito de peluche rosa me miraba fijamente desde sus ojos de vidrio. Detrás de él, borroso por los remolinos, había una figura de pie al borde de la piscina. De una patada salí a flote, parpadeando y tragando aire fresco. El osito de peluche flotaba justo a mi lado y lo cogí para dárselo al niño rubio que me contemplaba tranquilamente, sin la menor expresión. Me apoyé en el borde con los codos y le tendí el juguete mojado: «¿Es tuyo?». El niño lo tomó de mi mano y luego lo arrojó a la hierba sin el menor cuidado. «Está muerto. Su avión ha explotado y él ha caído del cielo. ¿No ves que está quemado?» — «No me había fijado.» El niño apretó los labios: «¿Por qué vas desnudo?».

«No tenía mi bañador. Pero aquí eso no importa, ¿no?» — «Eso no se hace», decretó categóricamente. — «Bueno, de acuerdo.» Unas brazadas me llevaron al lado en que había dejado el chándal y salí del agua por una pequeña escalera, salpicando las baldosas calientes. Le di púdicamente la espalda al niño y me serví de la chaqueta para secarme la piel, luego me apoderé de los calzoncillos y los pantalones. Inmediatamente, decenas de hormigas negras cubrieron mis dedos y empezaron a errar sobre mis manos y mis antebrazos. «¡Vaya!», exclamé soltando el chándal en la hierba y sacudiéndome la piel con vigor para sacarme de encima aquellos importunos insectos. Recogí los calzoncillos, los sacudí y me los puse para luego repetir la operación con los pantalones, lo cual me llevó un tiempo, pues estaban llenos de hormigas y tuve que remangarlo para quitarlas una a una. La aparición de un gato gris, que se puso a dar pataditas a las perneras de los pantalones, me complicó la tarea; lo aparté con el pie y él retrocedió para volver enseguida a la carga, indiferente a la molestia que me estaba causando. Fuera de quicio, solté de nuevo los pantalones, cogí una larga caña de fino bambú que andaba rodando por allí y le solté un golpe silbante en el trasero. El gato bramó y saltó de lado y salió pitando a esconderse bajo un matorral. «¡Malo! —exclamó el niño a mi espalda—. ¡Eres malo!» Sin volverme, seguí limpiando mi ropa. El niño pasó junto a mí con el osito de peluche en la mano: «¡Eso no se hace!», dijo sin detenerse, y se metió en la casa. Yo me encogí de hombros, acabé de vestirme y, mientras me peinaba con los dedos, seguí sus pasos. Del fondo del pasillo por el que había entrado, más allá de una escalera de caracol blanca y luminosa, a través de una puerta entreabierta llegaban unos murmullos; al parecer, el niño intentaba llamar al gato. Yo también entré: acostado sobre una gran alfombra salpicada por soldaditos de plomo armados con lanzas y carabinas, el niño apuntaba con una camarita digital hacia la oscuridad debajo de su cama. Lo contemplé un momento, como a través de un cristal, luego pregunté: «¿Está escondido ahí debajo?». — «Sssh», soltó el niño sin levantar la cabeza. Yo miré a mi alrededor. En la pared, junto a unos grandes carteles de cine, había colgadas varias fotografías enmarcadas: todas ellas representaban al muchacho en diferentes épocas y situaciones, en el circo, en la playa, en una barca, en compañía de una

hermosa mujer rubia a la que no reconocí, sus largos cabellos anudados en un moño. De repente se apagaron las luces, sumergiendo el cuarto en la semioscuridad; en un gesto seco, el niño apagó a su vez la pantalla de su cámara y se incorporó sobre sus rodillas, tensas, inquietas. Desde lo alto de la casa nos llegó una voz de mujer: «No es nada, cielo. Han saltado los plomos». Tras unos instantes volvió la luz, seguida por las primeras y jocosas notas de trompeta del largo final de *Don Giovanni*, y luego por la voz soberana del propio disoluto. El niño aguzó el oído y escuchó conmigo: Leporello servía de comer a su señor mientras protestaba, yo le iba traduciendo las frases y el niño reía alegremente. En el momento en el que la amante abandonada iba a salir a escena, el volumen descendió precipitadamente y la voz de la mujer resonó de nuevo en la escalera: «¡Cielo! ¡A la mesa! Ya está listo». Era, sin lugar a dudas, la voz de una mujer rubia, ¿acaso la de las fotos? El niño se puso en pie y me miró mientras la música proseguía; pero yo sentí como un repentino acceso de cansancio y le hice un gesto señalando a la puerta: «Ve tú. Yo ahora voy». El niño salió de allí cerrando la puerta tras de sí. Extenuado, me acosté en su cama; me quedaba demasiado pequeña, tuve que ponerme de lado y replegar las rodillas. Imaginé al gato justo debajo de mí, agazapado, al acecho. Sin moverme, miré por la ventana: a lo lejos, unas nubes negras ribeteadas de oro y plata descansaban con pesadez sobre un cielo pálido; las últimas luces de día, extendiéndose bajo ellas, emitían reflejos púrpura sobre las hojas del jardín.

Cuando desperté era noche cerrada. El chico dormía en el semicírculo formado por mis rodillas y mis brazos, totalmente acurrucado contra mí. Pacientemente, desplazando mis miembros con cuidado para no despertarlo, me liberé y me levanté para pasar por encima. Un repentino calambre en la pierna a punto estuvo de hacerme caer sobre la alfombra, pero me agarré a tiempo del montante de la cama. Masajeando mis muslos entumecidos, contemplé al niño. La luz de la luna, que penetraba por la ventana, iluminó su perfil severo y su frente húmeda de sudor. Seguía haciendo mucho calor y

alargué la mano para soltarle delicadamente el pelo rubio pegado a su piel. El niño no se despertó. Caminando con precaución para no derribar los soldaditos de plomo, salí del cuarto y me metí en la escalera de caracol, deteniéndome un instante en el rellano para admirar la gran reproducción enmarcada de *La dama del armiño* que había allí colgada. La luz era muy tenue, pero a pesar de la oscuridad, detrás del cristal pude adivinar la mirada determinada, perdida en el vacío, de la joven así fijada para la eternidad. En el salón, todo estaba oscuro y silencioso; la luna alumbraba franjas de muebles, una mesa baja de vidrio, un sofá de color crema, la gran mesa del comedor, con dos copas de vino blanco manchadas de unas huellas grasas. En la cocina flotaba un cierto olor a marisco; la vajilla, enjuagada de prisa y corriendo, se amontonaba en el fregadero. La mujer ya debía de estar arriba, acostada. Enfilé la escalera que subía, atento al menor ruido, sorprendido por lo que me pareció un ligero gemido, apenas identificable. La puerta de la habitación estaba entornada, la empujé sin hacer ruido. Sobre la cama, doradas por la luz de la luna a pesar del grueso edredón marrón que las recubría, las nalgas carnosas de un hombre de pelo negro iban y venían con lentitud sobre las de una mujer, medio escondidas estas bajo aquellas. Los dos cuerpos estaban como hundidos en una extensión de largas hierbas verdes sobre fondo dorado, el motivo de la funda del edredón, sin duda; entre los muslos musculosos del hombre, agitados por nerviosas investidas, distinguí confusamente una masa rojiza y blanda. La mujer no emitía casi ningún sonido, solamente, a intervalos, ese suave gemido que yo había oído en la escalera; en cuanto al hombre, jadeaba pesadamente. Asombrado por aquel espectáculo incongruente, me quedé congelado en el umbral, conteniendo la respiración. Pero mi cuerpo vaciló y tuve que acercar un pie para mantener el equilibrio; una lama del parqué crujió y el hombre levantó la cabeza, me miró fijamente durante un instante y saltó de la cama con un grito ronco, su verga, húmeda, enhiesta, delante del vientre. «¿Quién es usted? –rugió con furor–. ¿Qué quiere?» La mujer, su moño rubio ceniza medio deshecho, también se había vuelto y, protegiéndose torpemente tras el edredón, dio unos gritos agudos. El hombre miró a su alrededor, buscando a todas luces un arma: «¡Llama a la policía! ¡Llama a la policía!», bramó. — «¡El pequeño! –gritó la

mujer—. ¿Dónde está el pequeño?» — «Señor...», aventuré yo con timidez mientras extendía los brazos hacia él, las manos abiertas en un gesto conciliador. La mujer se había vuelto sobre la cama y su mano buscaba el teléfono en la mesilla de noche; tropezó con él, le cayó al suelo, se agachó hacia delante, su brazo extendido para cogerlo, exponiendo de nuevo su trasero, blanco sobre el campo de hierbas verdes; en medio de sus gritos histéricos, oí claramente los tonos del teléfono descolgado, un pit-pit triste y regular. El hombre se había echado hacia atrás y había cogido una silla de madera que ahora blandía ante sí como un domador frente al león en una pista de circo. «Señor...», intenté una vez más, pero él no escuchaba nada, se me echó encima gritando palabras incoherentes y blandiendo la silla para atizarme. Justo antes de detener el golpe, observé que seguía empalmado. Luego una de las patas de la silla me golpeó el cúbito, el dolor estalló a través de mi brazo, me eché hacia atrás, la mujer también gritaba, el auricular del teléfono en la boca, el hombre atacó de nuevo y mi codo chocó con un gran espejo junto a la puerta, rompiendo el vidrio que se esparció tintineante por el suelo, recibí otro golpe que me obligó a retroceder más allá del umbral, mi pie no encontró el borde del peldaño y perdí el equilibrio, golpeándome contra la pared y rebotando hasta acabar rodando escaleras abajo, mitad sobre mis pies, mitad sobre mis posaderas. La silla vino a estrellarse en la pared detrás de mí, apenas tuve tiempo de echarme a un lado para esquivarla. Arriba, los dos seguían gritando frases contradictorias, sin pies ni cabeza, simple expresión de un pánico irreflexivo. Aquel malentendido me hizo estremecerme, estaba convencido de que si se calmaban y me dejaban explicarme todo quedaría claro; pero el hombre volvió a arrojarme otros objetos, una lámpara de porcelana vino a estallar justo a mis pies, no me lo pensé dos veces y bajé la segunda escalera, franqueé la puerta principal y atravesé el césped a la carrera, empapado en sudor debido al intenso calor de la noche; me abalancé sobre la puerta del fondo que se abrió fácilmente bajo la presión de mi mano. Tan pronto como se cerró tras de mí, ralenticé el paso y me puse a hacer footing, aliviado por la frescura relativa que aquí reinaba. La cadencia de mi respiración ritmaba la de mis zancadas; todo parecía un poco vago, indistinto, ni siquiera veía el techo, si es que había uno, aunque no

era algo que me molestase; más que distinguirlas con precisión, adivinaba las paredes, la grisalla tenebrosa que aquí y allá indicaba un nuevo cruce o acaso un rincón, evité un obstáculo tras otro para seguir la larga sinuosidad del pasillo, golpeando nerviosamente una pared de vez en cuando para asegurarme de su solidez y de la suavidad de su revestimiento, y fue así que mi mano acabó dando con una protuberancia metálica: me agarré a ella, la giré y empujé. La puerta se abrió y mi empuje me condujo más allá del umbral, donde mi pie se hundió en una superficie esponjosa. Me hallaba en una habitación más bien amplia y mal alumbrada, con pocos muebles; en las paredes, las vides apagadas de un papel pintado desvaído trepaban en columnas paralelas; el suelo lo cubría una moqueta roja, descolorida, manchada y más bien grisácea. Al fondo de la habitación, más allá de la cama cubierta con una sábana dorada estampada con hierbas verdes, había una figura de pelo negro muy corto dándome la espalda; las contraventanas estaban cerradas pero miraba algo en el cristal de la ventana, puede que su propio reflejo. Di un portazo tras de mí y se sobresaltó, luego se volvió: vi entonces que se trataba de una joven muy guapa, intensamente maquillada, con las uñas pintadas de azul egipcio, la sombra de ojos tirando hacia el lavanda y el brillo de labios color glicina resaltando unos morros gruesos y carnosos. Mas todo aquel maquillaje no le restaba nada a su belleza vulgar, de un modo u otro más bien la acentuaba. «¿Qué, todavía vestida?», ladré brutalmente, de pronto impaciente. Sin quitarme los ojos de encima, ella se subió el largo vestido gris por encima de las caderas, luego por encima de los senos, hasta quitárselo por la cabeza y dejarlo caer a sus pies. Debajo no llevaba nada, observé con detalle su cuerpo largo y fino, la piel un tanto morena que en ciertas partes adquiría reflejos dorados, sus pequeños senos como manzanas enganchadas a las costillas, el espeso vellón entre los muslos. Me empalmé bajo el chándal y atravesé en un par de pasos el espacio que nos separaba, la cogí por una muñeca y posé con avidez mi otra mano sobre sus senos, su costado, su nalga, atrayéndola hacia mí para empujarla sobre una silla que había contra la pared. En unos pocos movimientos también yo me desvestí, y luego, agachándome hacia ella, le levanté las piernas y enganché sus tacones al asiento, exponiendo su pequeño sexo

ahogado en pelos rizados para luego acariciar con la punta de los dedos el contorno de su vulva. Su boca abigarrada se entreabrió y yo me incorporé para meterle la verga, apoyándome con una mano contra el viejo papel pintado y sujetando con la otra su pelo corto negro azabache para apretar mejor su cabeza contra mí. Ella tuvo una arcada, se retiró abruptamente, tosiendo y deglutiendo, y luego, cuando se hubo recuperado, rodeó la base de mi miembro con una mano y otra vez se puso a chuparme la punta, rodando el glande con la lengua de forma aplicada. Yo descargué rápidamente, apretando las nalgas y frotando su cara contra mi vientre, vaciándome a largas sacudidas entre sus labios violáceos. Tan pronto como me hube retirado, ya desempalmado, ella desapareció en el cuarto de baño; a través de la puerta abierta, escuché cómo escupía repetidas veces y dejaba luego el grifo abierto. Sin esperar a que volviese me acerqué al teléfono que había junto a la cabecera de la cama, descolgué, marqué un número de dos cifras y, blandiendo un folleto que andaba por allí, le enumeré algunos platos al hombre que me respondió. La chica volvió a salir, secándose los labios con una toalla. La miré con aire dubitativo: «Ve a ducharte», le ordené, y la seguí para cerrar tras ella la puerta del cuarto de baño.

Cuando llamaron a la puerta, la chica seguía bajo la ducha. Me puse un albornoz para ir a abrir y, dejé sobre la cama la bandeja que me trajeron. Luego entré en el cuarto de baño. La chica dejaba fluir el chorro de agua sobre la nuca, el brazo a lo largo del cuerpo, medio borrado por una nube de vapor. «Ha llegado la comida», le ordené secamente, y volví para sentarme sobre las sábanas verde y oro con las piernas cruzadas, delante de la bandeja en la que se alineaban varios platos de madera lacada llenos de pescado crudo y verduras confitadas. Dos cervezas doradas espumaban en vasos altos y estrechos, di un trago y empecé a comer sin esperar a la joven. Aparte del ruido de los palillos todo estaba en silencio, detrás de aquellas contraventanas, que daban, eso suponía yo, a una calle o acaso a un patio, no se oía el menor ruido; sólo una lámpara en la mesita de noche me iluminaba con su halo débil y amarillento, en los cristales de la ventana distinguí mi

reflejo, una silueta un tanto vaga envuelta en blanco que destacaba sobre el campo de hierba de las sábanas. La chica, ya seca aunque todavía desnuda, emergió por fin del cuarto de baño y vino a arrodillarse frente a mí sobre el tejido sintético. Se había recompuesto un maquillaje que me pareció de una vulgaridad inaudita, pero su cuerpo esbelto y flexible conservaba todo su atractivo y lo recorrí con la mirada, fijándome en las numerosas cicatrices pequeñas que marcaban su piel morena y sedosa, bastante gruesas en algunos lugares como para formar costurones, distinguí tres en el hombro izquierdo, una en la ingle, una grande en las costillas, justo debajo del pecho derecho, y otra bifurcada en el ángulo de la mandíbula. Le ofrecí uno de los platos pero meneó la cabeza; en su lugar, tomó entre sus dedos el segundo vaso de cerveza y lo vació a largos tragos sin siquiera respirar. El ambiente en la habitación era muy seco, tenía la piel tirante en manos y cara; me acabé las últimas verduras y el vaso de cerveza y me levanté para ir a colocar la bandeja en un rincón, dejando caer descuidadamente el albornoz a su lado. La chica paseó una mirada impávida por mi cuerpo, sin detenerse en mi verga que de nuevo se alzaba, luego se volvió sobre las hierbas verdes de las sábanas, sus piernas abiertas mostrando la almendra rosácea de su vulva, los ojos fijos en el techo, mudos. Yo rodeé la cama, busqué en los cajones de la mesilla de noche y saqué varios preservativos que arrojé sobre la sábana cerca de su cabeza, desenrollando el último sobre mi erección. Luego fui a instalarme de rodillas entre sus muslos, me puse sus pantorrillas sobre los hombros y apoyé mi miembro contra la abertura minúscula, apartando los labios con los pulgares y forzando mis riñones. Ella gimió y volvió la cabeza, su sexo, muy seco, resistía ante mi presión, me retiré, me escupí en los dedos y unté la abertura con saliva, luego empecé de nuevo. Esta vez sí que penetró un poco y volví a escupir, directamente sobre el preservativo. La chica se mordía los labios, finalmente se la metí, bloqueé la planta de sus pies contra mis pectorales y me apoyé con ambas manos en la parte trasera de sus muslos para comenzar a golpear mi pelvis contra sus nalgas, abriéndolas ahora por completo y haciendo que sus pequeños senos y sus hombros se sobresaltasen a cada golpe. El preservativo me impedía sentir gran cosa, pero su cuerpo largo y delgado y sobre todo el fuerte olor de su sexo, mezclado con los

efluvios repugnantes de aquel perfume embriagador con el que se había rociado, me arrebatava, y aspiré esos aromas con todas las fuerzas de los pulmones, cada vez la embestía con mayor fuerza, recreándome tanto en el horror de poder que la posición de nuestros cuerpos me confería, como en la resistencia un tanto elástica de su sexo estrecho. Finalmente hice una pausa, me retiré y bajé sus piernas a un lado. Tiré de sus muslos y sus nalgas y las atraje hacia mí, incitándola a alzarse sobre las rodillas, el culo al aire. Ella se dejó hacer sin rechistar y se apoyó en los codos, sus dedos agarrados a la nuca. Con las dos manos le abrí las nalgas, contemplando el anillo fruncido del ano, como un botoncito moreno puesto encima de las carnes rosadas y velludas de la vulva. Tenía la boca completamente seca y me costó volver a generar saliva; por fin le dejé gotear un hilillo en el agujero para restregársela con el pulgar y arrimarle el glande, amarillo pálido bajo el látex. Ella se llevó una mano a la espalda y me guió, torciendo los riñones y empujando también hasta que tuve la verga medio hundida, plantada en el centro de un culo rollizo que agarré y atraje hacia mí, amasándole las nalgas y recuperando un movimiento de vaivén. La chica gimió y se agarró al tejido de la sábana, arrugando las largas hierbas verdes entre sus uñas azules; me incliné hacia delante, la nariz contra su pelo y la nuca, y la olisqueé mientras la penetraba hasta el fondo. Con su culo apesado entre mis muslos, me elevé haciendo fuerza con los pies para apoyarme en sus hombros, luego me volví: en la ventana, repetido en cada uno de los pequeños cristales cuadrados, vi la imagen de los dos globos blancos de mis nalgas y de la masa rojiza de mis órganos entre ellas, abatiéndose violentamente contra la carne lisa y dorada, apenas visible en el reflejo. Con la mirada puesta en los dos culos soldados en el cristal, aceleré el movimiento; de pronto se apagó la luz, borrando la imagen y sumergiendo el cuarto en tinieblas, por más que abriese los ojos ya no veía nada, y disfruté así apretado contra su pequeño cuerpo ágil, retorciéndole el brazo a la espalda y mordiéndole el hombro, los riñones tensos con todas mis fuerzas contra su culo y estrellas todavía en los ojos.

Me retiré rápidamente y arrojé la funda a un rincón de la habitación; luego

busqué a tientas el teléfono y marqué el número de la recepción. Una voz cansada me respondió excusándose: «Se trata de una avería general, señor. Hacemos cuanto está en nuestras manos. ¿Quiere que le llevemos velas?». Colgué sin responder y me volví hacia la chica, recorriendo su cuerpo con mis manos, aplastándole los senos y metiéndole los dedos en una vulva otra vez seca. Ella se dejó hacer como una muñeca, sin la menor resistencia pero también sin el menor movimiento alentador, lo cual no tardó en molestarme y al final le di la espalda para dormirme, echado sobre el tejido rasposo de la sábana. Cuando volvió la luz me despertó. Tenía la lengua seca y pastosa; aparté el cuerpo flácido de la chica, que dormía con la boca abierta y un ligero ronquido, me levanté de la cama y fui tambaleándome hasta el cuarto de baño, donde momentáneamente cegado por la violenta luz del neón que enseguida apagué, me agaché sobre el lavabo para beber del grifo. Al salir, volví a contemplar a la joven: su cuerpo estrecho yacía inerte en medio del campo de hierbas verdes totalmente arrugado de la sábana; bajo la luz pálida de la lámpara, su piel adquiría un tinte de marfil sucio. Dormía boca arriba, las piernas un tanto abiertas, una mano sobre el pubis; sus pequeños senos estaban ahora allanados, formando como dos platillos blandos sobre el pecho. Tendría que bajar la calefacción, me dije confusamente, pero no vi ningún termostato, ninguna manecilla. Regresé al cuarto de baño, llené dos vasos de agua y los puse sobre el radiador. Luego volví a la cama, tomé una de las piernas de la chica por el tobillo y la aparté, dejándole la vulva expuesta. Dejó de roncar, luego prosiguió. Apartando un poco más la rodilla para despejarle el sexo, me mojé un dedo con saliva y le acaricié los labios violáceos, apartándolos para revelar el corazón color de rosa, y lo hundí girando en su vagina. Su ronquido cesó de nuevo y retiró la mano, pero sin mover nada más. Entonces me eché más saliva en la palma y me agarré la verga medio dura, desplazando mi mano sobre la piel, cada vez más rápidamente, mientras movía mi otro dedo en su sexo ya seco. Ella no emitía el menor sonido, sus manos, puestas sobre el tejido abigarrado cerca de su cabeza, seguían inertes, medio cerradas. Se me empezó a irritar la verga, volví a escupirme en la mano y, a la vez que retiraba el otro dedo, me la meneé contra su vulva hasta disfrutar de un breve espasmo contra su pubis.

Me quedé así un instante, respirando pesadamente, mi verga ya floja todavía en la mano, contemplando las gotas lechosas enganchadas a su pelambre espesa y negra; luego apagué la luz y me acosté sobre la sábana. El ruido del agua me despertó por completo. La luz estaba otra vez encendida y me hallaba solo en la cama. Me incorporé y me vestí; todavía no me había puesto las deportivas cuando la chica salió desnuda del cuarto de baño. Dedicándome una mirada rápida, se dirigió al rincón donde yacía su vestido hecho una bola, lo sacudió y se lo puso por la cabeza. Luego se calzó los zapatos, unas sandalias con tacones, tecleó algo en un teléfono móvil que se sacó del bolso y vino hacia mí extendiendo la mano. «Tengo que irme. ¿Me das el dinero?» Yo la miré con sorpresa: «¿El dinero?». — «Sí, el dinero.» Dio una cifra, una bastante elevada, su mirada sombría, dura y cerrada, clavada en mis ojos. Rápidamente busqué en mis bolsillos, luego saqué las manos: «En realidad no tengo dinero». Su boca se retorció: «¿Te burlas de mí, o qué?». Se puso a gritar una letanía de insultos, de estupideces. «¡Con todo lo que me has hecho y ahora no quieres pagar! ¿Por quién me has tomado?» Yo traté de calmarla: «No es que no quiera, es que no tengo nada». — «¿Qué vamos a hacer, entonces? Y ¿cómo voy a volver a mi casa?» Empezaron de nuevo los insultos, resultaba sumamente desagradable, no sabía cómo desembarazarme de ella: allí seguía plantada, negándose a marcharse, como si el dinero que me pedía fuese a materializarse de un momento a otro. De repente tuve una idea: «Mira, vuelvo la semana que viene y entonces te doy un montón de dinero». Ella me miró con desconfianza: «¿Un montón?». — «Un montón.» — «¿Cuánto?» Dije una cifra ridícula, diez veces superior a la que me estaba pidiendo. La cara se le iluminó como a una niña: «¿En serio?». — «En serio.» Ella rió, se agachó y me besó en la boca: «Ya veo, vas a venir con billetes de banco, de acuerdo». Estaba toda contenta. Volvió a tipear algo en su teléfono, se lo metió en el bolso y me sonrió, mostrando sus dientes blanquísimos. «¡Hasta la semana que viene, entonces!» Me dirigió un gesto amistoso y, de nuevo sonriendo, se largó. Me volví sobre la cama y recorrí con la mirada las molduras de estuco hecho pedazos que rodeaban el techo. Decididamente, me dije, esta chica es un incordio. Finalmente me levanté, me puse las deportivas, las anudé, y

también yo me dirigí hacia la salida. En el umbral vacilé: había dos puertas, una frente a la otra, no me había fijado y no supe por cuál se había ido la chica. Pero no tenía importancia, ella ya se había esfumado y escogí una al azar; tan pronto como se cerró tras de mí, mis piernas se pusieron en carrera, las deportivas pisando el suelo con ligereza. Aquí el ambiente era menos seco que en la habitación y pronto noté cómo el sudor cubría mi piel bajo el chándal, formando en algunos sitios manchas húmedas en el tejido. Todo estaba muy gris, se me nublaba la vista y apenas distinguía nada, tal vez algunos rectángulos un poco más sombríos que lo mismo podrían dibujar nichos o alcobas de nicho que bifurcaciones, yo me esforzaba por permanecer en el centro del pasillo, lo cual no resultaba sencillo pues se curvaba constantemente, a punto estuve alguna que otra vez de chocar contra una pared, pero volvía a orientarme titubeante y sin dejar de correr, daba cada zancada alargando la mano, los dedos abiertos, para asegurarme del emplazamiento de las paredes, y fue así que reparé un poco por suerte en un objeto metálico, un pomo, al parecer, sobre el que mis dedos se cerraron instintivamente para empujar la puerta. Sin soltar la presa, atravesé el umbral. El espacio que allí se abría, un amplio estudio, me acogió como un refugio que atravesé vacilando, apoyándome en las paredes y en las estanterías de libros que las cubrían hasta llegar al gran ventanal del fondo, delante del cual me arrellané en una butaca de cuero negro. Me sentía desorientado, sin pensar en nada pero terriblemente mal conmigo mismo, no era un dolor físico, no, se trataba de otra cosa, una angustia sorda que me turbaba el ánimo y me impedía disfrutar de la apacible vista ante mis ojos: grandes masas de pequeños edificios variopintos, escalonados hasta el doble muro formado por la larga franja azul del mar y la franja más pálida del cielo, virando a gris hacia el fondo del horizonte. Allí permanecí un buen rato, respirando por la boca, para luego levantarme a duras penas de la butaca a pasear por el estudio. Encima del equipo de música encontré una funda de disco, unas viejas grabaciones de conciertos para piano de Mozart, pero no estaba yo para música, tampoco me apetecieron las manzanas, amarillas, rojas y verdes, que había amontonadas en un enorme bol sobre la mesa. Todo me parecía fútil, despojado de sentido y de interés, los libros apretados en las estanterías, las

reproducciones y los grabados que colgaban de las paredes. En un rincón, entre un armario de metal y la biblioteca, advertí un movimiento y me agaché: en ese costado, la alfombra bullía de pequeños insectos redondos y rojos. Al acercarme se dispersaron, huyendo a refugiarse bajo los muebles y abandonando la alfombra en parte devorada; entre sus restos se apreciaba el suelo embaldosado cubierto por un fino polvo gris salpicado de cadáveres resecos de esos insectos. La estampa me llenó de asco, de un horror sordo e impotente, no sabía qué hacer con aquellos bichos que poco a poco se iban apoderando del espacio. Me alejé vívidamente, me serví un vaso de aguardiente y me lo bebí de un trago antes de servirme otro y arrellanarme en el diván, tapizado de cuero negro igual que la butaca, jugueteando entre mis dedos con un purito que no encendí. Había allí un álbum, encima de una mesa baja, lo hojeé distraídamente: de formato horizontal y encuadernado en tela blanca, mostraba a mujeres y hombres desnudos llevando a cabo movimientos diversos descompuestos en secuencias por el dispositivo fotográfico. Un golpe sordo contra el ventanal me hizo levantar la cabeza abruptamente: delante del cristal revoloteaba una paloma aturdida, desorientada, aleteando frenéticamente para permanecer en el aire, recuperar por fin su aéreo equilibrio y desaparecer en un largo desplazamiento vertical. Con el corazón en un puño, seguí mirando durante un instante hacia el lugar vacante, tratando de recuperarme. Por fin volví a bajar la mirada hacia el libro de fotografías y me puse otra vez a pasar las páginas un poco al azar. No me detenía en ninguna en particular, ante mis ojos desfilaban series congeladas de espaldas, de muslos y de culos blancos, atrapados para la eternidad por el disparo sucesivo de los obturadores en posturas que ya no conformaban un movimiento único sino que servían más bien para poner de relieve esos cuerpos blancos y aquello a lo que se reducían, espaldas, culos y muslos.

Hacía fresco en aquel apartamento, casi frío. Registré los armarios buscando algo que comer y me compuse una comida a base de sardinas en aceite, cebolla cruda, pan integral y vino rosado sacado de un frigorífico casi vacío.

Me acabé la botella, el cuerpo tiritando bajo el fino chándal; apenas hube acabado de recoger sentí que se me contraía el abdomen, la comida me revino de golpe, el vino todavía helado mezclado con pedazos de cebolla y de sardinas en una papilla espesa que salpicó el fregadero, eso me calmó un instante y corrí con la mano en la boca al cuarto de baño, de nuevo todo me revenía y acabé de vaciarme en la taza del váter de porcelana blanca, con lágrimas en los ojos, la garganta abrasada por la ácida mixtura y el vientre retorcido por los espasmos. Cuando hube terminado, me enjuagué la boca abundantemente, luego me senté en el suelo para recuperar el aliento. Al final me levanté. En la cocina americana, me serví una buena ración de aguardiente y me la tragué sin respirar, lo cual aumentó la sensación de quemazón pero atenuó el regusto inmundito que todavía me llenaba la boca, lavé mal que bien el fregadero y regresé al cuarto de baño a darme una ducha, me desvestí mientras esperaba a que el agua saliese caliente. Pero mi cuerpo agotado se quedó en el umbral de la ducha, envuelto sin moverse en las volutas de vapor, me costaba situarme, paseé mis manos por los costados, las caderas, las nalgas y los muslos, sin llegar a encontrar el sentido de ese ensamblaje que se desmoronaba y escapaba de mí. Por fin cerré el agua y volví a la habitación a plantarme frente a un gran espejo redondo inclinado al pie de la cama, que era un simple colchón sin somier cubierto con un cubrecama muy fino, en parte deshilachado, bordado con largas hierbas verdes sobre un fondo dorado. En el espejo, mi cuerpo me pareció ilegible, contemplé en abstracto los miembros y el torso y sólo la verga venosa, olvidada e inútil entre los muslos, me pareció que le otorgaba una posición, en cualquier caso era un cuerpo vago, indistinto, y cuando me volvía lo era todavía más, reducido a unas pocas líneas curvas y planas de piel clara que podrían haber pertenecido a cualquiera. Me arrodillé sobre el cubrecama, de espaldas al espejo, con sólo levantar la cabeza veía los globos blancos de las nalgas con la flor amarillenta del ano anidada en medio, apreté los muslos para esconder las pelotas, de tal modo que en mi campo de visión no quedaba más que el trasero, el ano y las hierbas verdes del cubrecama, estiré una nalga y el ano parpadeó suavemente, como si me mirase, abriéndose tal que un iris en su insondable profundidad, deslumbrante, una abertura que me pareció la

única parte todavía entera de ese cuerpo en vías de disolución, tratando en el espejo de reorganizarse a su alrededor. Me humedecí un dedo con saliva y lo pasé sobre el borde de la cavidad, presionando en circulitos, luego cerré los ojos y hundí una falange, el contacto me tranquilizó y empujé un poco más, lo cual difundió en todas direcciones una sensación de bienestar a través de mis miembros helados, dibujándoles una forma, todavía aproximada pero bien real. Sonó el interfono y me saqué el dedo al tiempo que abría los ojos. Esperé. Volvió a sonar, a largos golpes repetidos, chirriantes. Me levanté y, con ese mismo dedo, apreté con rabia el botón: «¿Sí?», ladré. Me respondió una voz de mujer, una voz tranquila y firme, la voz de una mujer rubia, pensé sin llegar a entender de qué forma podría saber algo así. «Señor —dijo—, también yo vivo en este edificio, y su circuito eléctrico tiene unos picos de tensión muy importantes que provocan cortes en las casas de todos los vecinos. Eso tiene que terminar.» La cólera me hinchó la cara y le grité al interfono con voz entrecortada y temblorosa: «Señora, ya he hecho que un electricista cualificado revise el circuito, además dos veces. ¿No cree usted que ya es suficiente?». Quité el dedo del botón con un gesto seco, luego desconecté el interfono para que no pudiese sonar de nuevo. Todavía furioso, desamparado, me eché sobre la colcha acostado boca abajo con los brazos abiertos y me dormí brutalmente.

Cuando desperté estaba tiritando. Me levanté y me cubrí los hombros con aquel tejido hecho jirones, luego recorrí el estudio en la oscuridad hasta llegar ante el gran ventanal. Los insectos rojos debían de haberse vuelto a poner manos a la obra en aquel rincón, pero no me acerqué. Allá abajo, divisé en la negrura un rombo de luz, la ventana de un apartamento vecino que formaba un plano atravesado al bias por un diván largo de tejido blanco sobre el cual acababa de recostarse una joven desnuda, seguida de inmediato por un hombre en erección. Este le levantó las piernas para ensartarla, yendo y viniendo con ritmo regular, brusco y casi mecánico, luego la puso de rodillas y repitió su movimiento, siempre al mismo ritmo. Al cabo de un momento volvieron a cambiar de posición, esta vez fue él quien se sentó en el diván y

ella la que se puso en cuclillas sobre él, pero el ritmo seguía siendo idéntico, casi cómico, el ritmo de una vieja película de Buster Keaton rodada a dieciséis imágenes por segundo, y de ese modo fueron encadenando figuras como si estuviesen probando de forma sistemática todas las posiciones propuestas por una revista femenina o un manual alemán de armonía de la pareja, yo miré todavía un momento las lunas redobladas de sus culos, frente al rombo luminoso del cristal, hasta que me cansé y volví a echarme en el colchón, de nuevo envuelto en el cubrecama que me protegía un poco del frescor nocturno. Soñé con trabajos interminables y mal acabados, y también con una mujer rubia, mi madre o mi mujer, no acababa de tenerlo claro, que ni sabía conducir ni quería aprender. Al despertar de nuevo, una luz fría se derramaba sobre la habitación, haciendo centellear la trama dorada del tejido pero sin el menor calor. Me levanté y me vestí en unos pocos movimientos, mordisqueé la primera manzana del bol que cayó en mis manos y me dirigí hacia la puerta. En el momento de abrirla vacilé, la mano en el pomo, algo había que me retuvo vagamente, puede que la voz de la mujer en el interfono, pero fue una sensación fugaz que se desvaneció tan rápidamente como había aparecido, cerré la puerta y salí. Inmediatamente, una suave tibieza invadió mis miembros y, súbitamente relajado, me puse a correr a un paso regular y poco rápido, los codos pegados al cuerpo, mirando al suelo delante de mis pies, tan gris y difícil de situar como las paredes o el techo, casi invisible en la oscuridad, si es que había uno, quién sabe, tal vez aquel largo pasillo se abriese al exterior, no podía estar seguro de nada. De vez en cuando, una de mis mangas rozaba una pared y yo corregía la carrera por reflejo, esforzándome por seguir la curva imperceptible sin desviarme, sin prestar atención a las zonas más oscuras que lo mismo podrían haberse revelado como huecos que como refugios de seguridad o acaso como otros pasillos. No experimentaba la menor dificultad, respiraba a gusto, llenando mis pulmones e irrigando de oxígeno mi cuerpo que avanzaba a paso ligero, uniforme, regular. En una de las paredes me llamó la atención una manchita brillante, era el pomo de una puerta, la abrí y atravesé el umbral sin aminorar la marcha. Dos pasos más allá tuve que parar en seco para evitar tropezar con un hombre desnudo que me dio las gracias con una mirada reptiliana, a la vez

desconcertada y vacía, y que luego retrocedió un paso y se alejó. Otro hombre, los brazos y los muslos cubiertos con motivos abstractos tatuados con tinta negra, acababa de desvestirse, otro estaba tirando de su verga y sus pelotas para hacerlos pasar por una especie de anillo metálico. El aire era acuoso, cargado de humedad, pero aquí hacía más fresco que en el pasillo, yo seguía sudando y empecé a desnudarme, abrí una de las numerosas taquillas que cubrían las paredes y metí la ropa dentro. Un joven empleado me tendió una toalla, unas chanclas y un candado, cerré la taquilla y me ceñí la toalla a los riñones, luego seguí a los otros tipos que habían desaparecido en la oscuridad, al fondo de la pequeña sala. El suelo, embaldosado y húmedo, resbalaba un poco, un olor indefinible, molesto, llenaba el aire, desemboqué en una barra de bar en la que había algunos hombres, bien en toalla bien totalmente desnudos aparte de las chanclas. Un joven sonriente y orgulloso, de pelo rizado con reflejos pelirrojos, sus pezones perforados con sendos aritos, se acercó a mí y me pasó la mano por encima del hombro: «¿Qué bebes?». — «Lo que tú quieras.» Mientras el barman nos preparaba los cócteles, mi nuevo amigo me miró de arriba abajo con aire desconfiado; cuando probé el gin-tonic, claro, fresco, chispeante, casi amargo, se acercó a susurrarme unas palabras al oído: «¿Vienes a menudo?». — «No sé. Depende.» — «No recuerdo haberte visto. Pero es cierto que aquí uno no viene a mirar.» Se alejó para reunirse con sus compañeros y me dejé bebiendo solo. Me terminé la copa y enfilé la escalera que llevaba al piso de abajo. El olor se iba haciendo más intenso a medida que descendía, también más preciso, aquello olía a pies y a sudor rancio de macho mezclado con fuertes efluvios animales, rastros de esperma y de mierda. Abajo, abriéndose hacia varios lados, se abría un sombrío dédalo de pasillos, cabinas y escondrijos, guardado por un coloso de piel negra, desnudo e inmóvil. Contemplé su cara impasible, su pecho musculoso, su verga larga y gruesa, luego me dirigí hacia las duchas donde me enjuagué el cuerpo para sentarme luego en una cabina muy caliente, llena de vapor. Otros hombres la compartían conmigo, nadie hablaba, no me quedé mucho tiempo, salí a ducharme otra vez y, las chanclas repicando sobre las baldosas, volví a dirigirme hacia el cancerbero negro, que parecía no haberse movido un

centímetro. Al llegar a su altura vacilé, luego le rocé la cadera; él se rehizo de un solo movimiento, la mirada igual de cerrada, no insistí y me adentré en el laberinto, avanzando a pasitos en la penumbra. Aquí y allá había hombres, la inmensa mayoría en toalla, sus siluetas apenas discernibles en la oscuridad, algunos de pie en el pasillo, otros sentados en una cabina, las manos sobre la verga o bien detrás de la nuca. Tal como me iba cruzando con ellos escuchaba como un murmullo imperceptible, puede que fuesen palabras aunque imposibles de entender, o puede que no fuesen más que sonidos inarticulados, estertores entrecortados de gritos balbucientes. En un cuarto, apenas menos sombrío que los pasillos, varios muchachos desnudos y relucientes de sudor se manejaban alrededor de otro, suspendido con las piernas al aire en una especie de hamaca de cuero; más allá, en una pequeña cabina sin luz, un hombre de hombros peludos y poderosa espalda, acuclillado sobre los muslos de otro, hacía ir y venir sus riñones sin el menor sonido. Traté de abordar al azar a uno de los tipos apostados en el pasillo, posando mi mano en su pecho, pero la rechazó sin decir una palabra y seguí mi camino, repitiendo la operación con los otros con los que me fui cruzando, sin mejor suerte. Despechado, me aventuré en una cabina donde un hombre desnudo, imberbe, más bien graso, estaba acostado sobre una banqueta, la toalla sobre la cara; me acerqué, él no reaccionó, yo le puse la mano en la verga floja: ningún movimiento acogió el contacto, ni siquiera un estremecimiento. Tomé la verga y las pelotas entre mis dedos y las acaricié, el tipo seguía sin moverse, me agaché y me llevé la verga a los labios, seguía estando floja, la rodé en mi boca apretándole las pelotas, luego me puse a chupársela, mamando como si se tratase de una ubre, pero no había nada que hacer, no se le ponía dura, al final me retiré y dejé allí al hombre repantigado para retomar mi trayecto a través del pasillo. Al fondo, descubrí una pequeña sala redonda con un estanque de agua lleno de burbujas: mi nuevo amigo, el que me había ofrecido una bebida, estaba allí sumergido hasta el pecho en compañía de otros dos tipos, aspirando por la nariz con una paja de cristal un polvo blanco dispuesto en líneas sobre una bandejita. En cuanto me vio me ofreció la bandeja y la paja, sin una palabra; yo la acepté y lo imité, inspirando primero una línea, luego otra; un escalofrío me atravesó el cuerpo,

le pasé la bandeja a su vecino y me incorporé, torcido nerviosamente sobre mis muslos, alisando con una mano la toalla sobre mi cadera y mi nalga. Me hubiese gustado meterme con ellos en el agua pero no había sitio; así que me volví y me adentré de nuevo en el laberinto. Aquí y allá había hombres chupándose la verga, lamiéndose el culo o penetrándose, sólo unos pocos estaban solos y estos, inexplicablemente, despreciaban mis insinuaciones, parecían preferir seguir solos, atiesados en la negrura, los ojos vacíos, acariciándose concienzudamente. En el cuarto de la hamaca, el joven efebo suspendido se hallaba ahora solo, repantigado con la cabeza hacia atrás, las piernas colgando, el cuerpo maculado de esperma y jaspeado por rastros de golpes o quemaduras de cigarrillo, vaciado, inerte, perdido en otro espacio. Yo hubiese podido levantarle las piernas y ensartarlo a mi vez, pero preferí permanecer allí mirando cómo gemía despacio, replegado en sí mismo, ido, muy lejos, cuánto me hubiese gustado estar en su lugar, no obstante al parecer yo no acababa de controlar las oscuras reglas de aquel lugar porque nadie quería nada conmigo. Me acosté un buen rato desnudo en una cabina, el culo girado hacia la entrada, la cocaína zumbando a través de mi cuerpo, y sin embargo nadie vino a acariciarme ni a tomar aquello que de tan buen grado yo ofrecía, de vez en cuando sentía una presencia vaga en la abertura pero cuando me volvía ya había desaparecido; exasperado, acabé por levantarme, en otros sitios fue igual, el gigante negro de la entrada, cuando me puse en cuclillas delante de él y me metí en la boca su verga pesada y venosa, me soltó una bofetada que me hizo caer sobre las nalgas, en el cuarto del fondo mi amigo me volvió a dar cocaína sin mover una ceja, no obstante nadie me hizo sitio en la bañera, la confusa excitación que me atravesaba el cuerpo no me permitía relajarme y me empujó a darme otra vuelta por el laberinto, otra vez vana, mis miembros enervados y tensos a rabiar.

Fui a darme otra ducha; el agua fría me golpeaba el rostro, lo imaginé prematuramente envejecido, marchito, agotado por el deseo. Cuando volví a salir me fijé en una puerta, más allá de la sauna y del laberinto, en la que antes no había reparado: detrás de una gran pared de cristal, de pie en la

penumbra, una decena de hombres desnudos se entrelazaba en un solo abrazo. Los miré un momento, fui a unirme a ellos, y esta vez nadie hizo el gesto de rechazarme. Muy rápidamente, la masa de cuerpos me atrapó, había manos que corrían sobre mi cuerpo y me masajearon las nalgas, había dedos húmedos que me amasaban el ano, caras mal afeitadas que apretaban sus labios contra los míos, bocas que me chupaban y luego me mordisqueaban dolorosamente los pezones, mis propias manos que encontraban a tientas otras vergas enhiestas y las acariciaban, el olor a sudor y a carne que me embriagaba y me hacía perder pie, entonces me puse en cuclillas, una verga hasta el fondo de la garganta, otra que me frotaba la mejilla, una tercera pegada a mi frente, puños poderosos que me cogían por el pelo y la nuca y manejaban mi cabeza, sexos que me daban golpes en los labios redondeados y se metían hasta el paladar medio asfixiándome, luego se retiraron y un par de nalgas peludas ocuparon su lugar apoyadas contra mi cara, saqué la lengua y absorbí el gusto acre y amargo del ano, otra lengua, golosa, hacía lo mismo con el mío, retorciéndose mientras varias manos me abrían las nalgas, poco a poco me hallé atropellado en el suelo, con un brazo o un pie que bloqueaba mi nuca y levantaba mi culo para endilgarme una primera verga, yo gruñí en vano ante la presión, pues me levantaron la cabeza para meterme otro miembro en la boca, los dos sexos iban y venían en mí, desmembrándome y llenándome de una luz blanca que me incendiaba de arriba abajo, haciéndome temblar de placer a tal punto que unas manos tenían que sostenerme para que no me derrumbase, el hombre de detrás de mí me forzaba, a grandes golpes sordos, el culo sostenido casi en vertical, al final se puso completamente tieso, llevado por el goce, su sexo se vació, se estremeció y se acabó ablandando hasta retirarse de golpe, arrastrando tras de sí el látex flácido del preservativo lleno de esperma, otro vino a ocupar su lugar y todo volvió a empezar, también en mi boca se iban sucediendo las vergas, había perdido toda noción del tiempo, un hombre disfrutaba brutalmente sobre mi cara y el esperma, pegajoso, me cubrió las órbitas y los labios, yo lo sequé mal que bien y batí los párpados para despegarlos, estaba rodeado de fragmentos de cuerpo, manos, muslos velludos o bien lampiños y tatuados, sexos gruesos, enhiestos y desmochados, cerré los ojos y me abandoné a todos aquellos

miembros que me trituraban, me perforaban, me abrían todavía más, mi cuerpo me parecía desmesuradamente redondeado, ensanchado como una corola hinchada de savia, irritado y arqueado por las descargas de placer que lo tensaban hasta romperlo para luego soltarlo de golpe, repitiendo en el mismo instante sus pulsaciones crecientes, lo cual revolvía mis sentidos y agotaba mis músculos que cada vez temblaban más, volví a abrir los ojos, la pared de cristal, junto a mí, reflejaba indistintamente el entrelazamiento de los cuerpos, no se podía distinguir nada con precisión más allá de los culos, superpuestos y brillando como lunas; detrás del cristal también había una figura, difícil de distinguir, finalmente lo conseguí, era un niño, un muchachito rubio, de rostro afilado y completamente desnudo, que nos miraba a través de la pared de cristal con los ojos abiertos, los labios tercos, pertinaces. Me quedé helado, la cara también permaneció inmóvil, a mi alrededor el tropel de los cuerpos seguía pataleando, mascullando, jadeando; un difuso malestar se apoderó de mí, desprendiéndome de mi propio cuerpo. ¿Qué hacía aquí ese muchacho?, me pregunté. ¿Acaso la entrada al establecimiento no estaba prohibida a los menores? El muchacho, mudo y obstinado, no dejaba de mirarme y yo intenté librarme del hombre que me penetraba con brutalidad, pero sus manos se hicieron fuertes sobre mis caderas y me mantuvieron despiadadamente remachado a su miembro, que iba y venía a un ritmo desenfrenado, en vano lo rechacé, el niño seguía sin dejar de mirar, yo estaba subyugado por el pánico y forcejeé con mayor fuerza, otras manos vinieron a retorcerme los brazos y a estrujarme de nuevo en el suelo, un pie me aplastó la cabeza contra las baldosas mientras la verga se retiraba de golpe para rociar mi culo de lefa y llegaba otro a reemplazarlo y deleitarse en mí, entonces volví a cerrar los párpados, borrando al niño y los órganos que me rodeaban, y me abandoné a la tempestad de la carne, mi cuerpo como arrancado de sí mismo, salpicando cuanto lo rodeaba, llevado por un mar negro y desencadenado.

Cuando otra vez abrí los ojos estaba solo, echado sobre las baldosas. Me volví boca arriba y me cubrí instintivamente el sexo con las manos, como

para protegerlo de unos golpes que habían cesado. Avalanchas de esperma se secaban sobre mi piel, me maculaban la cara, los cabellos. Pensé entonces en el hombre joven de la hamaca, abandonado a sí mismo; también yo, ahora, debía de presentar esa misma apariencia convulsa. Pero mi espíritu no alcanzaba a desprenderse de mi cuerpo, molido, magullado, estupefacto. No había llegado a gozar e intenté vanamente meneármela, pero mi verga se negaba a endurecerse y al final me levanté y fui a ducharme. Me quedé un buen rato bajo el chorro de agua, las piernas todavía temblorosas, los miembros quebrantados por el cansancio, abandoné mi cabeza y la nuca bajo el flujo que poco a poco iba enjuagando toda la suciedad pegada a mi piel y confortando mis músculos. Por fin cerré el grifo y me dirigí hacia la escalera. Mi toalla había desaparecido, me paseé desnudo, todavía mojado. De camino, me crucé con varios hombres, no me prestaron la menor atención y yo no tenía forma de saber si formaban parte de los que se habían servido de mí, aunque eso no me generaba más que una vaga curiosidad, casi abstracta. En el bar, pedí una toalla, me sequé y me envolví los riñones, luego pedí otro gin-tonic que fui a beberme a sorbitos en una banqueta de polipiel, frente a una pantalla de televisión en la que pasaban sin voz escenas pornográficas. Las imágenes, cambiantes y repetitivas, desfilaban ante mis ojos que de vez en cuando las examinaban de forma mecánica, aunque enseguida resbalaban sobre su superficie, sin comprometerse, de pronto tan indiferentes a las series de vergas enhiestas penetrando series de culos redondos y blancos como a las grandes fotografías de extensiones de altas hierbas, brillantes sobre un suelo dorado, que cubrían la pared de detrás de la barra. Aparte del camarero, no quedaba mucha gente, no lejos de mí un hombre se tomaba un refresco meneándose el miembro con hastío y mirando a la pantalla con ojos tristes, me acabé el cóctel, me levanté y regresé a los vestuarios. Mi cuerpo seguía vibrando, abotargado de sensaciones pero todavía febril, tenía la vaga esperanza de volver a cruzarme con mi amigo el de los pezones perforados, el que me había pagado una copa al llegar, yo también quería invitarle a una y, luego, acariciar con gula el hermoso cuerpo de raza de uno de sus compañeros, pero no había nadie, así que también yo recogí mi ropa de la taquilla, me la puse y me dirigí hacia la puerta; tan pronto como se cerró tras

de mí empecé a correr. El esfuerzo revitalizó mis músculos exacerbados, sentí cómo se iban aflojando y encontrando un equilibrio natural que me propulsó a un paso ni demasiado lento ni demasiado rápido, constante, ritmado por la respiración sibilante entre mis labios. En la semioscuridad que aquí reinaba, más que ver adivinaba las paredes del pasillo, parecían curvarse y me tocaba ir corrigiendo la trayectoria para no tropezar, con cierta regularidad unas partes más oscuras parecían sugerir nuevos pasajes o acaso una especie de subterráneo, yo las ignoraba y corría con la mente en blanco, sin pensar en nada, contento del gozoso despliegue de mi cuerpo que con tanta naturalidad se ajustaba al desarrollo de aquel espacio al parecer infinito, me sentía como un niño libre de toda limitación y sin preocupaciones, aquí y allá mis dedos golpeaban con agrado las paredes, un poco porque sí y otro para orientarme, y fue así que dieron con una especie de saliente metálico, un pomo parecía, y a él me agarré para empujar una puerta, abrirla y atravesarla sin aminorar la marcha, de un salto ágil. Me hallé entonces en un rellano lleno de roña y de pares de zapatos abandonados en desorden. Había otra puerta, esta de metal, ligeramente entreabierta: me quité las deportivas y la abrí. Una mujer velada, su cuerpo generoso escondido bajo un vestido largo y oscuro, dio un gritito al verme entrar: «¡Ay, hijo mío! ¡Tú aquí! Ay, me tenías preocupada. ¿Así es como sales? No, hijo mío, no, vas a coger frío. Ven conmigo». Me metió en un cuarto con cajas de manzanas y sacos de harina encima de una cama, hurgó en un armario y sacó un gran anorak negro, usado pero bastante limpio. «Ten, toma esto. Esto también», añadió tendiéndome un gorro de lana negro. Yo abrí por fin la boca: «Gracias, tía. ¿Hay algo de comer?». Su cara se ensombreció. «Ya no queda casi nada, y no me ha dado tiempo de cocer pan. Puedes coger unas manzanas, si quieres.» — «No, gracias, está bien.» Me llevó entonces a un salón con pequeños colchones y cojines de color canela y aguacate, decorado con motivos florales dispuestos a lo largo de las paredes; la enorme estufa de hierro colado que había en medio de la estancia no desprendía ningún calor, aquí reinaba un frío lleno de humedad; yo temblaba, me senté con las piernas cruzadas, acurrucándome contra los cojines y frotándome las manos. Una gran detonación, sorda, a lo lejos, hizo vibrar el cristal, pero ninguno de nosotros

dos le prestó atención. La mujer me tendió un viejo teléfono móvil. «Toma, te lo había guardado. También lo he cargado, le hacía falta.» Le di las gracias y lo encendí, fui directamente a la carpeta de fotos y la revisé de prisa, mi pulgar iba haciendo pasar una tras otra imágenes de cadáveres, de heridos agonizantes, de edificios devastados. La mujer seguía hablando: «He visto los vídeos que colgaste el otro día en internet. Está bien, está muy bien. La gente tiene que saber qué es lo que hace el régimen con nosotros». Meneando la cabeza como respuesta a esas palabras, revisé la memoria: el teléfono estaba casi lleno, si no lo vaciaba no podría seguir filmando. Llamaron a la puerta y la mujer se levantó para ir a abrir. Oí unos saludos amortiguados, puse el aparato en reposo y me lo guardé en un bolsillo del anorak; entró un camarada, un joven mal afeitado de hermosos ojos chispeantes, vestido con chaqueta de faena encima de un chándal chillón, rojo y azul con franjas satinadas. «Hola –dijo con una sonrisa crispada–. ¿Estás listo?» Se había metido las manos en los bolsillos de la chaqueta, le devolví el saludo sin tenderle la mía. «Sí, ya estoy, creo. Pero voy a necesitar un ordenador.» — «Lo veremos esta noche. Los funerales están a punto de comenzar.» Me levanté: «Pues entonces, vamos». En el rellano, los dos nos pusimos nuestras deportivas sin deshacer los cordones; la mujer me contempló apretando fuertemente las manos y murmuró emocionada: «Que Dios te guarde, hijo mío. Que Dios te guarde». Fuera, lloviznaba. Yo tirité de nuevo y miré los pequeños edificios acribillados a tiros, el callejón atestado de escombros, el cielo gris y triste. El joven había abierto la portezuela de delante de un viejo coche desvencijado, la pintura malva estriada y desconchada: «Adelante, hermano, siéntate ahí». Yo vacilé: los asientos de detrás, sobre todo el del medio, me parecían más seguros. «Ve tú delante –le propuse por fin–. Yo iré detrás.» Él volvió a sonreír, con maldad: «No, no. Eres nuestro invitado». Me encogí de hombros y me puse al lado del conductor, que me saludó alegremente, sus dientes blancos brillando en medio de una barba poblada; los otros dos jóvenes que había sentados detrás también me saludaron, luego se apretujaron para dejar sitio a su amigo. En el callejón, mientras zigzagueaba con una mano para esquivar los vehículos aparcados, un asno y varias mujeres y niños que caminaban pegados a las paredes, el conductor

puso una cinta de casete, una melodía tierna y animada. Fumaba sin mover los labios, el cigarrillo clavado en la barba; me dirigió una mirada guasona y yo me aparté hacia la puerta girándome hacia él y alzando el teléfono para tomarle una foto. Delante de nosotros, varios hombres armados y vestidos con piezas de uniformes disparejas bloqueaban la calle; el chófer bajó la ventanilla e intercambió algunas palabras con ellos; luego volvió a arrancar a toda marcha, giró y aceleró. Ante nosotros se abría una amplia avenida que atravesamos en tromba, dando un gran bandazo para esquivar el chasis de una moto tirada en el suelo mientras uno de los muchachos de detrás murmuraba una breve oración: «En nombre de Dios, en nombre de Dios». El coche se adentró en un callejón; «¡Dios es grande!», exultó el conductor dando un frenazo brutal. Detrás de mí, los jóvenes repetían jovialmente la frase «Dios es grande, Dios es grande».

El muerto era un chaval de trece años, abatido la noche anterior por un tirador emboscado mientras cortaba madera ante el paso de su puerta. Su hermano mayor y sus amigos, el cuerpo sacudido por los sollozos, rodeaban el ataúd abierto, arreglaban las flores de plástico dispuestas sobre el cadáver y le acariciaban las mejillas con una ternura infinita, desesperada. El padre se mantenía a una cierta distancia, rodeado de allegados, los brazos cruzados sobre el pecho, recogido en su dignidad y en su dolor. Yo disparé algunas fotos; mi compañero, plantado ante el catafalco, declamó un rápido discurso; los otros muchachos lo filmaron. Después de la oración, la muchedumbre invadió la calle, el ataúd llevado a hombros por dos filas. Nosotros seguimos a la comitiva a pie, entre los eslóganes vengadores y las apelaciones a Dios que escandía la muchedumbre. El cementerio se encontraba del otro lado, en dirección a la ciudadela, más allá de unos callejones estrechos que el vaho sombrío y amarillo de la niebla matutina volvía todavía más grises. Bamboleante como una barca, el ataúd pasaba de mano en mano por encima de las cabezas; ya cerca del cementerio, los combatientes dispararon algunas ráfagas al aire mientras la muchedumbre se desperdigaba y los niños se deslizaban entre las piernas de los mayores para recoger los cartuchos

ardientes. Era un lugar peligroso: sólo los allegados acompañaban al cuerpo. También mis compañeros siguieron al ataúd a través de una brecha practicada en la pared del cementerio, pero yo me tomé mi tiempo. Mi camarada se volvió con una mirada sorprendida: «¿No vienes?». — «No serviría de nada — dije avergonzado mientras le enseñaba el teléfono—. Está casi lleno, no me queda memoria.» Él me miró con desprecio y frialdad: «Y entonces, ¿para qué has venido?». Luego también él desapareció por la brecha. Yo me apoyé en la pared con las manos en los bolsillos, contemplando el vaho que mi aliento generaba; a lo lejos resonaron unos tiros en la bruma; con cada detonación, mis hombros se crispaban por reflejo y yo hundía la cabeza entre los hombros, avergonzado pero incapaz de controlar el movimiento. Poco a poco, el frío húmedo fue atravesando mi anorak hasta que me aparté de la pared y empecé a dar golpecitos en el suelo con el pie, turbado por aquella sorda inquietud, que se negaba a abandonarme, y por el temblor de mis miembros. Finalmente, los hombres volvieron a aparecer por la brecha, emergiendo de la niebla y las tumbas esparcidas en el lodo para volver a salir a la calle formando una fila. Ante los allegados del chaval muerto se formó una hilera a la que yo me uní para murmurarles unas palabras de pésame, luego retrocedí para tomar por lo menos una foto; el chófer, que había venido por nosotros al volante del coche, no tardó en tocar el claxon; las portezuelas todavía crujían cuando arrancó en tromba. De nuevo encadenábamos callejones atestados de escombros y grandes avenidas que había que atravesar pisando a fondo para esquivar los tiros. Una camioneta bajaba por la calle en dirección a nosotros y a toda velocidad; el chófer dio un volantazo sin siquiera frenar y los vehículos se rozaron entre las carcajadas de los muchachos; en cuanto a mí, era como si el corazón se me escapase del pecho. A lo lejos, se habían reanudado los bombardeos, unas detonaciones sordas bastante espaciadas. No tenía ni idea de adónde íbamos, veía desfilan la ciudad en ruinas con una angustia indecisa. Ahora avanzábamos por una larga avenida que no debía estar demasiado expuesta; de repente, el conductor giró a la derecha, se metió detrás de un edificio y apagó el motor. Salimos todos del vehículo; delante resonaban los tiros, breves pop-pop iguales al ruido de un corcho de champán cuando descorchas la botella;

luego, una detonación mucho más cercana me sobresaltó, un estruendo súbito, como un andamio que de pronto se desmoronase. Los muchachos empezaron a correr cámara en mano y yo los seguí. Resonó otra explosión que hizo saltar algunos cristales; niños que salían pitando en todos los sentidos, hombres que gritaban; traté de tomar una o dos instantáneas, pero la confusión era tal que no logré ni encuadrar. Uno de los muchachos me cogió por la manga y me arrastró hacia un callejón más estrecho. Delante de nosotros, varios combatientes agrupados alzaban las manos por encima de sus cabezas; otros dos, de pie sobre un alero de hormigón, bajaban a un compañero herido sujetándolo por un brazo y una pierna. Yo me coloqué detrás del grupo y levanté el teléfono: el herido, un hombre de rostro enjuto y barbudo, todavía tenía los ojos abiertos, su mirada era terriblemente lejana, como si fuese ajeno por completo a lo que le estaba sucediendo. Pulsé el disparador justo en el momento en que el grupo del suelo se disponía a recogerlo, como un Cristo descendido de la cruz. Pero el joven de la cámara volvió a tirarme del brazo; jadeando, nos colamos entre dos camionetas para meternos en un patio no muy grande lleno de gente sobreexcitada con las manos y las ropas maculadas de sangre; a un lado había un civil más bien gordito en cuclillas, contra la pared, los puños apretados sobre las rodillas y dando alaridos interrumpidos mientras miraba al cielo. Dentro del local era mucho peor. Varios hombres con camisetas color menta agrupados alrededor de una mesa de operaciones, atareados sobre un muchacho de torso desnudo cubierto de sangre, la base del cráneo atravesada por una bala, retorciéndose sin decir ni mu, encabritándose, incorporándose para vomitar un raudal de sangre, volviendo a desplomarse con los ojos desorbitados. En el suelo había acostados otros heridos; un viejo con bigotes levantó un brazo en un gesto implorante, junto a él, una mujer apoyada en las manos, la cabeza cubierta por un velo blanco deshecho y ensangrentado, la cara perdida manchada de grandes gotas rojas, como si una piedra arrojada a un charco de sangre la hubiese salpicado. Cerca de ellos andaba un gatito gris, bebiendo a lengüetadas de la sangre que fluía e iba formando un charco brillante sobre las baldosas. Los jóvenes que me habían llevado allí paseaban sus objetivos sobre los heridos, filmando bajo para dejar fuera de campo los rostros de los

sanitarios; yo me arrellané en un rincón y, para mantenerme ocupado, revisé las fotos que ya tenía, tratando de decidir cuáles podía borrar. Los cristales se vieron sacudidos por nuevas explosiones. En la calle tocaban el claxon de forma frenética; corrí a la puerta del pequeño patio y levanté el teléfono justo a tiempo para fotografiar un cadáver que descargaban de culo de una camioneta, la cabeza por delante, para dejarlo en la acera sin contemplaciones. Toda la parte trasera de la camioneta parecía tapizada por pedazos de carne, colgajos de músculos mezclados con gruesos coágulos formando una inmunda gelatina color rojo oscuro. Aunque visto en la pantallita de mi teléfono ese espectáculo horrible perdía toda su gravedad, empujándose y adquiriendo un tinte casi abstracto, sin embargo, y eso es algo que yo sabía, seguro que no desmerecería cuando fuese descargado y difundido y apareciese en las pantallas del mundo entero, llegando a arrancarle a algunos de cuantos lo contemplasen unas lagrimitas de horror, que a su vez quedarían olvidadas en cuanto hiciesen el gesto de pasar a la imagen siguiente.

Cuando bajé por fin el teléfono me di cuenta de que estaba muerto de hambre. No había probado bocado en todo el día y recordaba con amargura las manzanas que rechacé por la mañana. Regresé a la clínica improvisada, donde las cosas se habían calmado un poco. Tanto el joven herido en la cabeza como el viejo habían sido evacuados a una clínica mejor equipada, una enfermera limpiaba la mesa de operaciones con una esponja y desinfectante; tomé rápidamente una última instantánea con una segunda mesa dispuesta al través, las baldosas blancas maculadas de huellas ensangrentadas y los charcos rojos a lo largo de la pared, luego agarré a mi compañero por el brazo: «¿Crees que podemos comer algo?». Fue a hablar un momento con uno de los médicos, quien, pistola al cinto, terminaba de coser una cuchillada en el brazo de una mujer mayor, luego se volvió hacia mí: «El doctor va a llevarnos a comer a su casa. Aprovecharemos para recoger algunos testimonios». El médico vivía dos calles más allá. Mientras su mujer preparaba la comida en la cocina, él, la parte inferior del rostro oculta por una

máscara de cirujano, empezó a narrar ante las cámaras los estragos causados a lo largo de la mañana por los francotiradores gubernamentales apostados al final de la gran avenida. Su relato se vio interrumpido casi enseguida por un claxon frenético y a continuación por un joven combatiente que asomó la cabeza por la puerta para gritarle unas palabras. Se levantaron todos como un solo hombre y corrieron hacia el puesto de primeros auxilios sin siquiera darse cuenta de que yo me quedaba allí sentado, demasiado agotado y muerto de hambre para pensar en otra cosa que no fuese el alimento que estaban preparando. Al cabo de un rato volvieron; mi camarada, al verme allí sentado, me miró con extrañeza pero no dijo nada. La comida todavía no estaba lista y el médico retomó su narración. En el callejón seguían sonando los pitidos de los coches. Yo no podía más de hambre, mi cuerpo apenas me obedecía, pero esta vez mi camarada me tiró con rabia del brazo, no había elección, así que me levanté de mi asiento para seguir a mis compañeros. Dentro de la pequeña clínica el caos era tal que me llevó un tiempo ordenar mis impresiones. Un herido resistía como podía sobre una de las mesas, otro, sentado por los suelos, se desgarraba los pantalones con calma; sobre la segunda mesa, justo delante de mí, un joven guapo y medio desnudo, el torso acribillado de pequeños agujeros, hipó y murió incluso antes de que pudiese enfocarlo con el teléfono. Cerca de la estufa había acostados dos cuerpos descubiertos: con una bocanada de angustia reconocí al joven herido en la cabeza y al viejo de los bigotes, debían de haber muerto en el camino y los habrían devuelto aquí. Detrás de ellos, uno de los que me acompañaban lloraba desamparado; los otros dos, lívidos, seguían filmando. Unos hombres depositaron al recién fallecido junto a los otros dos y yo los fotografié a los tres, un poco al azar. El herido del suelo se había subido a una banqueta y se hincaba una jeringa en el muslo para luego empezar a coserse un tajo con una sonrisa irónica. Mi pavor iba en aumento, me costaba respirar; levantar el teléfono y darle al disparador parecían los únicos gestos de los que era capaz; pero otra vez la memoria estaba llena. Salí. Estaba temblando, mantenerme en pie me costaba un esfuerzo innombrable; un combatiente me echó una ojeada y, sin una palabra, me ofreció un cigarrillo encendido; apenas había tenido tiempo de cogerlo cuando una enorme detonación me ensordeció y, por la sorpresa, me hizo

soltar el cigarrillo; cuando dejé de parpadear, distinguí una nube de humo al final de la calle, unos cientos de metros más allá. Mi camarada me había alcanzado y me cogió por el codo para tirar de mí hacia el lugar de la explosión; por un instante traté de resistirme, pero él me sacudió con furia y tuve que dejarme llevar. Mujeres y niños huían hacia nosotros aterrorizados, pasaron a nuestro lado sin detenerse; vi una vieja tartana azul zafiro cubierta de yeso y polvo de hormigón que iba tropezando con los escombros, luego a cuatro hombres que arrastraban sobre un colchón el cuerpo retorcido de un muerto, sus manos cubiertas de polvo rebotando sobre el asfalto. La calle frente al edificio alcanzado estaba llena de cuerpos, las puertas abiertas de par en par seguían vomitando gente cubierta de polvo entre gritos; el miedo a un segundo obús estremecía con estridencia cada fibra de mi cuerpo, todos mis músculos llamaban a la huida, me contuve mal que bien y me esforcé por seguir a mi camarada intentando en vano descartar fotos para dejar espacio en el teléfono. Delante de mí yacía boca abajo el cadáver de una mujer joven desnudada por la explosión; el polvo crudo que le cubría el cuerpo iba absorbiendo la sangre, su trasero, blanco en medio de los escombros, cautivó mi mirada, pero algo me retenía y no pude fotografiarla, por fin acudió un hombre y le echó torpemente una lona verdusca por encima. Yo escalé como pude los bloques de hormigón y las varillas de hierro retorcidas para meterme en el edificio. Una media docena de hombres se manejaban como podían en la escalera devastada, manteniendo un precario equilibrio para pasarse de mano en mano a un hombre joven con la cabeza echada hacia atrás y la cara roja de sangre. La explosión debía de haber destrozado el hueco de la escalera, el día vertía su luz desde las alturas, alumbrando el brazo alzado y la cara del chico más alto, que contemplaba con desconcierto el descenso del cuerpo. Me atenazó un terror violento, una irresistible necesidad de esconderme, todo me parecía frágil y peligroso, aquellas paredes de hormigón no protegían de nada, eso yo lo sabía, en cualquier momento yo mismo podía verme como la chica de la calle, igual de púdicamente escondido bajo una lona, sepultado bajo los escombros, o simplemente volatilizado. Me volví hacia mi camarada y estudié sus rasgos, tensos pero firmes; la vista de su mirada sobre la mía me asustó y lo fotografié a modo de

autorretrato soñado, luego dije despacio: «¿Nos vamos o qué? Creo que va siendo hora». Él me clavó la mirada, esta vez sí, con evidente desprecio, y continuó filmando la escena. Confuso, volví a salir del edificio; en la calle, numerosos cuerpos bajo lonas se alineaban sobre la acera, los hombres corrían en todas direcciones gritando frases breves, interjecciones llenas de una brutal desesperación. Las manos me temblaban violentamente, apenas conseguía sujetar el teléfono. Otros muchachos jóvenes se habían unido a nosotros, filmando la escena desde la calle, también mi camarada salió del edificio en ruinas, cerrando con gesto seco el visor de su cámara: «Está bien, aquí ya tenemos bastante». Sus ojos escudriñaron los míos, inquisidores, hostiles. «Vamos a continuar en otra parte.» Nos hicieron subir a la caja de una camioneta abierta; yo me acosté de espaldas, para ponerme al resguardo de la pared lateral, pero mis compañeros se quedaron de pie o en cuclillas, riéndose y burlándose de mí sin disimulo; yo pensaba que la camioneta iba a sacarnos del barrio, sin embargo nos descargó apenas unas calles más allá, cerca de la gran avenida por la que habíamos llegado. Por todas partes resonaban disparos, ráfagas y golpes aislados, imposibles de localizar a causa del eco. Yo vacilé, confuso. «Corramos –ladró mi camarada–. Venga.» Nuestro coche seguía esperando más allá de una hilera de tiendas cerradas. «Vamos a tener que tomar otra vez la avenida», rió uno de los muchachos. La sola idea me aterrizó, pero al parecer no nos quedaba otra. Señalé vacilando la portezuela de delante del vehículo malva: «¿Otra vez tengo que ponerme ahí?». Los ojos de mi compañero brillaron de rabia: «Ya veo que siempre quieres el mejor sitio. Al final voy a lamentar haberte traído con nosotros». Avergonzado, desolado, balbuceé: «No, no. No es eso. Era sólo por saber». — «Entonces esta vez subes detrás.» Fue una sentencia firme, sin apelación posible, de modo que me apretujé en el asiento estrecho junto a los otros dos muchachos mientras mi camarada se instalaba al lado del chófer. Una angustia sofocante me comprimía el vientre, cada miembro me pesaba, traté de agacharme cuanto pude pero el anorak, demasiado voluminoso, me lo impedía, y sentí cruelmente la vulnerabilidad de mi columna vertebral, expuesta sin la menor protección a los francotiradores apostados a nuestra espalda. El chófer dio media vuelta, embragó, aceleró, luego torció en la

avenida sin dejar de acelerar tanto como le permitía aquel motor asmático. Me puse a murmurar una oración sin sentido pero con fervor, lo mismo que mis compañeros. El tiempo parecía no pasar, estuvimos en aquella avenida un instante horriblemente largo; tan pronto como el coche volvió a girar para meterse en una calle perpendicular, todo el mundo prorrumpió en risas y en gritos nerviosos: «¡Dios es grande!». El coche seguía adelante, yo me abracé a las rodillas, temeroso, con la sola idea de ponerme otra vez a temblar si acaso las soltaba. Después de un rodeo por un barrio que no conocía, el chófer aparcó delante de un edificio en construcción, no muy lejos de una barrera vigilada por varios combatientes. Abrí la portezuela y salí, apoyándome en el techo del vehículo cuando vacilé. Uno de los combatientes me señaló caritativamente una diminuta silla de colegio colocada bajo la losa de hormigón del piso inacabado, cerca de una estufa milagrosamente encendida a la que me acerqué tendiendo las manos, con un velo de imágenes en los ojos. Me sentía como una máquina, pero una máquina privada de corriente, con los fusibles fundidos por una sobrecarga; sin embargo, mis pensamientos eran claros, lúcidos. Alguien me ofreció un sándwich, me lo acerqué a los labios para mordisquear el borde, incapaz de tragar un bocado a pesar de la debilidad y del hambre. Llegó una camioneta tocando el claxon con rabia y los combatientes se apartaron de la barrera para dejarla pasar en tromba. «¡Otro herido!», gritó uno de los chavales corriendo hacia el coche. Resignado, me levanté de la sillita dejando el sándwich allí encima y volví a sentarme detrás. «Entonces –exclamé con voz oscura mientras los otros se apretujaban a mi lado–, ¿qué va a ser esta vez, chavales? ¿Una pierna arrancada? ¿Uno tipo chamuscado, acaso destripado? ¿Un niño?» Fuera de quicio, solté unas risillas sobreagudas. «Venga, decidme.» — «Eso no tiene ninguna gracia, hermano», masculló enfadado uno de los muchachos. «Han atravesado la avenida», nos hizo ver el chófer con voz triste, haciendo rodar el motor sin embragar. «Esto todavía tira. ¿Los seguimos o no?» Los tres jóvenes se miraron; el chófer había abierto su ventanilla y fumaba tranquilamente esperando órdenes. «Lo dejamos aquí –resolvió por fin mi camarada—. Volvemos.»

Del lado de la ciudadela se escuchaban disparos sin parar, puntuados por breves detonaciones, sin duda de cohetes, así como por explosiones más violentas, bombas u obuses que en alguna parte destrozaban al azar edificios y cuerpos en la noche. Yo había salido a la escalinata a fumarme un cigarrillo. Ahora llovía, una lluvia uniforme que repiqueteaba en los tejados, los aleros de chapa, la losa de hormigón del pequeño patio del edificio. Una oración cantada, transmitida por un poderoso altavoz, se elevó en la noche y yo me quedé allí un buen rato fumando y escuchando la oración, la lluvia y los ecos sordos de las explosiones. Luego volví a entrar. El apartamento en el que íbamos a pasar la noche estaba situado en la planta baja de un edificio abandonado. Sobre los pequeños colchones dispuestos como una larga banqueta por todas partes del salón, cubiertos con un tejido barato color de hierba y entretejido con hilo dorado, los muchachos estaban absortos en sus ordenadores portátiles, subiendo sus clips de vídeo del día gracias a una antenita satélite dispuesta en el borde de una ventana enrejada. Yo debería haber hecho lo mismo, pedir prestado un ordenador y vaciar mi teléfono para enviar mis mejores imágenes, pero me sentía sucio, triste, abatido, no me quedaban fuerzas. En lugar de eso, me encerré en el cuarto de baño; no había electricidad pero me había agenciado una vela y una linterna frontal que creaba reflejos violentos en el mugriento espejo de encima del lavabo. Agua sí que había, me enjuagué la cara y las manos. Luego, con cierta dificultad, me desvestí sin quitarme los pantalones. La ropa, embebida de sudor y del polvo de la explosión, se pegaba a mi dermis; tenía la piel de gallina, me froté sin jabón y con rapidez el torso, el cuello y las axilas, y me la volví a poner. Pasé un rato cepillándome los dientes, como perdido en el gesto monótono, sin poder detenerme, y por último me bajé los pantalones y los calzoncillos para ponerme en cuclillas sobre la bandeja del meadero a la oriental y me enjuagué con agua, las piernas temblorosas. En el salón, uno de los muchachos había encendido la estufa de fueloil, así que me repantigué sobre uno de los pequeños colchones en el suelo a disfrutar del calor. La electricidad volvió de golpe mientras me encendía un nuevo cigarrillo; mi camarada, que seguía trabajando, me dirigió una rápida mirada de desdén que yo ignoré. Entró un combatiente, fusil en bandolera, y puso una cacerola

sobre la estufa. El chófer fue a la cocina a por los cubiertos y mi camarada, que no se había quitado su chándal chillón, sirvió la comida y me pasó sin decir palabra una cuchara de latón y una gran escudilla humeante llena de alubias rojas. Le di las gracias y me dispuse a tragarme las alubias con avidez. Les faltaba sal pero tanto me daba, había recuperado el hambre, devoré la escudilla en un momento y pedí más; hubiese repetido por tercera vez, pero la cacerola ya estaba vacía, también mis compañeros se comían sus raciones en silencio. Rebañé el fondo de mi escudilla y me arrellané en los cojines, abandonado al suave calor que se iba difundiendo a través de mi cuerpo agotado. Me sentía vacío, hueco, unos calambres en los riñones aumentaban mi cansancio, y además noté un principio de migraña. Los jóvenes estaban recogiendo los restos de comida cuando las luces se apagaron de golpe; uno de ellos dejó ir un juramento, encendió su mechero y puso una vela sobre un platillo cerca de la estufa. Otro sacó una lámpara de aceite que desprendía una luz tranquila y cálida en el centro de la estancia. Yo me eché sobre el colchón más próximo a la estufa y cerré los ojos. Una suave patada, ligera pero poco amistosa, me obligó a abrirlos casi enseguida: mi camarada estaba encima de mí con el rostro crispado. «No irás a cogerte el mejor sitio, ¿no?» Levantó un dedo y señaló el rincón más alejado: «Ponte allí». Yo abrí la boca para protestar pero él me interrumpió. «Considérate afortunado de que te dejemos quedarte aquí. Me pregunto por qué te hemos llevado con nosotros.» Me levanté sin decir palabra y fui a tientas a instalarme donde me había ordenado. A esa distancia de la estufa hacía mucho menos calor, así que me envolví en mi anorak, acurrucándome con las rodillas contra el pecho para exponer lo menos posible mis miembros al frío. Al otro lado de la estancia, oía a los muchachos bromeando mientras cada uno de ellos desplegaba varias mantas. Me hubiese gustado pedirles una, pero no me atreví a volver a llamar la atención. Por fin me sumergí en unos sueños inquietos, densos y locamente estructurados: un ejército de obreros se partía el espinazo reconstruyendo un edificio bombardeado, ya cubierto de andamios, pero sin orden ni concierto, remedando las paredes deprisa y corriendo sin pensar siquiera en instalar primero el circuito eléctrico; más tarde, me hallaba en un coche lanzado a través de las avenidas bajo el fuego

de los francotiradores, conducido de aquellas maneras por una mujer rubia que bien podría haber sido, no sé por qué, mi madre o acaso mi mujer, que no tenía carné y que a punto estaba todo el tiempo de estrellarnos contra una pared, evitándolo cada vez por los pelos en medio de una estridencia de chapa abollada. Cuando volvió la luz me desperté y estuve un buen rato parpadeando, espantado por los sueños y por aquella luz despiadada. Cerca de la estufa, que seguía ronroneando apaciblemente, los chicos dormían sin menearse. Tampoco yo me moví, escuchaba su respiración pesada y regular, entrecortada de pequeños ronquidos satisfechos. Al cabo del rato me levanté y, con la mirada fija en los durmientes, tiré paso a paso de mi colchón para ir acercándolo a la estufa. Al menor ruido, me quedaba quieto; cuando logré mi objetivo sin que ninguno de ellos se despertase, fui a apagar la luz y volví a acostarme, de nuevo bajo mi anorak pero echado boca abajo. Adoloridos por los calambres, mis miembros se movían lentamente en el calor de la estufa sobre el tejido verde y oro del pequeño colchón. Esta vez no soñé nada. Una mano que me zarandeaba bruscamente volvió a despertarme. Me senté sobre mis posaderas, el día entraba por las ventanas enrejadas,forcé la vista y me froté la cara tratando de recuperar los jirones de recuerdos de la noche que empezaban a desvanecerse, a deshilacharse entre mis dedos. «Nos vamos enseguida –dijo el que me había despertado–. Aquí no podemos quedarnos.» Yo me sentía sucio, tenía la mugrienta ropa interior pegada a la piel. Pero no había nada que hacer. Me tomé a sorbitos el té que me habían puesto delante con evidente mala gana; el conductor había salido a calentar el motor, el combatiente que vigilaba el apartamento empezó a recoger las mantas, los tres jóvenes comprobaron las baterías de sus cámaras, puestas a cargar durante las pocas horas en que hubo luz. Yo había olvidado conectar mi teléfono, pero la batería todavía marcaba una barra, eso bastaría. Mi camarada se había vuelto a poner su chaqueta azul y roja y se apresuraba evitando mirarme. «¿Dónde vamos hoy?», pregunté ocupando mi lugar en el coche. Uno de los muchachos nombró un barrio, yo lo conocía, para llegar había que pasar por delante de una media docena de tiradores emboscados. Un acceso de migraña me taladraba las sienes, pero a pesar del sueño estaba demasiado agotado para protestar y me dejé llevar en silencio, fumándome un

cigarrillo de gusto amargo y cerrando los ojos cada vez que el chófer pisaba a fondo el acelerador.

La pequeña clínica clandestina estaba tranquila. Examiné distraídamente los extraños instrumentos y la escueta reserva de medicamentos, luego subí al piso de arriba, a un salón con una alfombra alerce, me quité el gorro y el anorak y fui a calentarme junto a la estufa. Sobre las paredes pintadas de un beige un tanto aceitunado, había como única decoración una fotografía de un hombre joven y barbudo con uno de los cantos cruzado por un lazo negro. Fuera se oían ráfagas ocasionales, poco sostenidas. Los hombres discutían entre ellos en voz baja; un niño me servía té una y otra vez, completamente asombrado de ver aquí a un desconocido. Cuando me estaba acabando la tercera taza oí unos gritos. Cogí el teléfono, atravesé el apartamento corriendo, metí los pies en mis deportivas sin pasarme los talones y bajé la escalera siguiendo a unos hombres que intercambiaban rápidas exclamaciones. En la sala de la clínica, un niño de pelo rubio y tupido y rostro afilado descansaba sobre la mesa de operaciones, el torso desnudo, un reguero de sangre en el hombro, sangre también en las comisuras de los labios. Estaba muerto. Cerca de la puerta, un tipo pelirrojo con la cara crispada y lívida mascullaba sin interrupción: «Gloria a Dios. Gloria a Dios». El cirujano, impasible, cruzó las manos del niño y las anudó con una venda de gasa. Yo levanté el teléfono e hice una foto. Dos hombres cogieron en volandas el cuerpo del chaval; en cuanto se hubo separado de la mesa, su cabeza cayó pesadamente hacia atrás. Lo llevaron a una sala contigua totalmente vacía, con luces de neón, y lo depositaron directamente en el suelo; su cabeza oscilante provocó un ruido amortiguado y rodó a un lado. Era un revestimiento de linóleo constelado de puntos negros, grises y salmón, sobre el que el cuerpo del niño rubio parecía navegar en medio de un campo de estrellas. Parecía estar muy solo allí acostado sobre el frío suelo, y eso me causó una gran pena, pero a pesar de todo apunté con el teléfono e hice la foto. Antes de que pudiese tomar otra, un ruido ensordecedor atravesó el edificio, las paredes temblaron y una lluvia de polvo y escombros me cayó

encima. Instintivamente, me acurruqué sobre el teléfono; el neón vaciló, luego acabó muriendo, dejé allí el cuerpo del pequeño y salí al pasillo, la gente gritaba, tropezaba, un humo negro y sofocante llenó la escalera por la que había bajado, metí a toda prisa los talones en las deportivas y también yo empecé a correr hacia la entrada, pero la gente refluía hacia mí, me empujaba, la entrada debía de estar bloqueada o ardiendo, me volví para correr hacia el otro lado, un choque violento me obligó a soltar el teléfono, traté de volverme para buscarlo a tientas pero alguien tropezó conmigo; una mujer a quien, en medio del pánico, le había caído el velo sobre los hombros mostrando unos hermosos cabellos rubios recogidos en un moño, me empujó con desesperación y yo me aparté, apenas veía nada y el humo me asfixiaba, me quedé agachado y me dejé llevar, buscando a tientas en la oscuridad hasta que mi mano encontró un pomo: sin pensarlo, abrí la puerta y rodé cuesta abajo por un pasillo débilmente alumbrado en el que aspiré ávidamente el aire limpio, rico en olores a piedra y metal, tosí, recuperé rápidamente un poco de vigor y empecé a correr. Mis fuerzas regresaban, mi respiración me llenaba de energía y mis largos pasos golpeaban el suelo con regularidad, aunque me costaba mantener el equilibrio, andaba un poco a tientas, desorientado por la falta de luz y de indicaciones, y me di un golpe brutal contra una pared sin interrumpir por ello la carrera, tanteando la forma de navegar entre aquellas paredes, evitando los sectores más oscuros que podrían haber sido bien mazmorras, bien galerías laterales que sabe Dios dónde llevarían; al final desemboqué en el vestuario y me cambié deprisa, me encasqueté el gorro de goma y empujé las puertas batientes para entrar en una sala enorme y azul llena de ecos de gritos y ruidos de agua. Por todos lados había unos grandes espejos que rodeaban la piscina y me devolvían reflejos de mi cuerpo fragmentados e imposibles de unir los unos con los otros, seguía vacilando, luego recuperé mis fuerzas y, con el cuerpo tenso y las nalgas prietas, me zambullí recto como una lanza en el agua fresca y reluciente.

III

Encadené un largo tras otro sin contarlos, deleitándome en mi fuerza y el contacto sensual del agua, recogiendo los pies contra mí en cada extremo de la piscina para golpear la pared y propulsarme con potencia en sentido opuesto. Los últimos metros los cubrí en apnea, con los ojos bien abiertos y los brazos extendidos a lo largo del cuerpo. Mi cabeza emergió a la superficie, los labios entreabiertos para llenar mis pulmones de aire, mis manos encontraron el borde, se apoyaron en él y, sirviéndose de mi empuje, izaron mi cuerpo empapado fuera del agua. Súbitamente desorientada por los ecos, parpadeé, me quité el gorro y las gafas y dejé que el agua se escurriese por mi piel sobre las baldosas mientras procuraba distraídamente identificar mi cuerpo entre todos cuantos se reflejaban en los grandes espejos que rodeaban la piscina. Pero no lograba apreciar más que fragmentos, un hombro, una nuca, un busto, un muslo que me costaba relacionar con nadie. La parte baja de mi vientre se vio atravesada por un calambre, acaricié mi abdomen, luego enjuagué el agua desde lo alto de mis pechos, cuyas puntas enhiestas tensaban el tejido del bañador. Sin levantar la cabeza, sentí sobre mi cuerpo la mirada insistente de un hombre un tanto barrigón que ignoraba las quejas de su hijo mientras me devoraba con la mirada. Cuando hube recobrado el aliento por completo, me alejé de los espejos y pasé por las puertas batientes en dirección al vestuario. Una vez seca, vestida con un chándal gris y sedoso, agradable a la piel, mis largas mechas rubias recogidas en un moño rápido, encontré el pasillo y tras unos pocos pasos me puse a correr a zancadas cortas y regulares con los codos pegados al cuerpo. Mis deportivas blancas se posaban en el suelo con ligereza, mi respiración iba

ritmando la carrera, pasé sin vacilar por una intersección, luego por otra, puede que no se tratase más que de huecos, no podría asegurarlo, aquí estaba más bien oscuro y apenas distinguía las paredes, la luz vaga apenas me permitía conducirme sin tropezar, y es que al parecer el pasillo no era recto, más bien parecía curvarse en un sentido o en el otro y eso me obligaba a corregir constantemente la carrera. El sudor empezó a fluir bajo el tejido de mi chándal, sin embargo aquí no hacía mucho calor ni, por otra parte, tampoco un frío especial, me sequé la frente sin disminuir la marcha y fue así como, al bajar la mano, di con una protuberancia metálica, un pomo que giré sin pensarlo y que abrió una puerta apenas discernible en la pared. La atravesé e hice un alto, los pies en la hierba. A mi alrededor se extendía un gran jardín familiar. Una hermosa luz de verano jugueteaba con las hojas entremezcladas de las buganvillas y la hiedra, bien cuidadas sobre sus celosías, y más allá, depositaba desordenadas pinceladas sobre la alta glicina que, emergiendo de unos espesos troncos entrelazados, ascendía para cubrir la fachada de la casa, erigida en medio del azul del cielo como una alta torre. Tenía calor y empezaba a sudar cada vez más, el tejido de la camiseta se pegaba a mis senos, a mis axilas, a mis costados, abrí la chaqueta y me sequé la frente con una manga, llevándome enseguida las mechas que escapaban de mi moño detrás de las orejas. De la piscina llegaban voces y me acerqué. El sol centelleaba sobre las aguas vacantes, dibujando sobre la superficie azul unas blancas ondulaciones, constantemente movientes, que venían a morir bajo la sombra almenada de las largas frondas arqueadas que brotaban de un tronco de palmera maciza, rechoncha y poblada. Alrededor del estanque, sentadas bajo sombrillas amarillas o de pie en las baldosas grises del ribete, había varias personas vestidas con atuendos ligeros y elegantes y con vasos o cigarrillos en la mano. A un lado, un viejo en polo y pantalones blancos sentado con una pierna cruzada sobre la otra, muy rígido y digno con su bigote blanco, leía un periódico; le di la espalda rápidamente, pero de todos modos no advirtió mi presencia. Un poco más lejos, un niño pequeño y rubio jugaba con un gato. Un gran hombre de camisa blanca, rubio también él, de piel clara y vellosa y mirada despejada, avanzó hacia mí con gesto alegre y me abrazó: «Ah, por fin –exclamó–. Ya ha llegado todo el mundo». De forma

secreta, su presencia calurosa me tranquilizó, pero retrocedí un paso y puse mi mano sobre su pecho: «Tengo que subir a cambiarme. Me uniré a vosotros para el aperitivo». Me volví y me dirigí hacia la entrada de la casa, saludando con un gesto de la mano a algunas personas que me hacían una señal o alzaban sus vasos sonriendo. En el pasillo, vacilé antes de meterme en la escalera de caracol y seguir hacia el fondo donde empujé la puerta. Desde el umbral, examiné la habitación vacía del niño, las filas de soldaditos de plomo cuidadosamente alineados sobre la alfombra, la cámara puesta sobre un anaquel, los carteles de cine, las fotos enmarcadas que colgaban de la pared. Todas ellas representaban al niño, a diferentes edades y en distintos lugares, en compañía siempre del hombre de pelo rubio. Pero esas imágenes no me decían nada y retrocedí para tomar la escalera, dedicándole al pasar apenas una mirada a la gran reproducción de *La dama del armiño* que había allí colgada. Arriba, una mujer mayor salía de la cocina secándose los dedos en un delantal a flores. Me tomó ambas manos con una sonrisa y me dio un beso en la mejilla; yo me estremecí al contacto de su piel arrugada y extraordinariamente suave, como la de un melocotón olvidado sobre un mueble. «¿Has visto a tu padre? Está abajo.» Yo meneé la cabeza: «Estaba leyendo. No quise molestarlo». Ella me contempló sin abandonar su sonrisa: «Tienes aspecto de estar en forma. Haces deporte, eso está bien. ¿Te has sacado el carné?». — «No, me han tumbado, pero seguiré con las clases.» También ella meneó la cabeza: «Tienes que sacártelo. Yo nunca lo hice. Aunque tu padre no me hubiese dejado conducir. Pero tu marido no es así. Los tiempos cambian». La miré con severidad, sin procurar suavizar el gesto: «Sí. Los tiempos cambian». Me alejé de ella y subí al piso siguiente. El sol, filtrado a través de las ramas locas de la glicina, iluminaba la habitación haciendo brillar el fondo dorado de las sábanas sobre el que corrían las largas hierbas verdes del estampado. Me desvestí rápidamente y examiné mi cuerpo en el espejo vertical que había al pie de la cama, deslizando la palma de mis manos sobre el abdomen, las caderas, la parte superior de las nalgas, para volverme luego con un suspiro de desaliento. Pensé en la mujer mayor de la cocina. La idea de su vientre ahora seco me llenó de un asco apagado, triste. Luego volví a ver la imagen del viejo de los bigotes junto a la piscina y mi

nuca se tensó. Fui a la cómoda, abrí un cajón, saqué un gran álbum encuadernado y lo puse sobre el tablero. Lo hojeé pensativamente, pasando sus páginas una a una. La inmensa mayoría de las fotografías me representaban a mí, más joven o incluso de niña, en compañía del hombre viejo y de la mujer mayor, más jóvenes también ellos, con rasgos lisos y una frondosa cabellera. Al mirarlos así, sentí que me invadía una rabia sorda, espesa, que ensombreció mis pensamientos. Cerré el álbum con gesto brusco y apoyé mis dos manos en el canto de la cómoda, respirando intensamente para intentar calmar los latidos de mi corazón, la mirada fija en la colcha. Al final lo devolví al cajón y fui a prepararme un baño. Vertí sales y espuma, luego entré de golpe, dejando que el calor me mordiese la piel. Cerré los ojos y me perdí en el suave restallar de las burbujas y la sensación envolvente que, poco a poco, iba relajando mis músculos crispados. Cuando volví a abrir los ojos vi al niño, sentado en la taza del váter, las manos en las rodillas, meneando apaciblemente sus piernas. Me miraba y parecía feliz. También yo lo miré, sin decir nada, luego otra vez cerré los ojos.

Cuando volví a bajar el día acababa de morir, manchando fugazmente el cielo de rosa y de naranja, irradiando una luz ambarina sobre las masas verdes del jardín y proyectando unas largas líneas doradas a través del salón, alrededor de los convidados que había allí reunidos, bebiendo, fumando y comentando las noticias de la semana en tonos que iban desde el ardor hasta el aburrimiento. Yo me había puesto mi hermoso vestido gris, un vestido tubo corto y ajustado de lino y viscosa hasta medio muslo, y con una mirada febril, ávida, el gran hombre rubio, de pie junto al ventanal con la mujer mayor, me siguió mientras bajaba las escaleras. Cerca de él, en el sofá de cuero, el viejo se fumaba un puro contemplando los últimos reflejos del crepúsculo. Me serví un vaso de vino blanco y me uní a los invitados, tratando de interesarme por sus conversaciones con una sonrisa. A mi espalda, el viejo se había levantado para ir a hablar con el hombre rubio en tono amable y cultivado acerca de unas insignificantes historias del trabajo que, al parecer, tenían que ver con unos problemas de electricidad. La noche se cerró por completo y

ayudé a la mujer mayor a encender una a una las luces del salón. Por fin nos sentamos a la mesa. Los invitados, de excelente humor, contentos todos por la presencia de unos y otros, bebían su vino a sorbitos y olisqueaban el plato principal, cigalas al ajillo. Se iban sucediendo observaciones joviales; el viejo, sentado a la cabecera, pontificaba en tono artero sobre las últimas noticias políticas; a su lado, el niño rubio parloteaba de batallas imaginarias mientras la mujer mayor le pelaba pacientemente las cigalas. Yo le llené la copa a mi vecino de la izquierda e hice circular la botella de vino, fijándome a la luz de las velas en las huellas que la maculaban. El niño acababa de meterse bajo la mesa, cuando me rozó el tobillo adiviné que le estaba dando al gato unos pedazos de cigala. El hombre rubio lo regañó afectuosamente, pidiéndole que volviese a sentarse y se acabase la comida; el niño emergió con una risa, se secó los dedos grasientos en el jersey y se dispuso a quebrantar una pinza con sus dienteitos de leche; al final se levantó como movido por un resorte, abandonó la silla con prisas y salió pitando hacia su habitación. El hombre se levantó y lo siguió mientras el viejo, interrumpiendo su conversación, dio unos golpecitos a la copa con el canto de un cuchillo. Se hizo el silencio y los invitados levantaron sus copas. La mirada brillante del viejo vino a posarse en mí, una fina sonrisa elevaba las puntas de su bigote cuidadosamente recortado; todo en él hablaba de su poder, de su control, de su seguridad en sí mismo. «Por la más hermosa de todas las mujeres», pronunció con altura. Yo apreté los dientes y deglutí convulsivamente mientras los convidados, encantados, repetían el brindis todos a una. La mujer mayor también me miraba, con gesto a la vez tierno y despiadado. Asimismo levanté la copa y, bajando los ojos, me esforcé por llevármela a los labios. El hombre rubio había vuelto y empezaba a recoger. Yo me levanté de la mesa para ayudarle sin decir una palabra, navegando entre los invitados que se dispersaron por el salón en festiva algarabía. Fuera era de noche y el ventanal reflejaba sus poses elegantes y estudiadas, como un gran cuadro mundano perfectamente compuesto. Corrían las copas, los cigarrillos, los puritos. El viejo se había acercado al equipo de música y ponía un disco mientras revisaba la funda para encontrar una pista concreta; desde las primeras notas, reconocí una grabación reciente de *Don Giovanni*, el aria

famosa del catálogo. De nuevo sentí que un furor mudo me oprimía las costillas, pensando con desprecio en el catálogo lastimoso y sórdido que debía de atormentar los recuerdos del viejo. Entonces, ¿todo se reducía a eso? La mujer mayor también lo observaba, pero no supe leer su mirada. ¿Sería que los pensamientos que a mí me revolvían hasta izar me del suelo como haría el gancho de un carnicero, a ella, en cambio, le dejaban un regusto de feliz nostalgia? ¿O acaso también ella chapoteaba en una repulsión tan pegajosa como la mía, sólo que mejor enmascarada o pulida por el tiempo, endurecida, pasada al estado de objeto puesto sobre un escritorio y contemplado de lejos, un fetiche que habría absorbido la última de las malas pasiones?

Los invitados se habían ido despidiendo uno a uno. El hombre rubio había escoltado a los dos viejos a su cuarto, situado justo antes de la habitación del niño en el pasillo de abajo; yo arreglaba en el fregadero las últimas copas tras haber llenado y puesto en marcha el lavavajillas. El hombre vino a mí sin decir una palabra y me llevó hacia arriba, él delante en la escalera. En la penumbra, admiré el equilibrio poderoso de sus caderas, pero con distancia, como si se tratase de un hermoso plano de película. Sentía hacia ese hombre y hacia su cuerpo un gran apego, pero ese mismo apego se había desprendido de mí y, adherido a él por completo, vivía una vida autónoma que a mí me dejaba aislada, llena de pavor, al acecho de algo cuyo origen, forma y objetivo yo no lograba determinar. Mientras se duchaba me desnudé, colgué el vestido en el armario y eché mi ropa interior a la cesta de la ropa sucia; luego, esta vez sin mirar al espejo junto a la cama, me eché sobre las sábanas acostada de lado, mi piel desnuda, blanquísima bajo la luz de la luna, recortándose distintamente sobre el entrelazamiento de las largas hierbas verdes. El hombre había salido del cuarto de baño y, arrodillado sobre la cama detrás de mí, apretaba su cuerpo todavía húmedo contra el mío. Yo deslicé mi mano a mi espalda y, sin levantar la cabeza, acaricié su vientre firme, su pelambre espesa y ensortijada, la piel tan suave de su verga que, todavía blanda, se iba alzando imperceptiblemente entre mis dedos. También

su mano recorría mi piel, me rozaba un seno, las costillas, apartaba mis cabellos deshechos sobre el rostro mientras sus labios me hacían cosquillas en la nuca. Extendí mi pierna y me volví boca abajo, apretando mis nalgas contra él; su mano pasó sobre mi pubis para ir a jugar con los labios de mi sexo, pellizcándolos, acariciándolos uno contra el otro, separándolos, la sangre los hinchaba y mi pelvis se iba tensando, sus dedos hurgaban, insistían, los acariciaban, los iban cubriendo de un fluido que se esparcía entre ellos. Arqueé los riñones y agarré con las dos manos el tejido de la sábana mientras su sexo se abría camino dentro del mío, inundándolo de calor. Lentamente, sus caderas empezaron a moverse, difundiendo ese calor que ascendió hasta irrigarme toda la pelvis; pero era como si todo ese placer lo disfrutase la pelvis de otra, lejos de mí, completamente separada. Me apoyé en un hombro y levanté la cabeza bajo su brazo: en el espejo, blanqueados por la luz de la luna, distinguí claramente su culo y lo alto de sus muslos nerviosos cubiertos de pelo rubio, los míos también, atrapados debajo, con unas formas sombrías suspendidas entre ellos, rojizas, indistintas. Fascinada por ese espectáculo incongruente, durante un buen rato vi desfilar por el espejo los culos de todos los hombres que así se habían apretado al mío, con paciencia, febrilidad, alegría o frenesí, sus vergas también, rígidas y estremeciéndose de placer, abriéndome una vez más e infringiéndome un placer oscuro que ya no tenía nada que ver con ese largo cuerpo blanco perdido en las hierbas verdes de las sábanas, jadeando y complaciente; el mío, al parecer.

Cuando abrí los ojos todavía era de noche. La luna se había alejado, sólo unos pocos reflejos indistintos seguían iluminando las hojas de la glicina que ondulaban con un ligero crujido delante de la ventana. Ahora estábamos cubiertos por una sábana, el hombre debía de habérmola echado por encima; yo sentía su cuerpo caliente y descansado contra el mío, respiraba de manera regular, profunda, sumergido en el sueño. Me liberé de él con cuidado, aparté la sábana y me senté en el borde de la cama, frente a la ventana. Distraídamente, rocé mis pelos atiesados por los humores y el esperma seco,

que también había fluido sobre mi muslo. Luego me levanté, me puse una bata y descendí, la piedra fría de los peldaños bajo mis pies desnudos. En el salón, dudé si servirme una copa de vino o fumarme un cigarrillo; finalmente, cogí una manzana roja del bol que había sobre el aparador y la mordí, saboreándola mientras un poco de su jugo perlaba la comisura de mis labios. La mastiqué hasta el corazón, que dejé sobre la mesa, y fui al piso de abajo. En el pasillo, la puerta del cuarto de invitados estaba entreabierta y metí la cabeza, por un instante miré las caras de los dos viejos, muy netas bajo la luz blanca de la luna que aquí caía en vertical. El sueño los había vencido, los párpados cerrados colgaban como ropa mojada sobre sus ojos; me pregunté cómo podían dormir así, mientras la edad y la decrepitud les iban royendo las carnes pacientemente. En cuanto al niño, dormía con el gato y su osito de peluche, la manta medio arrinconada, la frente sudorosa. Le aparté el pelo con delicadeza, despertando al gato que saltó bajo la cama y desapareció por la puerta que había quedado abierta, luego me quité la bata y me deslicé bajo las sábanas, acurrucándome contra el niño y echándome la manta por encima. Cerré los ojos. Tenía la mente en blanco, ninguno de mis pensamientos, desaparecidos, tomaba cuerpo ni llegaba a concretarse, pero yo permanecía lúcida, completamente despierta, incapaz de conciliar el sueño. Volví a abrir los ojos y miré el triángulo de luz que, desde el plafón del pasillo que había quedado encendido, se inmiscuía en la habitación por la abertura de la puerta. Eso duró un buen rato, durante el cual un sinnúmero de pensamientos se fueron atropellando sin solución de continuidad detrás de mis ojos, revoloteando como pequeñas mariposas nocturnas alrededor de la llama de una vela para acabar chamuscando en ella sus alas y caer ahogadas en la cera líquida. Luego pasó una sombra a través del triángulo luminoso y un terror infantil lo borró todo. El viejo, vestido con un pijama verde pistacho a rayas blancas, había entrado en la habitación y se dirigía hacia mí. Se sentó en el borde de la cama y alargó la mano para acariciar con gesto dulce mi frente inundada de sudor y desprender los húmedos mechones. Sus labios secos y vaciados por la edad murmuraron palabras sin sentido: «Mi hija, mi dulce niña». Yo me incorporé de una vez, dejé que la manta se me escurriese hasta los riñones y le di una bofetada: «¡Aquí no pintas nada! ¡Vete!»». Estupefacto,

me contempló como atontado; su mirada vino a posarse sobre mis senos desnudos, donde se entretuvo para regresar después a mi cara. Le di otra bofetada. Él se levantó, el rostro desencajado, me dio la espalda y salió titubeando. Yo esperé el sonido del ligero golpecito de su puerta cerrándose para volver a acostarme junto al niño y dormirme. Soñé con mis clases de conducción: el profesor, furioso por mi incompetencia, me reprendía con acritud, pero yo lo ignoraba y continuaba mi camino, pasándome los semáforos en rojo, tomando avenidas en dirección contraria, confundiendo vías muertas con calles, circulando con absoluta ligereza pero sin causar ningún accidente, soberanamente libre. Cuando abrí de nuevo los ojos, el cielo empezaba a sonrosarse detrás de los cristales; los pájaros, anidados en las plantas del jardín, comenzaban uno tras otro a cantar en un alegre concierto de trinos. A mi lado el niño dormía profundamente, los puños prietos, la nariz y la boca contra el osito de peluche rosa que me miraba fijamente con sus ojos de vidrio azul. Me levanté lo más despacio que pude, me puse la bata y subí. Arriba, el hombre también dormía, echado boca abajo, la poderosa espalda medio descubierta por la sábana, una pierna replegada, los brazos en cruz. Lo contemplé mientras me ponía el chándal en silencio. En el momento de irme, advertí mi silueta en el gran espejo vertical, de pie ante el tejido verde y dorado que, visto desde este punto, escondía entre sus pliegues el cuerpo del durmiente; pero evité cruzarme con mi propia mirada, me volví y salí. Fuera todo estaba tranquilo, las hojas crujían escondiendo los movimientos bruscos de los pájaros que soltaban sin interrupción sus largos y desenfrenados gorjeos. Un fuerte calor matutino empezó a humedecer de sudor mi ropa. Atravesé el jardín sin prisa, abrí la puerta del fondo y me metí en el pasillo donde reanudé mi carrera sin vacilar, lanzando mis pies ante mí en zancadas cortas y acompasadas. Aquí hacía más fresco, sin embargo seguía sudando y el chándal se pegaba a mis miembros, llegué incluso a tiritar pero no aminoré la marcha, inspirando y expirando con regularidad. No estaba ni oscuro ni iluminado, más que distinguir con precisión, adivinaba las paredes y, aquí y allá, alguna que otra zona un poco más oscura, puede que sólo una abertura, acaso un trastero. El pasillo no era recto, me tocaba ir desviándome hacia un lado o el otro para permanecer en su centro, y

semejante esfuerzo me causaba una cierta inquietud, temía tropezar o incluso caerme, pero nada de eso sucedía y yo seguía adelante, ganando confianza. Algo, delante de mí, brilló en la pared, no un adorno como creí al principio sino el pomo de una puerta: lo giré sin pensarlo y la puerta se abrió franqueándome el paso. Más allá del umbral, el suelo era blando, hice un alto y examiné la habitación en que me hallaba, bastante amplia, ni demasiado oscura ni demasiado luminosa, con pocos muebles. En las paredes, unas vides doradas en ligero relieve ascendían en columnas regulares; el suelo cubierto por una moqueta rojo oscuro, color sangre. Detrás de la cama, decorada por una gruesa tela bordada con largas hierbas verdes, había una figura de pelo negro frente a la ventana. Las contraventanas estaban cerradas y tras los cristales no se veía nada, sin embargo esa figura los contemplaba fijamente, tal vez estudiando en ellos su propio reflejo; yo misma lo veía como a través de una pared de cristal, una pared que, instintivamente, sin saber por qué, temía que se rompiera. Luego la figura se volvió y advertí que se trataba de un hombre, un tipo adulto que, al verme, dibujó en su rostro mate y anguloso una sonrisita irónica. Con un movimiento pesado, se separó de la ventana y rodeó la cama para acercarse a mí. «¿Cuánto era?», masculló con voz sorda. Le di un precio, un poco al azar, y él se sacó una cartera de la chaqueta y, de la cartera, unos billetes. Me los metí en el bolsillo del chándal mientras él se entretenía en desabrocharse el cinturón y bajarse la bragueta para extirpar una verga gruesa y flácida: «De rodillas, ahora». Cumplí la orden sin decir palabra, posé mis dos manos en las costuras de sus pantalones y tomé el miembro entre mis labios. El hombre me agarró el moño con la mano y me forzó con dureza llevando mi nariz contra su pubis y llenándome la boca con un miembro que se hinchó y golpeó mi paladar y el fondo de mi garganta. Yo traté de respirar con la nariz, vagamente asqueada por aquel olor insípido mezclado con desodorante que desprendían sus pelos espesos y mucho más claros que sus cabellos, le mamaba la verga mal que bien pero sus manos me impedían chupársela correctamente, un horror de ahogo se apoderó de mí, en vano traté de controlarlo, una arcada me hizo hipar y a punto estuve de vomitar sobre su sexo, me agarré a él de golpe, desquiciada, deglutiendo convulsivamente. El hombre me soltó una pequeña bofetada, justo lo

suficiente para despabilarme. «Veo que necesitas alguna lección», pronunció con una voz ajena a toda entonación. Su verga, extendida entre los faldones abiertos de sus pantalones, oscilaba justo delante de mí. «Quítate la ropa», ordenó, de nuevo con el mismo tono neutro. Me puse en pie y, haciendo equilibrios sobre un pie y luego sobre el otro, me quité las deportivas y los pantalones. «Las bragas también. Y lo de arriba. Pero déjate las tetas tapadas.» Obedecí con los ojos gachos a fin de evitar su mirada, que sentía adherida a mi cuerpo, juzgando, evaluando, calculando. Con una mano me cogió la barbilla y me enderezó ante sí, obligándome a mantenerme sobre las puntas de los pies, desnuda aparte del sujetador y los calcetines bajos, con los brazos a lo largo del cuerpo. Fijé mi mirada en los lazos de las vides del papel pintado mientras su otra mano empezaba a hurgar en mi vulva. «Estás bien seca, ¿no te parece?», soltó. Su mano se retiró, luego me dio una gran bofetada que me hizo derramar algunas lágrimas. Sacudí la cabeza y pronuncié por fin unas palabras: «Esto es más caro». — «Cierra el pico», replicó sin alzar la voz. Un brutal golpe en el vientre me dejó sin respiración e hizo que me doblase. Caí de rodillas, ahogándome, intentando desesperadamente inspirar el aire suficiente para mantener la conciencia. Otro golpe en la cara desencadenó una lluvia de relámpagos en mi cabeza. Sentí que mi cuerpo se precipitaba sobre la moqueta, el mundo me daba vueltas, luego viró a negro.

Tenía la cara aplastada contra una materia suave y un tanto sofocante. Un regusto de metal colmaba mi boca; escupí, parpadeé, intenté levantarme, pero algo me trababa las manos. Mis pies, todavía enfundados en los calcetines bajos, buscaron un apoyo, resbalaron, dieron algunos golpes. Volví a escupir: todo ante mis ojos era rojo, estaba acostada sobre la moqueta, las muñecas sujetas a la espalda con algo metálico, sin duda unas esposas. Seguía llevando mi sostén de deporte. A unos pocos pasos escuchaba el fluir del agua, un caudal poderoso, era el baño. Todavía noqueada retorcí mi cuerpo, llevé un muslo debajo del vientre y me puse de rodillas, las piernas temblando por el esfuerzo. En ese momento, aparecieron en mi campo de visión dos

pantorrillas desnudas y morenas, una mano agarró mi moño, lo retorció y tiró de él, enviando un dolor fulgurante a través de mi cráneo y forzándome a arrastrarme sobre la moqueta tan rápidamente como pude hasta llegar, todavía de rodillas, a las baldosas blancas y frías del cuarto de baño, donde una patada en el hombro me hizo caer de espaldas sin contemplaciones. Impotente, el corazón en un puño y la garganta hecha un nudo por la angustia, luché como gato panza arriba. El hombre seguía de pie, desnudo delante de mí, los brazos caídos, su vientre bronceado y un tanto barrigón sobre su sexo ahora encogido. Lo tomó entre dos dedos, lo desmochó y se puso a mearme encima, regándome la cara y el cuello. Cerré los ojos con fuerza e intenté volver la cabeza para escupir el líquido, amargo y caliente. Cuando el flujo cesó, volví a escupir y abrí la boca para decir algo; pero el hombre ya se había agachado para agarrarme por las axilas, me izó sobre el borde de la bañera y, dándome un golpe, me arrojó al agua. La cara contra el fondo, la nariz llena de líquido, pataleé mientras iba notando cómo las burbujas de aire escapaban de mi boca; por fin conseguí volverme y, apoyando mis manos esposadas en el fondo, pude sacar la boca por encima de la superficie para aspirar un poco de aire. Su mano abierta cubrió mi cara: «Estás sucia, va a haber que lavarte», declaró distintamente antes de meterme bajo el agua. Con la cabeza contra el fondo de la bañera, volví a patalear en vano; en mis pulmones, el aire se viciaba, ardía, lo cubría todo de un velo rojo que hacía que el interior de la cara me zumbase. No comprendía nada de lo que me estaba sucediendo, un pánico animal había obliterado todos mis pensamientos. De repente la presión cedió y mi cabeza brotó fuera del agua, tosiendo, jadeando, tragándose espasmódicamente un aire que fue entonces para mí como un regalo inesperado. Sin perder un instante, el hombre me metió un tejido mojado entre los dientes y volvió a abofetearme. Yo parpadeé, sacudí la cabeza: oí un ruido que venía de la habitación, alguien llamaba a la puerta, el hombre se puso un batín, me metió aquella tela más adentro en la boca y salió, cerrando la puerta tras de sí. Me quedé allí sentada en el baño, el sujetador mojado pegado a la piel, los cabellos mojados escapando del moño deshecho, pegados al rostro, inspirando como podía por la nariz, tratando en vano de escupir aquel trozo de tela. Luego hice un

violento esfuerzo para calmarme y afinar el oído. Distinguí confusamente unas voces seguidas del ruido de una cerradura. Atenta al menor ruido, seguí esperando. La puerta volvió a abrirse y el hombre dio un paso hacia mí, su batín abierto. De una sola vez me sacó de la bañera, me echó al suelo y me arrastró tirando del tejido empapado del sostén hasta llevarme a la moqueta, junto a la cama, donde volvió a dejarme caer. Yo ya no me resistía, me dejaba hacer sin la menor oposición, los músculos aturridos por el terror y la adrenalina. Estaba acurrucada, hecha una bola sobre el costado, las piernas prietas; de pie, el hombre me empujó hasta ponerme boca arriba y me abrió las rodillas. Luego se agachó sobre mí: «Si te mueves, te mato. ¿Entendido?». Yo meneé la cabeza, la mirada clavada en sus ojos grises y acuosos, sin expresión. Él fue a sentarse en la cama, las piernas cruzadas, sin quitarme sus ojos muertos de encima. Sobre la tela verde y dorada, tenía delante una bandeja con platitos y un vaso de boca ancha en que espumaba una cerveza dorada. Tomó unos palillos y empezó a comer, parecían rebanadas de pescado crudo con verduras confitadas. Tratando de controlar los desquiciados latidos de mi corazón, yo no perdía de vista ninguno de sus gestos, pero no emitía el menor ruido ni me movía, y así seguí con los muslos abiertos, como él los había dispuesto, mi sexo expuesto a su mirada. Aparte del ruido de los palillos y de mi jadeo, asfixiado por la húmeda mordaza, no se oía el menor sonido; más allá de las contraventanas, que debían de dar a una calle o a un patio, todo estaba en silencio; sólo una lámpara, en la mesita de noche, iluminaba la escena con su halo pálido, de tal modo que pude distinguir el reflejo de la espalda del hombre multiplicado por los cristales. Mientras comía y bebía, no dejaba de jugar distraídamente con su miembro, tan flojo como sus gruesas pelotas peludas, un tanto aplastadas ahora sobre las hierbas verdes de la tela. Y de ese modo terminó de comer, sin decir una palabra. Cuando hubo acabado se bebió el último trago de cerveza, amontonó cuidadosamente los platitos sobre la bandeja y fue a dejarla en un rincón de la habitación. Luego volvió hacia mí, dejó caer al suelo el batín y se puso en cuclillas muy cerca de mi torso. Un objeto metálico resplandeció entre sus dedos: antes de que pudiese identificarlo ya me había pinchado el hombro, tres veces seguidas. Yo me encabrité, aullé

tras aquella mordaza que me sofocaba, me retorcí; enloquecida, dirigí la mirada hacia mi hombro, donde una mancha roja empezaba a extenderse sobre la piel; luego otra quemadura, esta vez en la mandíbula, me giró el cuerpo hacia el otro lado; enderecé los hombros, me di un golpe en la cabeza contra la moqueta, intenté pegarle una patada que él desvió con una risita aburrida; sumamente tranquilo, siguió pinchándome al azar, cortes poco profundos pero que, cada vez, hacían eclosionar en mí un vómito de terror, yo lanzaba gritos asfixiados con todas mis fuerzas, ya no veía nada, el cuchillo, en alguna parte encima de mí, se paseaba buscando otro punto en que punzar mi cuerpo. Cuando el hombre volvió a arrastrarme por el suelo yo ya casi no sentía nada. Mi cabeza y mi pecho rebotaron sobre algo flexible, abrí los ojos y reconocí la tela bordada que decoraba la cama. Las manos del hombre, detrás de mí, alzaron mis nalgas, las abrieron, hurgaron en ellas, resultaba desagradable, pero de un modo extraño, después de los pinchazos, también tranquilizador, escuché un escupitajo, luego una mano aplastó mi rostro contra el áspero tejido, ya mojado en algunos lugares al contacto con mi sostén empapado, sentí la presión de su verga contra mi vulva, eso sí lo distinguí, respiré como pude por la nariz y también yo empujé, tratando de abrirme a él para evitar en lo posible un dolor que, no obstante, se derramó por mi pelvis para difundirse y extenderse hasta acabar conectando con los otros puntos de dolor que navegaban mi cuerpo hasta irradiarlo por completo y no dejar nada, aparte de una enorme herida de la que, súbitamente, mi espíritu se desprendió, abandonándola a los terribles golpes repetidos que sacudían su pelvis, haciendo temblaquear sus nalgas, sus hombros y sus mejillas. Abrí los ojos: a un lado, en los cristales, vi el cuerpo del hombre desnudo apuntalado sobre el mío, su culo moreno que temblaba mientras él seguía a lo suyo y, debajo, la línea de mi propio muslo y el torso de mi cuerpo, todavía vestido en parte, como flotando en las hierbas ondeantes de la tela. De pronto se apagó la luz, borrando la imagen y sumergiendo la habitación en la oscuridad, por más que me esforzase en abrir los ojos otra vez no veía nada, debió de ser un corte de electricidad, el hombre, imperturbable en su desenfreno, seguía reventándome el sexo de forma metódica, pero todas esas sensaciones caóticas y terroríficas que me

desmembraban se habían alejado de mí, las sentía, sí, pero desde una gran distancia, seguían perteneciéndome pero ya no me afectaban y ahora las contemplaba con frialdad, casi con ironía. Por fin se quedó quieto y se acostó contra mis nalgas, debía de haberse corrido y yo imaginé su esperma rebosando en mi vagina; luego se salió de golpe, su verga ya blanda escurriéndose de mi sexo en un desbordamiento de fluidos, hasta que cayó en la cama junto a mí. Yo seguía sin ver nada, estaba demasiado oscuro para que mis ojos pudiesen adaptarse, pero sentía su presencia, echado sobre la tela, estaba jadeando, silbaba un poco, yo callaba y no me movía, poco a poco su respiración se fue estabilizando, también yo sentí un gran cansancio, seguía atenazada por un dolor que serpenteaba bajo mi piel, acre, tibio, me concentré en su respiración a medida que se iba durmiendo, y me adormecí con él.

La luz volvió tan abruptamente como se había ido y abrí los ojos. Durante un buen rato, todavía enredada en unos sueños confusos en que intentaba conducir un vehículo con las manos atadas de tal modo que no podía agarrar propiamente el volante ni accionar la palanca de cambios, me costó advertir dónde me hallaba. Luego todo volvió a fluir de golpe y de nuevo me encontré en mi cuerpo, atravesado este por sordas pulsaciones de dolor. Hacía un calor terrible, mi piel estaba reseca y erizada, mi boca, todavía obstruida por aquella tela, era para mí un magma pastoso. Intenté en vano generar un poco de saliva, luego, muy lentamente, levanté la cabeza: el hombre, a mi lado, ahora echado boca abajo, seguía durmiendo, hasta roncaba un poco, un sonido incongruente que llenaba el silencio de la estancia. Sin dejar de mirarlo, aparté una pierna y luego esperé. Él no se movió, el ronquido continuaba uniforme. Entonces desplacé la otra pierna, luego el hombro, después la cabeza, hasta que muy despacio salí de la cama. De pie sobre mis calcetines bajos y con el sujetador todavía húmedo, pringada de sangre, con un líquido baboso que chorreaba de mi sexo y las manos todavía amarradas a la espalda, estuve un buen rato contemplando el cuerpo del hombre. Su ronquido se interrumpió, su mano se movió hasta rascar la nuca, luego aquel ruido, regular y exasperante, recuperó su constancia. Paso a paso, sin dejar de

mirarlo un instante, me desplazé hacia atrás hasta la silla, donde descansaba su ropa. Los pantalones colgaban del respaldo, encima de la chaqueta. Flexioné las rodillas y, poniéndome de espaldas a la silla, fui palpando los bolsillos uno a uno. No tardé en localizar un llavín; deslicé los dedos en el bolsillo y me apoderé de él. Colocarlo en el sentido correcto, hacia mi cuerpo, y adivinar luego la cerradura de una de las manillas sin hacer ruido se reveló un ejercicio muy delicado que, durante largos intervalos, bloqueó mi respiración. Por fin acerté a ensartar la bocallave, accioné el trinquete y la pulsera se abrió con un ligero sonido sibilante y metálico que a mí me pareció una detonación que atravesaba la estancia. El hombre seguía sin moverse. Atraje mis brazos delante de mí, me saqué de la boca el trozo de tela y acerqué el llavín a la segunda manilla; pero mi mano, entumecida por la larga inmovilidad, se puso a temblar violentamente y tuve que luchar durante interminables segundos para lograr calmarla lo suficiente como para meter la llave en la cerradura. Ignorando los calambres fulgurantes que atenazaban mis brazos, fui hacia la cama y examiné las manos del hombre. Una la tenía detrás, a lo largo de las nalgas; la otra estaba doblada alrededor de su cabeza. Con todo el cuidado de que fui capaz, deslicé la quijada de una de las manillas de las esposas bajo la muñeca de la mano que tenía junto a los cabellos, apoyándome en la tela bordada para tocar su piel lo menos posible, entonces cerré el trinquete con una ligera serie de ruidos metálicos que no turbaron sus ronquidos. Luego, con un gesto rápido, bajé el brazo así esposado a su espalda y apreté la otra muñeca con la segunda manilla. En el instante en que logré enganchar el trinquete, el hombre despertó e intentó apartar los brazos. Triunfante, hice fuerza en las dos manillas para apretarlas tanto como pude, imprimiendo el metal en la carne de sus muñecas. El hombre empezó a mover los pies y a insultarme de forma soez; pero yo ya no pensaba en él y corrí al cuarto de baño donde, sin encender la luz, abrí a tope el grifo del agua fría del lavabo y sumergí con avidez mis labios en el agua. Con los ojos cerrados, bebí largamente hasta notar un ligero dolor en el vientre. Luego me enjuagué la cara y la nuca, cerré el agua y volví a la habitación masajeándome las muñecas doloridas. El hombre seguía berreando; en la mesilla de noche vi un pesado cenicero, lo cogí y le di con él

en la cabeza, rompiéndolo en una lluvia de trocitos de cristal que se esparcieron sobre las hierbas bordadas del tejido. El hombre, la cara de repente cubierta de sangre, por fin se calló. Yo lo observé respirando pesadamente, evitando su mirada inquieta que buscaba la mía. «Escucha, no seas idiota, no era más que un juego –articuló por fin con una voz tranquila pero con imperceptibles temblores—. Has cobrado por todo esto, ¿no? Venga, suéltame, te daré más dinero, no te pongas así. Estas cosas no hay que tomárselas demasiado en serio, era sólo una fantasía.» Yo no respondí. Al darme cuenta de que todavía goteaba un poco, recogí mi mordaza, un simple guante de baño, y me limpié la vulva. Luego me acerqué a la cama, le presioné los lados de la mandíbula para hacerle abrir la boca y le metí enterito el rectángulo de tejido maculado. Él se puso a gorgotear y a patalear, sus piernas batiendo contra la tela que cubría la cama. Fui a por sus pantalones, saqué el cinturón de las presillas y le até los pies con fuerza. Él se calmó un poco y allí se quedó, sin moverse, respirando por la nariz con dificultad. Yo me incorporé y examiné la habitación. Vi la bandeja de la comida, que seguía en un rincón: me apoderé del vaso de cerveza vacío y restregué su fondo en uno de los platos para embadurnarlo de aceite. Luego volví a la cama, abrí las nalgas del hombre y, mientras él gemía y se agitaba un poco, le metí la base del vaso en el ano. Luego empujé. Al principio aquello se resistía, luego cedió de golpe, engullendo la mitad del vaso mientras el hombre redoblaba sus gemidos, ahora alarmados, bajo la presión de la mordaza. Contemplé mi obra: el borde ensanchado del vaso, todavía cubierto de la espuma reseca de la cerveza, asomaba entre sus nalgas morenas y carnosas dejando adivinar, detrás de la fina pared, la sombría profundidad del recto. Lo enrosqué un poco, lo hundí un poco más, ahora no sobresalía más que el borde. Luego cerré mi puño y lo estrellé violentamente sobre su cóccix, triturando el vaso en él ensartado.

Sentada en la taza del váter, la puerta cerrada para no verme obligada a escuchar los gimoteos ahogados del hombre acurrucado en la cama, me quité el resto de la ropa, todavía pegajosa y mojada. El esfuerzo reabrió algunos

pequeños cortes que volvieron a sangrar, obligándome a permanecer allí sentada con una toalla en la mano apretada contra las manchas rojas. Después, las piernas todavía trémulas, me senté en la bañera y abrí el grifo de la ducha, tan caliente como pude soportar, con la cabeza agachada bajo el chorro y los ojos cerrados para no ver el agua enrojecida danzando alrededor de mis muslos. Poco a poco, los puntos de dolor más agudos empezaron a disolverse en un dolor menos concreto, mejor repartido a través de mis miembros. Cuando por fin cerré el agua me sentí revitalizada, provista de un cuerpo fuerte y controlado que, en lo esencial, me seguía pareciendo ajeno. Me envolví con el segundo albornoz, que terminó de enjugar los chorritos de sangre que todavía perlaban mi piel, y peiné pacientemente mis largos cabellos rubios para envolverlos luego en una toalla limpia. Hecho esto suspiré, abrí la puerta y volví a la habitación donde puse la ropa mojada sobre el radiador. El hombre, hecho una bola sobre la extensión verde y dorada de la cama, su culo salpicado de sangre despiadadamente alumbrada por la lámpara de la mesilla de noche, parecía haberse desvanecido. Por un momento me pregunté qué hacer. Estaba cansada y quería dormir, pero en la habitación, con él, no era una opción. Agarré sus brazos esposados y lo saqué de la cama; su cuerpo cayó sobre la moqueta con un ruido sordo, empezó a moverse, a lanzar ruiditos ahogados por la mordaza, una de cuyas esquinas sobresalía de entre sus dientes. Su cara era de color escarlata, sus ojos pasmados clavados en mí, llenos de un espanto mudo que me hizo sonreír insensiblemente. Hundiendo los dedos de mis pies en la espesa moqueta, me agaché para arrastrarlo metro a metro hasta el cuarto de baño, donde mal que bien logré meterlo en la bañera. Su cabeza había caído hacia atrás y gemía tras la mordaza, incapaz del menor movimiento; apagué la luz, lo dejé allí y cerré la puerta tras de mí. Al salir de nuevo, mientras me ajustaba el albornoz, me pinché con algo en el pie: era el cuchillo, olvidado sobre la moqueta. Lo recogí y, sin hacer ruido, lo puse encima de la cómoda. Luego agarré la tela bordada manchada de sangre y la arrojé hecha una bola sobre la moqueta para meterme entre las sábanas y apagar la luz. Me dormí enseguida y esta vez no tuve ningún sueño. Al despertar, seguía notando tirantez en mis pequeñas heridas; tenía los músculos petrificados por los calambres y un dolor

lancinante me retorció el bajo vientre. Me estiré y luego me enderecé, encendí la luz y me palpé con delicadeza los cortes, que parecían más o menos cerrados y ya no sangraban. Me levanté de la cama, me esforcé por hacer algunos ejercicios de estiramiento y empecé a ponerme la ropa. En el bolsillo de la chaqueta, mis dedos encontraron algo arrugado: eran los billetes que me había dado el hombre, los alisé y los volví a meter en su cartera. Miré la puerta del cuarto de baño; me hubiese gustado cepillarme los dientes, pero eso podía esperar. Ante la salida vacilé: había dos puertas, una frente a la otra, no me había dado cuenta. ¿Por cuál decidirse? No tenía importancia. Escogí una al azar y atravesé el umbral. El aire fresco del pasillo enseguida me devolvió las fuerzas, inspiré profundamente y me puse a correr, dejando que el dolor que irritaba mis miembros se fuese difuminando al ritmo de las pequeñas zancadas. Mis deportivas golpeaban el suelo con ligereza, casi sin ruido; el aire silbaba con regularidad entre mis labios, donde el regusto acre de la sangre había desaparecido por completo. Me rehice rápidamente el moño sin detenerme y me concentré en la carrera, navegando un poco al tuntún para no chocar con una de las paredes que, difíciles de situar en la penumbra que aquí reinaba, parecían curvarse, unas veces en un sentido y otras en otro. Entrecerrando los ojos, a veces discernía zonas más oscuras, galerías alternativas tal vez, o acaso sólo aberturas de un pozo de seguridad; pero yo las ignoraba y continuaba mal que bien, dejando que la tensión y el dolor se fuesen deshaciendo en mi cuerpo, recuperando poco a poco el placer de la respiración y del movimiento. Algo brilló en la oscuridad, delante de mí: era un pomo que tomé sin vacilar para accionar una puerta que se abrió ante mí de par en par. Atravesé el umbral y enseguida me sentí en mi casa. El espacio era muy grande, lleno de un revoltijo de muebles, divanes, butacas y mesas de todo tipo atiborradas de flores y bibelots; al fondo, un ventanal cerraba la estancia, dominando un panorama de torres de cristal o de hormigón, escalonadas ante una franja de mar pálido y luminoso. Fui a apoyar mi frente contra el cristal frío y contemplé la ciudad que tenía ante mí, siguiendo con la vista un pequeño helicóptero que se acercaba para posarse como una avispa en lo alto de uno de los rascacielos, luego contemplé el gran movimiento perezoso y deliciosamente irregular de una bandada de palomas,

fijándome por último en los matices de rosa, fucsia y naranja que, tal como el día se iba agotando, reflejaban aquellos acristalamientos. Un poderoso sentimiento de afección y hasta de deseo, a la vez desbordante y vago, sin objeto preciso ni dirección, me atravesaba y me agitaba pesadamente; incapaz de enfocarlo sobre una cosa u otra, jugueteé de forma abstracta con las manzanas rojas, amarillas y verdes que había allí amontonadas en una copa de porcelana y me entretuve soplando en el cristal para contemplar cómo se iba estrechando el vaho hasta desaparecer, o dibujando formas infantiles con el dedo, corazones, flechas, sonrisas. Me separé por fin del ventanal y empecé a pasear entre aquel laberinto de muebles, quitándome la ropa aquí y echándola allá sin pensarlo hasta quedar desnuda. Hacía un poco de fresco y me puse un largo camisón de encaje blanco descuidadamente olvidado sobre una silla, deslizando mis brazos todavía doloridos en las anchas mangas y echándome sobre el cuerpo los faldones. Encima de un equipo de música andaba un estuche de CD, viejas grabaciones de conciertos para piano de Mozart, metí uno en la hendidura del aparato y lo activé, retomando mi lenta divagación entre los muebles mientras sonaban las primeras notas, y encendiendo al azar algunas lámparas, acariciando un vaso o una escultura china de jade, introduciendo mi nariz en un ramo de flores blancas inodoras u hojeando, sin detenerme en ninguna imagen en particular, unos libros de arte llenos de fotografías de piscinas o bien de cuadros ostentosos compuestos a partir de flores, naranjas, aves disecadas y bocas de tiburón. Me sentía tranquila, casi boyante, pero no me quedaba quieta, los largos faldones del salto de cama de encaje flotaban alrededor de mis pantorrillas, me senté en un diván de cuero blanco con las piernas replegadas, luego volví a levantarme, cogí un teléfono inalámbrico y jugueteé con él, presa de unas enormes ganas de llamar a alguien, aunque ni idea de a quién. Al final marqué un número al azar, pero fui a dar con una voz metálica de mujer que recitó con una entonación musical: «Este número ya no funciona. Por favor, consulte el listín o bien vuelva a llamar más tarde». Colgué, luego me volví hacia un aparador de mármol negro y madera barnizada para servirme un vasito de aguardiente de una pesada jarrita de cristal tallado, cogí un purito largo y fino de una caja lacada, lo encendí y volví a acomodarme en el diván blanco, de

espaldas al ventanal, las piernas todavía cubiertas de moratones escondidos bajo el extravagante encaje del vestido. Me bebí medio vaso, luego me llevé el purito a los labios: al primer contacto, lo retiré abruptamente y escupí con violencia, con una horrible sensación de ardor en la punta de la lengua. Estupefacto, miré el purito: sin darme cuenta, lo había girado entre los dedos y me había metido la brasa en la boca. Aliviando la lengua con saliva, estallé en una risa aguda y aplasté nerviosamente el purito en un grueso cenicero de ágata granate, vetado de blanco y berenjena, que había sobre una larga mesa baja de cristal y metal plantada encima de la espesa moqueta blanca que cubría el suelo. Junto al cenicero descansaba un libro, un grueso libro de fotografía en formato apaisado y encuadernado en tela blanca: mientras seguía haciendo jugar la punta magullada de mi lengua contra el reverso de mis dientes, lo abrí y lo hojeé. Cada página presentaba una serie de imágenes de mujeres desnudas, series que, desde ángulos diferentes, descomponían todo tipo de acciones comunes: caminar sobre altos tacones o bien acarreado un cubo, correr pinzándose un seno, huir escondiéndose el sexo, subir o bajar una tabla o una escalera; saltar, arrastrarse, bailar; vestirse y desnudarse, gestos del día a día, peinarse, quitarse una media, secarse el cuerpo; acostarse y levantarse, sentarse para leer; echarse un cubo de agua en la cabeza, el cuerpo borrado por el chorro congelado. Extrañamente fascinada, fui pasando las páginas y pensando en aquellas mujeres muertas hacía tiempo que habían aceptado prestarse al divertido juego. Una luz viva, casi cruda, iluminaba sus cuerpos blanquísimos ante el fondo inmutable de una pared oscura, y recortaba nítidamente las sombras acechantes en los dobleces de los senos, las nalgas, los muslos o los omóplatos; a veces la luz era tan intensa que el cuerpo devenía abstracto, reducido a una simple forma indistinta significada solamente por los cabellos y el triángulo negro del pubis. En otros lugares, estos encantos se distinguían mejor: nalgas carnosas pero elegantes, caderas un tanto anchas, senos a veces caídos, vientre rollizo y lindo, una columna vertebral hendida o, al revés, huesos que sobresalían de la piel: la articulación, bien dibujada, de miembros flotantes. Cuanto más los contemplaba, más me preguntaba cómo podían esos cuerpos mantenerse juntos: en efecto, me parecía que no había la menor relación lógica entre tal

codo, tal hombro, tal nuca, tal muslo y tal trasero, cada uno de ellos podría haber estado unido a otro para formar una nueva combinación de movimientos congelados representada por aquellos hermosos y blanquísimos títeres. Todo aquello tenía tan poco sentido como el dolor agudo e incongruente que aislaba mi lengua del resto de la boca, donde vivía agazapada, un animalito móvil y sufriente, al acecho.

Había caído la noche y cada vez hacía más fresco, casi frío. Más allá del ventanal, los rascacielos y los edificios comprimidos a sus pies, totalmente iluminados, fulgían en la oscuridad, medio interferidos, en las grandes hojas de cristal, por los reflejos de los neones, los cuadros y los ramos de flores que decoraban el apartamento. Me levanté con el aguardiente en la mano, dejé allí el libro y sus imágenes inquietantes y fui a subir el termostato, luego volví a beberme otro vasito, mis nalgas revestidas por el encaje apoyadas sobre el brazo de una butaca tapizada. Tenía un poco de hambre y me dirigí hacia la gran cocina abierta, toda ella blanca y limpia, a buscar en sus armarios. Para mi sorpresa no contenían gran cosa, apenas unas latas de sardinas en aceite, una cebolla, pan integral y media botella de vino rosado. Me monté con eso una modesta cena y volví a plantarme delante del tablero de mármol frío de otra mesa baja para picotear un poco. Pero a mis dedos no les resultó sencillo encontrar la boca, pues no estaba situada donde debía, y cuando por fin una sardina o un cuarto de cebolla cruda atravesaba mis labios, caía en un espacio vacío sin tomar el camino del esófago. En cuanto a mi sistema digestivo, lo sentía distintamente, se paseaba dentro de mi abdomen un tanto hinchado retorciéndose en todos los sentidos. Un fuerte calambre me estremeció el bajo vientre, luego otro. Dejé el plato sobre la mesa y fui hacia el cuarto de baño, donde me subí de prisa los pliegues del salto de cama para sentarme en la taza del váter: como si alguien hubiese abierto un grifo, empezó a manar sangre, un largo flujo rojo cuyo olor ferruginoso llenó la estancia blanca y chispeante bajo sus neones. Mi sexo me parecía aislado de mi cuerpo, como separado, y sin soltar los faldones del salto de cama apretados contra mi vientre, me levanté para dejar que se vaciase él solo y luego lo tomé en mis manos para

enjuagarlo en el lavabo. A continuación, abrí el grifo de la gran ducha azul, dejé caer el vestido de encaje sobre las baldosas y me quité la piel para ponerla bajo el chorro ardiente, volviéndola en todos los sentidos para enjabonarla, tratando de evitar en lo posible que me salpicase los músculos y tendones. Por fin la escurrí y la colgué de una barra de cristal para que se secase lentamente. Me volví hacia el gran espejo que ocupaba toda la pared sobre el lavabo, iluminado por un marco de pequeños halógenos. Estaba abierto aquí y allá y esas grietas atravesaban mi cuerpo, separando sus distintas partes y redistribuyéndolas en el espacio. Examiné escrupulosamente los racimos rosáceos de mis glándulas mamarias, tensadas hacia los pezones puestos allí como pequeños corchos sobre la red enmarañada de los conductos lactíferos, luego admiré la curva de mis trompas, que coronaban los ovarios como corolas de flor, la hermosa bolsa totalmente plegada del útero y el conducto tortuoso y recorrido por venillas de la vagina, que descendía hasta ensancharse en el vacío, dejando aún escapar algunas gotas de sangre que, con un ruidito mate, se estrellaban una tras otra sobre las baldosas blancas. Retiré de la cabeza los largos cabellos rubios como si de una peluca se tratase, dejé allí también mis uñas lacadas y me dirigí hacia el dormitorio, descomponiendo cada uno de mis movimientos según un plan fijo y arbitrario, unos movimientos que solamente tomados como una secuencia ejecutada veinticuatro veces por segundo podían llevarme donde yo deseaba. También aquí los muebles estaban adornados con ramos de lilas, de crocus, de iris y de claveles blancos; un sobrecama, ricamente adornado con largas hierbas finas bordadas sobre una trama dorada, cubría la superficie del lecho, reflejado en el gran espejo redondo que abría como una segunda habitación en la extensión blanca de la pared. También ese espejo repetía mis formas, pero para mí no tenían el menor sentido: entonces, ¿un cuerpo era eso? Si me volvía de espaldas, la piel y los músculos se abrían como alas sobre los omóplatos y las costillas; de perfil, resbaladizos entre los músculos abdominales, mi vientre lo rellenaban el estómago, el hígado y el páncreas; en cuanto a mi cara, por así decirlo ya no era visible, escondida bajo los pliegues de dermis y de tejido adiposo que revelaban la masa gris y gelatinosa, amontonada en circunvoluciones dentro

del tazón abierto del cráneo, de mi cerebro. Coloqué mis rótulas sobre el campo de hierbas del sobrecama y me volví: mi orificio maculado de sangre ocupaba el centro del espejo, dibujado por dos pliegues de carne hinchados, velludos, que abrí y sacudí como viejos andrajos mugrientos, descubriendo las mucosas rosáceas y la enorme abertura que, a medida que iba hundiendo en ella mis dedos, se dilataba desmesuradamente, sin límites, un órgano cóncavo replegado sobre sí mismo que ya nada tenía que ver conmigo. Mi mano entera se hallaba por fin allí alojada, el puño cerrado entre los tejidos esponjosos y sucios, y agité los dedos, pellizcando los nervios como cuerdas, proyectando los trinos de una música a la vez blanca y carnal a lo largo de mi sistema nervioso para reagruparse en ciertos lugares con vibraciones convergentes y hacer luego implosión, soltando de vuelta unos flujos de luz que atravesaban mi cuerpo vaciado de rebote, esparciéndolo por cada rincón del cuarto. Pero no por eso dejaba el sexo de permanecer abierto de par en par, ahora ocupaba la práctica totalidad del espejo, despejado en toda su profundidad por mis dos manos, negro, abisal, lo suficientemente grande como para meter allí toda mi cabeza y hacerla desaparecer, seguida por el conjunto de mis órganos que así se dispersaron por el gran apartamento, dejando el cuerpo vacío repartido encima del sobrecama verde y dorado, una cáscara blanca y lisa, sin asperezas, pura superficie envuelta por el sueño.

Desperté en la oscuridad y el frío. Alargué la mano a tientas hacia el platito de metal en el que había dejado mis dos ojos. Lo levanté y lo dirigí hacia el espejo redondo, orientándolo para intentar captar un reflejo de luz. Pero no había nada. Entonces, llevando la bandejita ante mí como una palmatoria, me levanté de la cama y busqué el camino hacia el salón. Allí, las luces de los edificios vecinos derramaban un duro resplandor azulado sobre los muebles, las paredes y los ramos de flores. Me adelanté tiritando, paso a paso, hacia el ventanal, dirigiéndome directamente hacia el reflejo confuso de mi cuerpo desnudo. Cuando hube llegado ante la pared de cristal, levanté el platito y, de este modo, paseé la mirada por las grandes torres de cristal erigidas en la noche. Así desprendida de mí misma, mi mirada adquiriría una agudeza

sorprendente, era capaz de distinguir todo cuanto sucedía detrás de las ventanas sobrepuestas frente a mí, hasta las más lejanas; estaban llenas de cuerpos gesticulantes que se intercambiaban palabras, engullían alimentos, se peleaban, fornicaban, defecaban, agonizaban, morían. Era casi insoportable: los cuerpos habían invadido el mundo. De tarde en tarde, mujeres u hombres desnudos abrían sus ventanas y caían al vacío; yo los veía precipitarse a una horrorosa lentitud, uno tras otro, flotando boca abajo en silencio para desaparecer en el abismo de las calles. Me volví y dirigí la mirada hacia el gran salón. Enganchadas en lo alto de los tallos, las flores desbordaban sus jarrones, una miríada de ojos me contemplaba. Adherida al cristal por esa multitud de miradas impasibles que observaban al detalle la pelusilla de mis brazos, de mi labio superior y de mis senos, los lunares que constelaban mi piel, los poros que hacían de mi epidermis una red perforada y las más diminutas de las células que componían su superficie, me asusté. Mis dedos se entreabrieron por sí mismos y la bandeja cayó, con lo cual mis dos ojos rodaron sobre la moqueta mientras yo tropezaba a ciegas contra los muebles hasta que me decidí, cual animalillo acosado, a enterrar mi cuerpo bajo el campo de hierbas verdes del sobrecama bordado, escondida de todo ese horror. Pero mis ojos, bien abiertos en medio del espesor de lana blanca de la moqueta, todo lo veían. Durante un buen rato no se movió nada. Los ojos posados sobre los tallos de las flores miraban a los míos sin parpadear, sólo las oscilaciones de luz en el exterior provocaban un cambio de intensidad en mi campo visual. Pero poco a poco aparecieron unos insectos redondos y rojos para colarse entre las fibras de la moqueta, seguidos por otros, cada vez más numerosos, dirigiéndose todos ellos hacia mis dos ojos. Luego los recubrieron, parasitando mi vista con sus cuerpos rojos, y oscureciéndola por completo hasta borrarla, siempre bajo la mirada impasible de aquellos ramilletes de ojos. Al despertar, la luz fría del alba bañaba la habitación. En el espejo redondo, encañonándome como un ojo gigante, el sobrecama verde y dorado centelleaba suavemente. Enderecé mi cuerpo sólido, compacto, nervioso, aunque pesado por el cansancio y erizado por el frío, me recogí el pelo en un moño, me retiré de las sábanas y fui a revolver los cajones buscando un chándal limpio. Luego me dirigí al salón, galopando como una

muchachita. La estancia me pareció blanquísima, el día vertía esa misma luz fría sobre el tejido blanco de los muebles, la moqueta blanca, las corolas blancas de las flores, apacibles y estériles, inodoras. Pesqué una manzana amarilla de la fuente que había sobre la mesa redonda delante del ventanal, la llevé a mis labios y luego renuncié a morderla y la devolví a su sitio. En la entrada, justo delante de la puerta, había un sobre. Lo abrí y desplegué la hoja de papel: era una carta oficial del presidente de la comunidad en la que reiteraba las antiguas quejas de una vecina referentes a los picos de tensión en mi apartamento, que según ella provocaban cortes en la instalación eléctrica de todo el edificio, y advirtiéndome que la compañía eléctrica no tardaría en ponerse en contacto conmigo a fin de fijar una fecha para venir a revisar mi circuito, a cuenta mía, como es debido. Arrugué la carta, la eché a una papelera junto con el sobre y salí. Tan pronto como me hallé en el pasillo se me pasó el enfado, el aire tibio relajó mis miembros entumecidos y me puse a correr a zancadas cortas, los codos al cuerpo y respirando con regularidad, paseando una mirada soñadora sobre las paredes curiosamente difíciles de situar en la semioscuridad, o sobre el espacio por encima de mi cabeza, donde no se apreciaban ni fuentes de iluminación ni tampoco techo. Resultaba del todo evidente que el pasillo no era recto, a pesar de todos mis esfuerzos, una y otra vez mis brazos rozaban una pared y a mí me tocaba reorientar la carrera, ignorando con decisión las zonas más ensombrecidas que iba encontrando, ramificaciones o simples depresiones, no me detuve a comprobarlo. Todo en esa carrera me parecía sencillo, mis dolores y el cansancio habían desaparecido, el oxígeno llenaba mis venas y propulsaba mi cuerpo, de pronto satisfecho por la flexibilidad de sus pasos. Delante de mí vi un destello en una de las paredes, me dirigí hacia él extendiendo la mano y comprendí en el último instante que se trataba de un pomo; sin pensarlo, lo así y abrí. Pasé el umbral sin disminuir el ritmo y fui hacia el centro de un vestíbulo bañado por una luz tranquila, cálida. La monotonía de las paredes se veía interrumpida por algunos grabados enmarcados sobre los que mi vista se deslizaba sin detenerse; bajo mis pies, que todavía marcaban el paso, una larga franja verde roto atravesaba la moqueta marfil. Tres caras se habían vuelto hacia mí y me miraban fijamente en silencio. Los dos hombres, sus

gruesos rasgos tensos como a punto de gruñir, tenían las piernas abiertas y las manos cruzadas en el bajo vientre; llevaban trajes negros, corbatas y, de forma absolutamente incongruente en aquel lugar, unas gafas de sol. La mujer dio un paso al frente sobre sus altísimos tacones. Unos largos rizos de reflejos pelirrojos caían en cascada sobre sus hombros desnudos sin llegar a ocultar los senos lechosos, que desbordaban un corto vestido de lentejuelas negras en el que parecía embutido a duras penas aquel cuerpo generoso. Con el brazo izquierdo sostenía una tableta; cuando acercó los dedos de la otra mano para toquetear la pantalla, sus pulseras doradas tintinearón y ella la hojeó como hubiese hecho con las páginas de un libro. Entonces detuvo el gesto, me miró de arriba abajo con gesto suspicaz, volvió a hojear, levantó los ojos hacia mí. «Llega usted tarde, señorita», soltó por fin bruscamente. Sus labios pintados de color frambuesa apenas se habían movido. «Perdón, señora. He tenido que correr.» — «Sí, eso lo veo.» Paseó por mi cuerpo una larga mirada calculadora, evaluando mis formas bajo el chándal. Eso no duró más que un breve instante e hizo un mohín. «¿No le han dicho nada sobre el *dress code*?» — «No, señora.» Ella se encogió de hombros: «Si es que siempre tiene que hacerlo todo una misma. Menos mal que somos previsores». Volvió a tipear varias veces en su pantalla, pivotó sobre la punta de los pies y empujó la doble puerta. «Venga conmigo.» Los dos hombres esbozaron un paso al lado y yo seguí a mi anfitriona a lo largo de un pasillo decorado del mismo modo que el vestíbulo. Al fondo se alzaba otra doble puerta; pero la mujer me condujo por una puerta secreta y me llevó hasta un cuarto de baño con suelo de pizarra, blancas paredes embaldosadas, y violentamente alumbrado por neones, una luz casi dolorosa después de la amortiguada claridad del resto de la suite. «Dúchese aquí —ordenó la anfitriona—. Apesta usted a sudor y eso, a estos señores, no les gusta. ¿O dónde se cree usted que está? Esto es inadmisibile.» En el paso de la puerta, se volvió: «Deje aquí sus harapos, podrá recogerlos al salir». Yo me desvestí con rapidez e hice lo que me ordenaba, sumergiendo mi cuerpo bajo el agua caliente y enjabonándolo con vigor. Justo acababa de enjuagarme cuando volvió con una pila de ropa que depositó sobre una silla. Abrí la puerta acristalada y me adelanté, chorreando sobre las baldosas de pizarra. Ella me

ofreció una gran toalla, luego retuvo su gesto para contemplar mi cuerpo mojado. Por un momento, su mirada se turbó; luego recuperó su dureza metálica. Yo no había bajado la vista y la observé mientras ella evaluaba fríamente mis senos, mi vientre, mis caderas. Se detuvo en mis moratones, que viraban a amarillo, y en los pequeños cortes ya casi cicatrizados que decoraban mi mandíbula, mi hombro y mis muslos. «Pero ¿qué es eso? ¿Se ha metido usted en una pelea?» Sus ojos fueron a dar con la mata rubia y rizada de mi pubis: «Y ni siquiera va depilada», continuó en tono exasperado. Yo guardé silencio y ella se encogió de hombros: «Después, a quien se quejan es a mí». Mientras ella escogía la ropa, pidiéndome información precisa sobre las tallas, yo me sequé y volví a recogerme el pelo en un elaborado moño del que escapaban algunos haces de mechas. Luego me puse lo que me había preparado, un sujetador de encaje gris paloma cuyo escote realzaba un poco mis senos, unas braguitas ajustadas de tul bordado del mismo color, y medias de seda rematadas por una amplia banda de encaje, también de color gris pero de un tono más oscuro, color acero. Ejecuté aquellos gestos familiares sin pensarlo y prácticamente sin prestar atención; al deslizar mis pies en los zapatos de tacón alto, tuve la sensación de estar vistiendo a alguien, y no a mí misma. Pero por un instante el vestido me sacó de mi indiferencia. Era muy hermoso, un corto vestido tubo gris perla tricotado y sedoso, sin la menor costura, forrado en su interior con una seda color melocotón que acariciaba la piel con su ligera fricción. El cuello alzado ocultaba la pequeña cicatriz de mi hombro; alisé el tejido sobre mis caderas y, contemplando en el espejo todavía un tanto empañado mi larga nuca despejada, mi pecho y la curva de mis riñones, por un momento me parecí casi guapa. Mi anfitriona no tardó en llamarme al orden: «La estamos esperando, señorita. Todavía tiene usted que maquillarse». Enjugó el espejo con la toalla mientras yo rebuscaba en una caja que había allí para elegir los colores: gris plomo para los párpados, un tinte más bien peladilla para los labios, y las uñas también rosa, pero tirando a mondadura de cebolla. Mientras los iba aplicando con cuidado, la mujer desgranaba sus consignas: «Las reglas son simples, supongo que se las han explicado: nada de nombres. Probablemente reconocerá a varios de estos señores, haga como si fuesen

desconocidos. No es cuestión de que se sepa que han estado aquí». Mientras yo agitaba las manos para que se secase la laca de uñas, ella depositó sobre el mármol negro del lavabo algunas joyas de plata: «No olvide usted devolverme todo esto al final», advirtió en tono irónico. Encaramada en mis tacones, me las puse una a una, luego unas gotas de perfume en el cuello y en los senos, contemplando mi aspecto en el espejo con los ojos realzados con kohl y rímel, muy entretenidos por el sorprendente espectáculo. Ni siquiera la anfitriona pudo negarlo. «No está mal –dijo pasando sus dos manos por mis riñones y mis nalgas–, nada mal.»

En el salón reinaba una amortiguada algarabía. Con los tacones plantados en una gruesa moqueta de un tono crudo constelada de estrellas doradas, unas jóvenes elegantes y con clase conversaban educadamente con unos hombres mucho mayores que ellas vestidos con traje de ejecutivo. En efecto, varios de aquellos rostros me resultaron familiares, políticos, empresarios, banqueros, actores, vistos en los periódicos o en la televisión. Aquí y allá había dispuestos sofás y butacas de cuero en un desorden estudiado; los espejos colgados de las paredes multiplicaban los inmensos ramos de flores tropicales colocados en las ménsulas; con las piernas cruzadas sobre un diván y la tableta en una rodilla, la anfitriona vigilaba la escena fumando un cigarrillo. En los rincones de la estancia, unos bafles escondidos detrás de palmeras en macetas destilaban las armonías delicadas y tranquilizadoras de un cuarteto de cuerda. Un hombre vestido por completo de azul se acercó a mí y me ofreció una copa: «¿Señorita?». Yo le di las gracias con una sonrisa ligera y tomé la copa. Mientras probaba el líquido, un gin-tonic fresco, chispeante, casi amargo, él habló sobre los vaivenes políticos especialmente convulsos de un pequeño país del sur y me preguntó mi opinión. Yo intenté en vano reunir los recuerdos de los últimos periódicos que había podido leer. «Una situación delicada –arriesgué por fin–. Llena de peligros.» — «Tiene usted mucha razón», dijo con una sonrisa. Brindamos y di otro sorbo; pasándose la mano por la corbata de seda a rayas rosa y azul, él nombró al jefe de una de las facciones principales del país: «Si no se distancia de sus aliados históricos,

todo el país corre el peligro de precipitarse en la guerra». Entretanto, yo había logrado reunir algunos datos vagos sobre el país en cuestión. «Sí. Ninguno de los grupos minoritarios aceptará volver a someterse a la férula de su gran vecino. Sobre todo, ahora.» Él me acarició el brazo con una sonrisa zalamera: «Veo que controla usted la geopolítica. Resulta agradable conversar con una mujer inteligente». Yo respondí con una sonrisa educada, inclinando ligeramente la cabeza. Fuera, el día se iba agotando. Detrás de los ventanales que limitaban el salón, encuadradas por cortinas y rinconeras revestidas en colores almendra y oro, apareció a nuestros pies el paisaje irregular de la ciudad, constelado de cuadrados de luz diseminados en las fachadas encristaladas de las torres. Por una amplia franja de cielo pasaban nubarrones negros, pero más allá, hacia poniente, todo estaba despejado y el sol del ocaso todavía alumbraba con su luz metálica el reverso de las nubes, proyectando largas líneas plateadas sobre la superficie inmóvil de la gran piscina rectangular que ocupaba el centro de la terraza vacía. Mi compañero no dejaba de hablar, yo le escuchaba de forma distraída, llevando de vez en cuando la copa a mis labios para beber un sorbito de gin-tonic. Ahora hablaba de dinero, si lo entendía bien me estaba dando consejos de inversión para cuando me jubilase; cada vez que cambiaba mis piernas de posición, haciendo que la seda del forro se deslizase sobre mis caderas, sus ojos bajaban automáticamente para fijarse en mi pecho o mis muslos, sin que por ello interrumpiese su discurso. Detrás de él, otro hombre dejaba de vez en cuando que su mirada se pasease por mi cuerpo, con un discreto movimiento de la cabeza o bien a través de uno de los espejos colgados de la pared, por encima del hombro de las tres jóvenes con las que mantenía una conversación. Imponente, calvo, una sonrisa irónica flotando en sus labios, les sacaba una cabeza a sus compañeras y portaba con soltura un bonito traje antracita de un lujo discreto y una corbata bordada con crisantemos plateados; con una mano en el bolsillo de los pantalones, jugueteaba entre los gruesos dedos de la otra con un vaso de whisky, colmando la estancia con su estatura; obviamente yo, como todo el mundo, lo conocía. Cuando los otros hombres presentes le dirigían la palabra, a pesar del tono amistoso y relajado de la velada, parecían incapaces de abandonar una cierta actitud de

deferencia; en cuanto a las chicas, bebían y reían, a veces el gran hombre calvo tendía su garra para acariciarles la espalda o la nalga y ellas se dejaban hacer sin protestar, riendo todavía más fuerte y pidiendo más copas, un pastelito o alguna gamba a la plancha a las sirvientas que iban paseando discretamente entre los grupos con sus bandejas. Una de ellas destacaba del resto de forma especial, una hermosa joven de largos cabellos pelirrojos con un corto vestido bordado que dejaba al aire sus hombros estrechos y salpicados de pecas; hablaba bajo y se reía mucho menos que las otras, no haciendo sino llamar más la atención. La anfitriona se había unido al grupo y también reía; entre risitas ahogadas, el hombre calvo se agachó para darle un beso en el cuello. «Disculpe –interrumpí a mi interlocutor con una sonrisa amable–. Vuelvo en un momento.» Me volví hacia una de las sirvientas y dejé mi copa vacía sobre su bandeja, alzando las cejas con aire interrogativo; ella, con un movimiento de la barbilla, me señaló una cortina de terciopelo violeta que ocultaba a un lado un lienzo de pared. Yo la aparté: una larga escalera cubierta con una alfombra granate descendía haciendo curva; abajo, un pasillo tenuemente iluminado conducía a varias puertas. Empujé la que estaba marcada con una estilizada silueta de mujer y penetré en unos aseos, decorados de forma serena. Unos neones de baja intensidad difundían su luz blanquecina pero suave, que dibujó en el espejo los rasgos maquillados de mi rostro. Abrí una de las cabinas de acero cepillado, cerré la puerta tras de mí, sequé por reflejo la tapa con un trozo de papel higiénico y me quité el vestido. Cuando volví a abrir, ahí estaba el gran hombre calvo, en el vano de la puerta, su hombro apoyado en el marco, sus ojos amarillos clavados en mí. El ruido de la descarga de agua todavía resonaba. Sin mirarlo, me dirigí hacia uno de los lavabos, abrí el grifo y me enjuagué las manos. A mi espalda, oí su voz grave y tranquila: «¿Así que nos interesa la política internacional?». Yo levanté la mirada hacia su reflejo en el espejo: «¿No se ha equivocado usted de puerta?», pregunté educadamente, tomando una toallita enrollada de una cesta para secarme los dedos. Él despegó su cuerpo macizo del marco y dio un paso hacia mí: «No. Me parece que no». Yo eché la toalla en una cesta en el suelo y me apoyé en el lavabo. En el espejo, medio en penumbra de tan grande como era, el hombre paseaba sobre mí una mirada febril a la par que

distante. Bajé los ojos y examiné mis uñas pintadas, de un rosa muy intenso sobre el mármol beige vetado de blanco, mientras sus inmensas manos iban levantando mi vestido más allá de mis riñones y me bajaban las bragas. Sus dedos rechinaron sobre la piel tensa de mis nalgas y la acariciaron hasta llegar a la hendidura, donde hicieron una leve presión. En el espejo, por encima de mi cabeza, sus ojos amarillos brillaban en la sombra, animados por un furor sombrío y animal. Luego me administró un alegre cachete en la nalga y masculló: «Más tarde, más tarde. Puedes volver a vestirte». Me di cuenta de que mis piernas temblaban ligeramente y las junté; encaramada sobre mis tacones y volviendo a subirme las bragas me sentía ridícula, un tanto perdida. Me ajusté el vestido de nuevo, preguntándome vagamente qué hacía allí; el hombre se agachó por encima de mi hombro para arreglarse la corbata, examinándose en la luna con una mirada carnívora.

Arriba, la fiesta estaba en pleno apogeo. A mi alrededor, los hombres, ya borrachos, estallaban en risotadas y soltaban como imbéciles bromas picantes, a las que las chicas respondían con risitas. Los cuerpos comenzaron a mostrarse; una joven, manoseada por dos tipos sobre un diván, daba pequeños gritos; las sirvientas habían desaparecido. Yo me serví otro gin-tonic en el bar y bebí, contemplando distraídamente aquel remolino humano en el gran espejo suspendido tras la barra. En el exterior era de noche, las luces de la ciudad centelleaban entre los cuerpos en movimiento; alguien había encendido unos puntos luminosos en el fondo de la piscina y sus aguas blancas recortaban un rectángulo de luz en la oscuridad de la terraza. Se escuchaban gritos agudos, tres hombres habían cogido a la pelirroja para llevarla en volandas a través del gran ventanal y estaban a punto de arrojarla a la piscina como un peso muerto. La anfitriona se acercó a mí y posó su mano en el hueco de la espalda: «¿No quieres unirse a nosotros?». Miró mi reflejo en el espejo con una expresión indescifrable. Un gran ruido de agua cortó en seco los gritos de la chica. Le hice a la anfitriona una señal con la cabeza y bebí otro sorbo, luego ella me ofreció una barra color peladilla: me incorporé sobre mis tacones, retoqué cuidadosamente el trazo de mis labios y los rodé

uno contra el otro sin perder de vista su mirada verde, abstracta. Todo había ido quedando más o menos claro, ya no había nada que descifrar; todo estaba inmerso en una luz cruda, tan blanca como la de la piscina. Me volví. De pie al borde de la piscina, la bella y chorreante pelirroja luchaba con su vestido maldiciendo mientras que sus verdugos no dejaban de reírse. Me dirigí hacia ella y le eché una mano con la cremallera de la espalda. «Gracias», dijo simplemente, mandando a paseo sus tacones de aguja de dos patadas rabiosas. «Quítate el resto –le susurré al oído–. Es lo que esperan, ¿no?» Ella sonrió, se desabrochó el sujetador, lo tiró a la piscina con gesto desafiante, y luego hizo lo propio con las medias y el tanga. Los hombres habían dejado de reírse y la examinaban con atención. Ella les dedicó una mirada de desprecio, se volvió hacia mí y me pasó los brazos alrededor del cuello, sus senos de puntas rosáceas, erectas por el frío, a unos centímetros de los míos. «No quiero mojarle el vestido», murmuró con una sonrisa. — «No pasa nada», repliqué atrayéndola hacia mí y plantando mis labios en los suyos. Su cuerpo todavía olía a cloro, abracé sus caderas mojadas mientras la besaba. Por fin interrumpió el beso y retrocedió un paso para examinarme tranquila y afectuosamente. Yo la cogí por la mano: «Ven». Desde la terraza, el salón parecía una cueva de luz; a un lado, delante del ventanal, una chica negra les había bajado la bragueta a dos hombres, les había sacado la verga y, en cuclillas ante ellos, se las chupaba por turnos. En el interior, los pies de mi nueva amiga, su pelo mojado atravesado de reflejos cobrizos, iban dejando huellas húmedas sobre la moqueta; sin soltarle la mano, me agaché para quitarme también yo los zapatos de tacón, hundiendo con alivio la planta de mis pies en el terciopelo marfil. En ciertos lugares, el vestido, mojado por el contacto con la joven, se pegaba a mi piel que, a su vez, se erizaba buscando el sedoso contacto de las partes del forro que todavía estaban secas. Delante teníamos al gran hombre calvo, arrellanado en una butaca con una copa en la mano y los pantalones a los tobillos: arrodillada delante de él, una chica de rasgos orientales le lamía concienzudamente los testículos. Cuando tendió la cabeza para aspirarle el glande, él posó sus ojos sobre mí. Levantó la copa y me sonrió, una sonrisa de fiera que le devolví con amabilidad. La anfitriona se había acercado a nosotras y, tomando a la chica de cabellos pelirrojos por

los hombros, la alejó de mí mientras se acercaba a cuchichearme: «Y bien, señorita. ¿Qué espera, que le haga un dibujito?». Solté con pesar la mano de mi compañera y asistí a cómo la anfitriona se la llevaba hacia un sofá donde esperaba un hombre desnudo, de cuerpo velludo y demasiado bronceado, con la verga medio enhiesta. El hombre que me había hablado de política internacional no se encontraba lejos de mí: sin una palabra, me puse de cuclillas sobre las estrellas doradas de la moqueta, le desabroché poco a poco el cinturón y la bragueta, y extirpé de sus calzoncillos un sexo todavía blando para tomarlo entre mis labios, sobre los cuales seguía flotando el rastro delicado del aliento de la chica, rápidamente borrado por un olor pesado y agrio de sudor, orina y colonia barata. Poco a poco, todo el mundo fue quitándose la ropa. Un hombre que hacía fuerza contra el culo que le ofrecía una chica arrodillada sobre el diván, se había dejado puesta la corbata; otra joven, con dos hombres alternándose entre sus muslos, acariciaba las medias de seda negra que enfundaban sus largas piernas. El hombre calvo, ahora de pie, su cuerpo macizo totalmente desnudo, un largo puro en su boca carnosa, paseaba su cola entre los labios de la chica asiática al tiempo que echaba volutas de humo hacia el techo. Con una copa de champán en la mano y las gafas de sol en el pelo, una rubia decolorada de rasgos gruesos se abrió camino a través de la prensa de los cuerpos, apoyándose indiferentemente en respaldos y reposabrazos; con los senos trémulos, blanquísimos en comparación con su bronceado de un tono anaranjado, salvó el brazo de un sofá, luego hizo una pausa para intentar bajarse el panty, exponiendo su vulva depilada a la mirada burlona de un joven adiposo que, con los calcetines puestos, se la meneaba con flojera mientras la miraba. Los espejos reflejaban por todos lados el grotesco encabalgamiento de los cuerpos, enmascarado en parte por las jugosas corolas púrpura, añil, amaranto, coral y topacio de las flores tropicales; sin la menor piedad, la música de cámara seguía llenando el espacio con sus elegantes cadencias, mezclada con los gruñidos y los gemidos, a veces también con las risas casi ensordecidas, de los asistentes. En mi boca se iban sucediendo distintas vergas, no levantaba la mirada para ver a quién pertenecían; a veces de ellas brotaba espermatozoides que me manchaba los labios o la mejilla, yo lo secaba con el dorso de la mano y continuaba; con el

rabillo del ojo, a veces observaba al hombre calvo, cuyo cuerpo enorme estaba cubierto por una blanca pelambre que en algunos lugares se encrespaba, incluso en los hombros, la espalda y las nalgas. La joven de los cabellos pelirrojos había llamado su atención y se libró de la chica que se había estado ensañando con su sexo de manera bastante mecánica para dirigirse hacia ella. Al llegar junto a ella, la asió por la muñeca y tiró de ella con insistencia. Ella abrió los ojos, apartó la cabeza del hombre que tenía arrodillado delante de su sexo, se levantó y lo siguió. El joven regordete, la verga todavía en la mano, salió tras ellos acompañado por un tercer tipo; el individuo al que yo se la chupaba estaba ya a punto, se la meneé rápidamente para que gozase sobre mi pecho y mi vestido, me levanté sin siquiera mirarlo y también yo los seguí. El grupo atravesó una puerta secreta; busqué a la anfitriona con la mirada pero no la vi en ninguna parte; entonces entré detrás de ellos. Los cuatro se hallaban ahora en un gran dormitorio y los hombres disponían de la chica de rodillas sobre la enorme cama cubierta con una sábana de seda verde y dorada, la cabeza en dirección hacia el ventanal que abría la pared del fondo sobre la ciudad centelleante. Los contemplé a una cierta distancia mientras me untaba distraídamente el esperma que me había salpicado el vestido. El gran hombre calvo se había colocado detrás de la chica y, sus hombros y el culo velludos multiplicados en el espejo sobre la cama, le abría las nalgas con sus dos garras para escupirle en el ano. La joven levantó su cara estrecha, curioseó a su alrededor; su mirada se cruzó brevemente con la mía, inquieta, huidiza. Cuando el hombre acercó su verga ella intentó apartarse, dejándose caer a un lado y replegando las piernas; el hombre la cogió por el tobillo sin contemplaciones, volvió a ponerla boca abajo y la atrajo hacia sí. Ella, con el rostro escondido entre las sábanas, trataba de resistirse y las arrugaba, pero el hombre se había apoyado en ella y posó todo su peso sobre su espalda, hurgando entre sus piernas para guiar su sexo. «No, no –balbuceó la joven–, así, no.» El hombre se retiró y le soltó una palmada en la nalga que le arrancó un grito de sorpresa y de dolor. Luego se volvió hacia sus amigos: «Se hace de rogar, la muy zorra. Agarradle las manos». El joven gordito, grotesco con sus calcetines de hilo ultramar, se inclinó y agarró a la chica por las muñecas, tirando de ella hasta el borde de

la cama y golpeándole la cara repetidas veces con su verga enhiesta; el hombre calvo la siguió, dándole otra gran palmada en las nalgas ante él desplegadas y abriéndole con sus rodillas las piernas que se agitaban en vano. Una vena latía violentamente en mi garganta, tenía la boca seca y los muslos me flaqueaban; superé mi angustia, me adelanté hasta el borde de la cama y lo miré con desprecio: «Veo que no sabe usted cómo manejarse». El hombre me dirigió una mirada de sorpresa y reuló un poco; la chica pelirroja aprovechó para soltarse las muñecas y escapar de la cama, se quedó en pie, los brazos caídos, el rostro carmesí, respirando con dificultad. Ahora todos me observaban en silencio: con las dos manos, me levanté el vestido por encima del ombligo donde me lo enrollé y me bajé las bragas hasta las rodillas, dejando a la vista la leve pelusa rubia de mi pubis. Un resplandor maligno brilló en los ojos un tanto demasiado separados del hombre calvo, que tendió una mano hacia mí. Su miembro, pesado y congestionado, se movía entre sus piernas al ritmo de su circulación. Yo me subí en la cama y me adelanté de rodillas a base de pequeños movimientos de mis muslos trabados por las bragas, sobre las largas hierbas estampadas de la sábana, hasta tomar la posición que había ocupado la chica, apoyada en los brazos, el culo tendido hacia el hombre cuya ronca respiración volvía a oír detrás de mí. Él se rió burlón: «Tú te lo has buscado». — «Antes se cansará usted que yo», repliqué con total tranquilidad mientras bajaba la cabeza para meterme en la boca la pequeña verga del hombre adiposo. Como antes, sentí los gruesos dedos del hombre triturándome las nalgas; mi ano rociado con saliva seguido por la torpe presión del glande. Empujé, como para defecar, y entró de golpe dejando escapar un rugido. Su amigo me había agarrado la nuca y mantenía mis labios aplastados contra su pubis, su verga menuda metida hasta el fondo en mi boca; yo mamaba de ella tratando de respirar por la nariz, y alargué a tientas una mano para coger el tercer miembro y menearlo sin contemplaciones. Detrás de mí, sentía todo el peso y la fuerza del gran cuerpo macizo que me penetraba bruscamente, incapaz de contenerse. Me abandoné a sus movimientos, concentrándome en la respiración y la vertiginosa sensación de omnipotencia que la pura disponibilidad de mi cuerpo me confería. De repente, el hombre calvo se retiró y, arrancándome por el moño

de la verga de su amigo, tiró de mí hacia atrás para quitarme el vestido y las bragas, haciéndome rebotar como una marioneta sobre la sábana arrugada mientras yo luchaba por recuperar el aliento. Me apoyé en un codo pero una bofetada me echó de nuevo sobre las largas hierbas verdes de la tela. Luego, con el hombre encima, mis mejillas y mi barbilla apesadas entre sus gruesos dedos: «Vaya con la putilla, parece que le gusta». Con el corazón en un puño, miré con frialdad su rostro enrojecido y sus ojos amarillos: «Como tú quieras. De todas formas, nada de todo esto vas a decidirlo tú, nada de nada». Su boca se retorció y me sacó de la cama para aplastarme contra el ventanal; yo me apoyé en él, contemplando el vasto centelleo de la ciudad, mientras uno de los otros dos, no supe cuál, se arrodillaba entre mis muslos para hurgar con su lengua en mi ano y en mi sexo. Abrí un poco los muslos, dejando que el calor inundase mi pelvis; eso sí, era un placer casi abstracto, totalmente separado de mí, del cual yo me servía como de un juguete. El placer hizo que las piernas me temblasen, pero no me moví; cuando el hombre se incorporó, cerré los ojos y me desentendí de mi mejilla contra el frío cristal, construyendo una enorme distancia entre mi cabeza y mi vagina, a la que enseguida acudió su verga. No abrí los ojos hasta que se hubo retirado para gozar, rociándome las nalgas; mi único gesto consistió en apartarme del cristal, en el cual contemplé fugazmente la imagen amarilla y turbia de mi cara enmarcada por los mechones sueltos y por mi cuerpo jadeante, todavía ataviado con el sujetador y las medias grises. Detrás de ella, más ordinario que nunca, el reflejo del hombre calvo avanzando de nuevo hacia mi culo.

Los tres hombres pasaron horas dando rienda suelta a sus instintos en mi cuerpo. Entre un orgasmo y otro me pasaban cocaína: eso me reanimaba y volvía a ofrecerme, abierta de par en par. En cuanto a ellos, ávidos, frenéticos, ya no lograban que se les levantase y tomaban pastillas para recuperar la erección. En un momento dado, el gran hombre calvo, sentado, se puso a la chica pelirroja sobre las rodillas, frente a mí; cuando por fin se deshizo de ella, vi cómo se incorporaba torpemente, el gesto aturdido, sus largos cabellos todavía húmedos despeinados sobre el rostro, un hilillo de

esperma chorreando en el interior del muslo. Mientras el joven adiposo se afanaba en besarme a lo perro, sobre la cama, yo levanté la cabeza para mirarla: repentinamente amedrentada, andaba vacilante de un lado al otro de la estancia, luego cayó torpemente sobre la moqueta, de lado, apoyándose en un brazo, su pequeño seno como suspendido de las costillas, la mirada extraviada entre los chorretones de rímel. El hombre calvo le dio una palmada en el hombro y le ofreció una copa; fue lo último que vi. Por fin nos arrastraron al salón, donde fuimos entregadas a los otros hombres. A pesar de la cocaína empecé a sentir que me dormía, disfrutando en una especie de vigilia mezclada con sueños fugaces; mi cuerpo, ahora desnudo por completo, salpicado de esperma. Cuando me tiraron a la piscina me dejé llevar y me hundi, los miembros débiles, sin la menor resistencia; hasta que no me sacaron de allí no empecé a recuperarme gracias al aire frío, entonces corrí al salón, todavía mojada, a perderme de nuevo entre los gritos y la torsión desordenada de los cuerpos, en medio de los cuales, reflejada aquí y allá por los espejos, iluminada, exultante de su poder soberano, brillaba mi cara enloquecida. Mucho más tarde me desperté en un rincón del gran salón, enrollada en la sábana de seda verde y dorada, sin saber cómo había llegado allí. Hacía fresco y, al levantarme, me la dejé puesta alrededor de los hombros, protegiendo mi cuerpo entumecido. Aparte de un hombre desnudo de rasgos toscos que roncaba sobre un diván, el salón parecía vacío; todas las luces estaban apagadas y la ciudad, detrás de los ventanales, conformaba ahora una imagen oscura; a lo lejos, sumergida como una cuña entre los edificios y la espesa película de nubes, una franja de cielo pálido viraba lentamente a azurita. Deambulé entre los muebles, intentando sin éxito recuperar el dominio de mi cuerpo, una cáscara vacía apenas funcional. Cuando llegué junto al hombre adormecido, levanté el pie para golpetearle los cojones, pisándolos con la punta de los dedos; por un instante su ronquido se interrumpió, luego prosiguió como si nada al tiempo que su mano acudía por reflejo a rascarse el pubis. Encima de una consola había un gran bol lleno de manzanas; cogí una verde y le di un mordisco, saboreando el flujo de jugo ácido derramado sobre mi lengua. Encima de una butaca vi la tableta de la anfitriona, abandonada: me agaché delante y activé la pantalla que se vio

invadida por un primer plano de mi cara, los rasgos deformados, cubierta de sudor y esperma, la misma cara de esplendor que había visto antes de pasada en los espejos. Le di un nuevo bocado a la manzana y barrí la pantalla con el dedo, haciendo desfilas las fotos. Me detuve un momento en una de ellas: representaba el cuerpo macizo del hombre calvo, visto de espaldas y echado sobre una mujer que podría haber sido yo; su cabeza rubia, como aplastada en el suelo, desaparecía entre las patas del hombre; su mano, entre los muslos, tapaba los órganos entremezclados y no permitía apreciar más que una superposición de culos, dos pares de curvas, amarilleadas por la luz, superponiéndose hasta confundirse. Volví a poner el aparato en reposo y me levanté, estirando las piernas anquilosadas, acabándome pensativamente la manzana mientras contemplaba el cielo. Estaba un poco más claro, pero las frondosas nubes negras seguían pesando sobre la ciudad, manteniendo la luz como en sordina y haciendo que sobre las torres alzadas hacia el cielo reinase una oscuridad ambigua. Me acerqué al ventanal con el corazón de la manzana en la mano para contemplar la piscina. También allí estaban apagadas las luces. El cuerpo desnudo del gran hombre calvo flotaba en el agua gris, los brazos extendidos, mirando hacia arriba; ligeros remolinos teñidos de rosa por las primeras luces del sol acariciaban la piel lisa de su cráneo, sus muslos y sus costados velludos, grises también ellos en el alba pálida; sus ojos amarillos, abiertos como dos huevos, parecían perdidos en el vacío. Yo me volví, abandoné el corazón de la manzana en un cenicero y me dirigí hacia la entrada del salón, dejando caer la sábana y continuando desnuda a través de la doble puerta. Mi chándal y mis deportivas seguían tiradas en el suelo en un rincón del cuarto de baño. Allí contemplé mi rostro por primera vez después de haber despertado: el rímel se había corrido y los besos brutales habían repartido el maquillaje por encima de mis labios, rayando con regueros color rosa y negro mis rasgos confusos, turbios, hinchados todavía por una energía desconsolada, casi inhumana. Me desmaquillé rápidamente, luego me duché, enjabonando las placas de esperma adheridas a mi piel, a mis pelos y a mi cabello. Una vez seca y vestida, el pelo húmedo recogido en un moño, salí del apartamento. El vestíbulo estaba en penumbra, los dos esbirros de traje negro habían desaparecido, apenas distinguía los grabados de las paredes;

yendo a tientas, encontré el pomo de una puerta de servicio y la empujé. El pasillo no estaba menos oscuro que el vestíbulo, pero la luz vaga que allí reinaba me permitía ver muy poco, y enseguida me puse a correr a zancadas cortas, respirando al ritmo de mis pasos y dejando que un suave calor fuese relajando mis miembros. Curiosamente, las paredes no eran rectas, el corredor parecía curvarse, tanto en un sentido como en el otro, y a menudo el tejido de mi codo o de mi hombro rozaba su superficie, obligándome a corregir la trayectoria. En ciertos lugares la pared parecía más apagada, como si hubiese allí un espacio vacío, probablemente la boca de un nuevo pasillo, a menos que se tratase de una cripta o de una capilla. Pero yo seguía adelante sin dejarme distraer, preguntándome fugazmente, sin darle en realidad mayor importancia, si aquí había o no un techo, si este largo pasillo no estaría, por una de aquellas, abierto al aire libre. Una mancha luminosa brilló en la pared: me detuve, alargué la mano para tantearla y, tras comprobar que se trataba de un pomo, lo giré sin más. La hoja se abrió de golpe y atravesé el umbral dando un ágil salto; del otro lado, la luz me deslumbró, parpadeé y me tapé los ojos con el brazo. El aire era como el de un incendio, la cara y el torso cubiertos de sudor, me quité rápidamente la chaqueta para secarme con ella, luego me la anudé a la altura de los riñones. Entonces miré a mi alrededor. Me hallaba en el lindero de una extensión de tierra color herrumbre sobre la cual había dispersos varios grupos de cabañas redondas con las paredes de arcilla y los tejados de paja. La gente iba y venía, sobre todo mujeres y grupitos de niños, algunos hombres también, todos de piel negra y pelo corto y crespo, vestidos de colores vivos y a menudo mal combinados. Unas cuantas palmeras ascendían enormes entre las cabañas; más lejos se alzaba una gigantesca pared de vegetación, donde el verde brillante de los mangos destacaba sobre los tonos más oscuros, verdín o verdegay, de los otros árboles. En el aire flotaban ruidos de pájaros y gritos de niños; a veces también resonaban los ladridos de un perro invisible. El aire era pesado, eléctrico. Una mujer, sentada a la sombra delante de una cacerola ennegrecida que cocía a fuego lento sobre un pequeño fuego, me hizo una señal con su cucharón para que me acercase. A su lado, sobre una estera de paja trenzada, dormía un bebé, una niña desnuda con sólo un cordoncillo de

color alrededor de los riñones. La mujer me señaló otro taburete y me ofreció una escudilla humeante llena de alubias rojas con una cuchara de latón. Yo tenía mucha hambre y devoré jovialmente el plato, dándole las gracias con una sonrisa y algunas palabras; ella respondió en una lengua que yo no entendí, animándome con un gesto a seguir comiendo; le faltaba sal pero poco importaba, devoré cucharada tras cucharada hasta vaciar la escudilla. Seguía sudando copiosamente, aquel húmedo calor me pegaba la ropa al cuerpo. Una bocanada de viento caliente sacudió las palmeras y la mujer levantó la cabeza. Yo también miré: unas pesadas nubes negras cubrían el cielo sobre el bosque. Las primeras gotas empezaron a estrellarse contra el suelo, haciendo brotar partículas de tierra roja; la mujer recogió al bebé en su estera y agarró la cacerola, gesticulando para que la siguiese bajo un tejado de paja sujeto por estacas, como una cabaña sin paredes. Allí había tres sillas pequeñas o taburetes de madera, tomamos asiento en silencio mientras que, afuera, la lluvia iba intensificando su zumbido y creciendo en volumen hasta ahogar cualquier otro sonido. De pronto, todo se había ensombrecido. El bebé despertó y rompió a llorar; la mujer lo meció, luego, con un gesto seco, liberó de su blusa un grueso seno redondo y flácido del cual se apoderó la criatura con avidez para mamar con todas sus fuerzas. La lluvia martilleaba ahora la tierra y yo miraba en silencio a la mujer y a su bebé, escuchando el croar de los sapos que se elevaba desde el linde del bosque. De repente, delante del refugio apareció una sombra y gritó unas palabras guturales. La cara de la mujer se descompuso, apretó al niño contra su pecho, la sombra se había agachado para entrar en el refugio, cuando se incorporó vi que se trataba de un soldado armado, completamente empapado, la cabeza cubierta por trencitas y el pecho y los brazos decorados con objetos heteróclitos, joyas o fetiches. Gritó y agitó su arma hacia el exterior, la mujer se había apartado de la silla y se había sentado en el suelo, con el bebé bien abrazado, sin previo aviso el hombre me dio una buena patada, caí al suelo y seguí moliéndome a palos hasta que me puse a reptar hacia fuera para escapar de él. La lluvia me mojó inmediatamente; apoyada sobre las manos, traté de levantarme, pero un mal golpe en la espalda me lanzó volando sobre un charco. Aturdida, medio grogui, la boca llena de un lodo que en vano traté de escupir, me acurruqué

sobre el costado, el dolor chisporroteando como una quemadura, incapaz siquiera de salir del charco. Nubladas, apenas distinguibles, las botas de goma verde del hombre llenaban todo mi campo de visión, rodé sobre los hombros, la figura verde y morena, velada por la lluvia, seguía encima de mí agitando su fusil, a mi espalda la mujer gritó, yo seguí al soldado con la mirada mientras iba hacia ella, que se agarró convulsivamente a su bebé hasta que el hombre se lo arrancó en un gesto brutal y lo lanzó volando a un matorral, la mujer dio un grito estridente y salió tras él; pero un violento golpe en el vientre la dobló en dos y la tiró al suelo donde el hombre le asestó una patada en la cabeza. Fue lo último que vi, algo o más bien alguien me había cogido del moño para arrojarme sobre el lodo, di un alarido y procuré protegerme mientras encajaba una buena tunda, sofocada, medio asfixiada por el fango y el terror, al final logré rehacerme y caí de rodillas mientras una mano implacable me retorció los brazos a la espalda y me los ataba a la altura de los codos. Luego me pusieron de pie y un violento empujón me propulsó hacia delante. El día empezaba a declinar, la lluvia me cegaba, no veía nada, un último golpe volvió a tirarme al suelo cerca de unas personas a las que oía pero no podía distinguir. Me retorcí para volver a ponerme de rodillas, parpadeando con furia, varias cabezas me rodeaban, chicos y chicas, todos parecían muy jóvenes, gritaban y lloraban en su lengua. La cuerda me cortaba la circulación a la altura de los codos, sentí que mis manos se entumecían. Poco a poco la lluvia se fue apaciguando, tras de una nube apareció un pedazo de cielo apagado y depositó una luz vacilante sobre la escena, estábamos rodeados de soldados, todos semejantes al primero, dos de ellos anudaban cuerdas alrededor de los riñones de los niños sentados, el tercero vino a atarme de esa misma manera, más lejos, otros soldados blandían sus fusiles automáticos, empujaban a una media docena de hombres hacia el mango inmenso y solitario que se alzaba en medio de la plaza, los pusieron contra el tronco y los ataron juntos, los hombres se dejaban hacer sin resistirse, desde donde yo estaba no podía escuchar si protestaban o no, seguía lloviendo un poco y el croar de los sapos llenaba el crepúsculo, la luz del sol poniente hacía relucir los charcos esparcidos por la plaza, uno de los soldados cogió un grueso palo que andaba por allí y, con gesto tranquilo,

preciso y metódico, le fue reventando la cabeza a los hombres del árbol. Empezaron entonces a molernos a golpes para que nos pusiésemos en pie, fue cuando me di cuenta de que nos habían atado de tal modo que formábamos una especie de cadena humana, tuve la impresión de ser la única adulta, todos los demás parecían niños o adolescentes. A mi lado había dos soldados: «Por favor, *please, bitte, s'il vous plaît, min fadlikoum, pozhaluista, molim vas, lütfen, kudasai*», mascullé de forma idiota en todas las lenguas que conocía, agitando los brazos a mi espalda. Uno de ellos me miró con ojos muy rojos; su camarada lanzó unas palabras y el primero se sacó un cuchillo para cortar las cuerdas que me apresaban los codos. Mis manos y mis antebrazos estaban amoratados, ya no los sentía, los golpeé contra mis muslos y un horrible hormigueo los invadió, un dolor agudo, casi insoportable, los codos también me quemaban a la altura por donde me los habían atado, me di unos masajes mal que bien, apretando los dientes para no gemir. Un poco más lejos, una joven se debatía en el suelo gritando. Un soldado quiso levantarla pero ella se resistió, pataleando en el suelo cenagoso y aullando con todas sus fuerzas. Por fin el soldado la soltó y se incorporó, tomó el fusil que llevaba al hombro y le aplastó la cabeza de varios culatazos, no se detuvo hasta que la chica quedó inmóvil por completo. Luego le desató la cuerda de los riñones y volvió a atarla para reestructurar la cadena, que se puso en marcha entre gritos y golpes, dejando atrás el cadáver, echado en el lodo, la sangre y los sesos salpicando unos charcos todavía acribillados por las últimas gotas de lluvia.

Nos obligaron a caminar toda noche. Igual que los niños atados conmigo, tenía que llevar sobre la cabeza un pesado saco lleno de grano o de harina. El sufrimiento lancinante en mis brazos, magullados por las cuerdas demasiado apretadas, agravaba la dificultad del ejercicio; no dejaba de resbalar en el lodo, de tropezar con raíces, lianas o zarzas, a menudo dejaba caer el saco y me caía una lluvia de golpes. Las ramas espinosas me laceraban los brazos y la cara, los mosquitos me devoraban sin que pudiese rascarme, avanzaba paso a paso, jadeando, guiada de forma aproximada por la cuerda que me unía a la

niña de delante. Cuando uno de los niños, agotado por el cansancio, acababa cayendo al suelo, lo machacaban a patadas; si no se levantaba lo suficientemente rápido, lo mataban con un palo, un culatazo o un cuchillo: desde que aparecieron los primeros soldados, no había oído un solo disparo. A nuestro alrededor se alzaban los árboles inmensos del bosque, negros y amenazantes, entrelazados en redes de vegetación como en telarañas gigantescas, la luz de la luna apenas nos iluminaba, pero eso no parecía molestar a los soldados que guiaban la marcha. A ambos lados de la columna, la oscuridad estaba animada por un baile enfurecido de luciérnagas, minúsculos puntos de luz verde que aparecían y desaparecían, breves como un parpadeo amistoso; el bosque crujía por todas partes, gritos de aves o de monos asustados por el rumor de la tropa, sonidos de hojas pisoteadas, de ramas quebradas, de gotas de agua sacudidas de las ramas, una orden ladrada en una lengua desconocida, el aullido de dolor y de miedo de un niño golpeado, el ruido ronco de las respiraciones desconsoladas. Violentos olores se me agarraban a la garganta, olores de tierra, de lodo, de ciénaga, de hojas descompuestas, el agrio aroma del sudor de los soldados que a veces pasaban a mi lado, el hedor más dulzón de la mierda cuando uno de los niños, no pudiendo aguantarse más, se cagaba encima mientras caminaba, el olor, reconocible entre todos los otros, del puro miedo. De repente sentí un intenso hormigueo en las pantorrillas, en el interior de los pantalones, seguido de una miríada de pequeñas picaduras que ascendían por las dos piernas hasta la pelvis. Bajé los ojos: parcialmente visible en un rayo de luz, el suelo estaba cubierto de una alfombra animada, una amplia franja pululante de millares de insectos rojos que borbollaban sobre mis pies y mis piernas. Di un alarido y me eché a un lado violentamente, dejando que la carga me cayese al suelo y arrastrando tras de mí a los niños de delante y de detrás, uno de los cuales cayó a su vez sobre la colonia de insectos y se puso a bramar con todas sus fuerzas. Cegada por el pánico, no le presté la menor atención, me limité a dar golpes frenéticos con las piernas para ahuyentar a las hormigas, pero se agarraban a mis manos y ahora también me mordisqueaban las muñecas y los antebrazos. Un soldado me soltó una bofetada que dio conmigo contra un árbol; yo continué sacudiéndome las piernas, ignorando las picaduras en los

brazos para arrancar a manos llenas los bichos que me infestaban las pantorrillas y arrojarlos lejos. Con el rabillo del ojo, vi que el soldado cogía al muchacho que había caído y, echándose a los pies tirándole del pelo, le ayudaba a sacarse de la cara las placas de insectos que la cubrían. Luego, a grandes patadas, sus botas de goma verde revolviendo la marea de hormigas, empujó mi bulto hacia mí y me gritó una orden mientras blandía el arma. Yo me había bajado los pantalones y me arrancaba tan rápidamente como podía las hormigas que me cubrían los riñones; como hincaban sus mandíbulas en la grasa de la piel, no podía sacudírmelas sin más con la palma de la mano, para arrancarlas tenía que cogerlas prácticamente una a una. El soldado me apuntó con su arma: yo me volví a subir los pantalones a toda velocidad, tratando en un esfuerzo supremo de ignorar la mordedura de los insectos restantes y, con el corazón en un puño, cogí una rama para golpear el saco, tratando también con la mano de aplastar las hormigas que había por encima. No muy lejos, llorando de espanto y escupiendo convulsivamente, el niño hizo lo mismo. El soldado se adelantó y me golpeó en las costillas con el cañón de su arma mientras gritaba palabras rabiosas; yo le asesté unos últimos golpes al saco, luego lo cogí y lo alcé contra mi vientre. Inmediatamente las hormigas se repartieron por mis brazos y mi pecho. Con la boca cerrada, respirando con fuerza por la nariz, me aventuré a dar un primer paso; un golpe en los riñones me animó a continuar, titubeé pero avancé hacia el chiquillo que trataba, también él, de reanudar la marcha, rodeando igual que yo el área, netamente delimitada, invadida por las hormigas. Un poco más lejos me puse el bulto sobre la cabeza; me cayeron algunos insectos sobre el pelo, pero así podía liberar una mano de vez en cuando para aplastarlos o arrancarlos uno a uno, esforzándome por ignorar a los que seguían en mis pantalones o bajo mi camiseta. Cuando llegamos al campo todavía era de noche. Fuimos acogidos por soldados armados y por una muchedumbre de niños, en un gran murmullo contenido; unas manos ágiles e invisibles nos quitaron los sacos de la cabeza, los bidones y las cacerolas; separados en dos grupos, chicos y chicas, fuimos llevados delante del jefe de aquel ejército extraño. Unas manos temibles nos obligaron a arrodillarnos sobre la hierba húmeda, a diez o doce metros del grupo; el

comandante se acercó, la luna iluminaba sus rasgos y pude distinguirlos con claridad, tenía pinta de ser muy joven, apenas un poco mayor que sus hombres, también a ellos los veía mejor y ninguno parecía haber salido de la adolescencia. Un soldado se acercó a su jefe y este, con una voz fuerte pero aguda, pronunció varias frases que el soldado tradujo enseguida a una lengua que, como la primera, tampoco entendí. Mientras hablaba, me propuse cazar discretamente las últimas hormigas que andaban bajo mi ropa. Luego, entre un gran crujido y traqueteo de armas, toda la asamblea se arrodilló a nuestro alrededor; sólo quedó en pie el comandante, sus trencitas aceitadas y sus grisgrises relucientes en la claridad nocturna, que entonó un solemne cántico, repetido en coro por todos los presentes. Cuando hubo terminado, varios soldados pasaron entre nosotros con una pequeña calabaza en la mano, mojaban los dedos en el recipiente y a cada nuevo cautivo le trazaban una cruz sobre la frente, el pecho, la espalda y las dos manos con una sustancia espesa y líquida. Cuando me llegó el turno, me dejé hacer de forma pasiva y cerrando los ojos; de ahora en adelante, les pertenecía.

El comandante distribuyó a las niñas entre sus soldados, quedándose dos para él; en cuanto a mí, me apartaron junto con los muchachos a un rincón del claro; atados otra vez los unos a los otros por la cintura, nos echamos a dormir donde nos dijeron. Por encima de mi cabeza, el follaje de los árboles destacaba sobre un cielo pálido, de las hojas todavía caía alguna que otra gota, la luna brillaba más alto y no vi ninguna estrella. Al final debí de dormirme. La tregua fue breve, una patada en las costillas me despertó demasiado pronto; con las luces del amanecer, el campo empezó a ponerse en marcha a mi alrededor, había jovencitas machacando alimentos en morteros de madera y muchachos trajinando madera seca para avivar los fuegos y hervir agua. Unos pocos soldados nos desataron y, con un gesto de desprecio, señalaron a unos matorrales para indicar que podíamos ir a hacer nuestras necesidades. Cuando volví, me colocaron una pequeña hacha en las manos y, ante la mirada burlona de los soldados, que intercambiaban pullas entre risas, me llevaron junto a un montón de leños. Lo cierto es que no sabía cómo

manejarme, mis primeros intentos de cortarlos acabaron haciéndolos volar por los aires y a punto estuve de abrirme el muslo, hasta que aprendí que si clavaba la hoja con cuidado y luego levantaba el leño para golpearlo contra un tocón, más o menos me las podía arreglar. Mientras estaba trabajando empecé a tiritar; sin embargo, seguía haciendo mucho calor. Cuando mis miembros se pusieron a temblar comprendí que algo me pasaba. Me esforcé por seguir trabajando; pero al final no pude más y me acosté en la hierba acurrucada en posición fetal, las manos crispadas en los bíceps, la mandíbula rechinando, hasta que me abandoné al temblor que me sacudía en largos espasmos. Luego ya no sentí gran cosa, apenas alguna impresión fragmentaria y desordenada: me arrastraron por los pies y los hombros, la cabeza colgando y golpeando el suelo, la luz del sol hiriendo mis ojos; me depositaron en un lugar más sombrío, me cubrieron con algo, unas manos me levantaban la cabeza, de mis labios fluía un líquido que yo trataba desesperadamente de tragarme, pero sin éxito. Luego me dejaron sola. No distinguía más que luces y sombras; la sombra ganaba, y con ella una especie de paz. Más tarde, superada esta crisis, volvieron a traerme agua, la absorbí con avidez, casi paralizada por la falta de fuerzas, una buena parte del líquido se me derramó por el cuello y el pecho. Empezó a caer la noche y, con ella, la fiebre a apoderarse de mis músculos agotados, una poderosa investida que los constreñía más allá de lo que podían soportar. No tardé en perderme por completo en esa inmensa oscilación. Así fue como me vi delante de una casa grande, construida como una torre y cubierta de glicina, cerca de la cual vi un gran bote de barro cocido lleno de fresas silvestres que yo conocía bien. Mientras un gato gris acudía ronroneando a restregarse contra el interior de mi pierna, las mojé un poco y luego las probé, pero no sabían a nada y las escupí decepcionada; en cambio, del bote había crecido una nueva rama con frambuesas rosas, carnosas; las recolecté una a una, había cinco, no tenía la menor intención de compartirlas. Más allá, cerca de una piscina, un joven muchachito rubio en camiseta escuchaba atentamente a otro niño de su edad: «Te tiene miedo. Mira cómo se pone al verte, todo encorvado». — «Pero ¿por qué se ha abandonado de esa forma? —preguntó el rubito—. ¿Por qué se ha vuelto tan débil?» — «Seguramente quería vivir bien por encima de todo.

Cosas hermosas. Y a cambio estuvo dispuesto a sacrificarlo todo.» Hablaban, yo eso lo sabía, del padre del niño rubio; pero no era hijo mío, de eso estaba segura. Una sensación extraña me devolvió al mundo. Advertí que unas manos recorrían mi cuerpo, quitándome la ropa, apretándome torpemente los senos y hurgando entre mis piernas. Quise rechazarlas, pero mis propias manos eran débiles, algodonosas, sin fuerza. Me habían bajado los pantalones y las bragas de tal forma que se me hacía difícil moverme; sentí que la hierba, áspera y húmeda, me picaba en las nalgas. Una de las manos me agarró por la nuca y me puso en posición sentada, metiendo mi cara contra una masa de carne caliente, floja y al mismo tiempo firme que rodaba contra mi rostro y me sumergía en su olor acre, almizclado, inmenso. La náusea me sobrevino sin avisar, se me llenó la boca de saliva y vomité, un enorme chorro amargo que roció a quien tenía delante. Oí un grito de rabia y sorpresa, la mano me soltó y volví a caer al suelo, retorciéndome y sin dejar de vomitar. Luego un dolor cegador, provocado por un golpe en el pecho, borró la náusea y me perdí en la oscuridad. Al despertar, tenía las tripas atenazadas por un violento calambre. Conseguí ponerme a cuatro patas, luego obligar a mis piernas a que me levantasen mientras, de forma mecánica, me limpiaba con el dorso de la mano la sustancia inmundada que todavía cubría mis labios y mi barbilla. Titubeé, miré a mi alrededor: los niños dormían en grupos apretados los unos contra los otros formando volúmenes más oscuros que la hierba, no había fuegos, no vi a ningún soldado. Unos dolores ilegibles me recorrían el cuerpo, me sentía inmensamente débil, pero por lo menos la fiebre había cesado, me esforcé por avanzar hacia el bosque, pasando entre los árboles, alejándome un poco para buscar un matorral. Por fin me bajé los pantalones, rígidos por el barro seco y la roña, y me puse en cuclillas: la mierda fluyó en el acto, líquida, hedionda, verde. Cuando hube terminado me limpié mal que bien con hojas y me levanté como pude. Entonces no vi más que una choza, allí plantada al borde de un terreno despejado entre los árboles, con paredes de tierra y cerrada por una puertecita de madera. Me acerqué, tiré del picaporte de metal y empujé la puerta, cedió fácilmente y agaché la cabeza y los hombros para atravesarla. A un lado y al otro se extendía un pasillo largo y oscuro, me metí en él y a pesar de los dolores y la debilidad escogí un

sentido al azar para ponerme en marcha. Enseguida desapareció el cansancio, reemplazado ahora por un vigor ligero y nervioso que me propulsaba hacia delante de forma casi automática en un movimiento aparentemente fácil, regular, contenido, pero que no obstante entrañaba el germen de una creciente inquietud. Aquí hacía mucho más fresco que en el bosque, por otra parte el pasillo no era recto, la falta de luz me hurtaba cualquier tipo de indicación, tropecé con la pared en repetidas ocasiones, vacilando y tratando de mantener el equilibrio sin interrumpir la carrera, moviendo los brazos de manera desordenada en un intento estéril de orientarme mejor, confundida además, aquí y allá, por unas sombrías aberturas, pequeños escondrijos o túneles perpendiculares, no tenía la menor idea, a pesar de sentir una angustia tenaz me esforcé por avanzar, concentrada en el ritmo un tanto entrecortado de mi respiración, por fin fui a dar con un vestuario bien iluminado donde me cambié en un santiamén, un bañador de una pieza y un gorro cubriéndome el pelo todavía manchado de barro, atravesé un par de puertas batientes que daban a un espacio brillante, muy azul, lleno de cuerpos en movimiento, reflejos y destellos de luz. Por un momento, los ecos cavernosos, los gritos y los ruidos de agua me desorientaron, busqué mi imagen en los grandes espejos que rodeaban la piscina pero no discerní sino fragmentos de cuerpos difíciles de unir entre ellos o de atribuir a una persona dada, vacilé, me volví, y entonces mis músculos recuperaron su cohesión y se contrajeron para propulsarme en un movimiento perfecto, los brazos extendidos hacia delante, las nalgas prietas, los pies juntos, una zambullida ejecutada de forma impecable que hendió como la flecha de una ballesta la superficie del agua pura y refrescante.

IV

Mis manos reventaron la superficie del agua y empujaron y mi cuerpo se estiró hacia delante a través del líquido fresco. No contaba los largos, cada vez que llegaba a un extremo daba una voltereta y me impulsaba con los pies contra la pared para salir otra vez hacia el otro lado, sacando la cabeza para respirar cada tres brazadas, disfrutando del vigor de mis movimientos regulares. Por fin, la cabeza bajo el agua, el brazo pegado al cuerpo, propulsada por mis piernas, di la sesión por terminada. Mi cabeza brotó al aire libre e inspiré entre dientes mientras mis manos daban con el borde y se apoyaban en él; llevada por mi impulso, me elevé para salir de la piscina chorreando. Momentáneamente desorientada por el brillo de las luces y el eco de los sonidos que rebotaba entre las paredes de la enorme sala, salpicaduras, gritos, risas, voces deformadas y cavernosas, titubeé, luego cerré los ojos un momento para quitarme el gorro y las gafas. A mis pies, el agua que se escurría por mis piernas fue formando un charco informe en el que espejeaba la luz de los focos del techo. Dos niños que pasaron junto a mí estuvieron a punto de hacerme caer de espaldas, luego saltaron al agua uno detrás del otro entre gestos desordenados. Recuperé el equilibrio y me volví: en los enormes espejos que rodeaban la piscina se entremezclaban figuras de todo tipo que ocultaban mi propio reflejo en el seno de una masa caótica y moviente de brazos, hombros, espaldas, cabezas. Me pasé la mano por la nuca y el pelo para escurrirme el agua y me dirigí hacia las puertas batientes que llevaban al vestuario. Una vez seca y vestida con un chándal gris de un tejido sedoso y suave a la piel, volví al pasillo y aceleré el paso, transformando mi marcha apresurada en un tranquilo footing mecido por el ritmo regular de mi

respiración y de mis deportivas blancas golpeando el suelo a paso ligero. Mis senos se balanceaban perezosos bajo la camisita de deporte, los codos me rozaban las costillas, corría con alegría, superando sin mirarlas una abertura tras otra, probablemente ramales o bien escaleras, acaso una especie de alcobas de nicho, era difícil asegurarlo porque aquí había poca luz, no veía ninguna fuente de iluminación, ni siquiera el techo, por otra parte, puede que ya me hallase fuera, al aire libre, aunque el ambiente no era muy fresco, además el pasillo no era recto, a punto estuve varias veces de chocar con la pared, me tocaba alargar la mano un poco al azar para ir corrigiendo la carrera, y fue así como mis dedos rozaron un objeto de metal: me detuve y reconocí un pomo bien brillante. Entonces lo accioné y lo abrí, atravesé el umbral con un movimiento flexible para luego hacer una pausa en medio de un césped cuidadosamente segado, un jardín que me resultó muy familiar donde el sol moteaba con su hermosa luz las hojas entremezcladas de las buganvillas y la hiedra, bien podadas y dispuestas en celosías, así como la enorme y confusa masa de una glicina que surgía de gruesos troncos trenzados entre sí para ascender y cubrir la alta fachada de la casa, erigida igual que una torre contra el cielo. Aquí hacía mucho más calor que en el pasillo y mi sudor fluía libremente, pegando el tejido de mi camiseta a la altura de los senos y las axilas. Bajé la cremallera del chándal para refrescarme y me sequé la cara con las dos manos. Detrás de la casa, casi totalmente escondidas por la esquina, centelleaban las aguas azuladas de una piscina. Me acerqué y contemplé un momento el reflejo de las nubes sobre el espejo borroso de luz de la superficie, oscurecido al fondo por la sombra irregular de las grandes frondas arqueadas de la palmera rechoncha y poblada que había allí plantada. Un gato gris se acercó en la hierba y acudió a restregarse contra mi pierna; con la punta del pie, le di una ligera patada en el hocico; el animal me lanzó una mirada desdeñosa, retrocedió, luego salió trotando, la cola tiesa, para desaparecer bajo un matorral. Me dirigí hacia la puerta de entrada. Daba a un pasillo, abierto por un lado a una escalera, que terminaba en otra puerta a la que me acerqué. Estaba entreabierta y oí claramente una serie de ruidos extraños, una especie de oclusivas enfáticas alternadas con silbidos, ruidos de un niño jugando a la guerra. Sentí unas

violentas arcadas: «¡Ah, no, niños, no!», me dije a media voz antes de volverme abruptamente para subir la escalera, sin dedicarle más que una mirada vaga a la gran reproducción de *La dama del armiño* que había allí colgada, una imagen que ciertamente yo no habría escogido para decorar mi casa. El hombre se encontraba arriba, trajinando en la cocina; sin embargo, al escuchar el ruido ligero de mis pasos, dejó el cuchillo, se volvió y arriesgó una sonrisa que murió al instante en sus labios: «Pero ¿qué te has hecho en el pelo?», exclamó aterrado. «Me lo he cortado –repliqué tajante–. ¿O es que no lo ves?» — «Sí, pero...» Palideció y no terminó la frase. Luego prosiguió: «El caso es que lo tenías tan bonito». Yo me encogí de hombros: «A mí, así me gusta más. Y además, es mi pelo». Él quedó pensativo y al final dijo: «Sí, es verdad, tienes razón. Y es verdad que así también te queda bien». Tendió una mano hacia mí, vaciló y cambió de opinión. Yo lo observé con frialdad, sin decir nada. Una cólera abyecta surgió de mi interior, sin que siquiera me preguntase de dónde venía. El hombre se había girado e intentaba volver a lo suyo. Sin mirarme, aventuró otra pregunta: «¿Has visto al pequeño?». — «No –mascullé entre dientes–. Pero lo he oído. Está jugando.» Él volvió a levantar hacia mí una mirada llena de tristeza: «¿Todo bien? ¿Te pasa algo?». Yo estaba al borde de un ataque de nervios, pero me dominé: «Nada –le dije, y me volví de espaldas–, todo muy bien». Salí de la cocina y fui al piso de arriba. En la habitación, me desvestí rápidamente y dejé mi ropa tirada en un rincón; luego, ya desnuda, me senté sobre la frazada bordada que cubría la cama, cogí un cigarrillo de un paquete que encontré sobre la mesilla de noche, lo encendí, di varias caladas rápidas y lo aplasté en el cenicero. Me puse las manos sobre las rodillas y las froté. A los pies de la cama, junto a la puerta, se alzaba una gran luna, contemplé allí mi hombro y mi costado, blanqueados por la luz que llegaba desde la ventana abierta a mi espalda, mi seno permaneció en la sombra, mi gesto tenso, endurecido además por la cresta de cabellos rubios cortados a lo chico. Me levanté con un suspiro. Sobre la cómoda había algunas fotos que revisé rápidamente: en todas ellas aparecía el hombre junto con el niño, en diferentes épocas y en diferentes situaciones, en el circo, en la playa, en una barca. Con un gesto rabioso, las tiré a la papelera, luego entré en el cuarto de baño para dejar fluir el agua de

la ducha. Sólo abrí la fría, me metí debajo sin vacilar, sintiendo cómo de golpe se me erizaba la piel mientras el chorro helado me mordía la nuca.

Cuando volví a bajar, vestida con unos vaqueros y una blusa, en el salón resonaban las alegres notas de la boda campesina de *Don Giovanni*. El hombre estaba sentado en el diván tomándose una copa de vino blanco; sin dirigirle la mirada, fui hacia el estéreo y apagué la música. Luego también yo me serví una copa de vino y me planté ante el ventanal, contemplando cómo los últimos reflejos del día teñían de manchas anaranjadas el follaje de la glicina y de los árboles del jardín. Una sorda tensión me bloqueaba las costillas, me acabé la copa de un par de tragos y volví a servirme. «No deberías beber tan rápido», dijo el hombre con dulzura. — «¿Alguien te ha dicho algo?», repliqué yo. Él se calló y yo di otro trago. «¿Dónde está el pequeño? —pregunté—. ¿Le has dado un baño?» — «Sí. Y la cena está lista.» — «Entonces ve a buscarlo.» De nuevo me dedicó su mirada triste: «Sé que estás de mal humor», comenzó. Yo lo interrumpí enseguida: «No estoy de mal humor». Él consideró mis palabras y luego continuó. «En realidad te he comprado algo. ¿Puedo dártelo?» Yo no dije nada. Animado, se levantó y fue a por una caja que había en la camarera. «Ten.» Yo vacilé, luego dejé la copa sobre la mesa baja y cogí el paquete. Él sonrió ingenuamente y esa sonrisa no hizo sino atizar mi resentimiento. Con la punta de la uña, arranqué el celo y abrí la caja, luego saqué un largo vestido gris y dejé caer el embalaje. Lo levanté delante de mí con las dos manos: era una maravilla, un largo vestido tubo gris perla, fino y sedoso, tricotado, sin la menor costura, forrado con una seda rosa pálido ligeramente rugosa. Me hubiese encantado probármelo pero no me vi capaz. Sofocada por la angustia, rabiosa tanto por mi propia impotencia como por la imbécil torpeza del hombre, hice una bola con el vestido, corrí el ventanal y lo tiré al jardín apuntando a la piscina. Por un momento, creí que el hombre iba a prorrumpir en sollozos; apretó los dientes, inspiró pesadamente, luego se volvió sin decir nada para bajar a buscar al niño. Durante la cena, este último, sentado entre nosotros, parloteó sobre sus batallas. Yo permanecí callada y apenas toqué mi plato, me contenté con

beberme una copa de vino blanco tras otra. El hombre también callaba y pelaba con paciencia sus cigalas al ajillo. Yo apenas podía soportar verlo; cada uno de sus gestos, pesados, torpes, cada una de sus miradas estúpidas me sacaba de mis casillas. Las historias sin pies ni cabeza del pequeño no hacían sino acentuar mi irritación y por fin estallé: «Pero cállate de una vez, ¿no? ¿En serio no vas a callarte?». El niño, sorprendido, dejó una frase a medias y se puso rojo; confuso, bajó la cabeza y procedió a triturar una de sus cigalas. El hombre alargó la mano y acarició sus cabellos rubios: «Venga – murmuró –, come». Se inclinó hacia él y le ayudó a limpiar las colas de las cigalas mientras que el chico, recuperando la confianza, intentaba quebrantar una pinza con sus dientes de leche. Yo todavía aguanté un momento aquel espectáculo y luego me levanté, retiré mi plato y vacié las cigalas intactas en el cubo de basura, pero conservando la copa para volver a servirme. Sobre la mesa baja había un frutero lleno de manzanas de colores diversos; cogí una verde, me senté en el diván dando la espalda a la mesa donde el niño terminaba de cenar, y le hincué el diente, saboreando el zumo ácido que se mezclaba con las notas más florales del vino. Oí que los dos se levantaban, intercambiaban unas palabras, recogían la mesa y bajaban la escalera en dirección a la habitación de abajo. Yo no levanté la cabeza y me acabé la manzana. Me sentí como vibrar, como si estuviese encerrada en mí misma y tuviese que salir de ahí a toda costa. Frente a mí, el sol acababa de desaparecer detrás de los árboles y yo imaginé que sentía sus últimos rayos acariciando la piel de mi rostro. Cuando el hombre subió le seguí sin decir ni mu, desviando mi mirada de sus caderas musculosas que se mecían en la penumbra de la escalera. Arriba, él vaciló, encendió la lámpara de la mesita de noche, contempló las hierbas verdes bordadas sobre la fina frazada, me dedicó una mirada angustiada, dirigió de nuevo su mirada a la cama, las paredes vacías, la ventana tras de la cual apuntaban en la oscuridad las ramas locas de la glicina. Su vista fue a dar con la papelera; en un gesto exasperado se agachó para rescatar las fotografías, luego se volvió hacia mí, blandiéndolas con rabia: «Pero ¿a ti qué te pasa?». De golpe, mis ojos se inundaron de lágrimas; con los hombros sacudidos por sollozos y la mano en la boca, corrí a encerrarme en el cuarto de baño. Sentada en la taza del váter,

me entregué a la presión que se había apoderado de mí sin que yo misma llegase a comprenderlo ni a adivinar su origen. Cuando logré calmarme, me planté delante del lavabo y, evitando mi propia mirada en el espejo, me enjuagué la cara con agua fría durante un buen rato, me cepillé con los dedos mojados las cortas mechas rubias y me remangué la blusa por encima de la cabeza para rociarme a golpecitos los hombros y el pecho y humedecerme el sujetador. Agotada, volví a sentarme en la taza cerrada, apoyando la espalda contra el depósito de agua. Miré a mi alrededor buscando cigarrillos, sin éxito; al otro lado de la puerta, oí al hombre trajinando; me esforcé por respirar lo más silenciosamente posible, no me movía para no hacer el menor ruido. Pero los vaqueros me apretaban, así que me levanté para quitármelos y otra vez me senté en el váter, las nalgas un tanto pegadas a la madera pintada de la tapa, a través de los *shorty* de encaje. Me quedé allí un buen rato, la mente en blanco. Por fin abrí el pestillo de la puerta y salí. La habitación estaba en penumbra y sólo el fulgor de la luna, a través de la ventana, arrojaba algunos reflejos blancos sobre la frazada bordada y la masa del cuerpo del hombre allí acostado, vuelto de espaldas. Respiraba con regularidad, aunque no supe si dormía o esperaba con los ojos abiertos, en alerta. Pero me era igual. Los cigarrillos seguían sobre la mesilla de noche y me encendí uno, luego me apoderé del cenicero para ir a fumar a la escalera, apoyada contra la pared, sentada sobre un peldaño de fría piedra, las rodillas prietas y el cuerpo crispado, replegado sobre sí mismo. Cuando hube apagado el cigarrillo me levanté con resignación y volví a subir sin hacer ruido, dejé el cenicero sobre la cómoda, al lado de las fotografías esparcidas, y me deslicé bajo la frazada, de espaldas al hombre. Al rozarlo adiviné que estaba desnudo, me abismé contra el borde de la cama para evitar tocar su cuerpo, que me repugnaba tan terriblemente como me apetecía. En esa posición, mi mirada caía directamente sobre el espejo que había colgado junto a la puerta, pero él no veía mi cara, sólo una franja de la frazada, cuyas hierbas verdes y fondo dorado centelleaban a la luz de la luna. Cerré los ojos, pero no concilié el sueño. Tenía todo el cuerpo erizado, consciente del cuerpo del hombre junto a sí, con su respiración un tanto sibilante. Ahora seguramente debía de estar durmiendo, pero su presencia no dejaba de constituir una amenaza

sorda, opresiva, de la que no podía desprenderme. Poco a poco fui dejándome invadir por un torrente de imágenes, imágenes de otros cuerpos de hombres, poderosos, musculosos, cubiertos de tatuajes y sudor, que trituraban el mío sin contemplaciones, lo palpaban, lo acariciaban, lo penetraban con brutalidad, perseverando encima de él con todas sus fuerzas, primero uno tras otro y luego todos a la vez, sus vergas gruesas y furiosas llenando mis orificios y volviéndome loca de excitación. Desamparada, me di cuenta de que un mal calor me recorría desde los riñones, mi vulva se hinchaba, se humedecía, atraje hacia mí una rodilla para sofocarlo y me pasé la mano por debajo de las bragas, deslicé un dedo, luego varios entre los labios, agrupándolos, moviéndolos, luego sacándolos para hundirlos más profundamente, el placer ascendía desde mi pelvis y me toqué también un seno bajo el sujetador, esforzándome por permanecer lo más inmóvil posible y por aguantar la respiración turbada, gocé de forma brutal, una rápida chispa seca que iluminó brevemente todos mis miembros antes de soltarlos para refluir hacia mi sexo y desaparecer. Abrí los ojos: en el espejo, nada había cambiado, sólo se reflejaban los bordados verdes y dorados de la frazada, dulce montículo que cubría mi cuerpo.

Debí de quedarme dormida: cuando volví a abrir los ojos tenía al niño de pie a mi lado, su osito de peluche rosa con los ojos de vidrio azul bajo un brazo, dándome golpecitos en el hombro y vigilándome con su mirada severa. Estaba sudando, casi asfixiada de calor bajo la frazada, me la bajé hasta la cintura y le pregunté: «¿Qué pasa?». — «He tenido un mal sueño. Tengo miedo.» Me forcé a alargar el brazo para acariciarle el pelo y la espalda. «¿Qué ha sido? ¿Te acuerdas?» — «No muy bien. La vecina gritaba. Había roto su coche y decía que nuestra electricidad quemaba su casa. ¿Puedo dormir contigo?» — «No –respondí enseguida–, no. Hace demasiado calor.» Su pequeño rostro se contrajo: «Pero es que no puedo dormir». Entonces di una palmadita en la sábana, delante de mí: «Siéntate aquí». Él obedeció y yo le acaricié un poco la nuca y la piel de la cabeza. «Ya está. La pesadilla se ha ido. Ahora ve a dormir.» Él vaciló, luego bajó de la cama y desapareció por

la puerta, borrado en la oscuridad de la escalera, sus piecitos desnudos pisando a toda velocidad los peldaños de piedra. Volví a cerrar los ojos. Al despertar de verdad, se estaba haciendo de día, detrás de los cristales el cielo empezaba a sonrosarse, los pájaros ocultos entre el ramaje de la glicina lanzaban largos trinos, un concierto entrecortado y jovial. El hombre seguía dándome la espalda y dormía profundamente. Apoyada sobre un codo, miré su nuca e imaginé su espalda bajo la frazada, sus nalgas pálidas y vellosas; por un momento, me vi cogiéndole el sexo con una agria sensación de asco para llevármelo a la boca. Me deslicé fuera de la cama, recogí el chándal, las deportivas y la ropa interior de deporte y bajé los dos pisos hasta llegar al jardín, ya esclarecido por los primeros albos. La hierba bajo mis pies estaba húmeda de rocío, seguía haciendo mucho calor; las aguas de la piscina ondulaban apaciblemente, teñidas de reflejos lavanda, violáceos, casi negros bajo la luz nueva. La cresta desgredada de la palmera, imponente, se recortaba sombría ante el cielo pálido; más allá, sobre el césped, seguía estando el vestido que el hombre me había regalado, un montoncito indistinto, como de ropa sucia tirada en la alfombra. Me desvestí por completo y fui a remojar me las pantorrillas en el agua, de pie sobre el primero de los escalones que llevaba al fondo de la piscina. Todavía estaba fría, a su contacto mi piel se erizó con agrado, agité la superficie con la punta del pie, creando pequeñas olas que se disipaban un poco más allá. Por fin me volví y, mientras secaba mis pies en la hierba, me puse la ropa deportiva y me dirigí hacia la puerta del fondo, dejando allí tirada la ropa interior que había llevado durante la noche. El piar de los pájaros invisibles seguía invadiendo el jardín, el calor matutino volvía mis movimientos más pesados, la puerta se abrió fácilmente, con un suspiro de alivio me introduje en la relativa frescura del pasillo y me puse a correr sin vacilar, de forma regular y relajada, adaptando el ritmo de la respiración al de mis caderas y mis muslos. Las deportivas, en el límite inferior de mi campo de visión, se sucedían una tras otra con una flexibilidad acolchada, apenas miraba las paredes, monótonas y difíciles de distinguir en la curiosa penumbra que aquí reinaba. A veces, unas zonas prácticamente negras me permitían adivinar un gran hueco, acaso el comienzo de un nuevo recorrido; pero las ignoré, continuando mi trote con

paciencia, sin hacerme tampoco preguntas sobre la ausencia de iluminación visible, o hasta de un techo, porque este corredor, o eso me pareció, muy bien podría hallarse al aire libre. De vez en cuando, mi hombro o mi codo rozaban una de las paredes, entonces corregía la trayectoria, tratando de seguir al dedillo la curva perezosa del pasillo; cuando por un instante perdía las referencias, alargaba una mano para comprobar la distancia hasta la pared. En un momento dado, mis dedos dieron con algo metálico que sobresalía y brillaba un poco: para mi sorpresa se trataba de un pomo, lo giré, empujé y entré. La blanda superficie bajo mis pies me detuvo en seco. Me hallaba en una habitación más bien amplia, no demasiado iluminada, con pocos muebles; en las paredes, las vides doradas del papel pintado se entrelazaban hasta el techo; una moqueta rojo sangre cubría el suelo. Una gran cama adornada por un cobertor bien tendido, cuya superficie representaba unas largas hierbas verdes, me separaba de una figura de pelo corto y negro que había frente a la ventana, dándome la espalda. Las contraventanas estaban cerradas pero parecía mirar algo en el cristal, seguramente su propio reflejo. Yo también la observé, sonriendo dulcemente, feliz. Sin pensarlo un instante empujé la puerta con los dedos y, con un ligero ruido, la cerré: la figura se volvió, era un hombre, un hombre guapo cuyo rostro estrecho, apenas verme, se vio iluminado por una sonrisa. Rodeó la cama con un movimiento flexible, me abrazó y deslizó riendo su lengua entre mis labios. Yo perdí el equilibrio y caí con él sobre las hierbas verdes del cobertor, mi nariz contra su pelo corto. Su barba mal afeitada me rascaba, pero eso me complació, enlacé sus riñones entre mis piernas y lo atraje hacia mí para besarlo profundamente, acariciándole el pelo con ardor, el cuello, los hombros, los bíceps, embriagándome con su olor picante, casi demasiado fuerte, mareante. Por fin su mano se aventuró, bajó la cremallera de mi chaqueta y se introdujo bajo la camiseta para acariciarme un momento un seno. Mi pezón se enderezó enseguida entre sus dedos, estiré el pecho para apretarlo contra su palma, invadida por la cálida sensación que se difundía a través de mi vientre y de mi sexo. Él volvió a reír y se arrodilló sobre la extensión verde y dorada de la cama. «En la calle –dijo levantando sus hermosos ojos oscuros, llenos de alegría–, soñé que te tocaba la cara. Y ya ves, aquí estás.» — «Entonces, ¿la

cara no es de terror?» Él se echó a reír de nuevo: «¡Mira que eres pesada!». Me empujó sobre la cama y se me echó encima a hacerme cosquillas. Yo me defendí torpemente, riendo también, hasta que pude coger sus manos. «¡Mira que eres impaciente! Aguanta los caballos, me muero de hambre.» Descolgué el teléfono, marqué el número indicado en la lista y, mientras revisaba el folleto que había allí, enumeré varios platos. El hombre volvía a estar junto a la ventana, desde allí, de brazos cruzados junto al radiador, me miraba con una sonrisa guasona. Colgué, me levanté y estiré las piernas entumecidas. «¿Vienes?», le dije alegremente mientras me quitaba la chaqueta. Sin esperar respuesta, me metí en el cuarto de baño, me deshice también de la camiseta y el sujetador, y abrí a tope los grifos de porcelana de la bañera, el dorso de la mano bajo el chorro para controlar la temperatura.

En el agua, extendí mi largo cuerpo sobre el suyo, apoyándome de espaldas contra su pecho. Él replegó sus manos sobre mi vientre, rozando mi pubis y jugueteando con los copos de espuma sobre mis senos, cuyas puntas afloraban por encima de la superficie. Me abandoné con la cabeza contra su hombro, mientras su nariz me hacía cosquillas en la oreja. Me sentía serena, imbuida de una plenitud tranquila, confiada: lo que viniese después no podía ser sino la continuación de ese dulce, de este tierno placer. Sonaron unos golpes precisos en la puerta de la habitación. Emergí del agua en medio de un gran ruido, me volví hacia él para darle un beso apresurado, luego salí de la bañera, echándome un albornoz blanco sobre el cuerpo chorreante, y fui a abrir. La bandeja estaba sobre la moqueta del pasillo, con la nota pinzada entre dos platos; presté atención durante un momento, pero no oí el menor ruido. Levanté la bandeja con cuidado de no derramar las cervezas en sus altos vasos de boca ancha, y volví a depositarla sobre la cama, donde me senté con las piernas cruzadas mientras examinaba los platitos de madera lacada llenos de pescado crudo y verduras confitadas. El hombre salió a su vez del cuarto de baño; también él se había puesto un batín, pero no lo había cerrado, y su verga venosa, prieta contra las pelotas, colgaba pesadamente entre sus muslos. «Comer contigo es algo que he echado de menos», le dije

con una sonrisa afectuosa. Él vino junto a mí y probó un pedazo de pescado. Cuando también yo quise picar uno me lo disputó, sus palillos batiéndose a espada con los míos. Nuestras risas eran los únicos ruidos, de detrás de las contraventanas, donde debía de haber una calle o un patio, no llegaba sonido alguno; sólo una lámpara en la mesita de noche nos iluminaba con su halo pálido, no me costaba distinguir nuestros reflejos en los cristales, dos siluetas un tanto vagas, vestidas de blanco, que destacaban sobre el campo de hierbas verdes del cobertor. De vez en cuando, uno le ofrecía al otro un pedazo de pescado y este lo atrapaba con una sonrisa rapaz; cuando lo besé, sus labios tenían el gusto amargo de la cerveza. «Cuéntame algo», le sugerí por fin con una sonrisa. Él aún se tragó otro trozo de pescado, luego terminó por responder: «Hoy he discutido con mi vecina». — «¿Sobre qué?» — «Se quejaba de mi circuito eléctrico. Decía que tenía picos de tensión, que eso provocaba cortes en su casa. Pero eso son sólo pamplinas, lo he hecho revisar dos veces, el dichoso circuito, por una empresa. De todos modos es extraña, esa mujer. El otro día se compró un coche, y eso que no tiene carné.» — «¿Y ya te has acostado con ella?», le pregunté maliciosamente. Su cara se ensombreció: «Tú estás loca. ¿Por qué me haces ese tipo de preguntas?». Yo me reí en sus narices: «¡No te lo tomes así! Es broma». En la habitación se notaba una gran sequedad, sentía tirante la piel de las manos y el rostro, el pescado crudo también me daba sed, de un par de tragos me acabé la cerveza. Luego terminé con las últimas verduras y amontoné la vajilla sobre la bandeja para dejarla en el suelo, en un rincón. El hombre me cogió por el brazo y me atrajo hacia sí, deslizándolo su otra mano entre mis muslos y rozando mi tupida pelambre. Yo me deshice de él y estallé en risas: «¡Decididamente, está claro que eres un impaciente!». Me planté delante de él con el albornoz bien abierto, contemplando con mirada irónica la punta violácea de su verga que emergía entre los pliegues de su bata. Di un pequeño chasquido con la lengua y meneé la cabeza: «Pero mira tú eso». A una señal de mi mano, se desembarazó de la ropa y esperó, inclinado hacia atrás, apoyado en los codos. Yo contemplé su hermoso cuerpo con gesto apasionado y dije: «Mejor vuélvete». Él cumplió la orden, rodando sobre sí mismo y estirándose encima del cobertor mientras yo me dirigía hacia el cuarto de baño. Junto al lavabo

había una bolsa de tela gris, la había visto antes, al bañarme, llevaba impresa el símbolo de una marca de zapatos de lujo. Desanudé los cordones y saqué un arnés de cuero negro así como un hermoso falo del mismo color, muy realista, con unas gruesas venas esculpidas en el mango, hecho de un material agradable al tacto, suave y firme a la vez. Inserté el falo en un anillo metálico que había en el centro del arnés y luego me lo puse, ciñéndome las primeras correas a las caderas y comprimiendo entre las otras dos, que ascendían por encima de mis nalgas, los labios de mi vulva. Me planté con alegría las manos en las caderas y me contemplé en el espejo entre risas: la mujer de pelo corto a lo chico que, orgullosa, espléndida, me miraba desde allí, abombaba su torso de pequeños senos mientras sacudía con felicidad el soberbio falo enhiesto sobre su pubis. Llené de agua uno de los vasos que había por allí y me apoderé también de un tubito que encontré en la bolsa gris; luego volví a la habitación. El hombre seguía acostado boca abajo, sus muslos velludos y sus potentes nalgas musculosas ofrecidas sobre las largas hierbas verdes estampadas en el cobertor. En cuanto me acerqué, él se volvió y la cara se le iluminó con una hermosa sonrisa de júbilo; tomó el vaso de mi mano y bebió a grandes tragos. Yo sonreí con él, luego me colé entre sus muslos mientras abría sus nalgas con las dos manos y proyectaba la lengua entre la pelambre y el ano fruncido, de regusto ligeramente amargo, que se dilató bajo la presión. El hombre exhaló un suspiro breve y se abandonó sobre la cama, torciendo sus riñones y deslizándolos bajo mis manos. Le di otros cuantos lengüetazos que lo excitaron en breves espasmos, luego abrí el tubito y me vertí en la mano una sustancia resbaladiza con la que unté el falo para luego masajearle, lentamente, con el pulgar, la aureola del ano. El objeto fijado a mis riñones golpeteaba sus muslos, pesado, sedoso, hasta que todavía le abrió otro poco las caderas. Entonces me retiré, cogiéndolo por el pelo y apretándole la cabeza contra el tejido, escuchando el silbido de su ronca respiración; luego guié el falo hacia el centro de la pelambre y empujé con todo mi peso. Él gruñó, yo empujé de nuevo, aquello se abrió de golpe y me hallé atrapada, pegada contra su culo. Con una súbita sensación de triunfo, deslicé mis manos bajo sus axilas y las cerré sobre su nuca, hundiendo mi nariz entre sus cabellos de un olor en el que convivían la tierra y la canela. Su

verga, olvidada, latía perezosamente sobre el cobertor, él resopló, la cara aplastada contra las hierbas verdes, proyectando sus riñones al encuentro de los míos, me sentí embargada por un poder novedoso, como enloquecida por una alegría teñida de violencia; a cada uno de mis movimientos, las correas me rozaban el clítoris, enviando haces de placer a través de mi pelvis, el hueco de mi espalda y hasta mi nuca, por fin me apoyé en su cabeza y su cerviz, al tiempo que me enderezaba y miraba por encima del hombro para ver mi cuerpo sobre el suyo en el espejo: su muslo moreno, marcado por varias cicatrices, se estiraba bajo el mío, mucho más pálido; las correas de cuero que mantenían en su sitio el objeto con el que lo estaba ensartando formaban pequeños michelines en mi carne, y mi culo, dos globos blancos enganchados encima por mediación de las correas, cabalgaba en lo alto del suyo sobre el campo verde y dorado del cobertor. Aquello era de una belleza insostenible, alargué la mano sin pensarlo y apagué la luz, sumergiendo el cuarto en la oscuridad, borrándolo todo de golpe y dejándome súbitamente encerrada en mi propio cuerpo, cuya mismísima musculatura parecía metamorfoseada por la inversión de roles. Debajo de mí, crucificado por el placer, el hombre gozaba tensando todos los músculos de los muslos y la espalda, yo me retiré un poco, me apoyé sobre sus hombros, y golpeé tres veces mi cuerpo contra el suyo, alcanzando así también yo el gozo, en brutal resplandor, casi opresivo de tanto como revolucionaba las reglas de mi cuerpo. Por fin me repantigué sobre su espalda, mi pelvis contra sus nalgas, el falo inmóvil hincado en él. Con un gemido, él pasó una mano por detrás de su cabeza para acariciarme el pelo; todavía meneaba los riñones de forma espasmódica, le mordí la nuca y deslicé mi mano bajo su vientre, tomando entre mis dedos todavía pegajosos su verga medio dura y empezando a acariciarla mientras empujaba insensiblemente mis caderas contra él, imprimiéndole a sus nalgas una ligera pulsación. Se endureció enseguida y lo bamboleé más suavemente, mordisqueándole la nuca y el pelo tan corto, hasta que su esperma caliente fluyó entre mis dedos. Fue así que su cuerpo, medio girado, se abandonó bajo el mío, se relajó, se acostó sobre el cobertor maculado. Yo quería recuperarme, tal vez liberarme de él para volver a girarlo y metérmelo dentro, pero me vi invadida por una gran somnolencia,

bostecé, mis manos se movían de forma cada vez más lánguida y ligera, volví a rozar su espalda, sus riñones y sus muslos y así me quedé dormida, mi verga alojada en él y mi cuerpo contra el suyo, temblando de placer.

Cuando volvió la electricidad me desperté. El hombre había rodado hacia un lado y encendió la luz, sus piernas enmarañadas en las mías, el falo aún en su interior. Le abrí las nalgas y lo retiré con cuidado, ahora estaba seco y se enganchaba un poco, al final logré liberar el objeto, que cayó sobre el cobertor con un ruidito amortiguado. Tenía la boca pastosa; abrazándolo entre los omóplatos, me desprendí de sus piernas, me levanté y me dirigí hacia el cuarto de baño. La luz blanca del neón me deslumbró, la apagué enseguida; todavía parpadeando, me incliné sobre el lavabo para beber ávidamente del grifo. Enjuagué también el falo negro, pero no me lo quité. Al salir contemplé al hombre: de nuevo estaba durmiendo, encogido, de lado; detrás de él, la luz amarilla de la lámpara de mesa iluminaba su espalda desnuda y morena, las largas hierbas verdes del tejido arrugado bajo su cuerpo, las vides doradas del papel pintado. Me senté a su lado y le pasé con ternura la yema de los dedos por el hombro, el pecho, el muslo. Él tiritó, pero no se despertó. Su piel, áspera, rechinaba bajo mis caricias; tendría que bajar la calefacción, me dije confusamente. Pero no encontré ningún termostato, ninguna manecilla. Me levanté, llené dos vasos de agua, los coloqué sobre el radiador; luego apagué la luz y volví a acostarme junto al hombre, de lado, la mano en el hueco de sus riñones. Un ruido de agua procedente del cuarto de baño me despertó. La luz otra vez encendida y yo estaba sola en la cama. Me levanté, llamé a la puerta y entré sin esperar respuesta: el hombre meaba con las piernas abiertas. Sin darle tiempo de pulsar el botón de la cadena, lo empujé a un lado entre risas y me planté delante de la taza, los riñones echados hacia delante, apartando las correas entre mis muslos para orinar también yo con un chorro largo, el líquido salpicando el borde, el falo aún fijado a mi vientre, rebotando alegremente. «¿No vas a quitarte eso?», me preguntó mientras me enjuagaba la cara y me repasaba el pelo. «¿Para qué? Me ha gustado, esto de tener una cola. Creo que me la voy a dejar puesta todo

el día. ¿Crees que me quedará bien, debajo del chándal?» Él se rió y me dio una palmada en la nalga, haciendo que el objeto temblase. Por fin me desabroché con pesar las correas y lo metí en la bolsa gris, luego me volví a acostar en la cama. Seguía haciendo mucho calor y sequedad y otra vez tenía sed. Él salió tras de mí en el momento en que sonaba la melodía de un teléfono móvil. «¡Oh! Tengo que irme», dijo alegremente al mirar la pantalla. Apoyada en un codo, lo contemplé mientras se vestía. Cuando se puso los vaqueros negros y se abrochó el cinturón, se dio unos golpecitos en la bragueta: «Bonito paquete, ¿no?». — «Para lo que nos ha servido –bromeé alargando la mano para acariciarlo—. No puede compararse con la mía.» Él meneó la cabeza, me dejó un beso rápido en los labios y se largó con la bolsa gris en la mano. Yo me levanté, me duché y luego también me vestí. El tejido flexible del chándal provocaba una sensación agradable sobre la piel de mis piernas, pero no me entretuve y me dirigí hacia la salida, sólo entonces advertí que, de hecho, en la habitación había dos puertas. No tenía la menor idea de cuál había tomado el hombre, pero eso no tenía importancia, abrí una al azar y salí, cerrándola tras de mí para enseguida ponerme otra vez a correr. En ese pasillo hacía más fresco, y eso me dio energía, lanzaba cada zancada con gusto, respirando profundamente a través de los dientes. Una película de sudor cubrió mi piel al instante, la sequedad había desaparecido, la ropa se me pegaba a los hombros, a los senos y a los muslos. Había muy poca luz, no veía bien las paredes y el techo ni siquiera lo distinguía, puede que no lo hubiera y estuviese corriendo al aire libre, era difícil hacerse una idea, a un lado y al otro veía en ocasiones algunas zonas más oscuras, puede que el acceso a otros pasillos, o si no, acaso pequeñas depresiones, no me detuve a comprobarlo y seguí avanzando, tratando de permanecer más o menos en el centro del pasillo, lo cual no era tan sencillo porque se curvaba en un sentido y luego en el otro, acercando así las paredes a un brazo o al otro de forma imperceptible. Fue así como a punto estuve de darle con el codo a una protuberancia metálica, la vi en el último instante y me eché a un lado para evitarla, era un pomo y, sin pensarlo, le puse la mano encima, presioné, abrí la puerta y la atravesé sin detenerme. Mi pie chascó contra una baldosa, un espacio amplio y sombrío se abría a mi alrededor, vagamente iluminado por

una hilera de grandes cristalerías en todos los colores que proyectaban sobre el suelo de piedra pulida unos brillos de luz abigarrada espaciados de forma regular. Se trataba a todas luces de una iglesia y deambulé lentamente entre las columnas acanaladas, evitando pisar las inscripciones medio ilegibles, grabadas a intervalos regulares en el mármol y coronadas, a veces, por un cráneo o unas tibias entrecruzadas. Aquí el ambiente era muy fresco, resultaba agradable, paseé mi mirada sobre las capillas decoradas con crucifijos barrocos o con modestos retablos, las estaciones del vía crucis enganchadas entre ellas, pequeñas pinturas ingenuas de poco interés, las volutas gastadas de los capiteles de las columnas, las vidrieras resplandecientes de azul, rojo y amarillo. Experimenté una sensación de enorme paz y de calma, me senté un buen rato en un banco para disfrutarla a mis anchas, dejando que mis dedos acariciasen la madera alisada por años de uso, la mente en blanco. Por fin me levanté y seguí hacia el coro. El ábside, entonces me di cuenta, estaba cubierto de frescos, vastas estampas de colores desteñidos y difícilmente visibles en la oscuridad. Mi mirada fue a caer sobre una caja provista de un botón que un cartelito invitaba a pulsar para iluminar las obras; lo apreté muchas veces consecutivas, sin éxito, el dispositivo debía de estar averiado. Intenté distinguir algunas figuras: al fondo reinaba el rostro de Cristo, severo, vacío de toda expresión pero imbuido de una inmensa majestad, también distinguí a dos serafines, con largas alas entrecruzadas cubiertas de ojos, tendiendo sus manos abiertas hacia el espectador, un ojo en el hueco de cada palma. Hubiese querido ver más, pero los otros personajes, escalonados hacia arriba, desaparecían en la oscuridad. Fue así como di la vuelta al ábside y me dirigí a la salida. Cerca de la puerta, una mujer mayor, sin duda la guardiana, se hallaba sentada detrás de una mesa cubierta de finos cirios y folletos. «La luz no funciona», observé al acercarme a ella. — «No, señorita. Es culpa del vecino. Su instalación eléctrica ha hecho que la nuestra salte. Hace días que esperamos a que venga el electricista.» — «Es una lástima.» — «Sí, ya lo creo.» Me ofreció un cirio mientras miraba mi chándal de arriba abajo: «¿No quiere encender uno?». — «No, gracias», dije empujando la pesada puerta de madera. Se abrió fácilmente, descubriéndome una modesta plaza pavimentada, inundada de luz y sobrevolada por una

horda de palomos grises que picoteaban entre las piedras. Por un momento cegada, vacilé, de pronto estaba empapada en sudor, desorientada por el cambio brutal, de la frescura y la oscuridad de la iglesia a ese horno despiadado. Una tiendecita que había enfrente me llamó la atención, me dirigí hacia ella a través de la nube de palomos que revoloteaba delante de mí en un gran crujido de alas mezclado con arrullos. En la tienda hice algunas compras rápidas, una lata de sardinas, una cebolla, pan integral y una botella de vino rosado que saqué de un frigorífico y que pedí que me descorchasen para meterlo todo en una bolsa de plástico. Surtida de tales provisiones, bien contenta ante la idea de una comida campestre improvisada, me dirigí hacia el pórtico del pequeño cementerio contiguo a la iglesia, donde me dediqué a errar entre las tumbas, esforzándome cuando era posible por proteger mi cuerpo bajo la sombra de los cipreses plantados a lo largo de la pared. La bolsa de provisiones me iba golpeteando la pantorrilla; el único ruido, aparte de las ligeras pisadas de mis deportivas sobre la grava, era el zumbido incesante de los insectos. Más allá de las tumbas se abría otra puerta, la empujé y me hallé en un campo de hierba clara con unos pequeños olivos nudosos plantados de forma alineada, con cuidado. No había camino, me metí entre los árboles, levantando un poco los pies a cada paso; la hierba seca me llegaba a las pantorrillas, avanzaba con placer entre el ensordecedor estridular de las cigarras, un sonido puro y feliz que debía de ser el de la infancia. Seguía haciendo mucho calor, pero una ligera brisa secaba el sudor sobre mi rostro, no tenía sed y seguí mi camino con agrado, canturreando por momentos pedazos de la melodía de un concierto para piano de Mozart. Más lejos había un hermoso bosque de pinos, el suelo estaba aquí tapizado de agujas muertas recorridas por hormigas negras; las cigarras, invisibles, mantenían su algarabía, la sombra aportaba un poco de frescura y la maleza no suponía obstáculo alguno. Por fin desemboqué en un hermoso río, cuyas aguas fluían entre gorgoteos; la hierba de la orilla, protegida por la sombra de los pinos, estaba todavía verde en algunos lugares y moteada de florecillas; más allá se extendía otro bosque, sombrío y prieto como un largo muro alzado ante el cielo pálido. Me senté en la hierba, me desnudé de cintura para arriba y dispuse ante mí el tentempié, utilizando la bolsa de plástico como

minúsculo mantel. Picoteé con los dedos las sardinas en la lata, lamiendo luego el aceite que chorreaba, y me comí a mordiscos la cebolla, arranqué unos trozos de pan y los unté también en el aceite para luego engullirlos y di unos tragos de vino fresco bebiendo a morro, aguantando la botella con la palma, los dedos extendidos para no mancharla demasiado, con un risueño sentimiento de júbilo. Cuando lo hube devorado todo tapé la botella, la coloqué en el agua sujeta con piedras, y me serví de otra piedra más plana para cavar un hoyo en la tierra blanda con el fin de enterrar allí la conserva vacía. Me había sobrado pan, lo aparté a un lado enrollado en la bolsa. Luego me quité la ropa que me quedaba y avancé hacia el río. Entré sin disminuir la marcha, el frío mordidéndome los tobillos; el agua no me llegaba por encima de las pantorrillas ni siquiera a un metro de la orilla. El río fluía burbujeante alrededor de mis piernas, haciendo bailar las manchas de luz posadas sobre la superficie. Me incliné y contemplé mi reflejo, un cuerpo largo y blanco borroso por la corriente con una cresta de pelo rubio y corto coronando el rostro, así la barra recta de los hombros, los dos círculos de los senos, el del vientre y la curva de las caderas acogiendo el triángulo rubio entre los muslos, todo confuso pero identificable, aunque así miradas no relacionaba ninguna de aquellas partes con mi propio cuerpo ardiendo bajo el sol, del cual, no obstante, era plenamente consciente. Me incorporé y abrí ligeramente las rodillas; ahora el agua reflejaba mi vulva, un pequeño óvalo rosáceo y blondo anidado entre mis muslos que se hendió fácilmente en dos bajo la presión de mi dedo. Era una sensación tierna y deliciosa pero no fui más lejos, preferí dejar que se difundiese por la superficie de toda mi piel recalentada antes que localizarla en un único punto. Finalmente me senté de golpe en el agua, luego tendí las piernas y me alargué, dejándome llevar hasta que me falqué con los pies contra unas piedras y me quedé allí flotando, los brazos extendidos, los ojos cerrados, la cabeza mecida por la corriente, cara al sol, el agua deslizándose sobre mi piel, suave, calma, fría.

Cuando salí del río el sol se había acercado a la copa de los árboles y hacía brillar la hierba verde de la orilla. Me acosté allí boca abajo, el brazo

replegado bajo la cabeza, el otro en ángulo recto, el cuerpo apenas girado para no aplastarme los senos, y entonces cerré los ojos, recordando fugazmente algún antiguo verso griego en el que una mujer cantó a tales sensaciones. Las gotas de agua, todavía frías, me perlaban la espalda y fluían despacio por entre mis nalgas. El sol volvía a calentar mi piel, que poco a poco, mientras el sonido del agua y de las cigarras se difuminaban, se iba convirtiendo en mi principal sentido, un ojo único del tamaño de mi cuerpo que todo lo veía, el río, los pinos alzados contra el cielo, la hierba tupida y el suelo dorado sobre el que descansaba, sus propias formas, carnales, relajadas, libres de toda lascivia. Fue así como me abandoné al sueño y soñé con un gato gris que venía a acurrucarse sobre mí, con un grueso libro de imágenes de cuerpos desnudos, con una casa cerrada por vacaciones, con un obrero bienintencionado que destrozaba la caseta. De pronto me hallaba al volante de un coche que, a pesar de no saber conducir, yo arrancaba. Luego alguien me hacía el amor muy tiernamente: pero no podía distinguir si se trataba de un hombre o de una mujer, o de alguien entre los dos, ni siquiera cuando tomaba su cabeza entre mis manos para apretarla contra mí. La frescura de la noche me despertó. Tenía la piel seca, la carne de gallina, el agua del río seguía susurrando en algún lugar cerca de mis pies; la luna, suspendida en un cielo despejado, iluminaba la orilla, recuperé mi ropa, me la puse, volví a acostarme en la hierba y a dormirme acto seguido, tranquila como un niño. Cuando otra vez desperté, el alba ya blanqueaba el cielo. Estiré los miembros con voluptuosidad y bajé hacia el río a echarme agua en la cara y la nuca. La botella de vino seguía en su sitio, me acuclillé a beber, metiéndome en la boca, entre trago y trago, algunos trozos de pan que arranqué del mendrugo del día anterior. Cuando me hube acabado la botella, la tapé y la arrojé al río, y la contemplé bailoteando en los remolinos mientras la corriente se la llevaba. La seguí un rato pero se alejó rápidamente. El cielo adquiría ahora unos matices sonrosados, a través de los pinos se adivinaban los primeros rayos de sol, las cigarras empezaban a despertar y reanudaban un canto obsesivo que habían interrumpido durante la noche. Después los bosques, nuevas extensiones de campos, olivares que crujían por efecto del suave viento que se había levantado, seguidas por unos manzanares donde birlé una

fruta muy roja que mordí con todas mis fuerzas dejando que su jugo se derramase sobre mis labios con gran alegría. Al frente, no lejos del río, entre los manzanos, avisté un pequeño edificio, puede que una cabaña. Lancé el corazón al agua y me acerqué. De hecho era una minúscula capilla, erigida con piedra seca y cerrada por una puerta de tablas asegurada con un cordel. Lo desaté, empujé la hoja y agaché la cabeza para pasar bajo la enorme viga que hacía las veces de dintel. Al otro lado se extendía un largo pasillo más bien oscuro que encaré sin disminuir la velocidad, avanzando a zancadas cortas, los codos al cuerpo, respirando entre dientes. Aquí reinaba una suave tibieza que relajó mis miembros, corría con facilidad sin mirarme demasiado los pies, de todos modos apenas visibles en la penumbra, guiándome un poco al tuntún, alargando los dedos de vez en cuando para rozar el revestimiento liso de las paredes y orientar así mi carrera, desestabilizada por la curva del pasadizo. A veces, mis dedos no encontraban más que un vacío y una ojeada rápida me mostraba un rectángulo más sombrío recortado sobre la pared, seguramente una bifurcación o acaso sólo un pasillo sin salida y poco profundo, imposible asegurarlo porque pasaba de largo y mantenía la carrera sin cambiar de rumbo, atenta al ruido amortiguado de mis deportivas pisando el suelo. En semejante penumbra no se distinguía nada con claridad, por eso de pronto me llamó la atención un brillo metálico en una de las paredes, algo que examinado más de cerca resultó ser un pomo. Lo agarré, abrí, y atravesé el umbral, encogiendo los hombros por reflejo al contacto con el aire fresco y un tanto húmedo del lugar. A mi alrededor, entre gruesos pilares de hormigón bastante deteriorados, había alineados varios automóviles de diferentes colores, mortecinos y polvorientos bajo la luz glauca de los neones. Uno de los tubos, ya gastado, parpadeaba y emitía un zumbido irritante. Un poco más allá, mi amigo, apoyado contra una vieja tartana de color burdeos, me miraba fumándose un cigarrillo. Con un golpe de riñón, despegó de la portezuela su cuerpo largo de hombros redondeados; se revolvió el pelo rizado, de vagos reflejos pelirrojos realzados por los neones, pisó el cigarrillo y me dedicó una sonrisa: «Ya era hora. ¿Vamos?». Yo me acerqué, le devolví la sonrisa y me puse de puntillas para darle un beso en la mejilla: «Vamos». Con gesto galante, me abrió la portezuela del acompañante y yo me agaché para

deslizarme sobre el asiento de cuero desgastado, incluso desgarrado en algunas partes, pero muy cómodo. Él dio la vuelta por delante y se puso al volante: «Cinturón», dijo secamente mientras llevaba el vehículo a la rampa de salida. Yo me lo ajusté cruzando el pecho y justo estaba enganchando el resorte cuando él frenó para darle unas monedas a un hombre metido en una pequeña cabina, su rostro grueso y reluciente reflejando la luz azul de la pequeña televisión que tenía delante. Fuera nos esperaba la noche, las calles estaban tranquilas, las farolas depositaban una luz amarilla sobre los automóviles aparcados a lo largo de las aceras y los pocos transeúntes. Mi amigo embragó y aceleró. Rodeamos la primera rotonda, luego la segunda, a la que dio la vuelta dos veces antes de escoger por dónde salía; por fin, se metió en los bulevares periféricos, rodeando la ciudad en una larga curva tranquila. A veces, un coche nos adelantaba y yo vislumbraba fugazmente la cara del conductor, casi siempre congelada, fija en la carretera, perdida en sus pensamientos. Justo delante de mí, atrapada entre el salpicadero y el parabrisas, había una manzana amarilla; la cogí, la mordí perezosamente y la devolví a su sitio. Me sentía descansada, confiada, vagamente ilusionada por la aventura. Incluso cuando no cambiaba de marcha, la mano de mi amigo descansaba en la palanca de cambio, muy cerca de mi pierna; yo sentía su proximidad sin mirarla, caliente y tranquilizadora, no me tocaba pero controlaba nuestra marcha con gesto firme. Por fin dirigió el coche hacia una rampa de salida, disminuyó la velocidad, rodeó otra rotonda. A nuestro alrededor se alzaban ahora unos árboles; las luces empezaron a escasear, estábamos entrando en un gran bosque. Aquí y allá nuestros faros alumbraban un coche aparcado, una camioneta; al borde del camino había gente, chicas con medias de rejilla y senos generosos, grandes travestis arrogantes y altivos que agitaban sus largas boquillas paseando arriba y abajo sobre sus tacones de aguja, hombres en abrigo, en traje o en ropa de deporte. A veces también nos cruzábamos con un coche policía, avanzando lentamente, observando el ballet ritual que bullía en el lugar sin llegar a interferir. Los caminos se curvaban, se cruzaban en ángulos improbables que mi amigo tomaba sin apenas decelerar, dibujando como un laberinto curvilíneo en el que no tardé en desorientarme. Ahora, todo estaba vacío, sólo

los enormes árboles atrapados en el haz de luz de nuestros faros flanqueaban el camino. A mí me pareció que dábamos vueltas, pero no podía estar segura; mi amigo conducía plácidamente, en silencio, y yo me abandoné a su conducción sin protestar. Al levantar la mirada, vi en el retrovisor los faros de un vehículo, justo detrás de nosotros, luego de un segundo, eran varios, alineados unos detrás de los otros, siguiéndonos a través de los bosques en una larga ronda motorizada, orugas procesionarias mecánicas, saliendo de noche para satisfacer sus necesidades. Yo estaba muy contenta, cuando nos cruzábamos con una patrulla de policía, me incorporaba y tocaba el cláxon, lo cual hacía reír a mi amigo con una risa atronadora; tenía los nervios a flor de piel, me sentía viva y dispuesta a todo. Bajé el parasol y me miré en el espejito rectangular, riéndome de mí misma y pasándome los dedos por la rubia cabellera para arreglarme unos mechones deshechos. Rodábamos ahora por una parte más despejada del bosque. De repente mi amigo se salió del camino, cruzó el borde y metió el coche en un gran prado ondulado. Yo me volví: los otros nos siguieron, traqueteando sobre el terreno, sus faros bailando en la noche como faroles de marineros borrachos. Mi amigo trazó una larga curva y finalmente se detuvo al fondo de una amplia depresión, de cara a los vehículos que iban colocándose los unos junto a los otros y apagando los faros, formando un gran semicírculo en la oscuridad; quitó el contacto y salí, las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta. La luna había desaparecido detrás de los árboles y la noche era muy cerrada; por encima de mi cabeza, regueros de estrellas constelaban el cielo. Una intensa luz me deslumbró y parpadeé: el conductor del vehículo aparcado frente a nosotros había vuelto a encender las luces de cruce y me atrapó en el cono de su haz blanco. Mi amigo, que había venido junto a mí, me tomó de la mano y me puso contra el coche, de cara a los hombres que iban cerrando sus portezuelas y acercándose mientras se guardaban las llaves en los bolsillos, cogiendo sitio a mi alrededor formando un semicírculo, a un lado y al otro rodeando el largo triángulo de hierba verde alumbrado por las luces del coche, las caras cerradas, los ojos vacíos. Mi amigo se retiró a un lado; lo miré y me hizo una breve señal con la cabeza, el cigarrillo en los labios. A esta señal, mi boca se abrió en una vaga sonrisa, me bajé la cremallera de la

chaqueta del chándal y me subí la camiseta, mostrando el vientre blanquísimo al haz de luz. Los hombres me observaban sin decir nada, sólo oía su respiración en la noche, pesada, a veces entrecortada. Me pasé los pulgares por el interior del elástico de los pantalones y, sin mucho cuidado, me los bajé hasta medio muslo al mismo tiempo que me bajaba las bragas. También ellos se desabrocharon los pantalones y extrajeron sus miembros para agitarlos blandamente con los dedos; a mí aquello me pareció más bien cómico, era como un juego de niños, lúdico y fútil aunque ejecutado con seriedad. Mi amigo me animó con la cabeza, su presencia me daba confianza, estaba contenta, casi alegre. Deslicé mis dedos en el pubis, abriendo un poco más los muslos, luego los enterré entre los labios, separándolos, repartiendo el líquido resbaladizo que manaba, aislando el botoncito rígido que despuntaba, como la pepita en el corazón de un melocotón pasado. La otra mano subió el sostén bajo la camiseta y acarició uno de los senos; delante de mí, todos los hombres tenían ahora la verga entre las manos, dura en su inmensa mayoría, algunos se escupían en la mano y se la meneaban de forma aplicada, tratado de acomodarse a mi ritmo. Todo aquello me complacía enormemente. Apreté las nalgas contra el capó todavía tibio del coche, doblé las rodillas y enfoqué hacia ellos la pelvis, abriendo todavía un poco más la vulva y masajeándola con cuatro dedos en un movimiento circular. Mis músculos se tensaron, un calor voluptuoso irradiaba de mis caderas y mi vientre, sentía cómo la sangre me enrojecía el cuello y la parte superior del pecho; pero más que de esas sensaciones físicas, mi placer emanaba del terrible ridículo de la situación, de la ávida mirada de aquellos hombres meneándosela cada vez más frenéticamente, de la presencia festiva y amistosa de quien allí me había llevado. Levanté la mirada: delante de mí, bien iluminado por el haz de los faros, mi amigo blandía un teléfono móvil con el que me estaba filmando, absorto en la pantalla y con aire melancólico. A nuestro alrededor, los hombres gozaban por turno, descargando a chorros largos o bien en pequeñas gotas sobre la hierba blanqueada por la luz. Me volví, doblándome para apoyarme en el capó rojo burdeos y les ofrecí mis nalgas para gozar, la mano enterrada en mi sexo. Cuando volví a abrir los ojos, me encontré frente a mi reflejo en el parabrisas, un rostro satisfecho

enmarcado por cortos mechones rubios, y tras de sí la silueta a contraluz de todos esos hombres que me contemplaban con gravedad, los rasgos tensos, como si estuviesen asistiendo a un misterio religioso, una ceremonia tocada por la trascendencia, y más cerca la de mi amigo, con el teléfono todavía en marcha para filmarme y la mirada llena de benevolencia.

Volvíamos a rodar bajo la apacible luz amarillenta de los bulevares periféricos. Calmada, saciada, me acurruqué sobre el asiento, apoyándome en el cinturón entre los senos, y así me terminé sin prisas la manzana amarilla que había en el salpicadero. Mi amigo se fumaba otro cigarrillo, los ojos fijos en la carretera. Se reía entre dientes y yo me uní a su risa, contagiada por su buen humor. Me pasó su teléfono sin mirarme y navegué por su menú hasta dar con el clip que había filmado: la imagen, minúscula, temblequeaba sobre la pantallita, apenas llegaba a distinguirse, sobre el capó rojo oscuro, la línea pálida de mi cadera y de mi muslo recortada sobre el coche, la hierba verde y la tierra dorada del prado, estremeciéndose, viéndose sacudida por el placer. Al verlo me puse a reír, una risa loca, franca e interminable. Le devolví el aparato a mi amigo. «Tengo sed», acabé por articular enjugándome las lágrimas de tanta risa, unas lágrimas que me perlaban las comisuras de los ojos. «¿No hay algún bar abierto, a estas horas?» El coche abandonó los bulevares y empezó a girar por pequeñas calles que yo no conocía, un barrio popular a todas luces. Por fin mi amigo aparcó y me levanté del asiento, estirando mis piernas anquilosadas. «¡Vaya, pero si estoy mojada!», exclamé. Riéndose de nuevo, mi amigo me condujo hacia un bareto no lejos de allí, cuyo cristal iluminado proyectaba sobre la acera un rectángulo amarillento. Sin siquiera dirigirle la mirada al camarero ni a ninguna de las personas apoyadas en la barra, me senté en un taburete junto a mi amigo, que pidió dos gin-tonics; cuando llegaron, brindamos, saboreé un primer trago de aquel líquido claro y chispeante, fresco, casi amargo, para luego volverme hacia el largo espejo que había tras la barra. Una lámpara colgada en medio de la sala iluminaba las mesas de formica y los rostros cansados; yo era allí, ahora me daba cuenta, la única mujer. Nos acabamos el cóctel tranquilamente; de vez

en cuando, mi amigo intercambiaba algunas palabras con el barman, quien me contemplaba sin la menor curiosidad; con los brazos cruzados sobre el mostrador, yo escuchaba su cháchara en silencio, sin otro pensamiento que unos vagos recuerdos físicos de la escena en el prado, como tibias corrientes submarinas que me removían el cuerpo entumecido. Cuando volvimos a subir al coche me asaltó un súbito cansancio. Se lo dije a mi amigo: «Podemos dormir aquí unas horas», propuso él. Cuando volví a abrir los ojos, el cielo palidecía entre los edificios; las ventanas, todavía a oscuras, se recortaban sobre las fachadas como ojos pensativos vueltos hacia mí. Le di un golpecito a mi amigo en el brazo y abrió los ojos, se incorporó y arrancó sin decir ni mu. Mientras se incorporaba a la calle, observé distraídamente los coches aparcados a nuestro alrededor; se estaba haciendo de día, el color de las carrocerías se volvía reconocible, azul pato, amarillo limón, verde oliva, marrón, blanco; en sus cristales, veía desfilas el reflejo burdeos de nuestro propio automóvil. Por las avenidas empezaban a circular los primeros vehículos, camiones de la basura o camionetas de reparto, transeúntes que atravesaban los pasos de peatones, sus rasgos animados por la luz gris del alba. Mi amigo conducía con atención, disminuyendo la marcha en los cruces, arrancando sin prisas tras cada semáforo. Por fin giró hacia una amplia abertura y bajó por una rampa circular que desembocaba en un aparcamiento subterráneo, el mismo, sin duda, del que habíamos salido, aunque no podía estar segura. Aparcó marcha atrás entre otros dos coches, apagó el contacto y salió; yo hice lo mismo, colándome a través de la puerta que no se abría sino hasta la mitad y escurriéndome luego entre los dos vehículos para darle un beso en la mejilla. «Gracias, ha estado muy bien. ¿Nos vemos pronto?» — «No sé. Te llamaré.» Yo me despedí con la mano y me alejé, metiéndome las manos en los bolsillos de la chaqueta, inspirando el aire húmedo que olía un poco a sótano, un olor mortecino y terroso. Cuando llegué a la salida para peatones, empujé la puerta; más allá se extendía un pasillo, me puse a correr, primero poco a poco, luego más rápidamente, no tardé en encontrar mi ritmo. Mis deportivas golpeaban despacio el suelo liso; la penumbra no alcanzaba sino para adivinar las paredes, que parecían curvarse ligeramente, obligándome a modular la carrera para no tropezar;

respiraba con placer, los codos pegados al cuerpo, acomodando la respiración al ritmo de mi pie izquierdo. Aquí y allá, las paredes se volvían más oscuras, entonces me parecía adivinar una abertura, tal vez la entrada a un túnel lateral o, si no, simplemente una esclusa, no podría asegurarlo porque pasaba de largo sin detenerme, concentrada en la sensación de libertad de mi cuerpo en movimiento. Delante de mí, observé algo que brillaba y deceleré; era un pomo, lo accioné sin pensarlo y abrí en la pared una puerta apenas visible. Atravesado el umbral, me hallé sobre una pasarela fijada a una alta pared de ladrillos que daba a una escalera de metal. Empapada en sudor, bajé por ella a paso ligero, haciéndola resonar a lo largo de varios pisos para acabar desembocando en un gran vestíbulo gris, alumbrado a duras penas por una serie de tragaluzes negros de tan sucios. Una nube de polvo bailoteaba entre los rayos de luz que penetraban al bies; hacía un calor pesado, cargado, llevaba el chándal sudado. Del otro lado llegaron dos hombres en uniformes militares, fusiles automáticos en bandolera y gafas de sol en la frente; me saludaron amistosamente, sin detenerse. Un poco más lejos, una doble puerta daba acceso a un vestuario mugriento donde había otros hombres cambiándose, poniéndose o quitándose sus uniformes. Una manta tendida de una fina cuerda ocultaba una parte del fondo; detrás, localicé mi propia taquilla, introduje la combinación del candado y la abrí. Me desnudé en pocos movimientos, metí la ropa en la taquilla y la dejé abierta, luego entré en el cuadrado de la vetusta ducha donde abrí un chorrillo de agua fría y me froté la piel con un trozo menudo de jabón azul, duro y rasposo, que andaba por allí. Volví a vestirme, me puse el uniforme y las botas de combate, atadas bien arriba, seguidas de una chaqueta con muchos bolsillos de la cual pendían una pistola automática y un cuchillo de caza de hoja larga, luego me recogí el pelo húmedo bajo un gorro fino de lana negra. Finalmente, saqué del fondo de la taquilla mi fusil de precisión y lo extraje con cuidado de la funda. Sentada en una banqueta, lo inspeccioné minuciosamente, comprobando los mecanismos y la mira, untándolo con grasa allí donde era menester, sopesando y revisando cada cartucho antes de insertarlo en el cargador. Con el arma al hombro, me dirigí hacia la cantina. Algunos soldados que charlaban mientras comían, al verme, me increparon de forma ruidosa; yo no

respondí pero fui a sentarme aparte, sola en una mesa vacía, el fusil sobre el banco. Una mujer joven de paisano, de rasgos amarillos y marcados, el pelo escondido bajo un pañuelo de campesina, me trajo una taza de té y una escudilla humeante llena de alubias roja. Tomé la cuchara de latón que me tendía y me puse a comer sin decir una palabra. Le faltaba sal pero me dio igual, me esforcé por engullir cucharada tras cucharada, al punto que rebañé la escudilla antes de probar el té. De tan espeso como era, el calor me agobiaba, me hacía sudar de nuevo bajo el uniforme, así que me sequé la cara con la manga, impaciente por salir de allí. En otra mesa, uno de los soldados acababa de atrapar con brusquedad a la camarera y, ante las risas y las miradas divertidas de sus compañeros, trató de meterle la mano bajo la falda; la mujer gritó y se resistió hasta que se le cayó el plato de alubias que portaba; el soldado la abofeteó violentamente y la tiró al suelo encima de aquella papilla. Yo me acabé el té y salí con el fusil al hombro. Fuera también hacía mucho calor; el cielo estaba como lavado, el aire pesado y seco, el sol chisporroteando sobre los pocos cristales todavía intactos de la vieja fábrica y subrayando con sombras los impactos de bala y metralla que acribillaban la fachada de ladrillo. A pesar de la sensación de ahogo estaba contenta de haber salido. Al fondo del patio encontré un jeep y, con unas pocas palabras, le expliqué al chófer adónde debía ir. Él abandonó la fábrica por la entrada principal, esquivando agujeros de obús, farolas echadas abajo y chasis de coches chamuscados. De vez en cuando, resonaba delante de nosotros el estallido de una ráfaga o de unos disparos aislados, así como el martilleo constante de una pesada ametralladora o la detonación, más lejana, de algún mortero. A nuestro alrededor todo eran edificios medio en ruinas, algunas de cuyas ventanas todavía exhibían plásticos transparentes o ropa tendida, señales fugaces de una vida incierta. En la abertura de un garaje, una vaca mugía junto a un pequeño coche azul con el maletero abierto, destrozado por las explosiones; más allá, el chófer dejó la avenida para rodear un enorme montículo de basura, extrañamente inodoro, alrededor del cual vagaban unos perros famélicos y asalvajados que se nos echaron encima entre ladridos. No había transeúntes; la luz lechosa del cielo de verano todo lo aplastaba, despojos, ruinas, escombros, el residuo inútil de una ciudad destruida casi por

completo. En una intersección, nos cruzamos con un enorme vehículo blindado pintado de blanco, al cual el chófer le hizo una peineta riéndose con burla; luego apareció uno de los puestos de control, donde tres de los nuestros, en camuflaje morado, fumaban y escuchaban música sentados a la sombra. Más allá, el chófer giró por detrás de una serie de torres de pisos totalmente abandonadas y me llevó a los pies de la última. Salté del jeep, le di las gracias con un gesto de la cabeza y entré en el vestíbulo, atestado de trozos de hormigón y sillas destrozadas. Pasé de largo junto al ascensor abierto y me dirigí hacia las escaleras de sucias paredes ennegrecidas por el fuego. Hacía tiempo que no había luz, los paneles de distribución de los rellanos habían ardido y hasta se habían fundido, pero los innumerables agujeros que destripaban la pared del hueco de la escalera dejaban entrar la suficiente luz del día como para ver con claridad. Visité varios apartamentos, derribando en ocasiones la puerta de entrada a rabiosas patadas, hasta encontrar el que me convenía: un obús había abierto un agujero en la pared del salón lo suficientemente amplio, al nivel del suelo, del lado correcto. En cuclillas para no ser advertida a través de la ventana, bien retirada del agujero, despejé un espacio en el suelo lo bastante grande como para acostarme, luego retrocedí con precaución hasta el pasillo para inspeccionar las otras habitaciones. En el dormitorio, sobre la cama, observé una gran manta de viaje tejida con largas hierbas sobre un fondo de oro, verdes en otro tiempo pero ahora amarilleadas por el polvo, los cascotes y las inclemencias. Una explosión se había llevado la pared del fondo, dejando un boquete abierto sobre nuestras líneas. Con cuidado de no llamar la atención de mis compañeros, que habrían sido capaces de abatirme por error, sacudí aquel gran pedazo de tela alzando una nube de polvo, de polillas y de larvas, y regresé al salón para extenderla en el suelo y echarme encima. Pausadamente, dispuse el arma, desplegué el pequeño trípode en el extremo del cañón y me encajé la culata rectangular en el hueco del hombro, cerré un ojo e incliné la cabeza para ajustar la mira. A través del agujero en la base de la pared, a poco más de setecientos metros podía distinguir con precisión las posiciones enemigas, sacos de arena amontonados en balcones o en el alfeizar de las ventanas de por lo menos el tercer piso; más abajo, el ángulo de tiro que me

había autoimpuesto por seguridad no me permitía ver nada más. Lentamente, paseé los retículos de la mira por cada una de las aberturas, al acecho del menor movimiento. Pero no había nada: tendría que esperar, yo eso lo sabía. La manta de viaje verde y dorada, plegada en dos, formaba una capa confortable, estaba bien instalada y no necesitaba nada; el sudor me perlaba las axilas y la nuca e iba humedeciendo poco a poco la tela que se me pegaba al vientre y al pecho, lo cual no me molestaba, al contrario, ese trasudor me resultaba casi agradable, si una se abandonaba a él era como un baño tibio, y se olvidaba rápidamente de su cuerpo y toda su atención se concentraba en el circulito magnificado por la lente, barriendo pausadamente las posiciones visibles, inmóvil y paciente, esperando al blanco. Así permanecí un buen rato, una hora, tal vez dos, sin ver nada. De repente, del lado de la escalera resonó un chirrido y me volví de golpe, al tiempo que desenfundaba mi arma de mano y apuntaba con las dos manos hacia la puerta del salón. Una voz conocida me gritó sin que el hombre se dejase ver: «¡Ojo! Soy yo». Yo devolví el arma a su funda y rodé de nuevo boca abajo, retomando mi posición de tiro. «Agáchate, la ventana está al descubierto.» — «Lo sé, no soy imbécil», masculló el hombre viniendo a acuclillarse junto a mí. Era uno de los soldados de la fábrica, el que había estado manoseando a la camarera de la cantina y la tiró al suelo encima de las alubias. «¿Qué has venido a hacer aquí?» — «Quería ver cómo te manejas. ¿Tienes sed? Traigo agua.» — «No.» Con el ojo pegado al objetivo, ni siquiera levanté la cabeza. Él vaciló: «¿Ves algo?». — «Todavía no.» Oí un chasquido, el ruido de un mechero. De nuevo sin levantar la cabeza, le dije: «Apaga eso. Vas a conseguir que nos localicen». — «Vale, vale.» Dejó pasar un momento en silencio, luego me puso una mano en el culo: «¿No te agobias, tantas horas aquí sola? ¿Con este calor?». Yo le aparté la mano: «Déjame tranquila». La mano volvió enseguida, se deslizó entre mis nalgas, me apretó la vulva. Esta vez me incorporé un poco y lo rechacé bruscamente, haciéndole perder el equilibrio y caer sobre sus posaderas. Él se sacudió el polvo de los muslos mirándome con una sonrisa enferma: «Ok, entendido. ¿No me la puedes chupar, por lo menos? Que no haya hecho el viaje en balde». Yo lo miré con los ojos vacíos, lisos. «De acuerdo –pronuncié por fin–. Pongámonos a un lado.» Dejé allí el

fusil, retrocedí arrastrándome, me levanté en el pasillo y lo llevé al dormitorio, allí me senté en el borde de la cama destrozada. Él se puso delante de mí, de espaldas a la gran abertura de la pared, y se bajó la bragueta para extraer su verga medio enhiesta. Yo se la cogí con la mano, me saqué el cuchillo en un visto y no visto y le puse el filo de la hoja contra la piel. Él me miró fríamente, aunque con una sorda inquietud en la mirada. «No hagas tonterías. Guárdate eso.» Yo lo presioné muy ligeramente con el cuchillo: «Te advertí que me dejases tranquila. ¿Qué pasa, que tu putilla, esa esclava que tienes, no es suficiente para ti?». Presioné un poco la hoja y un chorrillo de sangre muy delgado asomó sobre la piel arrugada. Pálido, retrocedió un paso, yo me levanté y lo seguí, su verga todavía en la mano, contra la hoja del cuchillo. Él volvió a recular, casi hasta el borde del agujero. Sin dejar de mirarlo le solté el miembro y enfundé el cuchillo. Con el rostro embotado por la rabia, él se guardó su sexo a toda velocidad. Yo me volví, sintiendo sin verlos cómo sus músculos se tensaban como para saltar. Entonces le di una gran patada en medio del pecho y voló hacia atrás, atravesando sin el menor ruido la abertura soleada. De la base del edificio ascendió un ruido amortiguado y pesado que me llegó de lejos, como una breve distracción.

Acostada sobre el gran tejido de color, hacía un buen rato que había vuelto a vigilar las posiciones enemigas cuando oí un ruidoso rugir de botas que subía por las escaleras. Sin quitar el ojo de la mira, grité por encima del hombro: «¡Cuidado al entrar! Está al descubierto». Oí que una voz me interpelaba, era un joven oficial que penetró en la estancia apenas agachado para venir a arrodillarse a mi lado. «¿Qué ha sucedido?», escupió. Yo me volví sobre un codo y miré su cara rubicunda, enrojecida de cólera. «Nada en absoluto, mi teniente —respondí con calma—. Y agáchese o conseguirá que lo vean.» Él se inclinó un poco y siguió gritando algo sobre el soldado muerto. «Ha caído de este edificio. ¿Alguien lo empujó?» — «Yo no sé nada, mi teniente.» — «¿Tú no lo viste?» — «Vino a traerme agua. Luego se fue. Sólo le dije que tuviese cuidado con los tipos de ahí enfrente.» A su pesar, se incorporó y agitó los brazos. «Nadie le ha disparado. ¡No tiene en el cuerpo el menor

rastró de un tiro!» Yo me encogí de hombros y volví a agarrar mi fusil: «No sé, mi teniente». Ahora el oficial estaba escarlata, seguía desgañitándose: «¡Cómo que no sabes! ¿Dices que no viste nada?». Entonces estalló un disparo, seco y lejano, y él cayó como un tronco, de lado y con una mano agarrada al cuello. La sangre le borbollaba entre los dedos, sus ojos llenos de pánico me miraban fijamente mientras su boca se abría y se cerraba sin el menor ruido. Dos balas crepitaron contra la pared, a mi espalda, luego otra más. Me arrastré rápidamente hacia atrás, cogiendo al oficial por los tobillos y arrastrándolo a trompicones fuera de la habitación. Su mano libre golpeteando el suelo tras de sí; la otra la seguía teniendo atornillada al cuello. Lo dejé en el pasillo mientras acudían sus hombres y volví a recuperar mi arma así como la manta de viaje. Los soldados colocaron al oficial encima y lo levantaron para bajarlo. Yo me eché el fusil al hombro y los seguí, sin poder dejar de pensar en las horas de espera perdidas, analizando mentalmente los lugares donde podría ir a buscar una nueva posición. Abajo, delante del edificio, los hombres cargaron al oficial en la caja de una camioneta, junto al cuerpo destrozado de un soldado. El oficial no emitía el menor sonido, yo no sabía si seguía con vida, aunque no era algo que me importase lo más mínimo. Los soldados debatían entre ellos. Por fin decidieron ir a tomar la posición enemiga de un flanco, para tratar de matar a uno o dos. El chófer nos miró uno a uno, visiblemente ansioso por acompañarnos. «¿No puedes llevarlos, tú?», me dijo por fin. — «No sé conducir», respondí impasiblemente. Él se encogió de hombros, escupió, y se puso al volante. Ahora los hombres, a cierta distancia unos de los otros, rodeaban la base del edificio. Con la manta de viaje enrollada y echada sobre el hombro, me puse en camino en sentido contrario mientras la camioneta arrancaba y, tomando velocidad, giraba en dirección a nuestras líneas.

El sol había descendido pero igual seguía haciendo mucho calor. El cielo, pálido y turbio, tan vacío de nubes como antes. Del lado de nuestros enemigos me llegaba el ruido de disparos o de ráfagas cortas. Yo caminaba pistola en mano por los perros, buscando un camino en medio de las ruinas,

atravesando hileras de edificios abandonados, jardines invadidos por la maleza, siguiendo caminos que me tocaba adivinar bajo los escombros, pasando por sótanos, escalando paredes derribadas, atenta siempre a no quedar expuesta. Por fin llegué al edificio que buscaba y subí. En el quinto piso había un apartamento sin puerta, con muebles destrozados y parcialmente quemados; en el salón, un viejo y grueso diván, de pie contra una pared, ocultaba parcialmente un agujero de obús ante el cual, un poco más retirado, había otro sofá, seguramente blanco en sus tiempos pero ennegrecido por el fuego. Dispuse allí el trozo de tela que llevaba, doblando hacia abajo las partes todavía húmedas de la sangre del oficial, y coloqué mi arma contra el diván, luego salí en busca de los aseos. Pero la taza había estallado y acabé aliviándome en el suelo, en cuclillas sobre los escombros, luego volví al salón y me acosté sobre el sofá, el fusil en la mejilla, apuntado hacia el agujero de obús. Esperé mientras, con la mira, recorría las ventanas, las puertas y la parte de la pequeña avenida que resultaba visible desde mi posición. Pensé en el soldado muerto, en su deseo brutal y desenfrenado, en esa sed insaciable. El recuerdo del incidente, así como de su resultado, me hizo sonreír: si quería echarme una canita al aire lo haría cuando yo quisiese y sin pedirle permiso a nadie. Fue entonces cuando sentí una presencia en la estancia, ligera, silenciosa, curiosa. Me volví: un gato gris saltaba ahora sobre el sofá para frotarse ronroneando contra mi pierna. Me sorprendió verlo, pensaba que hacía tiempo que los perros salvajes habían exterminado a todos los gatos. Lo atraje entre mis dos piernas y él se acurrucó, ronroneando despacio mientras yo me fijaba de nuevo en la avenida. Esta vez, no tuve que esperar demasiado. Mi ojo libre detectó un movimiento y hacia allí dirigí la mira: en el flanco de una casa, una puerta prácticamente escondida se abría con precaución. Apareció una mujer, rubia como yo pero con el pelo largo recogido en un moño apresurado y mal hecho, miró tímidamente a su alrededor, retrocedió y volvió a aparecer llevando de la mano a un niño, la cara afilada e inteligente, rubio él también. Les permití que diesen unos pasos a fin de que quedasen totalmente al descubierto y abatí a la mujer de un balazo en la unión del cuello y la mandíbula. Salió volando de espaldas, su mano arrancada de la del niño, y se hundió en el suelo retorciéndose, su cara

en un charco. El chico palideció, se echó sobre ella y trató de arrastrarla, su pequeño rostro totalmente deformado. Pero pesaba demasiado, ni siquiera logró girarla, entonces empezó a tirar de ella en todos los sentidos, gritando palabras que yo no podía oír, la cara cubierta de llantos. Vacilé un instante, luego desplacé ligeramente el cañón del fusil para dar un segundo tiro a unos pasos de distancia. La bala estalló sobre el asfalto y él salió pitando como un conejillo, dejando tras de sí el cuerpo de la mujer, abandonada en medio de la calzada. Los disparos habían sobresaltado al gato, que ahora esperaba junto a la puerta, inquieto, el pelo un tanto erizado. Dejé allí la manta de viaje verde y oro, me puse el fusil al hombro y abandoné el edificio. El camino de la vuelta me llevó mucho tiempo, la noche empezaba a caer cuando llegué a nuestro primer puesto de control, dejando nada más que una línea anaranjada y azul ultramar a lo largo del horizonte, muy fina y como aplastada bajo el cielo ya negro. Un camión de abastecimiento me devolvió a la fábrica. Me sentía inerte, apagada, una cáscara animada buena para cumplir ciertas tareas sin pensarlo y sin quejarse, como la camarera de la cantina; a mi llegada, el saludo de los otros soldados me llegaba en un gorgoteo informe, como si los oyera desde el fondo del agua. Automáticamente, pasé a rendir cuentas ante mi superior; él meneó la cabeza, garabateó una nota en un registro y me informó a su vez de que en el asalto lanzado por nuestros hombres, después de que yo me separase de ellos, habían matado por lo menos a un combatiente enemigo, pero les había costado la vida a dos de los nuestros, un pobre resultado. «Deberías haberlos apoyado –soltó por fin–, en lugar de perder el tiempo cazando conejos.» Yo no respondí nada, saludé y me fui. En el vestuario, planté de nuevo mi cuerpo bajo la ducha magra y fría, luego me puse la ropa de deporte. Una fatiga gris me lastraba, deseaba ir a acostarme pero en los dormitorios estaba segura de que iban a molestarme, tenía que encontrar otro lugar. Con las manos metidas en los bolsillos del chándal tomé el pasillo trasero, subí y me metí por un pasadizo poco frecuentado. Al fondo había una pesada puerta de metal: tiré de ella, atravesé el umbral y me puse a correr, un footing constante y natural con zancadas flexibles y respiración regular, sin vacilaciones. Aquí estaba más bien oscuro, no veía luz alguna ni tampoco el techo, me resultaba difícil determinar si corría por un pasillo

cerrado o bien abierto al aire libre, pero eso me importaba poco, en el fondo, me sentía repentinamente tranquila y serena, casi alegre, de vez en cuando abría los brazos como un niño que juega al avión, mis manos tocaban así la superficie lisa de las paredes y me ayudaban a orientar la carrera, porque el corredor no era recto, parecía ondularse y la oscuridad no me permitía situar las paredes con precisión, lo cual podría haberme hecho chocar con una. A veces, también es cierto, mi mano no encontraba más que el vacío, penetrando en un espacio todavía más oscuro, puede que la boca de un nuevo pasaje, o acaso sólo una especie de escondrijo, un nicho para descansar, quién sabe, pero yo no me detenía, mantenía mi carrera a paso regular hasta que por fin desemboqué en el vestuario, limpio y bien iluminado, allí me cambié rápidamente, poniéndome un gorro de goma sobre los cortos mechones rubios y quitándome la camiseta por encima del vientre y de los senos, ante mí batían las dobles puertas, las empujé sin disminuir la marcha, pisé un charco de agua y di un vívido golpe de riñones para conservar el equilibrio, de pronto confundida por el eco cavernoso de los gritos, las risas y los ruidos de agua que llenaban el espacio. Los espejos que cubrían las paredes me devolvían imágenes entremezcladas de cuerpos y movimientos, me resultaba imposible determinar qué brazos, qué nuca o qué hombros me pertenecían y cuáles pertenecían a alguien más, titubeé, di aún otro paso, y entonces mis músculos recobraron su alineación y mi cuerpo se tensó, recto y fino, alargué una pierna y luego la otra, tomé impulso, mi espalda se contrajo y me zambullí, los brazos delante de la cabeza, lanzando en un estruendo de burbujas la masa de mi cuerpo a través de la superficie límpida y brillante.

V

Completé mis largos contándolos con cuidado, moviendo los pies como me habían enseñado y lanzando mis brazos hacia delante tres veces seguidas antes de levantar la cabeza de lado para tragar una bocanada de aire; en cada extremo, me dejaba ir sobre la espalda, agotado y feliz, para obligarme a continuación a salir en el otro sentido. Por fin, entornando los ojos enrojecidos por el agua clorada que se me había metido dentro de las gafas, agoté los últimos metros con una sensación de triunfo. Jadeando, me quedé unos instantes agarrado al borde, luego intenté subir; pero mis músculos estaban demasiado cansados y di unas pocas brazadas de lado para alcanzar la escalera, donde saqué fuera del agua mi cuerpo chorreante. Desorientado por el ruido y la luz, me quité el gorro y las gafas, me froté los ojos doloridos, luego me miré los dedos, arrugados y blanquecinos después de tanto tiempo bajo el agua. La gente corría y gritaba a mi alrededor, adultos, adolescentes, niños, sus cuerpos morenos o blancos reflejados en los grandes espejos que había por todos lados de la piscina; molesto por un mechón en la frente que no lograba arreglarme, busqué con la mirada mi propio reflejo, pero un señor mayor que corría para tirarse al agua me cortó el paso y a punto estuvo de hacerme resbalar en un charco de agua y caer al suelo. Conseguí mantener el equilibrio por los pelos, me alejé de los espejos, me colé entre un grupo de chavales sobreexcitados, atravesé las puertas batientes y llegué al vestuario. Ya seco, bien calentito en mi chándal gris, tan agradable a la piel, volví hacia el pasillo y me puse a correr, no a toda velocidad sino a zancadas cortas, reservando mis fuerzas. Mis hermosas deportivas blancas golpeaban el suelo con regocijo, respiraba con facilidad, satisfecho del agradable olor a piedra y

a limpieza, guiándome casi al azar gracias a la vaga luz que permitía adivinar las paredes grises o beige o en cualquier caso oscuras y de vez en cuando otras zonas más oscuras, quién sabe si entradas a túneles misteriosos o acaso sólo agujeros grandes, tanto me daba y no iba a comprobarlo, todo eso me divertía mucho, pero al mismo tiempo me daba un poco de miedo, así que me puse a canturrear para mantener la calma. Era una hermosa canción y me dejé guiar por ella, cuando la tonada iba más despacio también yo disminuía la marcha, cuando iba más rápido, aceleraba; cuando dudaba sobre qué dirección tomar, porque el pasillo no era recto sino más bien parecía girar, y no siempre en la misma dirección, más bien hacía eses, yo seguía mi cancioncita para orientarme mal que bien. Al final de una estrofa, hice un alto: justo delante de mi mano había un objeto, un pomo de metal, lo presioné y se abrió una puerta; no vacilé en cruzarla. Mis deportivas se hundieron en la hermosa hierba brillante, era un gran jardín, familiar y tranquilo, lleno de todo tipo de plantas cuyos nombres me habían repetido a menudo y que yo nunca me aprendía, arbustos llenos de flores malva y rojas y luego plantas trepadoras, tupidas, que cubrían la fachada de la casa, alta como la torre de una fortaleza. Hacía mucho calor y me froté la cara con la manga, extendiendo el sudor. Aquí y allá, entre las briznas de hierba, crecían dientes de león, sus cabezas cabelludas como una bola de algodón; recogí uno y soplé, dispersando los penachos en el aire hasta que la cabeza quedó desnuda, entonces pedí un deseo, un deseo tan secreto que no podía contárselo a nadie, ni siquiera a mí mismo. Luego miré de nuevo a mi alrededor. A un lado de la casa, escondidas detrás de la esquina, brillaban las aguas de una piscina, azules y frescas al sol; a su alrededor había un borde de piedra, la superficie reflejaba como un espejo las nubecitas blancas, perfectamente dibujadas, perdidas en el cielo; al fondo, las largas ramas de una gruesa palmera proyectaban sombras sobre la superficie. Me acerqué lentamente, luego fui a esconderme detrás de un matorral: sobre la piedra del borde había acostada una mujer de pelo negro y muy corto, totalmente desnuda, echada boca abajo, su piel bronceada todavía mojada y brillante. Me hundí en el matorral, desalojando de allí a un gato gris que se escabulló por el césped, y espíe a través de las hojas, asombrado por el espectáculo de aquellas nalgas vueltas

hacia mí. Las encontraba muy hermosas, lo mismo que la curva de la espalda larga y morena, pero al mismo tiempo me turbaban, sentí con curiosidad un picor en la pilila, que de pronto hacía fuerza contra el tejido de mis calzoncillos, no resultaba muy confortable y allí me quedé, indeciso, dudando entre las ganas de tratar de colocarme justo detrás de la mujer y esperar a que abriese las piernas para ver lo que allí escondía, y las de correr tras del gato para ir a jugar a otra cosa. Esperé un poco pero la mujer no se movió, parecía estar durmiendo, también las nubes empezaron a molestarme, fue así como salí del matorral bramando con todas mis fuerzas y luego galopé hacia la casa sin mirar atrás, tapándome las orejas para no oír a la mujer. Ya en el umbral, la agradable frescura del pasillo me envolvió; pasé de largo junto a la escalera que subía y me dirigí hacia el cuarto del fondo. Mis soldados de plomo, con sus carabinas y sus lanzas, estaban todos esparcidos por la alfombra y me acuclillé a reordenarlos, alineándolos con cuidado para matarlos luego, uno tras otro, entre explosiones y ráfagas de ametralladoras que diezmaron la heroica carga antes de que lograrse su objetivo. Cuando todos ellos hubieron muerto los levanté y volví a colocarlos, esta vez en círculo, todas sus lanzas apuntando en la misma dirección, hacia el centro de la formación. El gato gris salió de mi cama, arqueó el espinazo, luego se sentó para lamerse la pata contemplándome perezosamente. Fui a por mi cámara, abrí la pantalla y apreté el botón rojo para filmar al animal, que continuaba a los suyos, ajeno a todo. Corté al cabo de breves instantes y contemplé los juguetes repartidos por toda la habitación, en el suelo u ordenados sobre las estanterías; al final di con mi varita de brujo y, mientras volvía a filmar con una mano, extendí mi brazo libre para golpetear con la varita en medio del círculo de los soldados. El gato dejó de lamer su pata y se puso a seguir los movimientos de la varita con sus ojos dorados. Traté torpemente de hacer un zoom sobre su hocico, pero controlar al mismo tiempo la varita y el aparato resultaba complicado, volví a abrir el plano y froté la alfombra con la varita, esperando atraer al gato. Con los ojos fijos en su punta, se encogió, toqueteó con las patas el suelo de delante, el trasero alzado y la cola tiesa, y luego por fin saltó, derribando a algunos soldados. Sin dejar de mirar a la pantalla de la cámara que sostenía mal que bien, moví la varita en círculos, obligando al gato a dar

unos brincos que le hacían retorcer todo su cuerpo, agitando en vano las patas y derribando uno tras otro los soldados de plomo. Al final perdió interés por ese juego estúpido y se alejó sacudiendo la cola, como con desprecio; cerré la pantalla de la cámara y fui a dejarla sobre su anaquel. Justo encima, pegadas a la pared entre grandes carteles de películas, había algunas fotos enmarcadas en color donde aparecía yo con una mujer guapa, rubia como yo. No sé por qué, pero tras ver esas fotos sentí que me agrietaba como un cristal, mi imagen en brazos de la mujer parecía demasiado dichosa y me daba una envidiaba terrible. Volví a coger la cámara y me puse a filmar las fotos, paseando el encuadre por ellas una tras otra, haciendo zoom sobre los rostros, esta vez con más cuidado, el del chico, que estaba radiante, y el otro, cercado por unos mechones impetuosos que se le escapaban del moño e iluminado por una hermosa sonrisa ufana y unos ojos verdes y chispeantes de felicidad, el de la madre.

Una voz fuerte que venía de la puerta me sobresaltó y me arruinó el final del plano. Consternado, apagué la cámara y me volví. Había allí un gran hombre rubio con el torso desnudo y dando palmaditas: «¡Venga, venga, ya está bien de jugar! Hora de ducharse». Miré su pecho musculoso: los pelos finísimos que se rizaban alrededor de los pezones y los que ascendían en punta desde la cintura hasta el ombligo me impresionaron mucho, estuve tentado de filmar también eso. Pero cambié de opinión, dejé la cámara y me quité el chándal rápidamente bajo la mirada impasible del hombre, escondiéndome la pilila con una mano. El hombre me siguió hasta el cuarto de baño y miró cómo me sentaba en la taza para hacer caca. «Cuando termines, te pones el pijama y subes, ¿de acuerdo?» Molesto por su presencia, meneé la cabeza; para mi descanso, cerró la puerta y desapareció. Cuando hube acabado de limpiarme tiré de la cadena, luego dejé correr el agua, jugando con los grifos hasta ajustar la temperatura exacta, y finalmente me sumergí bajo la plácida ducha caliente, agitando el teléfono para echarme agua sobre los hombros, el cuello y el vientre. Cuando el chorro pasó sobre mi pilila, la sensación me pareció agradable y lo dejé ahí; enseguida se puso muy dura, el agua le hacía unas

maravillosas cosquillas que se difundían en todas direcciones. Por fin sentí una conmoción, como una descarga eléctrica. Tenía un poco de frío y volví a dirigir el chorro contra mis hombros para entrar en calor. Luego me enjaboné concienzudamente, sin olvidar el trasero y debajo de los brazos, como tocaba, me enjuagué, cerré el agua, salí y me envolví en una toalla. Corrí así hasta mi cuarto, esperé un instante dando saltitos sobre la alfombra, luego abandoné la toalla y me puse el pijama, que se me pegó a la piel todavía húmeda. La voz del hombre resonó en la escalera: «¿Vienes? Casi está listo». Miré a mi alrededor buscando al gato, pero ya no estaba allí. Me puse las pantuflas y subí. En el rellano, me paré un instante a examinar la gran foto enmarcada que había allí colgada: mostraba a la mujer del pelo corto, una vez más totalmente desnuda, de pie en un lago poco profundo, el rostro vuelto pero sus pelos y sus senos muy visibles. Aquella foto me atraía, no sé por qué, aunque al mismo tiempo me hacía sentir incómodo, la contemplé otro ratito y luego seguí subiendo. Arriba, el hombre estaba limpiando la mesa: «Ah, ¿ya estás aquí? De hecho, todavía hay para otros diez minutos. Ve a mirar la tele». Cogió el mando a distancia, que estaba sobre el borde de la chimenea, encendió la televisión y continuó a lo suyo. Yo fui a sentarme en el diván y me concentré en la pantalla. Primero había una selva, muy verde; luego se veía a gente, unos blancos vestidos como exploradores que salían corriendo, se metían en unos jeeps y se largaban a toda prisa. La cámara enfocó el suelo de la selva: todo estaba cubierto de una enorme alfombra que bullía de hormigas rojas. Avanzaban en masa, rodeando los árboles y cubriendo lianas y plantas, devorando a toda bestezuela que atrapaban y que se resistía en vano hasta acabar sucumbiendo. Semejante espectáculo me dio asco, así que bajé los ojos: mi mirada fue a dar con la mesa baja entre el diván y la televisión, allí había un libro muy grueso, con una mujer japonesa casi desnuda en la tapa, y dentro, yo eso lo sabía, estaba lleno de fotos de mujeres también desnudas que abrían las piernas o bien hacían cosas raras con hombres y también con cuerdas y juguetes de plástico y hasta con comida, la idea me daba todavía más asco que las hormigas, así que levanté la mirada de nuevo, buscando la tele. Delante de una especie de granja enorme, los exploradores blancos, rodeados de pronto por negros silenciosos, discutían de

forma vívida. Luego se veía a un montón de negros cavando una larga zanja a toda prisa, obligados por los blancos que no dejaban de gritarles órdenes, luego conectaban la zanja con un río y se llenaba de agua. En cuanto a las hormigas, seguían avanzando y cubriéndolo todo, atrapaban vacas, las hacían caer metiéndose por sus bocas y sus ollares, y luego se las comían enteritas, no dejando tras de sí más que un esqueleto blanquísimo y muy limpio, horrible. La cámara mostró a las hormigas, luego la zanja llena de agua, luego a las hormigas otra vez, la zanja debía bastar para detenerlas, los blancos, encaramados en una colina, observaban todo aquello con prismáticos, luego a través de los prismáticos se veía a una mujer negra que corría delante de las hormigas con su bebé a la espalda, los blancos gritaban pero no se movían, la mujer negra, babeando y con los ojos en blanco, abandonaba a su bebé y las hormigas lo cubrían enseguida, luego atrapaban a la mujer, que caía al suelo y también la devoraban. Yo estaba muerto de miedo, pero era como prisionero de la tele y no podía dejar de mirar. Los blancos terminaron la zanja, su última esperanza. Cuando llegó a su borde, la horrible masa de hormigas asesinas vaciló: luego se las vio cortando hojas con sus mandíbulas, empujándolas hasta el agua y cruzando al otro lado en grupos pequeños sobre sus balsas improvisadas, para reunirse en el otro lado. Al ver todo aquello, los blancos supieron que estaban perdidos, gritaron de miedo y yo tuve ganas de llorar por ellos, pero me daba vergüenza y me retuve. Aterrorizado, busqué con la mirada al hombre, esperando que viniese a apagarla, pero ahora estaba en la cocina, riendo y charlando con la joven de pelo negro sin prestarme la menor atención. En la pantalla, la marea de hormigas seguía avanzando, espantosa, implacable.

Durante la cena, ambos siguieron charlando y riendo y bebiendo vino blanco; cuando uno de ellos me dirigía la palabra, era sólo para decirme que comiese más correctamente o que me limpiase con la servilleta y no con la manga. De vez en cuando, el hombre pasaba su mano sobre los cabellos cortos y la nuca de la mujer, o bien la deslizaba bajo la mesa: yo sospechaba que era para acariciarle el muslo, que estaba desnudo bajo su falda cortísima, me había

fijado al llegar a la mesa. Su blusa era muy fina y casi transparente, no llevaba sujetador y se le marcaban los senos bajo la tela, yo veía perfectamente las puntas, que no dejaban de moverse. Hablaban de cosas que yo no entendía, una historia de electricidad, algo relacionado con la vecina, el hombre se ponía nervioso y la mujer trataba de calmarlo acariciándole los pelos del antebrazo. Me ensañé con una pinza de cigala, que intenté quebrantar con los dientes para chupar su interior, sin éxito; el hombre bebía vino, ahora hablaba de trabajo y su mano desapareció bajo la mesa. Yo hice que me cayese una pinza a propósito, luego me agaché bajo mi silla para recogerla: el hombre retiró la mano enseguida, rápidamente pero no lo bastante, a pesar de todo me había dado tiempo de ver cómo hurgaba entre los muslos bronceados de la joven. Ella tenía los pies rectos y las rodillas abiertas, yo me agaché un poco más para intentar ver bajo su falda, pero no vi más que un trozo blanco de tela, la sombra de sus bragas. «¿Qué estás haciendo?», renegó la voz del hombre. Yo recogí rápidamente la pinza y me levanté blandiéndola. «Venga, no te entretengas. Es hora de ir a dormir.» Acabé de pelar la cola de una última cigala y me la tragué, luego me limpié los dedos en los pantalones, cogí mi plato y mis cubiertos y corrí a llevarlos a la cocina. Cuando volví, la joven trajinaba en el equipo de música, del que salió una música que al hombre le gustaba mucho, unos hombres y mujeres que contaban una historia cantando con una gran orquesta, él lo llamaba Mozart. «¿Te vas a la cama?», me dijo el hombre sin dejar de mirar a la joven, que se había sentado en el diván y se encendía un cigarrillo mientras hojeaba el libro de fotos que había allí. — «¿Y el postre?» — «Pues una manzana. Pero rápido, que ya es tarde.» — «¿Me la pelas?» El hombre cogió un cuchillo, cortó una manzana roja en cuatro y empezó a pelar los cuartos y a dármelos uno tras otro. Yo me los comí mirando por el gran ventanal: a lo lejos se ponía el sol, eso hacía una luz anaranjada y dorada que coloreaba las nubes y los árboles y los matorrales del jardín, era muy hermoso pero el hombre me metió prisas y no me dejó verlo bien. Soñé con las hormigas, imaginando con espanto que de repente invadían el jardín: petrificado, en mi cabeza las veía devorando al gato, luego a la joven de pelo negro, que gritaba mucho, y por fin al hombre; yo, por mi parte, me quedaba en medio de la

piscina, el único lugar más o menos seguro. Cuando mucho más tarde desperté, todo estaba negro. Tiritaba de frío y me sentía completamente confundido. Las sábanas y la almohada estaban mojadas, era muy desagradable, traté de acurrucarme para sentirme mejor, pero algo me pesaba encima de la manta, algo caliente y blando. ¿Dónde estaba? El hombre, eso sí lo recordaba, me había acostado, había remetido la manta bajo el colchón y me había colocado al lado, junto a la cabeza, mi osito de peluche rosa con los ojos de vidrio azul; luego se había ido, dejando la puerta entreabierta y la luz del pasillo encendida, eso creaba un triángulo blanco en la habitación al que yo había estado mirando hasta dormirme, porque es que así podría ver llegar al hombre cuando viniese a despertarme, vestido a esas horas, yo eso lo sabía, con un abrigo cerrado por un cinturón, un sombrero de fieltro y unas gafas oscuras a pesar de ser de noche. El miedo a ese hombre competía con el miedo todavía mayor que me infundían las hormigas rojas, que habían acabado por invadir mi sueño, ahogándolo en un infame hormigueo. Pero lo que me despertó fue otra cosa completamente distinta. Tímidamente, alargué el brazo: aquella masa ardiente encima de mí era el gato, que en cuanto le acaricié la cabeza empezó a ronronear. El sonido suave y regular resonaba muy cerca de mi oreja, mucho, pero no cubría por completo otro ruido, lejano, insistente, un ruido que tal vez también se hubiese entrometido en mi sueño. Por fin comprendí de qué se trataba y el corazón empezó a latirme a toda velocidad, presa de un terrible canguelo: eran los gemidos de una mujer, largos y constantes y entrecortados de gritos. ¿Cómo interpretar esos sonidos? ¿Estaba el hombre haciéndole daño a la mujer de pelo negro? No me pareció probable, pero no le veía otra explicación a la cosa. Alargué el cuello y miré la puerta: el triángulo de luz seguía brillando, el hombre del abrigo no había venido. Reuní todo mi valor, salí de las sábanas mojadas con el osito de peluche en brazos y mucho cuidado de no molestar al gato. Cada vez me temblaba más todo, me moría de frío y tenía que apretar la mandíbula para que los dientes no me castañeteasen, al tiempo que me sentía atravesado por espasmos de calor; tenía el pijama tan mojado como las sábanas, se me pegaba a la piel como la túnica fatal de la que hablaba uno de mis libros, la que había empujado al héroe Hércules a arrojarle al fuego. Pero si iba a

acabar como él, entonces también tenía que imitar su valentía. Salí al pasillo parpadeando y me metí en la escalera en caracol, haciendo una pausa en cada peldaño para escuchar aquellos gemidos, que no cesaban. ¿Qué llevaba a la joven a dar semejantes gritos? ¿Qué podía estar haciéndole el hombre? La sangre latía en mis sienes, tiritaba de frío y de miedo, pero no dejé de subir, irresistiblemente atraído por mi temor por la joven y mi deseo de comprender lo que estaba pasando. Bajo mis pies desnudos, las baldosas de los peldaños estaban heladas; en el salón eché una ojeada al reloj, iluminado por la luna; la aguja pequeña apuntaba a la letra V, que tal como me habían enseñado, para los romanos era la cifra 5: cinco horas, eran las cinco de la mañana y alguien gritaba en la casa. Resonaba por todas partes, a veces se convertía en un jadeo rápido para luego empezar de nuevo, no entendía nada. Muerto de miedo, me esforcé por subir al piso siguiente. La puerta del cuarto estaba entreabierta y la empujé tan despacio como pude. Delante de mí, sobre la cama, se movían las nalgas desnudas y blanquísimas del hombre y, debajo, las de la joven, un poco más oscuras, y entre unas y otras, se apreciaba con claridad una gran masa rojiza, fofa, en movimiento. Los dos arrodillados sobre una sábana decorada con largas hierbas verdes; bajo la luz de la luna, que penetraba verduzca por la ventana cubierta de plantas trepadoras, era como si estuviesen acostados desnudos en un campo. Atónito, la mano agarrada al pomo de la puerta, no me atreví a mover un músculo; los latidos de mi corazón, que eran en mis oídos como un tambor, casi tapaban los grititos que iba dando la mujer a cada golpe de nalgas del hombre. De repente me di cuenta de que este último tenía la cabeza vuelta y me estaba mirando. Sin decir ni mu, di un portazo y salí pitando escaleras abajo, tan rápido como podían llevarme mis piernas, hasta llegar a la habitación, donde salté a la cama desalojando al gato y me enterré bajo las sábanas, mi osito de peluche bien abrazado, la manta echada sobre la cabeza con la esperanza de esconderme de todo. Me quedé allí temblequeando, el oído alerta, al acecho. Los gemidos se prolongaron un poco pero con menos fuerza, luego por fin pararon del todo. Yo seguía sin moverme; el gato había desaparecido, me sentía solo y tenía mucho miedo. Un poco más tarde oí pasos en la escalera, los pasos pesados del hombre. Me quedé acurrucado bajo la manta, de

espaldas a la puerta, hasta que él llegó, se sentó en el borde de la cama y tiró de la manta para destaparme la cabeza. Su mano acarició mis cabellos, mi frente. «Pobrecito –dijo su voz tras de mí–, estás tiritando de fiebre. ¿Por eso es por lo que has subido?» Yo no respondí nada y él siguió con sus caricias. Su voz vaciló: «¿Sabes? Antes de entrar en una habitación hay que llamar a la puerta...». Yo abracé a mi osito todavía con más fuerza y grité: «¡La puerta estaba abierta!». Él no dijo nada, se contentó con despegarme el pelo mojado de la frente y acariciarme la cabeza. Por fin se levantó y salió. Cuando otra vez me desperté, una luz pálida iluminaba toda la habitación. Las sábanas mojadas estaban heladas, yo seguía teniendo mucho frío, pero ya no temblaba. Me levanté y me cambié rápidamente, me puse el chándal y las deportivas. En el exterior, los pájaros lanzaban largos trinos; arriba, todo estaba en silencio. Con cuidado de no pisar los soldados de plomo, me dirigí hacia la puerta. Me volví, miré un instante las fotos de la hermosa mujer rubia con su niño, apenas visibles en el gris de la mañana, y salí de allí. Fuera, en el jardín, todo estaba tranquilo, una pequeña brisa agitaba las hojas de los árboles y las plantas trepadoras, donde se escondían unos pájaros que yo adivinaba por sus movimientos abruptos y el hermoso canto. Ya empezaba a hacer calor y eso reconfortó mi cuerpo transido que, poco a poco, se fue relajando. Al gato no lo veía por ninguna parte, aunque tampoco lo buscaba demasiado; sin siquiera pensarlo, atravesé el césped y abrí la puerta del fondo. Tan pronto como me hallé en el pasillo me puse a correr, de pronto asaltado por un súbito entusiasmo. La frescura inesperada, una bendición después del trasudor del jardín, no me molestaba lo más mínimo, mi cuerpo estaba ahora bien recalentado y, gracias a la carrera, hasta empezaba a sudar, la tela lisa de los pantalones y de la camiseta se me pegaba a la piel, una sensación muy agradable. Aquí no estaba ni oscuro ni claro, más o menos podía adivinar las paredes y hasta algunas partes más oscuras donde yo imaginaba una especie de grutas o acaso la boca de otras galerías perpendiculares, en cuanto a la parte de arriba, por más que mirase no veía ninguna lámpara, de hecho ni siquiera podía ver el techo, era curioso, además las paredes se movían, se acercaban y luego se alejaban, como si el pasillo describiese curvas, eso me divertía mucho y me puse a hacer zigzag mientras

canturreaba, girando precipitadamente antes de chocar contra una pared, luego rozando la otra, hasta que por fin me pisé uno de los cordones que se me había soltado. Risueño, sudado, sofocado, interrumpí la carrera para arrodillarme y volver a atármelo; al levantar la cabeza, vi que tenía un pomo ante las narices: sin dudar, alargué la mano y presioné, una puerta se abrió en la pared y me levanté para atravesarla. En seguida me asaltó un calor sofocante. El lugar estaba muy oscuro, mucho más oscuro que el pasillo, parpadeé tratando de ver algo. Poco a poco distinguí algunas formas, pilares y vigas posiblemente, un techo en pendiente y muy bajo; por todas partes entraban rayos de luz, muy finos, llenos de un polvo danzarín, el espacio estaba lleno de polvo y tosí, frunciendo los ojos para ver mejor: por fin entendí que en el techo había unas aberturas, ventanas o las tragaluces, pero cerradas con postigos, como si fuese una buhardilla, eso es, debía de hallarme en una buhardilla. La estancia estaba atiborrada de objetos, marcos de metal de los que colgaban vestidos y abrigos, pilas de cajones, cajas de cartón medio destripadas hasta los topes de libros, de juguetes. El suelo, en la parte central, estaba cubierto por una vieja alfombra dorada y bordada con largas hierbas verdes. De repente hubo un movimiento: tras una de las aberturas cerradas había alguien a quien aún no lograba ver. Me acerqué y comprobé que se trataba de una niña sentada en el suelo con las piernas abiertas jugando silenciosamente con una muñeca. Ahora la distinguía mejor, llevaba un vestido corto a flores y el pelo negro cortado como si fuera un chico, con un flequillo sobre la frente. También ella me había visto y alzó hacia mí unos ojos hermosos y tranquilos: «¿Quieres jugar conmigo?». — «De acuerdo. Pero no me gustan las muñecas.» — «No pasa nada. Si prefieres, ahí hay soldados. Podemos hacer la guerra.» Yo me agaché junto a ella y me puse a ordenar los soldados con sus obuses y sus carros, apuntando los cañones hacia la muñeca que ella tenía levantada delante como un terrible gigante hembra. Luego, tocando la corneta con aire marcial y las mejillas hinchadas, hizo avanzar la muñeca, que empezó a derribar soldados y atropellar carros, mientras yo hacía que otros reculaban para ametrallarla frenéticamente, un diluvio de fuego que animé con sonidos de tiros, silbidos y cascadas de explosiones. También la chica entrecortaba su pequeña fanfarria con rugidos

sordos e insultos contra los soldados: «¡No me atraparéis jamás, malditos!». La muñeca destruyó casi todo mi ejército; pero al final, vencida por mi superior potencia de fuego, mordió el polvo y, con la onda expansiva que provocó en su caída, derribó a los últimos soldados que seguían en pie. Después jugamos a coches, lanzándolos con todas nuestras fuerzas los unos contra los otros, lo cual provocaba accidentes y colisiones en serie que cada vez nos daban más risa. Uno de los coches que no dio en el blanco me pegó en la rodilla; ofendido, le solté a ella un puñetazo en la pierna; «Eso no se vale», gritó, y me atizó en el brazo. Yo me arrojé encima de ella para tratar de tirarla al suelo, pero era tan fuerte como yo, nos empujábamos haciendo muecas, al final le puse la zancadilla y se desplomó, luego le salté encima. Pero me rechazó con un golpe traidor y se puso a horcajadas sobre mí, golpeándome la espalda y retorciéndome un brazo. Y así rodábamos tan contentos en medio de aquel polvo, nos cogíamos y nos dábamos golpecitos, a veces ganaba yo, otras veces ella. Por fin, sofocados, hicimos las paces, jurando con los dedos cruzados a la espalda que no volveríamos a pegarnos. Por lo que podíamos ver en aquella especie de luz rara que daban los rayos de luz, teníamos la ropa muy sucia, el polvo se nos pegaba a los brazos y a la cara empapada en sudor, el pelo de mi nueva amiga estaba totalmente deshecho y mugriento, ella trató de peinárselo con los dedos haciendo un mohín. «Ven –dijo por fin–. Vamos a tomar el baño.»

Teníamos tanto calor que nos desvestimos allí mismo, dejando la ropa en un montón sobre la vieja alfombra verde y oro. La niña abrió una trampa y luego la dejó caer al suelo con estruendo, entre una nube de polvo. Completamente desnudos, bajamos la escalera; la seguí corriendo a través de una galería llena de viejos retratos hasta un cuarto de baño donde dejó correr el agua en la bañera, haciendo malabarismos con los grifos para ajustar la temperatura. Sobre un estante había unos jabones, botes de champú, cremas, cogí una caja de polvo y la vertí entera en el baño para hacer espuma. Sentada en el orinal, la niña hacía caca, yo también tenía muchas ganas de hacer pipí y daba saltitos tocándome la pilila, gritándole para que se diese prisa; pero ella se

tomó su tiempo y tuve que tirarle del pelo, a lo que respondió con una bofetada. Desconcertado, esperé mi turno mientras ella se limpiaba. Me di cuenta de que desprendía un olor bastante fuerte, un poco como hierbas salvajes mezcladas con almendra, olor a perfume, olor a mujer adulta; la mezcla de aromas, algo entre la caca, el perfume y el cuerpo de una mujer, me traía recuerdos lejanos, vagos pero insistentes. Cuando por fin me cedió el sitio, levanté la tapa y retrocedí tres pasos para mear en un largo arco semicircular tratando de apuntar lo mejor posible; por supuesto, se salió por todas partes, pero eso la hizo reír y aplaudió con todas sus fuerzas mientras me miraba acabar. Ella saltó al baño y yo también me metí; la espuma, espesa, llegaba hasta el borde, yo agité el agua para traer más hacia mi parte, luego le lancé copos a puñados. Ella replicó y, muy pronto, nos estábamos tirando trombas de agua, lo cual salpicó las paredes y el suelo y lo dejó todo mojado, la alfombra de baño y la mayor parte de las toallas, la mitad de las botellas de productos cayó al suelo, gritamos, golpeamos la superficie del agua con la palma de las manos para hacer más ruido, nos reímos como locos. Un gatito gris, sin duda atraído por nuestros gritos, había pasado su cabeza por la puerta entreabierta e, inquieto, presto a saltar, nos miraba fijamente con sus ojos amarillos; con un gesto brusco, le lancé un chorro de agua a la cabeza y él desapareció sin dejar rastro mientras la niña no paraba de reír. Por fin nos calmamos y se puso a lavarse el pelo; yo hacía navegar una jabonera de madera entre los montones de espuma que quedaba, como un paquebote esquivando icebergs, un Titanic que al final chocó con uno de ellos y se hundió, llevándose consigo hacia el fondo a todos sus pasajeros. «Tengo hambre», declaré mientras el paquebote hundido subía a la superficie por sí mismo. — «Yo también», respondió ella, y se tapó la nariz con los dedos para sumergir la cabeza bajo el agua. Sus cabellos negros flotaban en la superficie como pequeñas algas muy cortas, yo le ayudé a enjuagárselos empujándola hacia el fondo, ella me dio una patada y volvió a sacar la cara entre toses y gritos: «¿Estás loco o qué?». — «Sólo quería ayudarte», dije tristemente. Salió de la bañera chorreando, el agua fluía de su cuerpo sobre las baldosas blancas mientras buscaba entre las toallas allí colgadas tratando de dar con una que no estuviese demasiado mojada. Con mucho cuidado,

como una niña bien educada, se la anudó en la cabeza, formando una especie de turbante con todo su pelo mojado enrollado dentro. Yo cerré los ojos y me sumergí bajo el agua, estirado a lo largo, dejando que las burbujas de aire fuesen escapando una a una de mis labios, como un pez en un dibujo animado. Al salir vi que la muchacha se había puesto un escueto batín azul cielo con unos gatos cosidos y me ofrecía otro, de color rosa con conejos. «¡Ah, no! –protesté, todavía de pie en la bañera–, el rosa es de chicas.» — «Es el único que queda», dijo con un aire malicioso. — «Pues dame el azul.» — «No, el azul es mío.» Yo me crucé de brazos y bajé la cabeza: «El rosa no me lo voy a poner». Ella agitó el batín: «Venga, mariquita, que no va a verte nadie». Empezaba a tener un poco de frío y vacilé: «¿No se lo dirás a nadie?». — «A nadie.» — «¿Lo juras por Dios?» — «Lo juro por Dios y que me parta un rayo si miento.»

La cocina estaba debajo de todo, después de un gran y oscuro comedor con postigos cerrados y muebles cubiertos por sábanas, como si fuesen fantasmas. Aquí hacía más fresco, yo estaba contento del calorcito que me daba el batín, aunque me sentía más bien humillado al pasearme vestidito de rosa. El frigorífico estaba casi vacío, no había ni pan ni frutas, ni siquiera una manzana, y de chocolate ya ni hablar; sólo pescado crudo envuelto en el papel y un recipiente de plástico lleno de verduritas confitadas. La niña ignoró las verduras y puso el pescado sobre un estante, yo me subí como ella encima de una silla de madera para cortarlo, papel incluido, largas rebanadas que nos metíamos directamente en la boca con los dedos mientras nos moríamos de risa. Estaba muy bueno pero daba sed. En el frigorífico también había cervezas, cogí una y se la planté a la niña en la cara: «¡A que no!». — «¡A que sí!» Cogí un abridor del cajón, hice saltar la chapa, la deslicé en mi bolsillo para guardarla y le ofrecí la botella a la niña: «Venga, bebe». — «No, tú primero.» — «No, tú.» Ella vaciló, luego tomó la botella entre sus manos, se la llevó a los labios y enseguida la apartó. «Pero ¡si ni siquiera la has probado!», protesté. — «Hazlo tú. Yo tengo miedo.» Cogí la botella con valor, cerré los ojos y bebí un buen trago; pero era horriblemente amargo y lo

escupí enseguida. «¡Ves! —exclamó la niña—. Te lo había dicho.» Yo me tragué rápidamente el resto del pescado, para quitarme el mal sabor de boca, luego arrastré mi silla hasta el fregadero y me subí encima para beber agua directamente del grifo. En un rincón de la cocina, sobre una repisa, había una pequeña televisión. Después de limpiarse cuidadosamente los dedos pegajosos en el batín, la muchacha fue a encenderla y yo arrastré las sillas justo delante para verla bien. Se trataba precisamente de un programa infantil, no exactamente dibujos animados, pero casi, con figurillas que avanzaban a saltos bruscos y decían tonterías con voces gruesas, era muy divertido y nos reímos de buena gana. Una de las figurillas, una especie de granjero con una horca en la mano, no dejaba de repetir: «Pero ¿qué es lo que ha pasado?». A mí me pareció que aquella era una muy buena pregunta. ¿Qué es lo que había pasado? ¿Qué es lo que había podido pasar? No tenía forma de saberlo. Cuando el programa terminó, arrastré la silla para apagar la tele: «Ven. Subamos otra vez». La buhardilla me pareció todavía más sombría, fuera el sol debía de estar poniéndose, los últimos rayos que todavía penetraban eran muy débiles y entraban casi en horizontal; pero seguía haciendo mucho calor bajo aquel techo y con una sensación de alivio me quité el horrible batín rosa para ir desnudo a sentarme en la alfombra de las largas hierbas verdes. La niña había encendido una bombilla que de golpe iluminó la buhardilla con una hermosa luz amarilla. Luego vino conmigo a la alfombra. «¿Y si jugamos a los médicos?» — «De acuerdo, venga.» Ella también se quitó el batín y se acostó boca arriba con las piernas abiertas: «Va, examíname». Estudié su chichi, que parecía un albaricoque partido en dos, una parte más pálida y otra más sonrosada. Con los dedos aparté los labios: dentro estaba más oscuro y había como un botón, como una pililla muy pequeña que toqué ligeramente con curiosidad: «¿Esto es con lo que haces pipí?». La muchacha tenía la mirada perdida en las vigas y respondió sin levantar la cabeza: «Creo que no. No lo sé, la verdad». Aparté un poco más: escondido al fondo había un agujero muy pequeño, como el de hacer caca: «Entonces, ¿es esto?», pregunté tocándolo. — «No, eso es para los bebés, creo.» — «¿Los bebés? ¿Perdona...?» — «Pues eso, que por ahí es por donde salen.» — «¿Por ahí? ¿Y no por el pedo?» — «Eso creo, sí.» — «Pero ¡es muy pequeño!» Estaba

muy seco, entonces me unté un dedo en saliva de mi boca y traté de meterlo. Ella dio un grito y me apartó la mano vivamente al tiempo que cerraba las rodillas: «¡Hace daño!». — «Eso no tiene sentido –pregoné en tono triunfal—. ¿Cómo quieres que un bebé salga por ahí si no cabe ni un dedo? Los bebés salen de las nalgas, que se abren como cuando haces caca.» Yo estaba bien orgulloso de mi demostración, pero a ella no la convencía: «¿Y tú qué sabes, si no eres una chica?». Yo me encogí de hombros: «Eso está claro. Lo que pasa es que no sabes perder». — «¡Quien no sabe perder eres tú!», gritó ella, toda roja. — «Está bien, está bien. No te enfades. Si quieres, te toca a ti.» Ella se levantó: «De acuerdo. Acuéstate boca abajo y espera». Yo obedecí, pero levanté la cabeza para ver qué estaba haciendo. Fue a un rincón a buscar entre unas cajas, luego volvió trayendo con las dos manos un grueso bolso de cuero negro. «¡Cierra los ojos! –ordenó—. Voy a examinarte.» Yo me tapé los ojos con las manos, la cara hundida en el tejido rasposo de la alfombra, y esperé. Escuché cómo registraba el bolso; luego me abrió las nalgas y me metió algo frío y metálico. Hacía un poco de daño pero me esforcé por soportarlo para darle el gusto. «¿Qué es eso?», pregunté. — «Un termómetro. Tengo que tomarte la temperatura.» Enseguida lo sacó: «Tienes treinta y un grados de fiebre –anunció por fin—. Estás muy enfermo. Vuélvete». Me puse boca arriba, los brazos a lo largo del cuerpo. Ella se arrodilló a mi lado, las manos sobre los muslos, un bonito estetoscopio de metal y de goma negra alrededor del cuello. Maravillado, le pregunté: «¿Es de verdad?». — «Sí. Mi abuelo, era doctor. Ahora está muerto. Saca la lengua.» Yo obedecí y ella se asomó a mi boca: «Uy, es horrible, apesta a pescado. Bueno, voy a escuchar tu corazón». Se llevó el dichoso estetoscopio a las orejas y me puso en el pecho la plaquita redonda que colgaba al final del tubo. Estaba muy fría y apreté los dientes. «¿Oyes algo?», pregunté. — «Sí. Late muy fuerte.» — «¿Y yo? ¿Me dejas escuchar?» — «No, el doctor soy yo.» Eso me ofendió y me callé, mientras aquella pequeñaja seguía desplazando la placa sobre mi pecho. «Ahora –dijo quitándose el trasto de las orejas–, ahora vamos a someterte a una prueba de reflejos. Levanta las rodillas.» Sacó un pequeño martillo de goma del bolso, lo blandió muy alto y me golpeó en la rodilla que le quedaba más cerca, aunque bastante flojo. Sin embargo, mi pie se estiró de golpe y le

di una patada en la barbilla; su cabeza voló hacia atrás y ella rompió a llorar: «¡Eres malo!», gritó llorando y cogiéndose la barbilla con las dos manos. — «Pero no lo he hecho a posta –protesté—. Ha sido un reflejo.» — «¡Malo, malo! ¡Así no se juega!» — «¡No lo he hecho a posta!», insistí. Luego, como seguía llorando y eso me irritaba: «Vale, de acuerdo, lo siento. Venga, vamos a jugar a otra cosa».

Hicimos un duelo de muñecas y jugamos a guerra de aviones, luego nos bombardeamos a golpe de libro, luego hicimos de guerreros del espacio con palos de escoba y tapas de cacerola como escudos. Estábamos empapados en sudor, el polvo nos cubría la piel con una fina capa gris que los chorros de sudor atravesaban formando como regueros. Cuando encajé un golpe en el hueso del brazo que me dolió de verdad, me dejé caer entre quejas sobre las largas hierbas verdes de la alfombra, los brazos en cruz, y decidí que ya era hora de dejarlo: «Ya está, ha llegado mi hora, estoy agonizando, etc.». La niña dejó sus armas y se acostó a mi lado: «¿Ahora a qué jugamos?». Levanté la cabeza y contemplé el desorden de juguetes y libros de la buhardilla. «A nada más –decidí por fin—. Estoy cansado.» — «Oh, eres un aburrido.» Yo me encogí de hombros, agarré un canto de la alfombra y me la eché encima. La niña hizo lo mismo y vino a acurrucarse contra mí. «¡No te quedes todo el sitio!» — «Qué va. Este es mi lado.» Ella se calló un momento, luego dijo: «Cómo nos divertimos, ¿eh?». — «Sí.» Debimos de quedarnos allí dormidos, en el suelo de la buhardilla, enrollados juntos en la alfombra y con la luz todavía encendida. Cuando volví a abrir los ojos estaba oscuro. Tenía la boca totalmente seca, pastosa; la niña, a mi lado, estaba muy caliente, sentí el húmedo sudor sobre su piel. Me levanté y busqué a tientas el interruptor; lo accioné en todos los sentidos pero la luz no volvió, debía de tratarse de una avería. Me hubiese gustado bajar a por agua, pero la oscuridad me daba demasiado miedo; entonces corrí a acostarme junto a mi nueva amiga y, acurrucado contra ella entre los pliegues de la alfombra, jugueteé con la lengua para hacer saliva y tragármela. Cuando volví a despertarme había una cierta claridad, la luz del día pasaba como ayer por entre las hendiduras del

techo, iluminando el polvo y los juguetes rotos. Le di un tirón a la niña y cuchicheé: «¡Despiértate, ya es de día!». Ella abrió los ojos, me contempló, luego se levantó como impelida por un resorte y corrió hacia su ropa, que estaba perdida en medio de tanto desorden. «Tengo que darme prisa, mi mamá debe de estar esperándome.» Mientras se ponía las bragas, el vestido y los zapatos, yo me senté con las piernas cruzadas, la gruesa alfombra todavía echada sobre los hombros. Entonces se volvió hacia mí y se agachó para dejarme un ligero besito en la mejilla. «¿Volverás a jugar conmigo?» Yo no respondí nada, pero le hice una señal con la mano mientras se dirigía, no hacia la trampa que había quedado abierta, sino hacia la puerta del fondo de la buhardilla, por donde había entrado. Con la mano en el pomo, me miró, me devolvió el saludo y luego abrió. La puerta se cerró tras de sí con un ruidito. También yo me levanté, dejando la alfombra hecha un ovillo sobre el suelo polvoriento. Mi ropa de deporte y mis zapatillas estaban perdidas por entre el caos de juguetes y libros estropeados con las tapas arrancadas. Me vestí rápidamente, frotando con la mano las partes de ropa demasiado sucias, luego fui hacia la puerta: fue extraño pero había dos, antes no me había dado cuenta. Así pues, ¿por cuál de las dos había salido la chica? No estaba seguro, y no me apetecía encontrarme con su madre, sobre todo después del lío que habíamos armado. Dudé un instante, luego abrí una al azar y avancé. El aire fresco y húmedo del pasillo acabó de despertarme enseguida y me puse a correr, contento de la sensación de flexibilidad que me daban las deportivas golpeando el suelo. Muy pronto estaba empapado, el sudor fluía bajo el tejido de mi chándal, pero ya no tenía sed, mi boca se iba llenando de saliva que yo tragaba con gusto, haciendo eses para evitar tropezar con una pared u otra, la luz gris del largo pasillo no dejaba ver bien. Un movimiento un poco brusco a punto estuvo de echarme a través de una abertura, al fondo de una especie de pequeño trastero o quién sabe si hasta puede que otro pasaje; abrí los brazos para hacer el avión y emití un largo zumbido con la boca, ahora era un avión de combate que volaba por un cañón estrecho para escapar de un caza enemigo, mi vida dependía de mis reflejos porque las alas no dejaban de rozar con las paredes, el cañón por supuesto no era recto sino que serpenteaba en un sentido y luego en el otro, yo pilotaba a bulto y sucedió lo que tenía

que suceder, me estrellé en una enorme bola de fuego y caí tan largo como era, haciendo ruiditos de explosiones y gritando entre risas. Cuando me hube calmado, vi que algo brillaba en la pared, encima de mi cabeza. Me levanté y comprobé que se trataba del pomo de una puerta: lo giré, empujé y atravesé el umbral. Mis ojos tardaron un momento en acostumbrarse a la penumbra. Cuando por fin pude discernir las formas a mi alrededor, vi que me hallaba en una especie de cabaña, una construcción hecha de leña, de aspecto muy sólido, con dos ventanas cerradas por postigos. Los abrí para dejar pasar la luz y examiné mi nueva casa con satisfacción. Había allí una cama, dos sillas y algunos muebles, todos fabricados con tablas talladas de forma basta o con pequeños leños; había también algunos objetos, encontré libros, imágenes, un viejo fonógrafo-maleta que estaba allí abierto, una cesta de manzanas verdes, rojas y amarillas. Pero decidí examinar todo aquello más tarde y primero ir fuera a ver. Cuando traté de cerrar la puerta, se resistió; tiré más fuerte, los tornillos se desprendieron de golpe de la madera carcomida y me quedé con el pomo en la mano. La cabaña estaba escondida bajo unos árboles altos y separados unos de los otros, en el corazón de un hermoso bosque en que una luz vibrante jugueteaba sobre los matorrales y los helechos del sotobosque. Una especie de camino se adentraba entre los árboles, yo tuve la impresión de que en otro tiempo había sido un lugar de paso, y lo seguí. Un poco más lejos, topé con una corriente de agua. Era un riachuelo muy grande, más bien un río con una corriente lenta y perezosa, demasiado ancho para ser cruzado a nado. Los árboles llegaban casi a la orilla cubierta de arena y proyectaban sobre el agua unos reflejos deformados por los pequeños remolinos. Me quité las deportivas y los calcetines, me bajé los pantalones del chándal hasta las rodillas y di unos pasos en el agua, moviendo los dedos de los pies en el limo finísimo del fondo, suave como el terciopelo. Era muy reconfortante, pero me sentí cansado. Más arriba, había una hermosa extensión verde, un claro lleno de hierba salpicada con flores salvajes de todos los colores. Con un palito largo entre los dientes, me adentré descalzo en el campo, y más o menos en el medio me dejé caer de espaldas, los brazos en cruz. El sol, pálido y no muy cálido, todavía estaba bastante bajo, la mañana apenas despuntaba; los tallos de las hierbas y los botones de las flores se mecían blandamente ante mi cara,

formando como un marco contra un cielo blanco en que no había nada, apenas alguna que otra nube pequeñita. Las moscas y las abejas canturreaban, las plantas cuchicheaban. Me quedé allí un buen rato, en paz. Pero unos nuevos crujidos llamaron mi atención. Me incorporé, observé los alrededores, no vi nada; me puse en pie: sentado en medio de un espacio más despejado, un gato gris se lamía la pata y me observaba con sus ojos amarillos. Me adelanté hacia él paso a paso, alargando la mano y haciendo ruiditos con los labios y la lengua. El gato me vio acercarme sin moverse, pero cuando salí de las hierbas altas se retiró unos pasos para sentarse de nuevo. Era un gato pequeñito, prácticamente una cría, con unas orejas muy largas. Me arrodillé y volví a alargar la mano, la palma hacia arriba, como para ofrecerle algo: «Minino, minino». Me acerqué un poco, pero él retrocedió. «No tengas miedo –dije muy bajito–, sólo quiero ser tu amigo. Ven.» Pero a pesar de la precaución, de hablarle lo más despacito posible, con una voz sosegada, el gatito siguió retrocediendo ante mí. Me invadió la tristeza, sólo quería ayudar a ese gato, tal vez llevarlo conmigo y darle de comer, pero él no quería. «Por favor, gato –supliqué–, deja que te ayude.» Lo intenté una última vez: retrocedió sin dejar de mirarme y desapareció entre las hierbas. Fue demasiado para mí y prorrumpí en sollozos; sólo quería ayudarlo y de pronto estaba solo. Por fin me sequé los ojos con la manga y me soné. El gatito había desaparecido, las hierbas y las flores seguían bailando en la brisa. Volví hacia la pequeña playa. Estaba invadida casi por completo por la sombra de los árboles, pero una parte permanecía al sol; en el río había un viejo tronco muy liso, arrinconado contra el borde e inmóvil a pesar de la corriente. Me fui quitando la ropa y dejándola sobre la hierba, luego me tiré al agua desnudo, alejándome de la orilla en unas pocas brazadas. La corriente era más fuerte de lo que parecía y, en cuanto me dejé ir, se apoderó de mí. Me puse otra vez a nadar y volví hacia la orilla. Al final conseguí alcanzar el viejo tronco y me subí a él, sofocado, durante un instante allí estuve sentado a horcajadas, los pies en el agua, luego me acosté boca abajo. La corteza había desaparecido hacía tiempo y la madera era muy suave, bien agradable contra mi pecho, el sol calentaba mi espalda y mis nalgas mojadas, crucé los brazos bajo mi cabeza y cerré los ojos, satisfecho de aquellas sensaciones,

absorbiendo con toda mi piel la luz y el suave calor.

De regreso a la cabaña, estudié perezosamente mis hallazgos. Aquello estaba lleno de cosas útiles, una lámpara de petróleo, un cuchillo, un hacha, hilo y anzuelos. Sentado en el borde de la cama, hojeé un viejo y enmohecido libro de imágenes que tenía la inmensa mayoría de las páginas pegadas unas con otras; las que podían hojearse sin romperse mostraban fotos divertidas de hombres y mujeres haciendo un montón de movimientos diferentes recortados en series, un poco como las imágenes de una película, movimientos del día a día, por ejemplo subir una escalera, o verter agua, o pelearse, pero a pesar de todo resultaban más bien raras porque la gente estaba completamente desnuda, blanquísima en imágenes incoloras, roídas por la humedad. Todo lo cual me molestó vagamente y no tardé en cerrar el libro, preguntándome por qué el dueño de una cabaña tan bonita iba a necesitar ese tipo de cosas. El gramófono me resultó más atractivo. Lo examiné moviendo todas sus piezas: era un modelo muy viejo, con una manivela para ponerlo en marcha, nunca había visto uno así pero no resultó difícil adivinar cómo funcionaba. Al lado había unos discos y saqué uno al azar; tan pronto como puse la aguja, del pabellón abierto en el plato salió una música llena de chirridos, era una orquesta, con un piano también, me agaché para leer la etiqueta mientras el disco giraba y giraba, entretenido identificando las palabras al pasar, *Mozart*, luego *Conciertos para piano*, y aun después unas cifras que no me dijeron nada. Entonces escuché mejor la música, me pareció optimista, ligera, la verdad es que estaba bien, pero al final decidí que prefería el silencio del bosque y levanté la aguja, interrumpiendo la pieza para volver a dejar el ruido de las hojas y el distante gorgoteo del agua. Empezaba a tener hambre. Descarté las manzanas, busqué en los armarios y saqué triunfalmente una lata de sardinas, pan integral duro como la piedra, unas viejas cebollas totalmente pasadas y una botella de vino medio vacía. Abrí la conserva y devoré las sardinas con los dedos en la misma lata, dándole orgullosos mordiscos a una cebolla entre cada bocado; me sentía como un mayor y también probé el vino, bebiendo a morro, pero se

había convertido en vinagre y lo escupí al suelo de grava mientras acababa de tragarme la cebolla y el resto de las sardinas a toda prisa para quitarme el mal sabor de boca. Todo eso me dio mucha sed y regresé al río canturreando, la botella de vino en la mano, vaciando de camino el horrible líquido. Enjuagué la botella, luego me serví de ella para beber con tanta rapidez que el agua se derramó por mi barbilla y me mojó el chándal. La tarde empezaba a caer, la temperatura había bajado y de repente todo estaba lleno de mosquitos, nubes enteras que zumbaban por encima del agua y en el linde del bosque y que me picaban en las manos, el cuello y la cara mientras yo los iba aplastando, dejándome en la piel unas manchitas rojas. Salí corriendo a la de tres. En la cabaña también había algunos, pero aun así eran muchos menos, y afortunadamente las picaduras no escocían demasiado. Tenía frío y decidí acostarme. Sobre la cama había varias mantas amontonadas, pesadas y desgarradas y un tanto hediondas, puse dos sobre la tabla para hacer como un colchón y me deslicé bajo las otras, remetiéndolas bien hasta envolverme cómodamente. Me dormí enseguida y soñé con un gran hombre de rasgos sombríos; con la voz grave de un padre, les daba órdenes a varios obreros y les hacía demoler unas hermosas casas de madera para ir a construir más lejos unas pequeñas cabañas desmirriadas que no se tenían en pie y se desplomaban con sólo dar un portazo; el hombre se quejaba y mandaba a una señora rubia, seguramente su esposa, a buscar a otros obreros con su coche; pero ella no sabía conducir y se estrellaba contra un árbol a cámara lenta, lo cual todavía enfadaba más al hombre. Al despertar, un rayo de luna entraba por la ventana, recto sobre mis ojos. Por encima de la negra masa de los árboles, el cielo era azul rey salpicado de estrellas. No tenía más sueño y me levanté; me eché las mantas sobre los hombros, volví a bajar hacia la playita, donde ya no había mosquitos, y me senté en la arena para mirar el reflejo moviente de la luna blanca sobre el agua oscura, la línea de los árboles lejos en la otra orilla, las estrellas esparcidas en el cielo de la noche como granos de azúcar sobre un mantel. Estaba feliz y bien tranquilo; aquel lugar era como para quedarse siempre, me dije, demasiado perfecto. Un ruido más abajo en el río me hizo retroceder al amparo de un árbol. Se aproximaba un gran barco, todo iluminado, con dos altas chimeneas que vomitaban un humo

espeso y negro, el sonido de las voces y la alegre música era todavía más fuerte que el chapoteo monótono de la rueda de paletas que agitaba el agua. A bordo había una fiesta, vi perfectamente a señores elegantemente ataviados y a mujeres con vestido que bailaban en un amplio salón iluminado por arañas, o bien tomando el aire sobre el puente. La rueda hendía la corriente silenciosamente y el agua que borbollaba trazaba una línea verde y brillante a lo largo del casco. Poco a poco, el barco desapareció, dejando tras de sí un humo que se fue desvaneciendo lentamente contra el cielo; luego el ruido se disipó por completo y el río recuperó su calma. Más tarde apareció otra embarcación, una gran balsa llevada por la corriente que se recortaba como un rectángulo negro sobre el agua luminosa del río. Pasó más lejos de mí que el barco, pero a pesar de todo distinguí la silueta de varios hombres sentados alrededor de un fuego. Hablaban mucho y sus voces se escuchaban desde lejos, no comprendí sus palabras pero resultaba evidente que estaban enfadados, discutiendo, luego se desató una pelea. Los gritos todavía resonaron un buen rato. Por fin me acosté en la hierba, enrollado en las mantas, y me quedé dormido. Con la llegada del día volví a despertarme: sobre el agua había unos regueros rosas como pinceladas, los árboles de enfrente, todavía más oscuros que por la noche, formaban una larga pared bajo el cielo muy pálido. Llegaron unas palomas grises a posarse sobre la playa a picotear; yo me hubiese comido una o dos, asaditas al fuego, qué buenas que hubiesen estado, pero no tenía tirachinas. En su lugar, fui a la cabaña a buscar una hermosa manzana verde, el hilo y los anzuelos, y me puse a pescar mientras disfrutaba de la fruta. Pero no picaba nada y empecé a dudar un poco de mi destreza; por fin la línea se movió y saqué victoriosamente el bicho a la orilla, lo agarré por la cola resbaladiza y le golpeé la cabeza contra un tronco. Luego encendí un pequeño fuego, ensarté el pescado en una rama y lo asé dándole vueltas encima de las llamas, como hacían en los libros que tanto me gustaban. Cuando la piel se volvió totalmente negra y crujiente, arranqué unos buenos pedazos todavía ardientes y me los metí en la boca, soplándome en los dedos y luego lamiéndolos, qué contento que estaba. Luego se me ocurrió desvestirme e ir de nuevo a tomar el baño; esta vez, nadé a contracorriente con todas mis fuerzas, me puse a

hacer el muerto y me dejé llevar, luego volví a sumergirme y a remontar el río con esfuerzo. Cuando el cansancio se apoderó de mí, salí y me acosté, totalmente desnudo y mojado, sobre la arena ya caliente de la playa. Otra paloma zureaba y brincaba de una rama a otra sobre mi cabeza. Por un momento pensé en el gatito del día anterior: pero tampoco me entristecí. El tiempo que así transcurría me parecía maravillosamente elástico; podía hacer lo que quisiese, bastaba con decidir, hasta con no decidir nada, que era a su vez una decisión, tan libre como todas las que podía tomar aquí.

Y así fue pasando el día. Me dediqué a peinar el bosque alrededor de la cabaña, a nadar, a pescar sin demasiado éxito. Por la tarde, el cielo se encapotó y empezó a soplar un fuerte viento que hacía crujir los árboles, de repente cayó un gran aguacero, muy violento. Corrí a refugiarme en la cabaña, donde me entretuve como pude, hojeando los libros enmohecidos o bien escuchando los viejos discos de Mozart. Pero no tardé en aburrirme y volví a ponerme en cuclillas bajo el tejadillo de ramas y hojas que me había construido a contemplar cómo aquella tromba de agua azotaba la superficie del río, iluminado por unos inmensos relámpagos que zigzagueaban a través del cielo detrás de la otra orilla. Fantaseé con la idea de ir a nadar bajo la lluvia, es lo que más me hubiese gustado en ese momento; pero no me fiaba, la tormenta había hecho crecer el río y la corriente era más rápida, las aguas iban muy cargadas, troncos de árboles, barcas vueltas del revés, restos de embarcaderos, caballos muertos con las patas al aire como si galopasen por el cielo. Por fin la lluvia se calmó, seguían cayendo gotas sobre el agua con un sonido sibilante y apacible, a lo lejos vi aparecer una balsa, parecía vacía y derivaba lentamente. Me escondí un momento para observarla: no, no había nadie a bordo, debía de haberse desprendido de sus amarras durante la tormenta en alguna parte más arriba. Muy excitado, la seguí a lo largo de la orilla: se acercaba poco a poco y acabó varando en una lengua de arena, unos cientos de metros más abajo, donde quedó atrapada, el agua del río fluyendo a su alrededor. Tenía que darme prisa: si me entretenía, puede que la localizasen y a mi vuelta ya no estaría allí. Corriendo con la lengua fuera,

navegué por entre los árboles de la orilla para llegar a la cabaña. Allí, reuní a toda velocidad los objetos útiles, incluida la botella vacía y los restos de comida, lo envolví todo en las cuatro mantas y me hice un atadillo. Abandoné el resto, libros, almanaques, imágenes piadosas, discos y gramófono, y dejé atrás la cabaña sin el menor pesar. Cuando llegué a la balsa el sol había bajado. A pesar de todo me tomé mi tiempo tallando unas largas pértigas, dos por si acaso perdía una; cuando volví a meter la balsa en el agua, los mosquitos zumbaban y el sol se acercaba a la copa de los árboles de enfrente, proyectando una larga sombra detrás de mí sobre el agua y sobre la arena. Haciendo fuerza contra el fondo con una de las pértigas, dirigí la balsa hacia el medio del río, luego la dejé a la deriva. Me instalé cómodamente sobre los leños y contemplé las aguas verdes que me rodeaban por completo. Lo mejor sería, yo eso lo sabía, no viajar más que de noche y encontrar brazos muertos, pequeñas islas o bosquetes para esconderme durante el día; pero el ruido del agua y el paso monótono de los árboles me volvía perezoso y preferí no hacer planes. Poco a poco, el sol fue desapareciendo, el cielo se encendió en llamas un instante para luego apagarse, el agua viró a gris y enseguida a negro. Cuando la noche cubría el río por completo hice un pequeño fuego en medio de la balsa, luego dejé el anzuelo flotando en el agua con una bola de pan seco enganchada. La pesca aquí era mucho mejor que en la orilla, pesqué tres peces uno tras otro, los asé todos juntos y los devoré enseguida. Con la barriga llena, me quité la ropa para tirarme de cabeza, hice el muerto en el agua, flotando junto a la balsa, dando luego unas brazadas para adelantarla, yendo más despacio para permitir que me alcanzase. Terminé cansándome y subí a bordo; me acuclillé junto al fuego para secarme, luego, satisfecho de mí mismo, sin volverme a vestir, me alargué sobre las mantas con las manos cruzadas tras la nuca. Empecé a tener sueño; pero el inaudito espectáculo de las estelas de estrellas que acribillaban el cielo nocturno era demasiado hermoso, resultaba irresistible, así que luché por no cerrar los ojos; al final me dormí. La lluvia me despertó, una abrupta borrasca que ahogó el fuego y me empapó antes siquiera de que llegase a abrir los ojos. Rápidamente, recogí la ropa, ya mojada por completo, y me la puse mal que bien. La balsa iba más rápida, podía sentirlo; a pesar del aguacero, distinguía más o menos

las orillas y, de pie bajo la tromba de agua, busqué el fondo con la pértiga para tratar de guiar la balsa y mantenerla en medio del río desencadenado. La empresa no era fácil, el agua me golpeaba la cara, más lejos los relámpagos azotaban la orilla uno tras otro, iluminando la noche por un instante; luego llegaba el estruendo del trueno, tan cercano que me hacía gemir de pavor. Comenzaba a lamentar haberme metido en esa aventura, pero no había nada que hacer, no podía acercar la balsa a la orilla sin arriesgarme a romperla, había que mantener el rumbo. A la luz de un relámpago vi que delante de mí, sobre el agua, había una gran masa oscura. Avanzaba más lentamente que mi balsa, que se dirigía recto hacia ella. Traté de hacerla derivar, pero fue en vano, la corriente era demasiado fuerte, la balsa acabó chocando con ella y a punto estuve de caer al agua. Otro relámpago rayó el cielo y, a través de la cortina de la lluvia, comprendí que era una casa, una casa alta, de madera, llevada por la crecida y flotando en el río a la deriva lo mismo que yo. Me acerqué a ella a tientas y aproveché otro relámpago para atar una cuerda amarrada a la balsa en un balconcito que sobresalía. Luego la escalé y traté de mirar por la ventana. Pero el interior estaba muy oscuro y el cristal reflejaba los relámpagos, no veía nada. Sin perder un instante, volví a saltar la balastrada y me dejé caer sobre la balsa, fui a coger el cuchillo, la lámpara de petróleo y el encendedor, y volví a subirme junto a la ventana. Estaba bloqueada, así que rompí un cristal con la empuñadura del cuchillo, quité bien los vidrios y pasé el brazo para abrir el pestillo y tirar de ella. Luego me colé en el interior. Todo allí dentro era silencio, no se oía más que el repiqueteo de la lluvia sobre el tejado y el ruido de la tormenta delante de la ventana abierta. Por un momento, un relámpago me mostró la estancia, todavía amueblada. El suelo estaba un poco inclinado y muy resbaladizo, como una piedra bajo el agua cubierta de algas, me acerqué a la mesa con precaución, luego encendí la lámpara para iluminar el lugar. El cristal había protegido la mecha de la lluvia y, a pesar de la humedad, agarró rápidamente, lo cual creó como una bola amarilla que arrojaba una luz moviente sobre cuanto me rodeaba: sillas por los suelos, una biblioteca, ropa colgada en la pared, una cama. Otro relámpago iluminó la escena y detecté una forma echada sobre la cama, acostada en medio de una manta con una especie de

campo de hierbas verdes sobre un fondo un tanto dorado. Con el corazón en un puño, levanté la lámpara y me acerqué poco a poco, cuchillo en mano, decidido a no retroceder pasase lo que pasase. Al acercar la luz a la manta, vi que estaba llena de moho y casi hecha jirones; me acerqué un poco más, tendiendo la lámpara hacia aquella forma: era un cuerpo desnudo, muy negro y desmirriado, en ese mismo instante advertí también un terrible hedor que, de golpe, me anegó la boca en saliva, obligándome a tragarla sin cesar para no vomitar. Presa de un horroroso pavor, corrí tras la mesa y levanté muy alto la lámpara; la forma permaneció inmóvil; un nuevo relámpago la iluminó completamente, era un muerto, un muerto asqueroso que ya no volvería a moverse. Entonces, tapándome la nariz y respirando por la boca, me acerqué de nuevo. Parecía que la persona allí echada había sido rubia; pero estaba acostada boca abajo y, aunque no llevaba ropa, no acertaba a distinguir si se trataba de un hombre o de una mujer. Sus nalgas eran absolutamente blancas y brillaban en medio de la piel ennegrecida, hubiese jurado que se movían un poco, que casi ondulaban, me acerqué un poco más, estaban cubiertas de gusanos blancos, toda una alfombra de pequeños gusanos blancos que se movían despacio, innobles. Yo temblaba pero no lograba despegar mis ojos de aquella horrenda visión, lo examiné conteniendo la respiración, fijándome en el menor detalle, como el corte de pelo, rapado sobre la nuca podrida. Pero ni siquiera me planteé volver el cuerpo, ni pensarlo, sentí una náusea violenta, no me atreví a acercarme más. Por fin di la vuelta a la cama, me acerqué a la puerta del cuarto y la abrí. Sin hacer ruido, dejé en el suelo la lámpara y el cuchillo y me metí en el pasillo; tan pronto como hube atravesado el umbral, me puse a correr. Mis deportivas, todavía mojadas, rechinaban a cada paso; el chándal, mojado como estaba, se me pegaba a la piel; pero la carrera me recalentó un poco, me concentré en mi respiración, obligándome a respirar cada dos pasos. Aquí la claridad era un poco mayor que en la casa a la deriva, una extraña luz, hasta donde yo podía ver carente de origen, me dejaba adivinar las paredes y me permitía guiarme, porque el pasillo no transcurría en línea recta, al contrario, giraba aquí y allá, lo cual por lo menos volvía la carrera menos aburrida, y además, de vez en cuando las paredes se veían interrumpidas por una abertura oscura, un pequeño antro

o bien la entrada en ángulo recto a un nuevo corredor, no sé, no me detuve a comprobarlo. Pero a pesar de tal distracción, correr así me seguía aburriendo, de modo que para divertirme me imaginé que el suelo estaba dividido en cuadrados, como una acera, y que yo tenía que poner el pie cada vez en uno distinto, abriendo bien las piernas de tal modo que en cada ocasión dejaba una sola huella mojada en medio del cuadrado. Ya puestos, no me hubiese importado jugar a la rayuela, pero no tenía tiza. Cuando me cansé de ese jueguito, me puse a saltar a la pata coja, tratando de ver a qué velocidad podía avanzar. Era muy cansado, enseguida estuve sofocado, pero me empeñé y cambié de pie. Saltando así, seguir la curva del pasillo se volvió muy complicado, no tardé en darme un golpe contra una pared, luego otro; la tercera vez, sentí un dolor muy vivo en el hombro: me había dado con algo que sobresalía de la pared, un objeto de metal sobre el que posé la mano sin pensarlo, presionando incluso antes de advertir que se trataba de un pomo y que abría una puerta. Entré así en otro corredor, un poco mejor iluminado por lámparas de un color amarillo sucio, vetusto, abandonado: la pintura se agrietaba en las paredes, los cables eléctricos sobresalían del yeso arruinado, los interruptores estaban negros, como si se hubiesen quemado; más allá se abría una escalera, con una barandilla de estuco bien estropeada y una moqueta que en algún momento había sido roja pero que ahora, totalmente gastada y en parte desgarrada, parecía casi gris. Dudé si aventurarme, oí resonar una aguda risa infantil. Al cabo de nada me hallaba rodeado por una horda de niñas desencadenadas que, sin el menor pudor, me toqueteaban, me pellizcaban y tiraban de mi ropa todavía húmeda; una de ellas, unos peldaños más alta, se levantó la falda para enseñarme sus mugrientas braguitas, luego saltó hacia el rellano superior; otra se coló entre mis piernas para levantarse enseguida a mi espalda y hacerme cosquillas en las axilas; traté de cogerla por la muñeca, pero una tercera, con el pelo completamente enmarañado, me pellizó la nariz, obligándome a soltar a mi presa; cuando me volví para darle una bofetada se agachó, se coló por debajo de mi brazo y rodó por los escalones en un gran estruendo de risas para desaparecer en el piso inferior, seguida rápidamente por sus amiguitas que corrían como ratas entre risitas y gritos. Yo me quedé atónito, un poco asustado; sin embargo, tenían pinta de

estar divirtiéndose: por qué no seguirlas, me dije por fin, sacando fuerzas de flaqueza. El piso siguiente también estaba en ruinas, pero no había el menor rastro de las niñas. Abrí una puerta al azar y miré: todo en esa estancia estaba estropeado, saqueado, las cortinas colgaban hechas jirones, una gruesa capa de polvo y hasta de escombros cubría los muebles; el papel pintado, unas vides que ascendían enrollándose las unas con las otras, estaba lacerado en muchos sitios y dejaba entrever el papel de periódico pegado detrás; el edredón con dibujos de largas hierbas verdes que cubría la cama al fondo de la pieza se deshilachó con sólo tocarlo. Un olor desagradable y hediondo llenaba la habitación, fui a mirar bajo la cama y el diván pero no encontré su origen. Empujé la puerta del cuarto de baño: observé primero la taza del váter, completamente rota, y el espejo reventado por un golpe violento, y al final también la bañera, donde di con el cuerpo de un perro marrón, el pelo apolillado como un viejo osito de peluche, con las blancas costillas visibles allí donde ya no tenía piel. Sin pensarlo un instante desaparecí en el pasillo. Al seguir avanzando, oí un ruido; primero dudé, luego me arriesgué a abrir otra puerta. La estancia estaba en el mismo estado que la primera; una de las niñas, puesta en cuclillas con el vestido levantado por encima de las nalgas, meaba sobre la moqueta roja. Al oír la puerta se volvió y me miró fijamente con sus ojos brillantes, se subió las braguitas sin limpiarse y me dio un empujón para zambullirse en el pasillo, dejando tras de sí una risa estridente. Yo corrí tras ella hasta la siguiente habitación, igual que las anteriores; dos chicas se peleaban encima de la cama en una nube de polvo y trocitos de tela; una de ellas iba ganando y, sentada a horcajadas sobre la espalda de la otra, le retorció violentamente el brazo y le tiraba del pelo; las braguitas de su víctima, desgarradas, colgaban enganchadas en su pantorrilla, sus pequeñas nalgas se balanceaban delante de mí, en medio de las hierbas verdes masacradas del edredón. La niña a la que yo andaba persiguiendo gritó y saltó a unirse a ellas; enseguida me vi arrastrado y nos pusimos a rodar tan contentos de una punta a la otra de la habitación, entre arañazos y golpes, tirándonos del pelo y de la ropa. Al final, cansado, me libré de la melé y fui a echarme en el diván; tenía la boca seca, pastosa, me hubiese gustado beber, así que grité haciendo como una trompeta con las manos alrededor de los

labios: «¡Eh, chicas! ¿Sabéis dónde hay agua?». Ellas se pararon de golpe para mirarme las tres, quedando sentadas sobre la moqueta en extrañas posiciones. Luego, una de ellas se levantó y abrió la puerta de un pequeño mueble bajo una televisión con la pantalla rota; oí ruidos de cristal y de líquido, luego se incorporó y, con una sonrisa angélica, me ofreció un vaso. Lo cogí de entre sus dedos y me lo bebí de un trago; el líquido me abrasó la garganta y enseguida lo escupí encima de la chica. Tosiendo hasta asfixiarme, la cara roja e hinchada, le lancé el vaso a la cara; ella lo esquivó fácilmente y se echó a reír. Luego, a una señal de su mano, las tres se abalanzaron hacia la puerta del pasillo y desaparecieron en un repiqueteo de piececitos rápidos, dejándome solo otra vez, el pecho desgarrado por unos accesos de tos que me dejaban sin respiración y me impedían moverme.

Al final encontré agua, una botella de plástico en el pequeño frigorífico apagado del que la chica mala había sacado el alcohol que me hizo beber. Ahora me estaba aburriendo un poco y, aunque pareciese extraño, deseaba con todas mis fuerzas encontrar a aquellas chicas salvajes para jugar otra vez con ellas. Volví a salir al pasillo y abrí al azar varias puertas del otro lado: no había ni rastro de las niñas, cada vez me encontraba con una habitación idéntica a las demás, en las que sólo variaba el estado de suciedad y decrepitud. Así que subí al piso de arriba y empecé a abrir las habitaciones una tras otra. Finalmente di con ellas. Estaban sentadas en círculo sobre la moqueta, con una muñeca bebé totalmente estropeada acostada en medio de unas velas encendidas y murmurando entre ellas unas palabras que no entendí. Me adelanté y las interrumpí: «¿Qué me decís, chicas, todavía puedo jugar con vosotras?». Una de ellas se levantó y me miró de arriba abajo con gesto orgulloso: «Sí, puedes. Pero con nuestras condiciones». — «¿Y cuáles son, vuestras condiciones?» — «Ahora verás. De momento, quítate la ropa.» No tenía elección, así que empecé a quitarme el chándal, doblando cada prenda sobre el diván y dejando al lado las deportivas. «Los calzoncillos también», insistió la chica, azuzándose los rizos de reflejos pelirrojos. — «¿Los calzoncillos también?» — «Sí, tienes que quitártelo todo.» Yo vacilé,

luego obedecí y quedé desnudo delante de ellas, las manos cruzadas sobre mis partes nobles, mientras ellas me examinaban con un aire encantado, ávido. Luego hicieron que una de las chicas se desvistiese, su largo pelo rubio recogido en un moño mal hecho del que escapaban mechones hacia todos los lados, entonces la chica orgullosa me alargó su viejo y asqueroso vestido de lunares: «Ahora, ponte esto». Avergonzado, molesto, confuso, hice lo que me pedía, me puse el fétido vestido por encima de la cabeza; también me pasaron las braguitas de la niña, que quedó desnuda por completo en medio de sus amigas, impúdica y feliz. Por fin, me pusieron la muñeca en brazos y me obligaron a mecerla y a poner su boca contra mi pezón, mientras la chica del pelo rizado abría un recipiente de plástico y empezaba a ponerme maquillaje en los labios, las mejillas y los ojos. Ese juego no me gustó en absoluto pero me esforcé por hacer lo que decían. Después, chillando y sobreexcitadas, las niñas me empujaron al cuarto de baño y me obligaron a mirarme en el espejo, que aunque picado estaba entero: tenía los labios morados y brillantes, los párpados verdes y las mejillas rojas, aquello me pareció horrible, ridículo, pero no me dieron ni un instante de tregua, ahora me arrastraban a otra habitación donde encendieron las luces mientras bailaban en todos los sentidos, luego aun a otra donde repitieron la comedia, hasta que volvimos a la primera, y allí se desató una discusión. Se gritaban y se tiraban del pelo; al final, se abalanzaron juntas sobre la que estaba desnuda y la echaron encima de la cama, donde la golpearon vilmente en los hombros, las costillas y el vientre. La chica bramaba y se resistía, trataba de protegerse de los golpes, pero no le funcionó; su moño se deshacía cada vez más y sus largos y rubios cabellos se esparcían sobre las hierbas verdes del edredón carcomido por las polillas; una de las niñas se sentó encima de su cabeza, asfixiando sus alaridos entre sus muslos, otras tres la cogieron por los brazos y las piernas, y la última le metió con maldad un dedo en el chichi. Yo asistía a todo aquello apretando a la muñeca entre mis brazos, estúpido con mi vestidito y mi maquillaje mal hecho. Por fin la muchacha orgullosa se acordó de mí y me dio una buena patada en el trasero, haciéndome caer sobre la cama, a los pies de la chica desnuda. Sentí que unas manos me tiraban del pelo y de los brazos, me arrastraban hacia delante y me obligaban a poner la boca entre las

piernas de la niña acostada, aquello tenía un gusto verdaderamente horrible, como de pipí y de fruta podrida, me dio asco, me retorcí con todas mis fuerzas y grité: «¡Esto no es divertido! ¡Esto no es divertido!», pero las chicas no me soltaban, me daban golpes en la nuca y la espalda mientras bramaban: «¡Chupa, chupa!», el vientre de la niña contra la que me apretaban no dejaba de agitarse de tanto como reía, otras manos me cogieron las nalgas, me bajaron los calzoncillos y me administraron unos buenos cachetes, a pesar de que tenía unos muslos encima de las orejas, oí sus alaridos: «¡Chica mala! ¡Niña mala! ¡Habrás que castigarte!». Entonces ya no pude aguantarme más, el pavor me embotaba y al final, muerto de vergüenza, me abandoné y vacié la vejiga sobre el grueso y ajado edredón, abrumado por el abucheo y los insultos de aquella jauría de niñas desvergonzadas.

Una de las muchachas había cogido un ratón y las otras se habían apartado de mí para arrancarle las patas una a una, luego la cola y al final la cabeza. Yo me había refugiado sobre el diván y volvía a ponerme el chándal a toda prisa, tratando de no mirar el repugnante espectáculo. La chica desnuda del moño deshecho no se quedó al margen, cogió los miembros llenos de sangre del pobre bicho y se los tiró a la cara a sus amigas, riéndose con sorna como una hiena malvada. Horrorizado, le lancé su vestido: «Pero ¡tápate esas nalgas hediondas, tú!». En lugar de obedecer, se lo restregó entre las piernas y volvió a tirármelo. Yo corrí a encerrarme en el cuarto de baño, pero no tenía puerta y había otra niña haciendo equilibrios sentada en el borde de la bañera, meneando las piernas y haciendo caca allí. A pesar de todo, abrí los grifos y me refresqué la cara, frotando muy fuerte para enjuagarme el maquillaje. Al salir, me taparon la cabeza con algo, primero blando y muy dulce pero que luego, de pronto, empezó enseguida a hacerme un daño horrible, unas puntas que laceraban la piel, di un alarido y me eché hacia atrás, dándome un golpe contra el marco de la puerta. Era un gato gris, una de las niñas lo sujetaba por la piel de la nuca y lo agitaba en todos los sentidos, el gato siseaba de rabia y lanzaba sus uñas hacia mis ojos. Otra se lo arrancó de las manos, lo cogió por la cola, y burlándose de sus maullidos desconsolados se puso a darle vueltas

por encima de su cabeza para tirarlo contra una pared. Aturdida, la bestia cayó al suelo hecha un ovillo y las niñas se pusieron en cuclillas a su alrededor. «¿Y si nos lo comemos así, crudo?», propuso una de ellas levantándolo por una pata. Sin pensármelo, me arrojé sobre ella, le di un golpe en la barriga con todas mis fuerzas y le arranqué el gato de las manos para salir huyendo por el pasillo. La tropa entera de las chicas se lanzó a perseguirme bramando y riendo. Casi enseguida me acorralaron al fondo del pasillo y tuve que entrar en otra habitación, donde las chicas me siguieron entre insultos. Mientras varias de ellas se adelantaban hacia mí castañeteando los dientes y agitando los dedos como tentáculos, otra se puso a jugar con el interruptor de la luz del techo, encendiéndola y apagándola lo más deprisa que podía. Me arrinconaron contra la cama, el gato en mis brazos empezó a patear, las niñas me rodearon; de repente, la bombilla se fundió, dejando la estancia a oscuras. Yo aproveché para escurrirme entre las piernas de las chicas, atravesando su círculo y dirigiéndome hacia la puerta un poco a ciegas. El pasillo también estaba a oscuras, seguramente habían hecho saltar los plomos con su juego salvaje, así que avancé buscando a tientas tan deprisa como pude, tratando de retener al gato, que se resistía y me plantaba sus uñas en el brazo. Detrás de mí, oía los gritos desenfrenados de las chicas, a quienes todo aquello debía de parecerles maravillosamente divertido. Justo en el momento en que llegaba al hueco de la escalera, el gato se me escapó de las manos y desapareció. Yo rodé escaleras abajo rellano tras rellano, la mitad con los pies y la mitad con las nalgas, sin detenerme hasta el piso de abajo, donde me puse a dar furiosas manotadas en la pared hasta localizar por fin un pomo que empujé para abrir la puerta. Más allá no todo estaba negro, el espacio olía mucho a agua y a piedra, di un portazo tras de mí y reanudé la carrera a pasos regulares, casi firme y seguro a pesar de la emoción y la respiración entrecortada, restregándome la manga por la cara para borrar los últimos rastros de maquillaje. No tardé en recuperar el ritmo de la respiración, el pasillo se desplegaba tranquilamente ante mí, girando unas veces a un lado y otras a otro, más o menos visible en la penumbra salvo por el techo, que no se veía en absoluto, y salvo unas zonas verdaderamente negras a los lados, puede que otros corredores o acaso sólo unas fallas

abiertas en la pared pero que no llevaban a ninguna parte. Ahora estaba completamente calmado, me ajusté el chándal y me volví para correr marcha atrás mientras iba desgranando una cancioncita infantil, dando zancadas cortas, tropezando con una pared, cambiando de rumbo, siguiendo en otra dirección que de nuevo debía corregir cuando volvía a tropezar con la pared de enfrente. Me reía yo solo con regodeo, aquello para mí era más bien un juego, estaba contento, me sentía ligero y tranquilo y así seguí hasta que un pequeño obstáculo se me clavó en el hombro, un pomo metálico que giré sin pensarlo, siguiendo el movimiento de la hoja para atravesar el umbral, sin dejar de andar marcha atrás. Un hombre con abrigo y sombrero flexible me cogió enseguida del brazo: «Pero ¿qué haces aquí, a ver? Te he dicho que te des prisa». Me sacudió un poco, luego me pasó los dedos por los cabellos. Una mujer muy guapa se había unido a nosotros, rubia, elegante, con un hermoso vestido gris de verano y un moño impecablemente compuesto, se inclinó para darme un beso en la mejilla: «¿Estás listo? Ya es hora de irnos. No olvides tu osito de peluche». Me lo tendió y yo lo agarré con alivio, apretándolo contra mi pecho mientras la miraba agradecido. Había en el rellano una maleta y una gruesa mochila, de las que se hizo cargo el hombre; otras personas, cargadas como él, salían de los apartamentos vecinos y bajaban las escaleras; la mujer se volvió, cerró la puerta y le dio las llaves al hombre, que se las guardó en el bolsillo del abrigo. En la calle fluía un río de gente cargada de bolsas, maletas y bultos, tirando a veces de una pequeña carreta con un viejo sentado encima, o bien un racimo de niños extrañamente serios. Todos ellos caminaban en la misma dirección y, junto con nuestros vecinos, nos unimos a ellos. La mujer me llevaba cogido de la mano, apretándola con ternura. La calle giraba y ascendía, más abajo, al fondo, se divisaba la estación con su alta fachada acristalada, muchas otras personas manaban de los edificios o las bocacalles para venir a engordar aquel flujo humano; a veces, la columna se detenía de golpe, la gente dejaba sus maletas en el suelo y esperaba, luego volvía a ponerse en movimiento. «¿Adónde vamos?», le pregunté al hombre, poniéndome el osito de peluche bajo el brazo. — «No lo sabemos, cariño. Nos llevan a trabajar a alguna parte, es lo que se dice.» — «¿A todo el mundo? ¿Los niños también van a trabajar?» Él

rió secamente: «No, claro que no. Pero no van a separarnos». — «¿Y la escuela? ¿Habrá una escuela?» Su cara se ensombreció: «No lo sé, cariño». La mujer me acarició la nuca: «No te preocupes, pequeñín. Si no hay una escuela de verdad, organizaremos una nosotros mismos». Su mano, ligera y firme sobre mi nuca, me hacía bien. Tirité: un viento mordaz soplaba en la calle, agitando las hojas secas en el suelo e inmiscuyéndoseme bajo el chándal; lamentaba no haberme puesto un abrigo, pero ya era tarde. Además tenía hambre, miré con codicia los collares de cebollas al cuello de las señoras mayores, o los tarros de conservas que cargaban algunos con las dos manos, a veces tan grandes como los mocosos que les seguían. Un olor delicioso me invadió las ventanas nasales: en la esquina de una calle muy grande, unos soldados en uniforme gris y algunos de nuestros policías se estaban asando un cochino enterito. Yo los contemplé con envidia mientras ellos nos observaban con desprecio y entre risas, burlándose de nuestras furtivas miradas a su festín. Más lejos, a la derecha, el cuerpo de un hombre echado sobre la calzada; le salía sangre de la cabeza, su gorra había rodado hasta el desagadero, donde se unían los chorros del líquido rojo. La gente lo rodeó sin detenerse, algunos incluso lo saltaron, lo cual me dio una terrible lástima. Tiré de la mano de la mujer rubia y señalé el cadáver con la barbilla. «No mires, cielo», dijo colocándose entre él y yo. — «Pero ¿qué le ha pasado?» — «Eso no es cosa nuestra.» — «¿Y vamos a dejarlo ahí?» Ella no respondió nada. Más lejos, había una gran algarabía. Unos soldados se habían apoderado de varios hombres, unos señores barbudos e imponentes con largas patillas rizadas que no llevaban nada salvo su camisa blanca, y les pegaban ferozmente con un garrote o con la culata; las mujeres gritaban, los hombres barbudos gemían, la sangre mojaba sus bonitas camisas. Luego los soldados los cogieron y se los llevaron. «Están jodidos», masculló el hombre a mi lado. — «¡Cállate! —silbó la mujer—. Piensa en el pequeño.» La muchedumbre se había calmado y otra vez estaba en marcha. Pero yo escuché perfectamente otra frase que se le escapó al hombre, como si se hablase solo: «Esperemos que les baste con esos». El pálido sol iluminaba el cielo encapotado, pero el día seguía siendo igual de frío y seco, tenía la carne de gallina y apreté mi osito de peluche contra mi cuerpo para darme un poco de calor. La gente

continuaba afluyendo de todas partes, el flujo principal iba engordando, dirigiéndose hacia el lado por el que se acuesta el sol, con paradas y salidas bruscas, como un juego de patio de recreo. Ante nosotros, la calzada se iba estrechando entre alambradas y obstáculos anticarro rodeados de soldados con cascos de acero y policías en uniformes verdes, y la muchedumbre se iba precipitando en ese embudo; de ahí, desembocamos en un solar lleno de gente, con una larga pared de ladrillos rojos al fondo, tras la cual se alzaban unos grandes árboles contra el cielo, totalmente cubiertos de hojas rojas y amarillas. Yo conocía ese lugar, era un viejo cementerio donde a veces, los fines de semana, venía a pasear. Por todas partes a mi alrededor resonaban gritos, golpes, insultos, furiosos altercados, yo me veía mecido en todos los sentidos pero la mujer del moño me agarraba de la mano con fuerza evitando que me perdiese. El suelo estaba cubierto de documentos, papeles de identidad, fotos de familia o de vacaciones, me hubiese gustado agacharme para recoger algunas y examinarlas más de cerca, pero estaba demasiado ocupado. Un empujón me hizo tropezar; sin soltarme de la mano de la mujer, vislumbré fugazmente mi cabeza rubia en un charco de agua; pasado un instante, el pie de un hombre rompió la superficie, borrando el reflejo de mi rostro afilado, serio, terco. La mujer me arrastraba y advertí con horror que me habían arrancado de la mano el osito de peluche y me volví hacia todos los lados para buscarlo, hasta que lo localicé un poco más lejos, yaciendo entre las botas de un policía que se desgañitaba contra nosotros, la cara escarlata; sus ojos de vidrio azul, llenos de un mudo reproche, me miraban silenciosamente mientras me alejaba. Luego la muchedumbre me hizo perderlo de vista. Mientras me debatía tratando de ir a recuperarlo, me vi plantado con los dos adultos delante de una serie de mesas, detrás de las cuales reinaban unos oficiales vestidos con uniformes negros rodeados de soldados y policías locales. En cada mesa, había que entregar unos objetos: el hombre vació sus bolsillos, la mujer rubia se quitó las sortijas una a una, las pulseras y el collar, echándolos con gesto desdeñoso. Vi pasar un paquete de fotos; el oficial lo cogió, le echó una rápida ojeada y lo tiró al suelo; apenas me dio tiempo a distinguirlas, aparecía yo en compañía del hombre, en diferentes épocas y en diferentes situaciones, en el circo, en la playa, en una

barca; ahora nos tocaba avanzar hasta la mesa siguiente, donde el hombre escribió algo sobre una etiqueta que ató a las llaves del apartamento para dárselas al oficial. En la última, detrás de la cual los soldados lanzaban pilas de ropa a unos camiones, obligaron al hombre y a la mujer a desvestirse, del todo, la mujer trató de conservar la ropa interior pero un policía la abofeteó, los dos tiritaban de frío, lo sentí mucho por ellos, tanto que casi olvidé mi osito de peluche, a mí afortunadamente me ignoraron, pude quedarme con mi chándal. El hombre y la mujer trataron de abrazarse, pero un soldado golpeó al hombre con su garrote y tiró brutalmente del brazo de la mujer; ella gritó, alargó un brazo hacia mí con una mirada de desesperación, yo apenas pude rozar la punta de sus dedos, el soldado la golpeó también y la obligó a subir a un camión con otras mujeres desnudas y niños muy pequeños, su hermosa cabeza rubia desapareció en la muchedumbre y yo, por más que estirase el cuello, ya no podía verla, el camión arrancó, el hombre me había cogido de la mano y la apretaba con fuerza y tiró de mí en la otra dirección, su mano libre acariciándome el pelo de forma mecánica.

Nos unimos a una columna de hombres y niños, todos prácticamente desnudos, y caminamos por un sendero que se alejaba del cementerio, vigilado cada diez metros por un soldado armado. De vez en cuando, cuando se levantaba un viento que me atravesaba la ropa, a lo lejos, delante de nosotros, distinguía una débil explosión. El hombre que me cogía de la mano no parecía darse cuenta, avanzaba a paso firme, el rostro sombrío, como ido. A nuestro alrededor, los hombres cantaban unas tristes letanías que repetían en coro en una lengua para mí incomprensible. El hombre en cambio no cantaba, sólo apretaba mi mano en la suya. Delante de nosotros, el camino rodeaba una colina arbolada. El hombre me tiró de la mano, yo levanté la mirada y encontré sus ojos, luego él señaló la curva con la barbilla. Yo miré: bajo el camino de tierra pasaba una amplia tubería de hormigón. Volví a mirar al hombre. Él seguía sin decir nada, sólo me apretaba la mano con violencia y me miraba con gesto feroz, ardiente. Le hice una señal con la cabeza y su mirada se suavizó. Volví a examinar la curva: había allí uno de

los policías de verde, fumando un cigarrillo, pero del otro lado del camino no vi a nadie. Cuando llegamos cerca de la canalización, el hombre me soltó la mano y me golpeó secamente el hombro. Yo me colé entre las piernas de los hombres que nos seguían, controlando que el policía no me viese, y me metí en la tubería. Estaba húmeda, el lodo me mojaba los hombros; retorcí la nuca para mirar a un lado y al otro: aparte de la tierra y un poco de verdor, no veía nada. Entonces cerré los ojos y me quedé allí con el corazón en un puño, escuchando la monótona cadencia de los hombres que desfilaban sobre mi cabeza. Debí de dormirme; un suave contacto en la cara me hizo abrir los ojos, arrancándome cruelmente de un sueño largo y confuso en que la hermosa mujer rubia, sonriente y feliz, trataba sin éxito de arrancar un coche mientras detrás de ella unos obreros demolían nuestra casa piso por piso. Todavía era de día y los pasos de la muchedumbre seguían martillando la tierra sobre mi refugio. Alargué la mano y encontré algo sedoso: un gato se había deslizado en la tubería y había venido a acostarse justo detrás de mi cabeza, lo atraje y me lo puse en el pecho para acariciarlo; él se dejó hacer sin protestar, replegó sus patas y se puso a ronronear, entrecerrando los ojos, la mar de contento. Me quedé así con él durante mucho tiempo, sin pensar en nada, ni siquiera en el hombre y la mujer que me habían acompañado hasta allí, ni siquiera en mi osito de peluche, que sin embargo tanto echaba de menos. Fuera caía el sol, de vez en cuando el viento se colaba en la canalización, calándome hasta los huesos, yo me acurruqué y apreté al gato contra mí, el ruido de la caminata no cesaba, por fin disminuyó y luego desapareció por completo. Llegó la noche y agucé el oído, todavía resonaban algunos gritos en la lengua de los soldados, seguí sin moverme, el ronroneo del gato se interrumpía para renacer luego con más fuerza, colmando el espacio estrecho de la tubería, ese sonido me tranquilizaba y no dejé de acariciar la espalda del animal, finalmente ya no oí ningún otro ruido, esperé todavía tanto como pude, luego aparté al gato y me arrastré sobre los codos para arriesgarme a sacar la cabeza fuera de la canalización. Pero no vi nada, sólo la oscuridad y el movimiento vago y oscuro de las hojas de los árboles en el viento. Agucé el oído, todo estaba en silencio y me arriesgué un poco más, levantándome sobre las nalgas y echando por fin una rápida ojeada al

camino. Parecía vacío. Me agaché, volví a escuchar, luego me levanté de nuevo, la boca seca y el corazón batiente, no había nadie, todo el mundo se había ido. Salí de la tubería; el gato me había seguido y se deslizó entre mis piernas, frotándose contra mi pantorrilla, la cola tiesa, maullando apaciblemente. Miré a mi alrededor, tratando de situarme. El cielo de la noche era claro, las estrellas brillaban, la luna, llena en sus tres cuartos, estaba en lo alto e iluminaba los árboles sobre la colina, que crujían en el viento. El cementerio se hallaba en la dirección de la que yo había venido y decidí dirigirme hacia allí; pero seguir el camino no era una opción, así que me adentré entre los árboles para escalar la colina, seguido siempre por el gato que no parecía dispuesto a dejarme. Me orienté al tuntún, dando un largo rodeo y tratando mal que bien de no perder el rumbo. De todos modos no había nadie. Por fin alcancé la pared del cementerio, sobre la colina a cuyos pies estaba el lugar del que habíamos salido. No era muy alta y tomé al gato para ponerlo encima, luego también yo me subí y me dejé caer del otro lado. Me conduje al azar entre las tumbas y los árboles, evitando los pasillos, acariciando con los dedos las lápidas sepulcrales desgastadas y cubiertas de musgo, sus nombres medio borrados. Más lejos había un montículo sobre el cual me agazapé; escondido detrás de una tumba, alargué el cuello para observar el solar al pie del cementerio. Estaba lleno de gente agrupada por familias alrededor de pequeños fuegos, sentados sobre sus bultos y maletas, cocinando en potes o cacerolas menudas. Un delicioso olor de alubias rojas llegó hasta mí, lo cual me puso la miel en los labios, el estómago me hacía ruidos, me moría de hambre pero no había nada que hacer, la gente allí abajo estaba rodeada de militares armados y mañana por la mañana, no había la menor duda, iban a seguir el camino de los de hoy y yo me tenía que quedar escondido, porque si no, me esperaba el mismo destino, volver con el hombre que se había esforzado para que no tuviese que seguir su misma suerte. En alguna parte, también mi osito de peluche esperaba en vano. Llevado por la tristeza, me replegué hacia la parte alta del cementerio hasta dar con un rincón oscuro, una alfombrita de musgo arrinconada entre dos criptas pequeñas, escondida bajo los árboles, allí me hice un ovillo para dormir, tiritando de frío, de hambre y de pena, con el gatito apretado entre los brazos.

Esta vez no soñé. Cuando abrí los ojos, justo delante de mí, el musgo reflejaba un brillo blanquecino: la luna se había desplazado y su luz caía ahora de lado entre los árboles, iluminando el cerro. Advertí con angustia que el gatito gris había desaparecido; miré rápidamente detrás de las criptas, pero no había nada. Sentí una gran emoción, lágrimas en los ojos, no soportaba la idea de perder también a ese gato y me puse a explorar los alrededores como un loco, dejando ir discretos resoplidos. Pero no había más que árboles, tumbas, sombras proyectadas por la luz de la luna y silencio. Finalmente llegué junto a la pared de ladrillo por la que había entrado en el cementerio. De repente se me ocurrió que si no encontraba al gatito, tal vez pudiese encontrar al hombre y la mujer con los que salí del apartamento. Debían de estar más lejos, seguro que bien vigilados, puede que ya les hubiesen dado la ropa de trabajo, pero si lograba deslizarme entre los soldados, por lo menos podría encontrarlos e irme con ellos. Esa idea me infundió valor y no tardé en escalar la pared. No bajé hacia el camino, me metí entre los árboles en lo alto de la colina, orientándome con la luna para trazar una larga curva por encima del trayecto que habían seguido todos los otros. Más lejos, oí un ruido y me acerqué con precaución: abajo, unos bulldozers, iluminados por focos plantados en el suelo y vigilados por militares arma en ristre, cavaban o ensanchaban una especie de zanja al lado de un terraplén. Supuse que más allá debía de haber un barranco o una gran depresión, continué mi camino para rodearlos y tratar de ir a ver más lejos, seguro de que allí encontraría por fin a quienes andaba buscando. Detrás de mí, disminuyó el ruido de las máquinas; agucé el oído, no escuchaba nada más, parecía no haber nadie. Me acerqué a los últimos árboles y me quedé en cuclillas un buen rato, detrás de un matorral, escudriñando el terreno entre el linde del bosque y el barranco, al acecho del menor movimiento. Pero no había nada. Entonces me arriesgué a salir de mi escondite. Bien agachado, atravesé el terreno a paso de carga, luego me eché boca abajo para hacer los últimos metros arrastrándome. Era un barranco, muy ancho, con un pequeño arroyo que serpenteaba al fondo y se perdía a lo lejos hasta desaparecer en la oscuridad de la noche. Me incorporé un poco apoyado en los codos y acercándome al borde, perfectamente consciente de que la luna iluminaba toda la extensión y, si

había alguien enfrente, me vería seguro. Pero no podía dar marcha atrás y seguí avanzando, deteniéndome a cada instante para escrutar las tinieblas al otro lado del barranco. Por fin llegué al borde. Recuperé el aliento, esperé un poco más, luego avancé otro tanto para ver. Por todas partes había grupos de gente desnuda acostada boca abajo, sus nalgas y espaldas blanquísimos sobre la hierba verde, amontonados, retorcidos, inmóviles. El arroyo, al fondo, estaba oscuro, color de lodo con reflejos rojos allí donde caía la luz de la luna; entre la hierba alta y los cuerpos blancos, la tierra parecía dorada; no se movía nada. Miré aún un buen rato y luego me retiré arrastrándome, obligándome a inspirar aquel aire que había adquirido una consistencia pastosa y me asfixiaba. Cuando llegué a los árboles, me levanté y salí pitando como un animal enloquecido, dejando que las ramas me arañasen la cara sin siquiera levantar las manos. No sé muy bien cómo, al final di con la pared del cementerio, la superé y fui a esconderme bien al fondo, entre las tumbas. Seguía sin la menor noticia del gato, lo echaba terriblemente de menos pero no podía hacer nada aparte de quedarme allí temblando hasta el alba, agarrándome las rodillas, incapaz del menor movimiento. Por fin el cielo se volvió más blanco, adquirió unos matices rosáceos y fue virando suavemente a azul. Hice un esfuerzo para incorporarme y estiré los músculos doloridos. Abajo, la algarabía había renacido; aguzando el oído, de lo lejos me llegaban crepitaciones continuas, a veces tapadas por la brisa, a veces muy claras. De espaldas al solar, me deslicé entre las tumbas a lo largo de la pared trasera del cementerio, reuní el valor necesario y la salté para alejarme en dirección al campo. Pasé junto a unos almacenes abandonados, luego di un buen rodeo para evitar unas callejuelas bordeadas por pequeñas casuchas de madera; las vías pavimentadas fueron convirtiéndose en caminos de tierra, cada vez había menos casas, y así llegué a los campos, protegido por los altos hierbajos y las coronas secas de los girasoles que nadie había cosechado. En un caminito, me crucé con un caballo muerto, todavía atado entre los varaes de una carreta en cuyo interior había media docena de manzanas amarillas pasadas, todas arrugadas. Las devoré una tras otra, tragándome también los corazones y hasta las semillas, su jugo un tanto soso manchándome la barbilla sin que me tomase la molestia de limpiármelo. El sol ya estaba alto y dormí unas horas

entre los girasoles marchitos, lo suficientemente lejos del caballo putrefacto como para que no me llegase su hedor. Poco antes de que se pusiese el sol reanudé mi camino. Delante de mí, el sol se ponía sobre los trigales proyectando una luz color mantequilla fresca sobre las espigas maduras; nubarrones de cornejas se arremolinaban gritando por todas partes, un sonido que me volvía loco, como los llantos de un bebé hambriento. De vez en cuando me cruzaba con un muerto, uno de los suyos o bien de los nuestros, los ojos y la boca llenos de moscas. Llegué así a un pueblecito abandonado, donde recorrí las empalizadas azules entre el graznido de los gansos, el mugido de unas vacas de las que nadie se había cuidado desde hace días, y los furiosos ladridos de los perros que agonizaban atados a la cadena abandonados por sus dueños. Al final de la calle había alguien, una persona rubia, desde donde yo estaba no pude distinguir si se trataba de un hombre o de una mujer; atemorizado, decidí meterme en un pequeño edificio oficial, con las paredes blanqueadas con cal descolorida. La puerta principal, cerrada con una cadena y candado, había sido arrancada de sus goznes y yacía allí tirada; la salvé rápidamente y me introduje en un largo corredor, echando vistazos temerosos a los despachos, todos patas arriba, a los muebles destruidos y al suelo cubierto de papeles maculados de lodo. Al fondo había otra puerta: la abrí, atravesé el umbral y me puse a correr a zancadas cortas tan pronto como se cerró tras de mí. Aquí no hacía ni calor ni frío, lo cual resultaba mucho más agradable, poco a poco mis miembros se fueron soltando, mi respiración recuperó su regularidad, avanzaba sin problemas, los codos al cuerpo, siguiendo tan bien como podía la extraña curva del largo pasillo, vagamente visible en la curiosa claridad gris sin origen aparente. Las paredes parecían interrumpidas aquí y allá por aberturas, escondrijos más o menos profundos o bien cruces de otros pasillos, lo cierto es que me resultó un tanto inquietante y no me detuve a comprobarlo, sabe Dios qué podría haber encontrado. Pero por fin me puse un poco más contento, di una voltereta, debo admitir que bastante torpe, luego otra, mis pies toparon con la pared pero no pasaba nada, traté de hacer el pino pero no logré mantener el equilibrio, al final conseguí aguantarme y dar tres pasos seguidos, todo un éxito. Me hubiese gustado probar un salto mortal, pero no me llegaron las

fuerzas y seguí así, corriendo a cuatro patas, dando volteretas o saltando con los pies juntos, riéndome solo cada vez que me caía o me faltaba el aliento, hasta que me hallé bajo la luz cruda de los neones del vestuario; rápidamente me puse el bañador y el gorro y pasé por las puertas batientes que a punto estuve de que me diesen en la nariz, accedí a un gran espacio lleno de una luz azulada, borrosa, vacilante, estaba un tanto desorientado y otro niño, galopando justo a mi lado, por poco me hace caer al agua, los gritos, los chapoteos y las salpicaduras resonaban en mis oídos, recuperé el control, me ajusté bien las gafas a los ojos y busqué mi pequeña silueta entre los reflejos que se entremezclaban en los grandes espejos que rodeaban la piscina. Pero no la encontré, todos esos movimientos de los cuerpos eran demasiado confusos, así que di unos pasos y me acerqué al borde, los dos pies juntos y las nalgas prietas, extendí los brazos delante de la cabeza, como me habían enseñado, y lancé mi cuerpo hacia delante a través del espejo alegre y vívido del agua.

VI

Hendí el agua con mi cuerpo, fluyendo de una punta a la otra de la piscina como una máquina bien engrasada, propulsada por gestos precisos y perfectamente encadenados. Cada vez que llegaba a un extremo, rodaba sobre mí misma y me impulsaba con los pies para lanzarme en sentido contrario. Los focos alineados en el techo depositaban puntitos de luz danzarina sobre las olas que iban levantando los movimientos de mis brazos; bajo el agua, esos puntos se ensanchaban en manchas de bordes movientes, oscilando sobre las baldosas azules del fondo de la piscina. El vigor que animaba mis músculos me satisfacía, iba encadenando largos sin contarlos. Por fin me zambullí con los brazos pegados a las caderas y me dejé ir. Mi cabeza reventó la superficie, la boca abierta para aspirar el aire, mis manos encontraron el borde y, aprovechando mi empuje, efectuaron una elevación flexible para izar fuera del agua mi cuerpo chorreante. Durante un instante me quedé en cuclillas en el borde, los dedos al suelo para asegurar el equilibrio, luego me levanté y estiré los brazos, tensando el tejido del bañador sobre las puntas de mis senos, enhiestas por el frío. A mi alrededor resonaban los ecos de gritos, risas y salpicaduras proyectadas por el contacto de los cuerpos con el agua; los sonidos me llegaban de todas partes, deformando el espacio y desorientándome por momentos. Me quité el gorro y las gafas y fruncí los ojos, me restregué los párpados con los dedos y luego me pasé la mano por entre los cortos cabellos para escurrirme el agua. Volví a abrir los ojos: una mujer muy guapa de rostro triste, cuyos mechones rubios, un poco más dorados que los míos, escapaban del gorro de goma, me miró con aire de extrañeza; a mis pies, el charco formado por el agua que fluía de mis muslos

iba creciendo. Los grandes espejos que rodeaban la piscina reflejaban formas en movimiento, el relucir del agua, el brillo de las luces, imágenes fragmentarias en medio de las cuales, mirase al lado que mirase, se alzaba mi cuerpo, recto, liso, inmóvil, estatuario. Volví a secarme el agua de la cara y atravesé las puertas batientes en dirección al vestuario, donde, sin entretenerme con las mujeres desnudas o medio vestidas que charlaban a mi alrededor, me encerré en una cabina para secarme y cambiarme, liberé mi verga de su ajustada funda, confiné mis senos en una camisita de deporte y me puse un chándal gris, sedoso y agradable a la piel. Rápidamente maquillada, ligera en mis deportivas blancas, encontré el pasillo donde me puse a correr a zancadas cortas, rozando la superficie lisa de las paredes para guiarme y levantando la cabeza con curiosidad para intentar adivinar de dónde procedía la iluminación, débil pero suficiente, que guiaba mis pasos. Pero ni siquiera logré distinguir el techo, y me pregunté si no estaría ya fuera aunque, a fin de cuentas, tanto me daba; aquí reinaba una frescura agradable, un olor frío de hormigón húmedo, me pasé la lengua por los labios resecos por el pintalabios rojo y seguí corriendo, respirando con satisfacción, contenta y cómoda, el cuerpo revigorizado por el ejercicio. De vez en cuando, veía en la pared una porción más oscura, una abertura sobre la que me abalanzaba por un momento, riendo de la sorpresa al darme cuenta de que no se trataba más que de un pequeño refugio, o bien dando media vuelta enseguida si descubría una nueva galería, todavía más oscura que aquella por la que corría. Al poco advertí un objeto brillante colocado en medio de una pared: se trataba de un pomo, alargué la mano sin pensarlo, abrí una puerta y la atravesé ralentizando el paso. Mi pie se hundió en la hierba: me detuve en un gran jardín apacible, familiar, donde el sol de la tarde derramaba una luz rasante sobre las hojas entremezcladas de las buganvillas y la hiedra limpiamente podadas sobre su celosía para luego iluminar los gruesos troncos nudosos y las ramas aloçadas de una enorme glicina que ascendía y cubría la fachada de la casa, alta como una torre, proyectando su larga sombra sobre el fondo del césped. El lugar bullía de gente, policías uniformados, hombres de paisano cuyo aspecto, bigotes, frentes desguarnecidas, ropa de poliéster mal tallada, revelaban igualmente al oficial de policía. Las sombras,

desmesuradamente alargadas por el sol poniente, estriaban la hierba fulgente; yo me adentré entre ellos sin que nadie se fijase en mí, a punto de tropezar con un gato gris que pasó embravecido entre mis pies. Uno de los policías, libreta abierta en la mano, le explicaba algo a uno de sus superiores y pesqué un par de frases al vuelo: «Fue la vecina quien lo encontró. Había venido a quejarse, una historia de fusibles, no lo he entendido bien». La inmensa mayoría de los policías parecía dirigirse hacia la piscina, escondida casi por completo tras la esquina de la casa, y yo los seguí. El cuerpo desnudo del niño flotaba boca abajo en el agua aguamarina de la piscina, rodeado por la sombra dentada que proyectaban las largas frondas arqueadas de una palmera rechoncha y poblada. Por todas partes había hombres de paisano fotografiando, filmando, anotando, midiendo; un policía uniformado instaló un gran foco que se encendió con un seco chasquido: la iluminación horadó el crepúsculo, disipando la sombra de las palmas y aislando el cuerpo magro del pequeño, sus cabellos rubios agitados como algas por el ligero ondeo de la superficie del agua, sus nalgas blanquísimas bajo la luz. Me quedé allí un instante, la mano en la boca, luego me volví y entré en la casa. En el pasillo, me crucé en silencio con dos policías; otro, de paisano, subía por la escalera. Me dirigí hacia el fondo y abrí la puerta de la habitación del niño, me adentré un poco en ella, con cuidado de no pisar las filas de soldaditos de plomo, armados con lanzas y carabinas, meticulosamente alineados sobre la gran alfombra. Contemplé la cama medio deshecha, sobre la que descansaba al través un osito de peluche rosa con los ojos de vidrio azul, las estanterías desfondadas por el peso de los libros, la cámara puesta sobre un anaquel, las paredes cubiertas de carteles de cine y fotografías enmarcadas. En su inmensa mayoría representaban al niño acompañado de un hombre rubio de rasgos francos y desenfadados, tomadas en diferentes épocas y en diferentes situaciones, en el circo, en la playa, en una barca. Varias de las fotos mostraban al niño acurrucado en brazos del hombre, poderosos y velludos, y despertaron en mí una especie de nostalgia, o más bien una suave tristeza aunque desprovista de pesar. El hermoso rostro del niño, inteligente y confiado, radiante, iluminaba la presencia del hombre, de modo que cada uno parecía el reflejo del otro, resultando evidente todo cuanto los unía de forma

irremediable. Se me estaban secando la garganta y los ojos, medio turbada, todavía los contemplé un instante a los dos; por fin volví al pasillo y encaré la escalera. Pero ni siquiera había llegado al rellano, dominado por la mirada grave, perdida en el vacío, de una gran reproducción enmarcada de *La dama del armiño*, cuando me asaltó un largo grito ronco, luego otro. Me detuve y escuché esos aullidos bestiales que invadían la casa, demasiado profundos para una garganta humana; entonces renuncié a continuar y di media vuelta. En el pasillo encontré a un policía que me dijo: «Buenas tardes, señora. ¿Puedo preguntarle qué hace aquí?». — «Soy una amiga de la familia.» Él vaciló: «¿Podría ver sus papeles, por favor?», me preguntó. Yo le dediqué una sonrisa seca pero educada: «Desde luego». Saqué una cartera de cuero del bolsillo interior de mi chaqueta, busqué mi carné de conducir y se lo di. Él se estremeció, me miró atentamente de arriba abajo, volvió a examinar el permiso, y al final me lo devolvió con aire desconcertado: «Muy bien, eh...». Volvió a vacilar, y terminó diciendo: «¿Señor?». Yo lo miré sin abandonar mi sonrisa: «No —repliqué por fin amablemente, mientras me guardaba la cartera—. Señorita». Él se llevó la mano a la gorra y se apartó para dejarme pasar. «Buenas tardes, señorita.» Fuera era casi de noche; detrás de la casa, la luz macilenta del proyector iluminaba el ballet de policías y fotógrafos, las pesadas frondas de la palmera, el agua pálida de la piscina, el tranquilo vaivén del cuerpo del niño. Le di la espalda a la escena y me dirigí hacia la puerta del garaje. En su interior, encendí la luz, abrí la portezuela del bonito descapotable negro que había allí aparcado, me deslicé al volante y me instalé cómodamente en el asiento de cuero color crema. Las llaves estaban donde tocaba y arranqué el motor con una simple presión, seguida de un apacible ronroneo. Accioné el mando a distancia para abrir la puerta, me puse en marcha y, en cuanto estuve en la calle metí la segunda y aceleré. El coche respondía dócilmente a la menor presión de mis pies y mis manos, gruñendo sordamente mientras recorría las calles y los bulevares iluminados de la ciudad. Cuando entré en la rampa de entrada a la autopista del este ya era completamente de noche. El resplandor amarillo de las farolas y los conos blanquecinos de los faros de los coches iluminaban los diez carriles de la inmensa carretera prácticamente como si estuviésemos a plena luz del día. Yo

iba cambiando de un carril al otro, hasta colocarme por fin en el penúltimo, circulando muy por encima de la velocidad permitida. Encendí la radio y fui pasando emisoras hasta que me detuve en la voz ronca, magníficamente velada, de una mujer que cantaba a lo implacable de las puertas cerradas, a la soledad de las habitaciones de hotel, al júbilo de la partida. Me sentía ligera, como libertada del inmenso peso que entraña una vida. A la salida de la ciudad el tráfico se aclaró un poco, la carretera no tenía ahora más que cuatro carriles, sin separaciones, de vez en cuando adelantaba a un camión, o bien me cruzaba con un coche que circulaba en sentido contrario, sus faros hendiendo la oscuridad como dos bolas blancas; el terreno se iba cerrando, las colinas lo estrechaban, atravesé un amplio valle donde el viento se abatía en tromba, haciendo rotar lentamente las palas de decenas de molinos de viento alineados a lo largo de la carretera, blancas y espectrales en la noche, guardianas impasibles de la misteriosa región más allá, esperando con paciencia a su Don Quijote. Pero yo no tenía la menor intención de librar batalla alguna y pasé de largo sin aminorar la marcha, contemplando cómo se iban borrando en el retrovisor, sus palas entremezcladas en un ballet lento y monótono. Así estuve conduciendo toda la noche, sin cansarme. Cuando por fin el alba sonrosó el cielo, la ciudad y sus masas humanas hormigueantes se hallaban ya lejos detrás de mí y yo circulaba atravesando el desierto. Cual bola anaranjada de fuego, el sol asomaba al frente, en el horizonte, derramando una luz tenue sobre la tierra, las plantas espinosas espaciadas a cierta distancia las unas de las otras, y las crestas de las colinas que se alzaban a lo lejos. Aparte de algún que otro camión, en la carretera no había casi ningún otro vehículo. Poco a poco el sol se despegó del horizonte y, suspendido ante mí, fue amarilleando el cielo, que viró a azul pálido. Busqué en la guantera y encontré unas gafas de sol, luego un montón de CD. Hacía rato que la radio no captaba ninguna emisora, así que metí uno de los discos en el lector: una música de clavecín, vívida y jovial, inundó el habitáculo contagiándome su alegría hasta el punto de ponerme a canturrear entre dientes. Cada vez iba haciendo más calor, encontré el botón que manejaba la abertura automática de la capota y esta se replegó silenciosamente hacia atrás, abriendo el coche a los olores del desierto y al viento, que jugueteaba con mi

pelo y me transportó a la plenitud de la mañana y de las inmensas extensiones que se abrían ante mí.

A media mañana, paré en un bar de carretera. Sentada en un taburete de escay color grosella delante de un largo ventanal, me tomé a sorbitos un mal café mientras contemplaba el paso de los camiones, luego devoré un enorme desayuno a base de huevos y tocino, patatas salteadas y tortas ahogadas en sirope. Después volví a coger el coche, hice todavía varios kilómetros y salí de la carretera principal para arriesgarme por un camino de grava. Aparqué a un lado, a la sombra de una alta colina abrupta, cerré el capote y dormí unas horas acostada en posición fetal en el asiento de atrás. El sol me despertó a primera hora de la tarde y, tras buscar entre los CD hasta dar con una ópera antigua, me reincorporé a la carretera principal. Esta atravesaba en línea recta el desierto interminable, el tibio soplo del viento se mezclaba con el fraseo rígido y hierático de las arias y los coros. En una pequeña ciudad, cansada de mi chándal, me fui de tiendas para reconstituir mi vestuario, entré a los aseos de una gasolinera a cambiarme y salí con una camiseta cruzada verde oliva, las caderas moldeadas bajo una minifalda albaricoque, sobre unas sandalias con tacón y la plataforma de corcho, y con las muñecas y el cuello decorados con joyas de fantasía, grotescas y divertidas. Me vi muy guapa y así volví a ponerme al volante, las piernas desnudas sobre el cuero pálido del asiento, acodada en la ventanilla y con un cigarrillo en la comisura de los labios, como la parodia lúdica de una estrellita del cine. Levanté la mirada hacia el retrovisor para arreglarme los mechones rubios de mi corte a lo chico y, por un momento, me quedé pasmada ante mi rostro fino y anguloso, perfilado por las enormes gafas de sol y el grueso trazo rojísimo de los labios. Detrás de mí, visible en los retrovisores exteriores, el cielo brillaba sobre el desierto, rayado por unas lenguas naranja y azafrán que, allá en las lejanas colinas, viraban suavemente a índigo. Delante era prácticamente de noche y mis faros proyectaban sobre la carretera un gran corazón de luz blanca, hendiendo la oscuridad para revelar las matrículas de los camiones que iba adelantando y las formas fantasmales de los grandes cactus que punteaban la extensión

nocturna. Finalmente me detuve junto a la carretera en un curioso complejo aislado, un conjunto de edificios ridículos y divertidos, pintados de colores chillones imitando las construcciones del Far West. Me dirigí hacia la gran caverna del restaurante, atravesando el vestíbulo de entrada entre osos disecados, de pie con la boca abierta sobre sus patas traseras, y allí me paré un momento a echar unas partidas en una caseta de tiro, agitando mi rifle de perdigones en todos los sentidos y riéndome como una loca cada vez que le daba a un globo. El gerente del stand iba disfrazado de *cowboy*; las camareras, de indias; todas las paredes de la inmensa sala del restaurante, abierta a dos pisos con una galería en la parte de arriba, estaban cubiertas de cuernos de bisonte, aves disecadas, adornos de plumas, fusiles, arcos y flechas e innumerables fotos amarilleadas, reproducciones de postales de época en las que unos indios posaban ya bien domesticaditos, aplastados por un poder que se había apoderado de sus tierras y los había engullido; tan libres ellos en otros tiempos, tan orgullosos, y convertidos luego en curiosidades vivientes expuestas en ferias y circos o ante el objetivo de la cámara fotográfica. Una de las camareras, una rubia mofletuda con permanente, cuyos enormes senos lechosos desbordaban su traje a rayas, vino a tomarme nota. «¿Y esto? ¿Qué es esto?», pregunté señalando donde ponía *ostras de montaña*. La mujer miró a su alrededor con un aire burlón y ostentoso, luego se agachó para gritarme al oído: «¡Son cojones, querida!». Los testículos, pasados por la sartén, servidos acompañados de una salsa cóctel un poco agria, presentaban una consistencia gelatinosa bastante particular, nada desagradable; continué con un bistec sangriento de tres dedos de grosor y lo regué todo con una cerveza de la región ambarina y amarga. Luego fui a sentarme a la barra y pedí un bourbon que me bebí fumando y contemplando mi reflejo en el largo espejo que había tras las hileras de botellas. En la *jukebox* sonaba música country, el barman llevaba un sombrero de *cowboy* y dos pistolas en un cinturón de cuero decorado, tuve la sensación de hallarme en un decorado de cine que en cualquier momento podría quedar desvelado, dejando al descubierto los focos y las cámaras; sin embargo, aun sabiendo que aquello era la invención, absolutamente facticia, destinada a los turistas de paso, de un promotor megalómano, se había

convertido igualmente en parte integrante de la vida de la gente que allí trabajaba, y yo me sentí cómoda, ajena pero a gusto, como si aquí cupiese todo el mundo, yo incluida. Acodado en la barra, cerca de mí, un joven negro no me quitaba los ojos de encima; cuando me acabé la copa, él levantó la suya hacia mí, haciendo tintinear los cubitos de hielo con una sonrisa. Yo le devolví una sonrisa alentadora y él se dejó resbalar de su taburete, le pidió dos whiskies al barman y vino a sentarse junto a mí. Brindé con él y reí de placer, era un chico muy guapo, bien desenvuelto, de largos músculos nudosos y el cabello recogido en unas trenzas prietas que iban a morir en su cuello. «¿Por estos lares los negros ya no tienen miedo de tirarle los tejos a una chica blanca?», le lancé alegremente. Su boca se abrió en una gran sonrisa carnívora, llena de dientes brillantes: «Todo eso ha terminado. A menos que tengas unos hermanos malvados y bien armados». — «No tengo hermanos», respondí, poniéndole la mano en el bíceps. El neón del bar se reflejaba en sus ojos, una pequeña barra de luz plantada como una cuña en cada pupila. Me llevó al piso de arriba a jugar al billar; inclinada sobre la mesa, las piernas extendidas bajo la minifalda, los senos rozando el tapete verde, enfilé bola tras bola y le gané cuatro partidas de cinco. «¡Juegas como un tío!», exclamó, haciéndome reír por el despecho. Para consolarlo, lo llevé a bailar a la discoteca del sótano, había pocos clientes y decididamente no era mi tipo de música, pero entre sus brazos me sentía bien, me abrazaba ligeramente, como si tuviese miedo de hacerme daño, con una ternura y un deseo torpes, su piel olía bien, un olor rico, almizclado, lastrado de sudor, y eso me excitó terriblemente, mientras bailábamos pegué mi pelvis a la suya, frotando mi falda contra la verga enhiesta bajo sus vaqueros mientras su mano inquieta, nerviosa, me acariciaba la espalda. Cuando tiré de él hacia la escalera me siguió sin rechistar, su mano en mi brazo. El motel estaba un poco más lejos, al borde del desierto, cogí el coche y aparqué detrás de la recepción, le di dinero y lo mandé solo a por una habitación. Eran estancias amplias y muy sencillas, con una ventana rectangular en la que corrí la cortina, moqueta granate casi color sangre, papel pintado beige en el que unas vides doradas ascendían entrelazándose, y una gran cama cubierta por una sábana dorada decorada con largas hierbas verdes, como si se tratase de un

prado. Dejé al chico delante de la tele y fui a ducharme. Antes de salir del cuarto de baño, me puse coqueta un sujetador y unas braguitas de encaje, y volví a maquillarme en un par de gestos, estirando mis pestañas con mascara y pintándome los labios de rojo. El joven me esperaba desnudo sobre la cama, jugando distraídamente con su sexo grueso y todavía medio flojo, una sonrisa nerviosa en los labios. Delante de él, de pronto me sentí una mujer mayor: era tan joven, tan guapo. Bajo el fino encaje berenjena de las braguitas, empecé a empalmarme. Él me atrajo hacia sí, me arrojó sobre la fina tela que cubría la cama y me cabalgó, su pesada cola reluciente, ahora ya dura, apretada entre mis muslos. Los abrí y apreté su espalda con mis piernas, acariciando sus hombros y sus nalgas y besando sus labios que todavía olían a bourbon, frenética, loca de alegría.

Por la mañana, al despertar, volvió a besarme antes incluso de que acabase de abrir los ojos, su cuerpo poderoso apretado contra mis nalgas y abriéndome como una fruta madura; arrodillada ante él, la espalda torcida, la cabeza y los senos forzados por sus manos contra las sábanas, mi propio miembro casi olvidado latiendo con flojera, gocé sin interrupción, enloquecida por la dulzura inaudita de las sensaciones que invadían mi cuerpo todavía entumecido de sueño. La luz de la mañana penetraba por los lados de las cortinas, la cabecera de la cama, oscilante, estuvo golpeteando la pared hasta que todo terminó y me quedé un buen rato acostada entre sus brazos, mi trasero apretado contra su vientre, el cuerpo fundente, dichoso. Finalmente me levanté para ponerme un bañador y salí a nadar en la piscina del motel. Estaba sola, todo parecía dormido y no había nadie, la piscina estaba vieja y vetusta y la pintura azul escamada, pero el agua era fresca y me llenó el cuerpo de un vigor nuevo. El sol brillaba por encima del tejado del motel e iluminaba el desierto, vacío, apacible. Todavía mojada, me acosté sobre una tumbona blanca de plástico medio rota, me sequé al sol y volví a la habitación, donde el chico dormía de nuevo. Delicadamente, tomé su bella verga entre mis labios; cuando se despertó ya empezaba a empalmarse y se dejó ir muy rápidamente, la espalda arqueada, su esperma agridulce, casi

alcalino, rebosando en mi boca. Después, mientras se duchaba, abrí las cortinas y me senté al borde de la cama para anudarme las sandalias. Desde la ventana veía la carretera con sus coches y sus camiones, y más lejos unas montañas menudas y sombrías trazando el horizonte bajo el cielo pálido. Me puse un vestido de verano rojo y mi pierna, cruzada sobre la otra, oscilaba bajo el tejido fino y ligero; esperé al chico sin moverme del sitio, los pies apesados en un cuadrado de sol, fumando sin pensar en nada. Después del desayuno fui a dejarlo en la ciudad. Nos despedimos al borde de la acera con un beso afectuoso, y yo lo miré un instante mientras se alejaba, sus hermosas nalgas fornidas, moldeadas por los vaqueros, para enseguida embragar y volver a la carretera. Poco a poco, el paisaje fue cambiando. Ahora atravesaba unos trigales inmensos; a veces, cuando llegaba a lo alto de una cresta, el macadán volvía a bajar súbitamente y, del mar de espigas rubias que ondeaban bajo la brisa, surgían unos rascacielos alzados contra el cielo descolorido, indicio todavía incongruente de una gran ciudad apenas visible plantada en medio de ninguna parte. En cada ocasión, me quedaba dos o tres días, iba al cine, vagaba por las calles, llegado el caso me compraba un vestido o ropa interior bonita, me regalaba una buena cena y luego iba a bailar a una discoteca o a un concierto de rap, perdiéndome entre la jovial muchedumbre; de noche dormía en hoteles escogidos al tuntún, a veces sola, a veces no. Por la mañana solía quedarme un buen rato ante las ventanas de esas azarosas habitaciones, sentada desnuda con los zapatos puestos en una butaca de terciopelo verde, o bien instalada en la cama, las piernas contra el pecho, un cigarrillo en la mano, observando cómo se derramaba la luz sobre las fachadas de ladrillo rojo ritmadas por cortinas amarillas y blancas, sobre los escaparates silenciosos de las tiendas cerradas, sobre los altos edificios de alabastro con aquellas ventanas negras que, a su vez, me observaban a mí como con los ojos innumerables que cubrían el cuerpo, las alas y las manos de los serafines; luego me ponía una falda o un hermoso vestido y me iba a alguna parte a tomarme un café, la taza caliente entre mis manos mientras contemplaba la agitación de la calle del otro lado del cristal. Llegué así a una ciudad del sur a orillas del mar, donde tomé una habitación en un primer piso con vistas a la playa. El oleaje era fuerte y ruidoso y me quedé en mi

balconcito, ante el fulgor gris del crepúsculo, contemplando cómo se estrellaba contra la larga franja de arena, lamiendo los pies de los paseantes con sus perros y arrollando en su espuma a los pocos bañistas lo bastante valientes para adentrarse en ellas. Aquella tarde me apetecía mucho un amante y me puse bien guapa para salir, me resalté los labios con un encarnadino brillante y embuté mi cuerpo en un nuevo modelito, un hermoso vestido tubo gris perla tricotado y muy sedoso, sin la menor costura, que silbó sobre mi piel cuando me lo puse por la cabeza. Fui a comer pescado crudo y verduras confitadas a un restaurante elegante, donde un ventanal inmenso que reflejaba una doble hilera de neones me permitió contemplar el espectáculo silencioso de la animación nocturna, como una película muda sin acompañamiento musical proyectada sólo para los convidados; luego cogí el coche para visitar los bares del barrio de detrás del paseo marítimo. Me llamó la atención un joven muy fino de ojos tímidos y me decidí por él sin pensármelo, le invité a unas copas y luego me lo llevé a la habitación, aparqué el descapotable de camino, cerca del mar rabioso, y allí le acaricié la nuca, lo besé, mis dedos sobre su verga ya dura bajo el tejido de los pantalones. En la habitación, él me ayudó a quitarme el vestido y la ropa interior, y yo a sacarse la camiseta, rozando sus costillas con los dedos y bajando la nariz para inspirar el olor a desodorante y a piel joven en la base de su cuello. Habíamos bailado un poco y yo estaba empapada, fui a darme una ducha rápida y él me siguió para mirar, apoyado con las manos a la espalda contra la puerta abierta, esperando con paciencia. Su miembro, cuando deslicé la mano en sus pantalones para liberarlo, era largo y delgado; pero él de todas formas prefería mi verga a mi culo, lo besé lentamente en la cama, de rodillas primero y luego boca arriba, sus pantorrillas por encima de mis hombros, contemplando abstractamente su rostro estrecho deformado por el placer, animándolo con palabras dulces a que se la menease, trabajando su culo hasta hacerlo gozar con violencia, el esperma derramado sobre su pecho y su barbilla en grandes chorretones. Cuando me retiré, él se volvió sobre el costado, una pierna encima de la otra, respirando pesadamente; de su muslo escapaban fluidos, gel mezclado con un poco de mierda, pero no me dio ningún asco, al contrario, me conmovió, la extraña poesía de lo que se

derrama, y lo sequé con ternura, acariciándole la espalda y los cabellos mientras su respiración iba estabilizándose lentamente. Yo todavía no había gozado y fui a enjuagar mi sexo bajo la ducha, luego me puse unos zapatos de tacón y volví al borde de la cama, las piernas arqueadas, mi verga entre los dedos, la otra mano cerrada sobre un seno. Él se puso a cuatro patas frente a mí y paseé mi verga blanda sobre sus labios, hundiéndola a golpecitos y dejándole chupar la punta hasta endurecerla, luego bamboleando rápidamente la base mientras el glande rebotaba contra el borde de su boca. Él esperaba sin moverse, sin intervenir, dejándose hacer, y así me dejé ir sobre sus labios y su lengua, frotando mi verga en el esperma lechoso contra su nariz, sus mejillas, su mentón.

Sentí ganas de fumarme un cigarrillo y me puse el vestido tubo de punto sobre el cuerpo desnudo para salir al balcón, frente a un mar que seguía abatiéndose sobre la playa con un estruendo monótono y tranquilizador, colmando la noche con su rugido. La cresta de las olas, de un blanco intenso, brillaba bajo la luna; al retirarse de la arena, el agua dejaba tras de sí unas largas ondulaciones fosforescentes. El chico salió detrás de mí, desnudo a pesar del aire fresco, y se pegó contra mi espalda abrazándome por la espalda y acariciándome el vientre y la verga a través del fino tejido sedoso del vestido. Por la mañana, al despertar, descubrí una piscina en el patio trasero del hotel, pero estaba vacía desde hacía tiempo y me paseé a su alrededor con mi nuevo amante, saboreando una manzana amarilla y disfrutando de los primeros rayos de sol. No sé muy bien por qué, ese chico me gustó mucho y me quedé en la ciudad varios días, nadando en el mar y tomando el sol, encerrándome con él en la habitación para hacerle el amor, ataviando a veces su largo cuerpo flotante como un alga con mis medias y mi fina ropa interior, maquillándolo luego para ponerlo de rodillas sobre la cama y besarlo en respuesta a sus súplicas. Al final me cansé y volví a marcharme. La carretera se extendía infinita ante mí, ponía música de fondo y conducía bajo el sol chispeante, o a veces bajo algún chubasco ocasional que me obligaba a montar la capota y a adelantar a los camiones atravesando los grandes

chorros de agua proyectados por sus neumáticos. A veces conducía toda la noche, sola en mi burbuja de cuero, cristal y metal, lanzada hacia el sol que siempre emergía flotando del horizonte, pesado y rojo como una bola de metal en fusión, ascendiendo en el cielo azulado para proporcionarme su alegría tranquila. Pero al final la carretera desembocó en el océano, otro océano mucho más al este, frío y gris. Aquella noche la pasé cerca de una casa de madera abandonada en medio de las cañas, casi derruida, sus tablas gastadas bajo una desconchada pintura azul, frente a una isla deshabitada, separada de la orilla por un estrecho brazo de mar y cubierta de pinos que crecían en la arena. Dormí acurrucada en el asiento de delante, los pies sobre el salpicadero, y me desperté con el sol que arrojaba sus rayos de una luz aguda por encima de la copa de los pinos. En la larga playa de la isla galopaba salvaje y libre una manada de caballos alazanes, asaltada por nubarrones de gaviotas que se arremolinaban para planear enseguida sobre las olas y zambullirse en picado, emergiendo del mar con un pez en el pico en medio del sordo rugido de la resaca. A mi alrededor, una suave brisa marina agitaba las cañas; la casa en ruinas alzaba su tejado agujereado y sus ventanas vacías ante el pálido cielo, testigo mudo de una vida que transcurría en otro lugar. Ya no podía ir más lejos; ahora, había que descubrir otros territorios. Volví a la carretera principal y giré hacia el sur. Atravesé un puente sin fin que, erguido sobre decenas de pilares, dibujaba una enorme curva en medio de la boca de una inmensa bahía surcada por veleros y buques de guerra y bordeada en sus orillas por edificios y construcciones industriales; luego recorrí la costa, atravesando pequeñas ciudades de casas de madera pintadas con colores pálidos, donde devoré una comida rápida en un restaurante adormecido, sentada en un taburete de polipiel o en una silla de madera barnizada. Por fin llegué a una ciudad muy grande donde las altas palmeras agitaban perezosamente sus frondas ante un cielo completamente azul. Había coches circulando en todos los sentidos; las ventanas de los edificios chispeaban, refractando en innumerables destellos la luz del sol suspendido sobre el océano. A través de sus calles, me dirigí sin vacilar hasta una gran torre de cristal, donde un pequeño mando que pendía del llavero del descapotable abrió un garaje subterráneo lleno de coches de unos colores

empaños por el neón. Aparqué marcha atrás entre dos de ellos y apagué el contacto. En la guantera, entre otros objetos allí amontonados, encontré dos juegos de llaves; tomé uno al azar, volví a cerrarla y dejé allí el descapotable, que tan bien me había servido. Un ascensor me llevó al último piso, donde la llave más gruesa del manajo abrió una puerta blindada pintada de blanco que me permitió entrar a un gran loft bien iluminado y poco amueblado con el suelo de madera encerada y vigas metálicas a vista. Dejé mis bártulos cerca de la entrada, las llaves en un bol de cerámica verde anís, y avancé a través del espacio casi vacío, mis altos tacones resonando contra el suelo. Las dos paredes del fondo eran unos ventanales en ángulo que llegaban hasta el techo, apoyé mi frente contra una de ellas, contemplando la maraña de edificios bajos que ocultaban una parte del mar, gris y pálido bajo un cielo blanquecino, sin nubes, calmo. Unas aves migratorias se arremolinaban en formación lejos en lo alto; bajo mis pies, un grupo de cotorras verdes iba y venía alrededor de una palmera medio muerta; por una vez, no había palomas. Me sentí sumamente satisfecha de haber llegado hasta allí, casi alegre, cierto que aquello era un hogar, pero no le restaba nada a la exaltante libertad del viaje: al contrario, le permitía proyectarse de otro modo. De pie sobre un rectángulo recortado en el suelo por el sol, observé la luz cambiante sobre las fachadas y los cristales de los alrededores. Luego me quité los zapatos de tacón y, haciendo crujir la lisa madera del suelo bajo mis pies, recorrí aquella gran estancia, toqueteando el lomo de los libros que atiborraban las estanterías, echando una mirada distraída a los grabados y las reproducciones, a veces envejecidas por culpa del sol, y jugueteando con las manzanas amarillas, verdes y rojas que había allí amontonadas en un gran frutero. Me paré delante de la cadena y metí en la hendidura un disco de conciertos para piano de Mozart que andaba por allí: las notas, joviales, llenaron la pieza, contagiándome su alborozo y penetrando en mí con su autoridad lúdica y soberana. Me serví un vaso de aguardiente, encendí un purito que encontré en una caja, en cuya punta dejé un rastro rojo al humedecerlo entre mis labios, y me arrellané en el largo diván de cuero negro delante del ventanal. Sobre una mesa baja, un grueso álbum, un libro de formato horizontal encuadernado en tela blanca, mostraba series de

fotografías de hombres y mujeres desnudos llevando a cabo todos los posibles movimientos de la vida diaria, descompuestos por el sistema de captura en secuencias de doce o quince imágenes. Lo hojeé página por página, un tanto asombrada por la incongruencia de aquellos gestos tan ordinarios, acostarse en la cama, verter agua, subir una escalera, bajar por una escalera de mano, efectuados por gente totalmente desnuda y como ajena a su propia desnudez, donde ni el rigor del dispositivo ni la voluntad científica lograban borrar por completo su lado turbio. El editor había separado en capítulos distintos a los hombres de las mujeres, aunque de todas maneras las imágenes tomadas de cara no presentaban la menor ambigüedad; pero de espalda, esas pequeñas figuras, blanquísimas bajo la luz artificial, tendían a confundirse, esas nuca, esos muslos y esas nalgas podrían haber pertenecido a cualquiera, me costaba apreciar la utilidad de organizarlas de ese modo, circunscribiendo cada una de ellas a las limitaciones de sus órganos, como si sólo unos testículos permitiesen luchar y un útero servir el té. Todo ello me turbó, cerré el libro con una sensación más bien amarga, aunque con el satisfactorio regusto que me había dejado la contemplación de esas formas blancas, vitales, sanas y activas, capturadas en toda la riqueza de cuanto los cuerpos podían contribuir a la vida.

Hacía fresco en ese loft, casi frío, y bajo mi largo vestido de lino crudo mi piel desnuda empezó a erizarse. Me froté los brazos, puse el siguiente disco y abrí algunos armarios en busca de alimento. No había gran cosa pero aun así pude componerme un delicioso tentempié de sardinas en aceite, cebolla cruda, pan integral y vino rosado que devoré sentada en el diván de cuero, mirando cómo la luz rasante del sol transformaba uno a uno los cristales de los edificios en coladas deslumbrantes de metal en fusión. Mi cuerpo temblaba de frío, me acabé rápidamente la comida y atravesé el loft para ir a darme un baño bien caliente. Me desnudé, imitando en algunos movimientos simples las series tan rigurosas del álbum de fotografías, y deslicé mi cuerpo en la masa ardiente del líquido, donde fue a insertarse como casa un objeto de piedra pulida en una caja de terciopelo. Cerré los ojos y me abandoné a la

sensación como de estar flotando en toda la extensión de mi piel, puse la cara de lado, la cual, petrificada por el aire impregnado de vapor, quedó al nivel de la superficie, envuelta por ese contorno cálido que la masajaba con una ternura infinita, anulando cualquier atisbo de rigidez, alisándola, desplegándola, igualándola. Poco a poco perdí toda especificidad, ya no era más que esa piel y los órganos tibios que ella contenía como un condenado cosido en su saco, rechinando despacio en el juego de su distribución nocturna. Podría haber venido alguien, arrancar mi rostro de la superficie como si se tratase de una máscara: debajo quedaría un óvalo liso, tan indeterminado como el resto de este cuerpo. Eso duró un rato. Finalmente, hice algunos movimientos, rozando con la punta de los dedos mis senos y mi vientre, luego apoyándome en los bordes para izar me fuera del agua en un paciente chorreo. Me quedé así un momento, con los pies todavía en el agua, luego los pasé uno después del otro por encima del borde para hundirlos en una pequeña y esponjosa alfombra de baño. Me incliné y quité el tapón; mientras el agua se escurría en un gorgoteo irregular, me cubrí el cuerpo con una toalla malva, absorbiendo el agua y fregándome la piel para reactivar debajo de ella el adormecido correr de la sangre. Por fin seca, me puse un salto de cama blanco de encaje, abierto por delante, con los hombros y las mangas abombadas y con los faldones ensanchados revoloteando alrededor de mis piernas, atravesé el loft en dirección a la cama, un gran colchón puesto directamente en el suelo, cubierto con un tejido muy bonito de largas hierbas bordadas sobre una trama dorada, que ocupaba toda una esquina de la estancia. Contra la pared, junto a la cama, había un espejo redondo, alto como un hombre y mellado en algunas partes, me detuve al otro lado de la extensión verde y dorada para contemplar en él mi apariencia desmembrada por las grietas, luego me volví para admirar la caída del encaje sobre mis riñones. Cuando volví a ponerme de cara al espejo, el salto de cama se abrió, dejando al descubierto el pequeño sexo discreto que reposaba sobre las pelotas encogidas por el frío, engastado en el centro de unas curvas ricamente femeninas, marcas de una belleza delicada que nunca dejaba de sorprenderme y que no cambiaría por nada del mundo. Por fin el cansancio me venció: me volví de espaldas al espejo, dejé caer a mis pies el salto de cama y me colé

bajo el espeso tejido bordado, acurrucándome contra la almohada, con las rodillas contra el pecho, replegada en una especie de huevo que se cerró sobre sí mismo, envuelta en una concha blanca de sueño en cuyo interior, mi cuerpo, esa masa de materia blanda, latía lentamente, disolviéndose poco a poco en un sueño opaco que lo cercaba y lo aislaba como acecha el mar una isla cuyas playas va royendo pacientemente, velada por las ventanas mudas de los edificios vecinos, por la brisa que azotaba a lo lejos las frondas de las palmeras, por la negrura de la noche perforada a diestro y siniestro por las luces exasperadas de la ciudad. Un gran bloque de sol que penetraba los ventanales hasta el cubrecama me sacó de semejante estado. Abrí los ojos y me incorporé: delante de mí, abrazando las curvas de mi cuerpo, las largas hierbas verdes de la tela centelleaban como si estuviesen cubiertas de rocío, dibujando un prado repujado en el que me quedé perdida. Traté de recordar si había soñado, pero no. Entonces me volví y me levanté. El sol había abierto el loft, bañando las paredes brillantes en su blancura para formar como una caja translúcida, aérea, apenas sugerida por la luz. Divertida, me paseé por aquel espacio recientemente formado, mordisqueando distraídamente una manzana verde un poco acidulada y lamiendo con júbilo el jugo que fluía en mis labios. No pensaba en nada: una pura transparencia, dejé que la luz me atravesase, volviéndome una simple difracción risueña de la estancia, un eco más visible que sonoro, que en lugar de rebotar sobre las paredes resonaba entre ellas casi sin moverse. Por fin se me ocurrió salir. En un cajón, encontré un bañador de dos piezas verde turquesa, hice desaparecer mi verga entre los muslos y me lo puse, también unas gafas de sol y un pareo ocre con motivos florales. Completé el conjunto estival con una camiseta sin mangas, un sombrero de paja y unas alpargatas con tacones, luego metí varios objetos en una cesta, la toalla malva, crema solar, un lector de música, un libro escogido al azar de una de las estanterías. Salí cerrando la puerta tras de mí; también el pasillo nadaba en luz, me ajusté las gafas de sol y dejé que el ascensor me bajase hasta la calle. Fuera, me fundí con la muchedumbre que bullía en las aceras, una mujer entre tantas otras, paseando una ociosidad insolente orgullosamente proclamada por sus atributos, su libertad intrépida trazando con solvencia un camino a través de la prensa de cuerpos agobiados por el

calor, la ansiedad y el trabajo, incendiando algunas miradas, velando otras, e ignorándolas todas. Cuando llegué a la playa, me quité las alpargatas y hundí voluptuosamente los dedos de mis pies en la arena ardiente. A aquella hora todavía había poca gente, me aventuré entre los cuerpos acostados al sol hasta dar con un espacio libre del que me apropié, extendiendo allí mi toalla, a medio camino entre la línea recta y gris del paseo marítimo y la línea moviente y franjeada de la espuma blanca donde el mar se encontraba con la arena. Me quité la mayor parte de la ropa, incluida la parte de arriba del bikini, me senté con las piernas cruzadas en el rectángulo malva de la toalla y me dispuse a repartir perezosamente una fina capa de crema solar sobre mi piel. Ahora, el sordo calor del sol matutino asediaba mi rostro y mis hombros; bajo la caricia de la crema, mi piel se erizó, y sin necesidad de verlas, sentí que en mí convergía una multitud de miradas, ávidas o curiosas, atraídas por la belleza de mis formas y por mi falta de pudor. Cerrándome como una concha a tales sensaciones, me puse los auriculares y me acosté sobre la toalla, dejando que la música solidificase el aire a mi alrededor como si se tratase de una pantalla cóncava que protegiese el espacio en que yacía, un espacio vacío de todo pensamiento donde solamente resonaban las notas alegres y rigurosas de un prelude tocado al piano. Acurrucada en el interior de ese espacio hueco, vibré y me desplegué sin el menor movimiento; la música se entrelazaba con mi cuerpo, explorando la menor de sus posibilidades para intensificarla y suscitar otras nuevas; a cambio, el campo neutro que yo formaba teñía los intervalos entre las notas de la dimensión necesaria para desarrollar plenamente la loca riqueza de su vacío sonoro; así, trazaban mis límites al tiempo que los anulaban, y yo hacía de esa abstracción una cosa carnal, jugosa, vívida, henchida de una savia que se colaba por la menor hendidura. Poco a poco, todo eso fue fluyendo hacia el mar. También el mar venía a mi encuentro: un frío fulgor contra mis pies, súbito, me obligó a abrir los ojos. La marea había subido, arrinconando hacia el paseo marítimo a la gente que se había instalado más abajo. Un reflejo de infancia me hizo ponerme las manos sobre el vientre y un seno: estaban tan calientes como la arena. La música seguía sonando en mis oídos pero se había retirado lejos de mí, pequeña, distante; otra olita, juguetona, me lamió los talones. Me quité

los auriculares, me levanté, metí mis cosas en la cesta y fui a dejarla más arriba, a una veintena de pasos. Con cada ola, la línea ondeante de la espuma venía a lamer el lugar donde me hallaba, cavando la arena y alisándola, borrando todo rastro de mi presencia, como si nunca hubiese estado allí. Dejé mis cosas y me dirigí hacia el mar, me metí sin detenerme, tiritando de alegría al contacto frío y viscoso, renovada a cada paso, notando el agua en los tobillos, en las pantorrillas, en los muslos. Una pequeña ola alcanzó mis caderas y me envolvió la pelvis; abrí los brazos, los pulmones llenos de aire, y me sumergí. Inmediatamente, la línea de mi cuerpo, exacerbada por la crema y las dentelladas del sol, se convirtió en algo vago, un poco turbio, opaco y distante, como mi piel, en lugar de oponer una barrera al agua, se mezclaba hasta confundirse con ella. Pero bajo este envoltorio inestable, mis músculos se movían con plenitud, regocijados y llenos de vitalidad; brazada tras brazada hendí el agua, deslizándome bajo las olas sucesivas, recto hacia el fondo. A lo lejos, a un lado y al otro, algunas indicaciones en la superficie del mar me permitían orientarme: una escollera, un faro, unos pequeños veleros. Pero no tardé en perderlos de vista para adentrarme por completo en el límite entre aquellos dos grises: uno del cielo, pálido, azulino, limpiado por el sol, y el otro más pesado y metálico del mar, en cuyo seno desplegaba yo en vano –aunque con una alegría inmensa, soberana– la totalidad de mis fuerzas. Cada ola que se estrellaba en mi cabeza, pegándome el pelo al cráneo, era como la caricia fatigosa de un sueño que despertaba en mí un mar de sensaciones mudas e incalificables, tan pesadas como la arena tranquilamente agitada por los remolinos de las aguas profundas. No dejé de nadar pero me parecía que ya no avanzaba, o, si avanzaba, era en mí misma; el movimiento del mar me plegaba y replegaba, desplegando así todas las contradicciones de mi cuerpo, allanándolas e igualándolas como si nunca hubiesen existido. No sentía el menor miedo, el menor cansancio, sólo una confianza sin límites: si tenía que zozobrar, no sería sino para encontrar lo que siempre había sido. Así el mar, llevándome, transformándome imperceptiblemente, dejando las cosas en su sitio, indemnes, intactas, pero vueltas a poner en juego según nuevas relaciones, modificadas sin cesar, que garantizaban un nuevo equilibrio arruinando para siempre la propia

posibilidad del equilibrio, la unidad, y también la coherencia; como en un desierto por el que habría deambulado asediada por la sed, avanzaba a tientas en dirección a un espejismo que no dejaba de retroceder, manipulándome burlón e insolente, salvo por el hecho de que aquí, el espejismo era la plenitud de mi cuerpo y de sus orientaciones múltiples, que se iban deshaciendo a medida que yo avanzaba. Del mismo modo que el relato que ahora intento de ese acontecimiento inaudito, yo hacía agua por todas partes; estaba huyendo, pero en mí misma, libre para siempre. Había dejado de nadar y flotaba boca arriba, la cabeza siempre orientada hacia el fondo, la cara abierta a la promesa del sol. Las olas me hacían bambolear, me llevaban como a un recién nacido sobrepasado por el flujo de las sensaciones, lloroso de felicidad y de angustia; sin embargo no grité, al contrario, las cosas en mí eran silenciosas, un lento movimiento sordo, ondulante, donde a veces se abría una falla, me desgarraba en toda mi longitud, luego se replegaba sobre sí mismo para volver a darme forma, intacta. Insensiblemente, el oleaje me acercó a la orilla; por fin, hice pie en la arena; una ola se estrelló contra mi pelvis y me quedé allí acostada, con un brazo alargado bajo la cabeza, el cuerpo extendido en la orilla, vagamente removido por el oleaje y tan contenta.

No volví al apartamento hasta bien entrada la tarde. Había comido en la playa, luego leí a la sombra en la terraza de un café, tomándome una copa de champán a sorbitos para atemperar la lectura. Después, estuve callejeando por el barrio marítimo, entrando en tiendas para probarme un vestido, una blusa o un sujetador y salir sin comprar nada, o al revés, comprando directamente un vestido al azar, sin tomarme siquiera la molestia de comprobar la talla. Cuando por fin regresé al espacio blanco y extrañamente tranquilizador del loft, los cristales de los edificios próximos resplandecían uno tras otro, anunciando con su violento centelleo anaranjado la llegada del crepúsculo y la oscuridad. Me desnudé, mezclando con indiferencia mis trapos todavía llenos de arena con las compras, a las que ni siquiera le había quitado sus etiquetas, y me duché tranquilamente de pie en la bañera, recorriendo con el

chorro caliente mi nuca, mis hombros y mi cabeza, dejando que el agua chorrease sobre mi rostro y mi pecho; por fin me froté, acosando entre mi pelo y los pliegues de mi piel a los últimos granos de arena obstinada. Mis piernas raspaban un poco y me tomé mi tiempo para depilarlas con cuidado, un pie después del otro apoyado contra el borde de la bañera, lo mismo hice con las axilas y el bajo vientre, aguantando la respiración y tiritando bajo la mordedura, ínfima y multiplicada, de los pelos arrancados. Tanto el espejo como el tabique de cristal del cuarto de baño estaban bien empañados; pasé la palma de la mano sobre el cristal, aclarando una amplia franja en que pude contemplar los rasgos de mi cara, intensamente familiares y al mismo tiempo muy lejanos, como si hubiesen venido a deslizarse bajo otros rasgos, los míos, para deformarlos sutilmente y modificar de forma imperceptible su arquitectura, dejándolos en tales condiciones sin la menor semejanza. Como siempre sucedía, el maquillaje daba una respuesta a esa sensación de extrañeza, así que me tomé mi tiempo en aplicarlo, realzando los ojos, las pestañas y los pómulos para terminar en los labios, que friccioné uno contra el otro en un gesto tan íntimamente femenino que difundió una bocanada de gozo nervioso a través de mi cuerpo. Finalmente apagué la luz, sumergiendo el loft en una oscuridad apacible, apenas aclarada por las luces de la ciudad que comenzaban a encenderse. Mi cuerpo, relajado, rebosaba placer, sentí que la sangre se revolucionaba en mis arterias, tirando aquí y allá sin objetivo alguno. Sobre la mesa baja que había junto al diván, un mensaje nuevo iluminó la pantalla de mi teléfono móvil, pero no fui a leerlo. Caminé sin prisas sobre la amplitud de aquel suelo. Junto a la puerta, descolgué el interfono y escuché: abajo no había más que silencio. Me aventuré hasta el ventanal para mirar; las ventanas de los edificios vecinos, iluminadas o no, estaban vacías, no vi a nadie. Finalmente leí el mensaje, dejando otra vez el teléfono sin responderlo. Regresé al cuarto de baño a retocarme el maquillaje una última vez, luego busqué entre mis compras para vestirme, encima de la fina ropa interior y de las medias con ligero de encaje, me atavié con un vestido corto de tul negro bordado y unas joyas de plata muy sencillas. También me puse una cazadora de cuero de hombre, cuadrada en los hombros, que me dejaba las nalgas a la vista, y un par de botines de cuero.

Cogí un bolsito donde metí todas mis cosas y me dirigí hacia la puerta. De un tablero justo al lado del intercomunicador colgaban varios juegos de llaves: me metí uno en el bolsillo y dejé en su lugar el del coche, abrí y salí. El ascensor me llevó silenciosamente hasta el garaje. No muy lejos del descapotable, había una scooter negra bastante potente. Saqué un casco integral del *top-case* y me lo puse, no sin antes ponerme los auriculares en las orejas; jugando con los comandos del lector, seleccioné una cantata barroca, luego me lo metí en el fondo del bolsillo de la cazadora de cuero. La scooter arrancó con sólo presionar el conmutador y salí del garaje, acelerando y poniendo mis botines en el suelo antes de girar en una larga avenida bordeada por palmeras de troncos esbeltos y desaparecer en la noche. Bien acomodada en el asiento de cuero color tabaco, las capas de sonidos escalonadas por la música resonando en el casco cerrado, me dejé llevar por las pulsaciones del ritmo, girando un poco al azar por las avenidas que me iba encontrando. Así llegué a una circunvalación y en la rampa aceleré, me metí la mano en el bolsillo para subir el volumen de la música y luego metí la scooter en el flujo del tráfico, circulando a la deriva, a merced de mi capricho, libre y ebria de movimiento. La cazadora de cuero la llevaba bien ajustada, pero el viento tibio me acariciaba las piernas envueltas en seda y se me colaba por los bajos del vestido, haciéndome cosquillas en la piel de los muslos; los coches que adelantaba retrocedían a toda velocidad en mis retrovisores, las salidas, brillantemente alumbradas, fulguraban en el rabillo del ojo, me iba guiando por las líneas blancas y oscilantes, embargada por el ligero regocijo de la velocidad. Por fin dejé la vía de acceso y me dirigí hacia las colinas. Los bulevares, anchos y rectos, se fueron estrechando hasta transformarse en caminos mal alumbrados que, serpenteantes, trepaban por los cañones, bifurcándose o bien plegándose sobre ellos mismos, en unos trazados sinuosos capaces de desorientar a todo recién llegado. Me llevó un tiempo encontrar la calle que buscaba pero tanto me daba, estaba feliz de ese reconocimiento, me sentía despreocupada. Por fin localicé la dirección que me habían facilitado. Sin bajar de la scooter apagué la música, me subí la visera del casco y llamé a un interfono rematado por un pequeño objetivo redondo. No respondió nadie y miré al objetivo, contemplando en la lente

convexa el reflejo deformado y reluciente de mi casco. ¿Habría alguien más contemplándome también a mí, en silencio, delante de una pantalla? El portal metálico se abrió hacia el interior con un sobresalto, accedí a un pasillo enlosado que ascendía en curva a través de un jardín diseñado con un gusto extravagante, iluminado por antorchas eléctricas dispuestas en el césped a intervalos regulares. Aparqué la scooter en una zona de luz sobre una extensión de grava al pie de la casa, guardé el casco, me quité los auriculares y entré. Unos pasos más allá, me esperaba una hermosa mujer orgullosa, de físico sensual, con unos grandes auriculares en el cuello. «Llegas tarde – murmuró con un ligero tono de reproche—. Hemos tenido que empezar sin ti.» Agitó ante mí un manojo de hojas impresas; me incliné y rocé su hombro desnudo con mis labios, la nariz en sus largos rizos de reflejos pelirrojos, inspirando su rico olor a ámbar, casi almizclado. «Disculpa. Me ha costado encontrar el lugar.» — «No pasa nada. Ven.» La seguí por un pasillo que desembocaba en un gran jardín en pendiente al fondo de la casa, donde unas arboledas de palmeras, ficus y buganvillas se perdían en la penumbra más allá de una amplia zona de césped muy verde que reflejaba las luces de la vivienda. La fachada estaba bordeada por una escalera de piedra por la que subió mi amiga haciendo sonar sus altos tacones y bamboleando ante mí sus caderas. La escalera llevaba a una piscina vivamente iluminada con unos focos engastados en su fondo, las aguas verde esmeralda recortaban un rectángulo de luz en la oscuridad de la terraza. Al descubrir el espectáculo que allí se presentaba, sonreí complacida: un hombre y una mujer hacían el amor desnudos bajo la superficie, filmados por un submarinista vestido con un mono rojo y equipado con botellas de buceo y una cámara submarina. Otro operador, un hombre mayor que él en camiseta negra, filmaba desde el borde flanqueado por una chica tatuada con el pelo rapado a los lados que blandía una pértiga con micro; más allá, un gran ventanal se abría sobre un salón donde vi a varios técnicos desenrollando cables y colocando focos y difusores alrededor de los muebles. Con un gesto, mi amiga me señaló el lado de la piscina en que mi sombra no interfería en el plano; riendo todavía por lo bajo, di unos pasos en dirección al borde y miré. Los largos cabellos pelirrojos de la chica ondulaban alrededor de su cabeza como la umbrela de

una medusa y proseguían en un hermoso cuerpo flexible, blanquísimo en el agua opalina; de sus labios escapaban unas pequeñas hileras de burbujas y ella agitó lentamente los brazos y las manos, utilizándolos como timones para mantener la posición. El hombre la agarró por detrás, casi apoyándola contra el fondo; en el pecho llevaba un tatuaje inacabado: un ojo bien abierto del que irradiaba una corona de pestañas. Pasados unos instantes, la chica se desprendió de él y, con una rápida patada, se propulsó hacia la superficie; su cara emergió con el pelo pegado a la cabeza y la boca abierta para tomar aire; luego volvió a sumergirse y de nuevo se enroscó con el cuerpo del hombre, esta vez de cara, las piernas anudadas alrededor de su cintura, los largos mechones color óxido danzando alrededor del rostro y los hombros. La belleza del espectáculo me dejó sin respiración y allí me quedé, quieta, incapaz de quitarle los ojos de encima. Una mano me rozó el codo y me volví: era una joven morena y sonriente, el pelo peinado en una gruesa trenza, los senos desnudos bajo un fino jersey rojo muy vivo en la penumbra, me ofrecía un vaso lleno de un líquido claro y chispeante. Le di las gracias con una sonrisa muda, di un trago y me volví de nuevo hacia la piscina, el sabor amargo del gin-tonic en mi lengua. La chica pelirroja acababa de zambullirse una vez más, de cabeza, para meterse la verga del hombre en la boca, una mano sobre sus testículos y la otra a la cadera, sus cabellos barriendo el tatuaje inacabado para acabar cerrándose como una corola alrededor de su cabeza; sus nalgas, vueltas ahora hacia mí, oscilaban en las aguas verde claro, una hermosa doble masa blanca sobre la que jugueteaban los reflejos. Por fin escapó el esperma del hombre en pequeños filamentos blanquecinos que se dispersaron entre los remolinos o fueron a adherirse a su piel; la chica soltó la verga, volvió a subir y se quedó un momento flotando de espaldas, su cabellera pelirroja desplegada como una aureola alrededor de la cabeza, sus senos lechosos y el relieve de sus miembros apenas aflorando en la superficie verdusca. También el hombre había ascendido y estornudó ruidosamente mientras se pasaba la mano por el pelo. «¡Corten!», resonó la voz de mi amiga. Estaba a mi lado, su mano en el hueco de mi espalda, ese fuerte olor ambarino, avasallador. «Yo no sé si sabría hacer eso», me reí alegremente dando otro trago de gin-tonic y mirando cómo el submarinista salía del agua,

liándose con el aparataje de su traje. — «Tampoco vamos a pedírtelo, querida —me susurró al oído en tono irónico y burlón—. Tenemos otra cosa pensada.» Con la mano que sujetaba el vaso, señalé al hombre desnudo que seguía al submarinista, el agua chorreando sobre su piel bronceada hacía relucir su tatuaje: «¿Con él?», pregunté contemplando frívolamente sus hombros poderosos, su hermosa nuca, sus nalgas nerviosas. La mano de mi amiga se deslizó en mi espalda: «Entre otros».

En el salón, los técnicos acababan de colocar los focos y los difusores. El director de fotografía, que había venido con nosotras, discutía con uno de ellos señalando el material; su interlocutor, un hombre de piel bronceada y surcada por arrugas con el pelo, largo y gris, peinado hacia atrás y recogido en una pequeña cola, meneaba la cabeza; así discutiendo, parecían dos obreros que se acercan a la jubilación durante una pausa en la fábrica. Mi amiga me pasó algunos de los folios que seguía llevando en la mano y, mientras me acababa el gin-tonic, me explicó la escena. A un lado, sentado al borde de un diván zafiro con las manos apretadas entre las rodillas, había un hombre bigotudo y desnudo con unas grandes alas de plumas blancas fijadas a la espalda, sus ojos perdidos en el vacío. Por un ventanal se deslizó un joven con gorra caminando hacia atrás mientras desenrollaba un cable; la chica pelirroja, todavía desnuda, el pelo recogido en una toalla color menta enrollada a modo de turbante, había venido a acostarse en otro sofá y devoraba uno de los trozos de pizza que había en cajas amontonadas sobre una mesa baja; en cuanto al submarinista, guardaba su material y a punto estaba de irse. Una mujer avejentada, el pelo decolorado y el rostro marchito demasiado maquillado, acababa de unirse a nosotros y me llevó hacia un cuarto al fondo de la casa, con un montón de vestidos y los más diversos accesorios atiborrados en guardarropas y amontonados encima de la cama. «El cuarto de baño está por ahí», me señaló, al tiempo que se agachaba sobre la cama para buscar entre la ropa; se le entreabrió la parte delantera de la túnica, revelando una guirnalda de flores de colores vivos tatuada de través en sus pesados senos caídos. «Cuando salgas, escogeremos algo. No te

entretengas demasiado, ya están casi listos.» Cerré la puerta tras de mí al tiempo que me quitaba los botines, me deslicé en mis medias de seda hasta el gran espejo redondo sobre el lavabo de mármol negro. Encendí el círculo de neón colocado alrededor del espejo y me apoyé sobre las manos para contemplar mi rostro: a pesar del cansancio que me tensaba los rasgos me vi guapa, la idea de exponer esa belleza como me disponía a hacer me complació. En el espejo, dos círculos de luz blanca me cercaban las pupilas, reflejo multiplicado por el neón. Me desvestí rápidamente y me quité las joyas, sopesando mis hermosos senos y volviendo a contemplar por encima del hombro mis largas nalgas que prolongaban la curva de mis riñones. Luego me duché y volví a maquillarme con cuidado, me pinté los párpados con sombra de ojos satinada en un degradado que iba del rojo cangrejo al ámbar, y me realcé los pómulos de rojo. Cuando volví a salir, la encargada de vestuario miró al detalle mi cuerpo como haciendo cálculos: «Eres muy hermosa, ya lo creo». Yo arqueé la cadera con una sonrisa de satisfacción mientras ella levantaba un corsé a cuadros borgoña y negro: «¿Empezamos con esto?». Como si de dos niñas sobreexcitadas se tratase, nos pusimos a buscar entre los montones de vestidos muriéndonos de risa, enseñándonos lo que íbamos encontrando y descartando la inmensa mayoría de prendas; el corsé, fuertemente atado a mi espalda, me comprimía la cintura y casi me deja sin respiración; mis senos, libres por encima de las ballenas, se balanceaban ante los guardarropas. Encontré una faja que me bloqueaba la verga hacia abajo, unas botas altas de vinilo con unos tacones extravagantes, una fina blusa fresa para cubrirme el pecho y una peluca negra con el corte justo por debajo de las orejas. Para acabar, la mujer me puso un pesado collar dorado con una mariposa labrada cuyas alas se desplegaban entre mis senos. A petición suya, me volví hacia un lado y hacia el otro, adoptando poses extremas sobre los tacones; satisfecha, me envió al salón con una amistosa palmada en nalga. La primera toma se rodaba en el exterior, delante de la entrada principal de la casa: tal como establecía el guión, tenía que coger de la mano al actor tatuado, vestido ahora con unos vaqueros y una chaqueta de ante con flecos, y llevarlo hasta la puerta, contra la que él me daría la vuelta para plantarme un beso apasionado. Su perilla rascaba un poco pero cerré los

ojos y me abandoné a sus labios lameros, saboreando su aliento de cerveza y regaliz, las manos en su nuca, jugando con su pelo rizado. Él recorrió mi cuerpo con gestos impacientes, sus dedos me desabrocharon la blusa y me acariciaron los senos, entre los cuales rebotaba la mariposa dorada; justo a su lado, el director de fotografía se echó hacia atrás, enderezando su cámara para tomar un primer plano de mi pecho. La escena siguiente estaba situada en el salón, donde la joven del jersey rojo, que se lo había quitado todo, acababa de encender unas velas colocadas aquí y allá. Pedí otro gin-tonic, luego me coloqué para el plano: empezó a sonar una música industrial hipnótica, me puse a bailar frente al guapo actor musculoso, quitándole su chaqueta y abandonando enseguida mi blusa a sus pies para frotar mis pezones contra su tatuaje, sus brazos levantados por encima de mi cabeza, los cubitos tintineando en mi vaso. Lo grotesco de la escena me encantó, tuve que aguantarme la risa: con aquellos tacones, le sacaba varios centímetros, sus ojos estaban a la altura de mi boca y, si se inclinaba, mis senos casi le golpeaban la barbilla. Pero su cuerpo poderoso me apetecía mucho, le deslicé una mano en la espalda y me apreté contra él, exagerando el suspiro para que resultase audible. Mi amiga me pidió que me pusiese en cuclillas, apoyada en los tacones, los muslos apretados por la faja, y que bebiese apretando mi vaso contra su bragueta para luego desabrochársela. Debajo de los vaqueros no llevaba nada y su verga se liberó pesadamente, dándome en la nariz mientras el objetivo de la cámara flotaba a mi lado, apenas un poco retirado. Puse los labios en o y me metí el miembro en la boca, generando algo de saliva que dejé fluir sobre mi barbilla y mi pecho, mirando hacia la lente del objetivo donde discerní con claridad mi propio reflejo. Luego, haciendo ir y venir la piel aterciopelada del miembro entre mis labios, levanté la mirada hacia el pecho de mi socio, fijándome en el ojo único allí grabado que nunca parpadeaba, insondable, ciego. La pértiga del micro se interpuso flotante en mi campo de visión y la seguí con la mirada: la chica tatuada de la cresta, con los cascos atornillados a las orejas, la mantenía con las dos manos por encima de su cabeza y me observaba con una sonrisa cómplice, guiñándome el ojo cuando advirtió mi mirada. Un «¡Corten!» seco y un tanto irritado puso fin a la escena, que se estaba eternizando. Mi amiga me hizo quitarme la faja y me

dispuso de rodillas sobre un diván, con el actor acuclillado tras de mí, una mano sobre mis nalgas. Cerré los ojos y me entregué a la sensación, tan agradable, de su lengua adentrándose en las mucosas y de la perilla cosquilleando la piel sensible de la raya; por un momento, hasta olvidé la cámara, pero no dejaba de sentir sobre mí el peso de una mirada y volví a abrir los ojos para encontrar los de la perchista, que chispeaban a medio camino entre la ironía y la envidia mientras ella seguía sonriendo; su micro colgaba justo por encima de mi cabeza y, sin dejar de mirarla, intensifiqué mis jadeos, haciéndolos silbar entre mis labios más y más fuerte a medida que su sonrisa iba creciendo. De repente, empezó a sonar un teléfono. «¡Parad eso, venga!», ladré exasperada por la interrupción. — «No podemos», intervino la encargada de vestuario con los brazos cruzados, apoyada contra la pared del pasillo más allá de la puerta abierta del salón. «Es el teléfono de la casa.» — «¡Pues ve a responder!», le ordenó mi amiga enfurecida. La mujer se despegó de la pared y desapareció; mientras esperaba a que volviese, me acurruqué sobre el diván, las piernas replegadas contra el pecho, recorriendo con la punta de las uñas el trazado inconcluso del tatuaje que adornaba el pecho de mi socio. El teléfono dejó de sonar y se oyó la voz de una mujer, no muy clara, diciendo unas palabras. El actor me sonrió y, con un gesto de los ojos, me señaló su verga, que empezaba a desfallecer; la tomé con la mano y la acaricié amistosamente, haciendo resbalar la piel sobre el glande y pasándole los dedos bajo las pelotas. La encargada de vestuario había vuelto y se plantó en el umbral de la puerta con los brazos en jarra: «Era una vecina. Se quejaba de unos cortes. La compañía eléctrica le ha dicho que los picos de tensión vienen de aquí». — «Debe de ser por los focos», masculló el jefe de eléctricos, sacudiendo su cola de caballo. «Tiran mucho, y aquí la instalación eléctrica es antigua.» — «¿Crees que van a saltar los plomos?», preguntó mi amiga, inquieta. — «Espero que no. Voy a cortar uno, nos los apañaremos con los otros.» Mientras él recolocaba sus focos, la joven del jersey rojo me devolvió mi gin-tonic, me lo bebí de unos tragos sin soltar la verga del actor tatuado que se había endurecido bajo mis dedos y crecía en mi palma. De repente me asaltaron unas ganas ardientes de ser penetrada; pero el guión tenía previstos otros episodios y había que transigir

con ello. Mi amiga volvió a colocar al actor con su nariz entre mis nalgas; luego llamaron al timbre y nos tocó hacer toda una escena en la que, todavía medio desnudos, recibíamos con sorpresa al actor bigotudo y a la chica pelirroja, que no tardaban en desnudarse para unirse a nosotros. Fue así como me encontré vuelta a cuatro patas delante del cuero zafiro del diván, la cabeza entre las piernas blanquísimas de la chica pelirroja, jugueteando en mi boca con los labios espesos y lampiños de su vulva como si de una fruta sabrosa se tratase, un albaricoque de piel muy dulce y carne untuosa que se hendía bajo mis lengüetazos para exponer su núcleo, bien duro y enhiesto. La chica había conservado una mata de pelo sobre su monte de Venus que ahora se encrespaba justo ante mi mirada, igual de pelirroja que sus cabellos y asombrosamente hermosa sobre la extensión pálida, azulada por las venas, de la piel. Su sexo rezumaba un olor violento, sentí una cierta envidia por ese órgano tan extraño, capaz de semejante profundidad, de tanto abandono; al mismo tiempo, por nada del mundo lo hubiese cambiado por mis formas tan versátiles, así ofrecidas en toda su ambigüedad a las manos y a las bocas decididas de los otros dos actores, a la mirada fija e impasible de la cámara.

Ahora la chica pelirroja amarraba al actor del bigote. Habíamos cambiado de estancia y los técnicos estaban acabando de colocar los focos y los difusores. Se trataba de un segundo salón con un largo cristal abierto a las luces de la ciudad y, por todo mobiliario, sólo una especie de gran cama o de diván de escay dorado sin respaldo, decorado por un motivo de largas hierbas verdes. Arrodillado sobre ese diván, el actor tensaba sus músculos contra las ataduras que lo retenían; las cuerdas, violetas, contrastaban de forma seductora con su piel muy pálida cubierta de pelos. Admiré un momento el trabajo paciente y casi afectuoso de la chica, dando forma a cada nudo con un cuidado extremo, alisando las cuerdas con la mano o pasando los dedos por debajo para cerciorarse de que estaban bien planas. La sonidista, que había dejado su pértiga, se había acercado a ella y le prodigaba consejos, sugiriéndole que una de las cuerdas la anudase alrededor de la base de los órganos del hombre; la enorme verga, de este modo apresada, adoptaba la apariencia de un juguete

artificial fijado al cuerpo y de él divisible en cualquier momento. Junto al monitor, sobre una mesita, mi amiga tomaba cocaína en una bandeja plateada que le tendía la chica toallero, la morena del jersey rojo. Crucé la mirada con esta última y vino hacia mí con la bandeja por delante como haría el camarero de un restaurante; cogí el tubo de cristal que había allí encima, me agaché e inspiré por la nariz varias líneas de polvo blanco, deleitándome en el temblor nervioso que me atravesó el cuerpo y lo combó al incorporarme sobre mis largas piernas, estiradas por los tacones de las botas altas. Mi amiga me correspondió con un gesto admirativo y dio algunas instrucciones: el director de fotografía echó mano de su cámara, la sonidista izó su pértiga, la chica pelirroja dejó al hombre atado sobre la extensión de escay verde y oro, después de haberle ceñido a los riñones un arnés de cuero negro provisto de un grueso falo que tomó de un gran recipiente de plástico lleno de gel, preservativos y juguetitos; con el objetivo ya enfocándome, me adelanté majestuosamente hacia el diván, meneando de forma ceremonial las caderas sobre aquellos tacones que se hundían en la moqueta color clara de huevo. Entonces las figuras, desplegadas sobre las hierbas verdes del diván, empezaron a entremezclarse, aguantando el tiempo de cada plano para después desligarse y ser de nuevo distribuidas siguiendo las instrucciones de mi amiga, que de vez en cuando lanzaba alguna orden breve, «Vuelve la cabeza», «Levanta tu pierna izquierda», «Incorpórate», «Aminora la marcha», mientras el operador, guiado por los gestos de su mano, se iba desplazando para recomponer cada vez el cuadro que ella deseaba. A cada señal, cambiábamos de posición, caía otro vestido, ahora me hallaba encima, ahora debajo, de cara o de espaldas, chupando o siendo chupada por alguno de los otros tres, mis ojos brillaban de cocaína y excitación, reflejados en el ojo convexo del objetivo cuando este apuntaba directamente hacia mi cara deslumbrada; entre cada toma, la chica del jersey rojo acudía con toallitas, me enjugaba un muslo, una nalga, o las plantas de los pies, demasiado rápidamente ennegrecidas. Frente a mí, ahora, la chica pelirroja, de pie, forzaba a grandes golpes el culo del hombre atado, sus largos cabellos barriendo la espalda que tenía delante, su piel, bajo los focos, todavía más blanca debido al contraste del cuero negro del arnés. Yo aproveché para

pasear mis manos por la cabeza del hombre y por su cuerpo, saboreando el frotamiento de las cuerdas, tensas bajo la yema de mis dedos. Su piel demasiado rosa y peluda estaba salpicada por granos, rojos y desagradables, pero a mí no me daban asco, al contrario, de forma extraña realzaban su belleza un tanto turbia; llevada por el entusiasmo, le enderecé la barbilla y me agaché para besarlo, haciendo rodar mi lengua entre sus dientes mientras las manos del actor tatuado, apretando con firmeza mi hombro y mis riñones, me ponían a su vez de rodillas sobre el motivo verde y dorado del diván, abriéndole camino, por fin, a su hermoso miembro lubricado que yo guié hacia mi culo, conduciéndolo un poco, con un gran suspiro, para que me abriese por completo y así llenarme de él, saboreando el poder que me conferían las ilimitadas posibilidades de mi cuerpo. Levanté la mirada: al otro lado de la estancia, el monitor, en el que permanecía absorta mi amiga, estaba ahora vuelto hacia mí; no me costó entender que tenía la cámara situada justo detrás de mí, y que el que se distinguía en la pantalla era mi culo abombado e inquieto, ahora cubierto y ahora descubierto en largos movimientos regulares por el de mi socio, más musculoso y plantado sobre unos muslos potentes y velludos que enmarcaban la masa oscura de nuestros órganos. Al fijarme bien, comprendí que ese extraño ensamblaje de carne moviente, dispuesto sobre la extensión dorada del escay en medio de las hierbas estampadas de un color casi desvanecido a causa de la luz azulada del monitor, formaba una disposición fluida y específicamente concebida para generar un placer todavía mayor en la retina de cuantos la contemplarían en sus pantallas, en cualquier tiempo y lugar, a través de las pieles y los nervios puestos físicamente en juego aquí y ahora.

Como era de ley, todo el mundo había eyaculado, los dos hombres en largos chorros sobre los ojos maquillados, los labios y el pecho de la chica pelirroja, y yo sobre sus cuerpos cubiertos por una fina película de sudor, meneándomela encima de sus vergas reblandecidas mientras la chica, pegada a mi espalda, me acariciaba los senos. Ahora la joven del jersey rojo se adelantaba con un paquete de toallitas, la pelirroja retrocedió y se secó la cara

mientras que, un poco más allá, la sonidista retiraba la pértiga y los dos técnicos empezaban a desmontar los focos. Me dirigí hacia la cocina donde encontré a la encargada de vestuario, sentada a la mesa cigarrillo en mano ante la pila de cajas de pizza, traídas del salón. «¿Café?», me preguntó sobriamente al verme. Le hice una señal con la cabeza y, cuando se levantó para servirme, abrí una de las cajas; pero las pizzas estaban frías y no tuve el ánimo suficiente para recalentarme una, me senté, las nalgas desnudas sobre una silla de plástico, a tomarme agradecida el café que me había servido la mujer con una sonrisa amistosa en su cara marchita. Hacía un rato que se me había pasado el efecto de la cocaína y me sentía pesada, vencida por el cansancio, pero al mismo tiempo completamente dichosa. Mi amiga se unió a nosotras, me puso la mano sobre el hombro, me quitó la peluca negra y me revolvió el pelo corto y rubio. «Luego vamos a salir a bailar con las chicas. ¿Te apuntas?» Me terminé el café y me dirigí hacia la habitación, donde fui a sentarme pesadamente en el borde de la cama para bajarme las cremalleras de las botas y quitarme las medias. Me duché de prisa, la nuca gacha bajo el chorro ardiente; por un instante, fantaseé con correr a sumergirme en la piscina, pero ya no había tiempo; así que me sequé, volví a maquillarme y regresé a la habitación. No me apetecía volver a ponerme mi vestido, de modo que revolví la ropa que había sobre la cama en busca de algo que me gustase; mis ojos brillaron al ver unos pantalones vaqueros cortitos, y más allá un par de pantys negros que hacían juego, bordados a lo largo con motivos florales. Cogí también una blusa blanca medio transparente y me vestí, guardando mi propia ropa interior y mis botines, y metiéndome el vestido en el bolso para ponerme luego la cazadora de cuero por encima de la blusa, que me anudé a la cintura. En el salón, todo estaba casi arreglado, el asistente del jefe de eléctricos todavía enrollaba cables; la perchista me pasó un brazo por la cintura, me besó en los labios y me arrastró hacia la entrada: «¡Todo el mundo está listo, sólo faltas tú!». Delante de la casa, mi amiga hacía rugir el motor de su coche deportivo descapotable, bañado por la luz amarillo limón que salía de la ventana del primer piso; dejé allí la scooter con la idea de recogerla más tarde y me embuté junto con las otras chicas, yendo a caer en la parte de atrás, entre la perchista y la actriz pelirroja, y estallando en

risas con ellas en cuanto mi amiga arrancó a todo trapo subiendo a tope el volumen de una música punk, violenta, furiosa. Y así nos deslizamos a través de la ciudad, cantando a voz en grito como unas jovencitas las letras de las canciones, nuestros cuerpos proyectados unos contra los otros a merced de las curvas que el coche tomaba casi sin decelerar. Las calles desfilaban como largos pasillos de luz, faros, reflejos, neones, letreros luminosos, escaparates de restaurantes y cafés, anuncios chillones rodeados de focos. Los transeúntes parecían muñecas, congelados y perdidos en medio de ese jubiloso universo de máquinas, hormigón y electricidad. Finalmente mi amiga aparcó en un gran aparcamiento rodeado por una alambrada y bajamos del coche. La joven sonidista me había cogido por la cintura y ya no me soltó mientras nos dirigíamos hacia la entrada del local; demasiado contenta como para protestar, la dejé hacer, revolviéndole amistosamente la cresta en lo alto de su cabeza, que apenas me llegaba al hombro. Dentro, todo era ruido y luz, el ritmo ensordecedor del techno vertido por imponentes columnas de bafles, las coloristas pulsaciones de los focos y los láseres súbitamente entrecortados por la irrupción de los estroboscopios, o al revés: desaparecidas en favor de unas luces negras que ya no dejaban distinguir más que un nubarrón de manchas moradas, ropa blanca, blanco de ojos y partículas en suspensión empolvando los hombros de algunos. Mi amiga me había cogido de la mano y, separándome por fin de la joven, me llevó a la barra donde me ofreció un *shot* de tequila; la única forma de hablar era gritando directamente al oído, y ella se inclinó hacia el mío señalando con la barbilla a la sonidista, que bailaba en compañía de la actriz pelirroja y la encargada de vestuario: «Le haces tilín». — «Puede –repliqué, encogiéndome de hombros—. Pero yo prefiero a esos», añadí, señalando al gran acuario empotrado en la pared detrás de la barra, donde dos chicos desnudos, sus cuerpos enrollados en velos translúcidos, desplegaban uno alrededor del otro un ballet acuático de una lentitud casi hierática. Iluminada por reflectores ocultos en el fondo de la piscina, el agua vertía una luz azulada sobre la barra y la gente que allí se apretujaba, sobre las botellas alineadas al fondo, los hombros de los barmans y nuestros propios rostros. Más allá del acuario había unas cuantas mesas redondas rodeadas por sofás de cuero y ocupados por VIPS que, con gran

aparato de gestos y ánimo ostentoso, entre gritos y botellas de champán, exhibían su alborozo magnificado por las miradas envidiosas que concitaban. Sólo una mesa se distinguía de las otras: estaba ocupada por unos hombres de rostro cerrado, acompañados por dos chicas en minifalda, prostitutas sin duda; en medio, y como aislado de los otros, un muchachito guapo en traje blanco, con una barba de chivo cuidadosamente recortada y el pelo engominado echado hacia atrás, bebía de su cóctel pensativamente. Era a todas luces el menor del grupo, una banda de criminales o de traficantes como tantas aquí. Por un momento, nuestras miradas se cruzaron e hizo un gesto imperceptible con su vaso; mas cuando yo levanté el mío, sus ojos se habían vuelto a replegar sobre sí mismos, contemplando algo invisible para los demás. Me acabé la copa y llevé a mi amiga hacia la pista de baile, donde abandoné mi cuerpo al ritmo de los bajos, tan profundos que hacían resonar mis órganos internos. Estuve un buen rato bailando, olvidando cuanto me rodeaba, abriendo los ojos sólo de vez en cuando para atrapar una imagen fugaz del rostro reluciente de sudor de una de mis compañeras, o más lejos, la graciosa torsión del cuerpo desnudo de uno de los bailarines del acuario. En un momento dado, las ganas de orinar me hicieron dejar la pista y me dirigí hacia los aseos. En el pasillo, la joven sonidista me asió y me empujó contra la pared, cogiéndome las dos muñecas y estirando el cuello para llevar sus labios sobre los míos. Yo los dejé entreabrirse y su lengüecita móvil se coló entre ellos, por un instante le devolví el beso, divertida pero también un poco triste, y luego la aparté despacio. «Lo siento», murmuré con una sonrisita, tan bajo que no debió de oírme, acariciando con la mano su rostro contrariado. Luego la dejé allí y entré en los aseos de chicas a encerrarme en una cabina, donde meé y me quedé un buen rato sentada. Cuando volví a salir de los aseos, me encontré cara a cara con el guapo gánster del traje blanco, que me cerró el paso mirándome fijamente a los ojos; sobre aquellos tacones le sacaba media cabeza, su cara levantada hacia la mía como la de la sonidista hacía unos instantes. «Te he visto en la barra», fueron sus únicas palabras, como si todo resultase simplemente evidente. De pronto nerviosa, sentí que las rodillas me flaqueaban. Sus ojos, muy oscuros, seguían clavados en los míos, pero no se movió; con la punta de los dedos le rocé el pecho: bajo la

camiseta, sus músculos eran increíblemente nudosos, como raíces que corriesen bajo la piel. Vacilé. Luego, con un nudo en la garganta, le cogí la mano y se la puse entre mis muslos, tocando el bulto. Él ni siquiera parpadeó: «Me la suda. Ven». Me llevó hacia los servicios de los hombres, más lejos al fondo, donde se encerró conmigo en una cabina que apestaba a meado con las paredes cubiertas de grafitis. Se sacó del bolsillo de la chaqueta un enorme porro liado en forma de cono, yo me lo llevé a los labios y me agaché hacia la llama del mechero dorado que él me ofreció. El porro chisporroteó, yo aspiré el humo profundamente, abriendo los labios para mezclarlo con el aire frío y retenerlo un momento en mis pulmones antes de exhalarlo hacia el techo en una bocanada. Le devolví el porro y él me imitó mientras yo me apoyaba en el tabique de la cabina con el cuerpo susurrante. Me volvió a pasar el porro y así nos lo fuimos fumando, de una boca a la otra, tranquilamente. Cuando la brasa le quemó la punta de los dedos tiró lo que quedaba a la taza del váter y se desabrochó los pantalones con enorme sencillez. Yo me puse delante de él, en cuclillas, sobre mis tacones, aparté los faldones y completé su gesto para sacarle el sexo de los calzoncillos, corto pero muy grueso y ya levantado. Antes incluso de tomarlo entre mis labios ya sabía que me iba a gustar, con un amor sin razón, sin excusas, sin límites. El miembro se derritió en mi boca, yo empujé contra su vientre en un beso insensato y enterré la nariz en su pubis, mi rostro embargado por su olor a pimienta, sudor y piel, quitándole también la camiseta para reseguir con los dedos el contorno azul de las letras góticas que dibujaban, como un arco sobre su abdomen, una palabra o un nombre que no supe descifrar. Su mano acarició con delicadeza mi pelo rubio y mi nuca mientras murmuraba unas palabras que yo no podía oír. Por fin me tomó por la parte alta de los brazos y me levantó, girándome hacia la pared al fondo de la cabina. El deseo y la hierba hacían que todo me temblase, tenía tantas ganas de él que me pareció que se me deshacían las entrañas, abrí las piernas por encima de la taza del váter y me bajé los pantalones cortos y los pantys, tendiendo mis nalgas hacia él, las rodillas ligeramente dobladas. Oí cómo escupía, sus dedos empapados en saliva acudieron a masajearme el ano, luego empujó y, lentamente, fue forzando su camino con una mano sobre uno de mis senos y la otra en mi hombro, tomándome por completo con unos

gestos cuya aparente brutalidad no hacía sino ocultar una inmensa dulzura. Enloquecida, volví el rostro, cogí su cabeza y tiré de ella para morderle los labios. Él se rió y me dio una buena palmada en las nalgas: «No estás nada mal, tú». Una parte de mí todavía advertía los detalles que me rodeaban, la inmunda taza del váter abierta entre mis piernas, la fetidez a vómito y a meado, la pared grasienta contra la que me apoyaba con una mano, el frotar de los pantalones blancos contra mis pantys, el golpeteo en mis caderas de los faldones de su chaqueta; pero el resto zozobraba en un pozo sin fondo, desmesuradamente llena de él y de su fuerza, perdiendo pie y sucumbiendo, y por nada en el mundo hubiese deseado salvarme.

En la gran sala seguía sonando la misma música repetitiva, con sus abruptas transiciones y sus mesetas rítmicas, las mismas luces casi angustiosas, los mismos gestos frenéticos y bruscos de los bailarines; sin embargo, algo había cambiado. Yo bailaba con mi nuevo amante, un brazo suspendido de su cuello mientras sus manos se paseaban por mis caderas y, con una erección que todavía le abultaba la tela de los pantalones, su pelvis se restregaba contra la mía. En cierto momento, avisté a mi amiga entre las cabezas de los bailarines, los brazos en alto, la espalda contra un gran hombre negro; ella se dio cuenta de que la miraba y me hizo una señal; por toda respuesta, tomé entre mis palmas la cabeza de mi hombre y lo abracé con avidez. En cuanto a las otras mujeres, ya las había olvidado. Mi amante me llevó por fin a su mesa, no entendí los nombres de sus compañeros cuando me los presentó pero tanto me daba, bebí con él y volvimos a fumar hierba, de vez en cuando me dejaba que le besase el cuello, acariciándome el muslo por debajo de la mesa como respuesta. La noche iba transcurriendo y otra vez sentí unas enormes ganas de él, pero él prefería beber y bailar, y yo estaba contenta de complacerlo bebiendo y bailando con él. En cierto momento, al abandonar la pista, nos abordó un hombre y se saludaron. El tipo, que llevaba una camisa de seda, unos pantalones demasiado apretados y joyas de oro, estaba completamente ebrio, me miraba de arriba abajo con la vista nublada, reía tan fuerte que no me costaba oírlo por encima de la música. Mi amante, por su

parte, sonreía, una sonrisa de máscara que no me permitía leer lo que había debajo. El hombre volvió a examinarme de arriba abajo, paseando por mi cuerpo su mirada torva, entreteniéndose en mis senos, luego en mi bajo vientre. Tal vez todavía la tenía un poco tiesa; lo cierto es que, de repente, su mano voló a mis muslos y me pellizcó el sexo un instante para soltarlo enseguida. Estalló en una grosera risotada y se volvió hacia mi amante para dirigirle unas palabras que no alcancé a escuchar pero cuya obscenidad resultaba evidente. Mi amante se puso pálido y borró su sonrisa; su mano derecha se deslizó en el bolsillo de su chaqueta, la izquierda se elevó y cogió al hombre por el cuello, vi brillar un resplandor metálico, luego un líquido que manaba del vientre del hombre, como bombeado a cada golpe que mi amante le iba dando, rojo, violáceo, verdusco según las variaciones de los proyectores, salpicando el tejido inmaculado de la chaqueta y los pantalones; con los ojos desmesuradamente abiertos, el hombre trastabilló, pero la mano en su cuello lo mantenía de pie mientras la otra lo golpeaba sin interrupción, por fin mi amante lo soltó y él se derrumbó como una marioneta, acurrucado en la pista en medio de un círculo de bailarines horrorizados que retrocedía contra quienes, al no haber visto lo sucedido, seguían agitándose al ritmo de la música. Mi amante se agachó, le escupió al hombre a la cara, secó el filo en la camisa de seda embebida en sangre, lo replegó y se lo guardó; luego se incorporó, me tomó por la muñeca y tiró de mí hacia la salida. Todos sus amigos se habían levantado y acudieron a nuestro encuentro, las manos bajo la chaqueta o en el bolsillo; nos rodearon, apartando a la gente que se apretujaba en la pista, y nos escoltaron hasta la calle, donde ahora llegaban una berlina y un 4 × 4 con los cristales tintados. Mi amante me metió en la berlina, en el asiento del acompañante, y él se puso al volante; volví la cabeza y, mientras sus amigos se precipitaban en el 4 × 4, vi resplandecer varias armas de fuego. Todavía no había cerrado la puerta y ya acelerábamos, viéndome empujada contra mi asiento. Lo miré: su rostro estaba tranquilo, pensativo; el fulgor de las farolas hacía relucir a intervalos la sangre fresca que maculaba su traje blanco. Me apoyé en su hombro y cerré los ojos, dejándome llevar por el poderoso ronroneo del coche y la sensación, tan intensa, del cuerpo del hombre que lo conducía.

Me instaló en su apartamento, que pedía a gritos una mujer: inmenso, medio vacío, lleno de restos de comida y ropa sucia. Hice que lo limpiasen todo y me lo llevé a comprar muebles: él se dejaba hacer sin rechistar y pagaba siempre al contado. De hecho, hablaba más bien poco; pero las palabras que me dirigía, por muy secas que fuesen, irradiaban siempre una cierta afección. Todas las noches me hacía el amor, en silencio y con determinación, volviéndome cada vez más loca con sus manos, sus hombros, sus labios y su sexo. Raramente estábamos solos, sus amigos iban y venían todo el tiempo, los hombres a sus órdenes casi nunca lo dejaban solo. En casa comíamos todos juntos, vigilados por la cocinera al acecho de la menor crítica; por la noche, salíamos en grupo a restaurantes lujosos y luego a discotecas donde bebíamos los alcoholes más caros, que él pagaba desdeñosamente con fajos de billetes sacados de sus bolsillos interiores. A menudo, en esos lugares, venían policías a hablar con él, hombres rechonchos y bigotudos, en uniforme o a veces de paisano; algunos eran recibidos con cortesía, los hacía sentarse y les invitaba a beber y a comer; otros, por el contrario, se veían tratados como simples criados y eran despedidos con un gesto o una palabra despreciativa; todos ellos se marchaban con un sobre más o menos grueso que cambiaba de manos ante las narices de todo el mundo. A veces, aunque siempre acompañado por no menos de una decena de hombres, me llevaba también a una cita en un almacén, en un aparcamiento, en un pasillo oscuro donde se intercambiaban maletas por llaves en un ballet cuidadosamente cronometrado en que el menor incidente, el menor desacuerdo, se arreglaba a golpe de cuchillo, pistola y fusil automático. En un par de ocasiones, me vi así inmersa en un tiroteo, echada en el suelo bajo su cuerpo mientras los cartuchos zumbaban a mi alrededor; pero con que él estuviese allí, yo no tenía miedo. Un día me llevó al desierto. Sus hombres nos siguieron en una camioneta; el sol pesaba en el horizonte, turbando el cielo y aplastando la arena y la piedra. Conducía con una mano, la otra sobre mi muslo mientras yo fumaba y le acariciaba los pelos de la nuca con la punta de los dedos. En un momento dado salió del camino de improviso y, sin aminorar la marcha, encaró un camino de tierra por el que el coche levantaba una gran nube de polvo que oscureció el cielo detrás de nosotros. Cuando llegamos a los pies de un

montículo salpicado de matorrales espinosos, quitó el contacto y salimos. Hacía calor, un calor muy seco, sentí cómo unas gotas me perlaban la comisura de los labios, me sequé la cara con un pañuelo de batista y me puse las gafas de sol. La camioneta aparcó justo detrás de nosotros; mi amante abrió el maletero del coche y sus amigos sacaron de él a dos hombres atados y amordazados, los desataron, los pusieron en pie y les dieron una pala a cada uno: «Cavad». Uno de los hombres, su rostro arrugado surcado de lágrimas, cayó de rodillas mascullando palabras de súplica. Por toda respuesta recibí un culatazo entre los hombros; el otro se limitó a frotarse las muñecas, luego se puso a trabajar sin decir ni mu. Yo contemplaba todo aquello en silencio, como indiferente ante cuanto sucedía, y encendí otro cigarrillo para pasar el rato. Cuando el hoyo estuvo cavado, colocaron a los dos hombres en su borde y mi amante los ejecutó él mismo de un balazo en la frente. Nos fuimos antes incluso de que sus hombres hubiesen terminado de tapar el agujero, desapareciendo en la polvareda y el calor del desierto hacia un horizonte que temblaba bajo el sol. Después de semejantes incidentes, me hacía el amor con una rabia y unas ganas multiplicadas, me tomaba con tanta fuerza que, bajo él, me sentía como una niña, temblorosa, perdida de amor. Yo había comprado un gran sobrecama, una pieza hecha a mano, magnífica, con largas hierbas verdes tejidas sobre una trama dorada, y a él le gustaba colocarme encima de sus rodillas, atraer contra sí mis nalgas y ponerse en cuclillas con las manos en mi cabeza para penetrarme; al volver mi rostro hacia sus dedos para besarlos, veía en la gran luna detrás de la cama el reflejo de nuestros culos superpuestos, el suyo moreno, nudoso, prieto, el mío abajo más blanco y más ancho, estremeciéndose a cada golpe, y entre nuestros muslos prensados los unos sobre los otros, la masa rojiza de nuestros órganos, que rebotaban a cada envite de sus riñones. Cuando él se venía encima de mi cara o de mis senos, yo me esparcía el esperma con los dedos en una fina película que al secarse se arrugaba; cuando se venía en mi culo, me acurrucaba contra él y me adormecía boca abajo, dejando que el líquido fluyese entre mis piernas, ufana. Pero a veces también se largaba y me dejaba sola con la cocinera durante días, llorando de rabia y de miedo en la gran cama, acostada sobre las largas franjas de luz blanca proyectadas en el sobrecama verde y

dorado a través de las rendijas de las contraventanas, o bien sentada en el suelo, vestida solamente con una camiseta y fumándome un porro con aplicación en un cuadrado de sol, cerca de un espejo donde no veía más que una de mis piernas, la curva de mi cadera y el humo gris que flotaba en capas estiradas y perturbadas cada vez que espiraba de nuevo. Pasé noches enteras dando vueltas en el salón, incapaz de dormir, la cara cubierta de lágrimas; cuando por fin conciliaba el sueño, era a lo sumo durante una o dos horas, encogida en el diván o en un rincón de la moqueta. Las luces de la ciudad bañaban el apartamento con una luz azulada, pero detrás de mis párpados cerrados yo no veía más que arena, un sol infernal y su hermoso cuerpo cubierto de sangre, quebrantado, fiambre, allí tirado a merced de los perros. Luego él regresaba y yo corría a echarme en sus brazos, riendo de placer y llorando y abofeteándolo de cólera mientras él me arrojaba sobre la cama y me desnudaba, llenándome furiosamente en gestos tan desconsolados como los míos. Entonces, imperceptiblemente, los acontecimientos se precipitaron. Uno de los camiones fletados por mi amante había sido interceptado no muy lejos de la frontera: la disputa con motivo de esa pérdida fue a más y, antes de que pudiesen renegociar un acuerdo, tres de sus hombres estaban muertos. La suma era importante y, para compensarla, tuvo que multiplicar su actividad. Cuando salíamos por la noche no era extraño que nos cruzásemos con un coche empotrado en una boca de incendio o contra otro vehículo, la portezuela y el cristal acribillados a balazos, la luz del techo encendida iluminando de forma incongruente los rostros ensangrentados de los hombres repantigados en sus asientos. Encontrábamos cuerpos colgando de puentes sobre las autopistas con un cartel conminatorio en el cuello, amontonados en camionetas apresuradamente incendiadas, embalados con cinta adhesiva en vertederos, con una bala en la nuca. Mi amante se fue volviendo más loco, más altivo, más salvaje. En los clubes que frecuentábamos casi cada noche, se embriagaba y repartía billetes a manos llenas, llegando incluso a pagar una ronda a todos los presentes; su círculo de confianza lo miraba con cara de póker, pero nadie se atrevía a arriesgar un comentario abiertamente. Los policías seguían acudiendo a visitarlo y a recoger su dinero, pero cada vez se comportaban con mayor desdén, incluso con insolencia; dependiendo de su

humor, él doblaba la cantidad que les entregaba, les pagaba botellas y putas, o bien enviaba a alguien a romperles la cara a la salida. A veces me parecía que todo eso le daba igual, que su propia suerte le traía sin cuidado; sólo el frenesí de alguno de sus gestos, en la oscuridad y la soledad de nuestra habitación, desmentía a veces el lento avance de la desesperación. En cuanto a mí, acostada junto a él en la oscuridad, o bien cuando lo esperaba en la luz cruda de la tarde, la visión obsesiva de su cadáver me llenaba de un espanto sin límites, sólo lograba apaciguarme la esperanza de caer asesinada junto a él. Un día, su mejor amigo desapareció. Su mujer vino a vernos, hecha una furia, la cara descompuesta; mi amante la hizo enviar con sus hijos al otro lado de la frontera, e inició la búsqueda de su compañero. Tres días más tarde dieron con él, tirado en un solar, la cabeza y las manos disueltas en ácido, un cráneo blanquísimo rematando aún sus hombros intactos. No tenía ninguna otra herida, sus tatuajes lo identificaron sin lugar a la duda. Entonces mi amante se abismó en un furor frío y metódico. Me encerró en el apartamento, con hombres para protegerme: yo les servía platos de alubias rojas que cocía a fuego lento durante horas en varias cacerolas, y seguía por la televisión los progresos de su guerra sorda. En cuanto oía la llave en la cerradura, saltaba hacia el vestíbulo de entrada; a veces volvía cubierto de sangre, y yo ponía su ropa a remojo, si es que podía recuperarse, o bien en una bolsa de plástico para que la quemasen, mientras él se duchaba, permaneciendo un tiempo interminable bajo el agua ardiendo, esperando a que yo fuese a masajearle los hombros y a pegarme contra su espalda. Una tarde, él y sus amigos trajeron a un hombre, las muñecas atadas y la cabeza cubierta con una bolsa. En el salón, lo pusieron de rodillas para quitarle la capucha, y fue así como vi la cara despavorida y mal afeitada de un hombre muy joven que miraba nervioso a su alrededor con los ojos despavoridos. «Mi hijo –le dijo tiernamente mi amante acariciándole el pelo–, mi hijo, no te preocupes, todo irá bien.» Subieron el volumen de la televisión y se encerraron en el cuarto de baño. Sentada en el diván, yo mordisqueaba una manzana roja y me fumaba un porro tratando de concentrarme en la ridícula serie que estaban echando en la tele. A través de la puerta cerrada llegaban voces entrecortadas, exclamaciones furiosas, luego el agudo zumbido de una herramienta seguido

de unos aullidos atroces y prolongados. La cocinera había venido a sentarse junto a mí. «¿Qué tal?», preguntó sin apartar los ojos de la pantalla. — «Estoy cansada», murmuré espirando una bocanada de humo. Cuando salieron, hacía un buen rato que a la serie le había seguido un combate de lucha libre. Los hombres acarreaban varias bolsas de basura azul cielo, no muy gruesas y bien atadas; mi amante ya se había cambiado. «Ve a limpiar», me soltó sin mirarme antes de salir con sus hombres. Yo esperé a que terminase el combate, luego me levanté con una oscura sensación de tristeza y fui a la cocina a buscar el cubo y los trapos.

Soñé: un obrero, de nombre Emilio, contratado para unas reparaciones, había abierto un enorme boquete en la pared de nuestro apartamento y mi amante y sus amigos lo estrangulaban en la bañera mientras un gato gris, sentado en la taza del váter, se relamía plácidamente. Luego un cortocircuito sumergía el apartamento en la oscuridad y yo huía por la escalera de emergencia, propulsada por un horrible terror que imposibilitaba el menor atisbo de reflexión. En la calle, me metía en la berlina de mi amante: las llaves estaban en el contacto y yo arrancaba, luego aceleraba, dándome cuenta con una angustia creciente de que no sabía conducir; por más que giraba el volante, el coche continuaba recto, subiéndome a trompicones en la acera y empotrándome en un gran ruido de chapa contra una farola. El estruendo me despertó y abrí los ojos: mi amante, desnudo, acababa de saltar de la cama con una pistola en cada mano y se lanzaba hacia el salón abriendo fuego y desencadenando un intenso tiroteo. Las balas atravesaron la pared de la habitación, proyectando fragmentos de madera y yeso y haciendo estallar los espejos a mi alrededor; presa del pánico, me dejé caer a un lado de la cama y me tapé los oídos, totalmente envuelta en el grueso tejido del cubrecama. Traté de deslizarme debajo, pero no había sitio, así que me quedé allí, enrollada en postura fetal, los párpados bien apretados, mientras los tiros seguían resonando a través del apartamento y asolando el cuarto. De pronto, todo terminó. Todavía escuché un par de detonaciones aisladas, luego voces desconocidas y ruidos de botas que se acercaban rechinando sobre los

cristales rotos. Una mano me asió por la nuca, me levantó y me tiró encima de la cama, descubierta hasta las caderas; abrí los ojos y entreví a un hombre rechoncho bien armado, todo de negro, la cara encapuchada; antes incluso de que pudiese levantar el brazo o dar un grito, un rápido culatazo en el vientre me dejó sin respiración. El hombre me miró con calma mientras me retorció de dolor y gritó: «¡Eh, mi teniente! Aquí hay una mujer». Me abofeteó, lo observé de nuevo, muda, luego arrancó el cubrecama: detrás de la máscara, sus ojos se abrieron exageradamente, su boca se retorció con maldad y se pasó el arma a la mano izquierda para golpearme en la cara con el puño, brutalmente, varias veces. Por un instante perdí el conocimiento. Cuando volví a abrir los ojos, varios hombres iguales al primero rodeaban la cama. Habían encendido la luz y ahora distinguía claramente los pasamontañas y los cascos, las chaquetas antibalas, las protecciones de plástico reforzado en las articulaciones. Uno de ellos, según sus galones un oficial, me tiró a la cara un chándal gris y unas pocas prendas: «Ponte esto». Aterrorizada, me vestí tan deprisa como pude, sin apartar la mirada de sus máscaras opacas donde sólo se movían unos ojos fríos, feroces, sardónicos. El oficial levantó la mano y me soltó una bofetada; noqueada, volví a caer sobre la cama, ahora dos de los hombres se abalanzaban sobre mí, me daban la vuelta y me ponían unas esposas de plástico, apretando hasta que la tira se hundió en la carne. Me sacaron de la cama por las axilas para ponerme en pie; el oficial buscó mi bolso, que estaba abandonado sobre una cómoda, y se metió mi cartera en un bolsillo, no sin antes guardarse los billetes. Luego me arrastraron hacia el salón. Por todas partes yacían cuerpos sin vida, retorcidos en las posiciones más diversas: los de nuestros guardaespaldas, el de la cocinera echado en el umbral de la cocina, pero también, y eso es algo que advertí con una sorda satisfacción, los de tres policías. Mi amante había ido a caer encima de la mesa baja, su cuerpo compacto y nudoso, el tatuaje sobre su vientre ahora ilegible por la sangre, yacía de espaldas en medio del cristal reventado, los brazos en cruz, los ojos abiertos, las dos pistolas todavía en sus manos crispadas.

Todavía esposada, me cargaron en la caja de una *pick-up*, e hice el viaje a través de la ciudad con la nariz contra la bota de uno de los policías, de pie junto a mí empuñando su ametralladora, sus pantalones negros rayados por los destellos azul y rojo de la sirena. En comisaría, me llevaron a una oficina iluminada por unos neones macilentos donde un hombre de paisano, sentado detrás de un pequeño escritorio, fumaba mientras hojeaba una revista. Yo lo conocía bien: era uno de los policías que tan a menudo venían a visitar a mi amante, para retirarse luego con su dinero y su bendición; conmigo siempre había sido cortés, amable. Al verme se rió burlescamente: «Ah, ¿la putita sigue viva?». Me sentaron frente a él; a una señal, uno de los policías cortó la tira que me estrujaba las muñecas, mientras que el oficial del pasamontañas le entregaba mi cartera. Sacó los papeles y los examinó mordisqueando su cigarrillo pensativamente. Luego me inspeccionó con ojos velados, llenos de pensamientos crueles y de resentimiento. «Y bien, muchacho —pronunció por fin echándome una nube de humo—, ¿se acabó la buena vida?» Yo le aguanté la mirada mientras me frotaba las muñecas doloridas: «Es señorita, lo sabe usted perfectamente». — «¿Me tomas el pelo, capullo?» Dio otra señal y uno de los policías a mi lado empezó a golpearme en la cara con el puño cerrado, una serie de golpes breves y poderosos que me aturdieron de dolor y acabaron haciendo bailar la silla, derribándome en un rincón de la estancia, la boca inundada de un regusto metálico que en vano intenté escupir. Y siguieron golpeándome, en el torso y en las piernas, sin duda con las botas, a cada nuevo impacto un dolor violento estallaba como un racimo, interminable. Por fin me levantaron y me sentaron de nuevo delante del funcionario de paisano. Este se volvió hacia el oficial del pasamontañas y esbozó un gesto de desprecio: «Llévenlo abajo». — «¿Con los hombres o con las mujeres, comandante?» — «Con los tíos, por supuesto.» Me pusieron de pie y me hicieron bajar una escalera cenagosa y sórdida para arrojarme a una gran jaula llena de hombres. Oí chirriar la cerradura tras de mí, luego unas gruesas risotadas. Me volví: varios policías, los del pasamontañas que me habían bajado aquí y otros en uniforme ordinario, se reían y fumaban sin dejar de mirarme. Me arrastré hasta un lecho y me encaramé para sentarme, ajustando el chándal manchado de sangre contra mi torso. Mis compañeros

de celda me observaron en silencio, sus ojos ávidos, enfermizos. Luego empezaron a avanzar hacia mí. Los policías se habían acercado a los barrotes y se reían cada vez más. Resistirse no habría servido de nada así que no lo intenté. Entonces me hicieron cosas horribles; pero eso no quiero contarlo. Recuperé la conciencia en un rincón de la celda, acurrucada contra los barrotes. Tenía los ojos hinchados, prácticamente pegados, apenas logré entreabrirlos; unos dolores insensatos se propagaban por todos mis miembros, me retorcían las entrañas, me atenazaban los huesos. Me di cuenta de que llevaba los pantalones enrollados a los tobillos y los muslos mojados, viscosos. Me llevé allí los dedos y regresaron rojos. Miré a mi alrededor: una bombilla amarillenta iluminaba vagamente el armazón de las camas superpuestas donde los hombres dormían enrollados en mugrientas mantas; sólo un tipo rubio, de cara flaca y ojos enfervorizados, me miraba fijamente, sentado con las piernas colgando, las manos sobre las rodillas. Me agarré a los barrotes, poco a poco logré ponerme en pie y me subí los pantalones hasta la cintura. Entre mis muslos seguía manando un líquido, no sentía allí nada más que un inmenso dolor pulsante e informe, tenía la impresión de haber perdido todo control sobre mis músculos. Tendí una mano a través de los barrotes con los dedos abiertos y gemí, luego volví a gemir. Por fin me oyó un policía y se acercó: «Mira, la nena se ha despertado. ¿Qué quieres, nena?» — «Aseos —mascullé, apoyada en los barrotes—, tengo que ir al baño.» Él vaciló, luego llamó a su compañero: «¡Ven a ayudarme! La nena quiere ir a cagar». Abrieron la puerta, entraron y me cogieron por las axilas; sobre los armazones de las camas, algunos ojos se habían abierto y nos contemplaban con curiosidad. Los policías cerraron la reja tras de sí y me arrastraron a lo largo del pasillo. Las letrinas consistían en tres cabinas herrumbrosas y desconchadas, sin puertas, sólo con un agujero en el suelo maculado de mierda reseca; me abandonaron sobre el pavimento cenagoso y volvieron a salir cuchicheando, haciendo tintinear sus llaves. Yo logré arrodillarme, luego arrastrarme hasta uno de los agujeros y ponerme allí en cuclillas, cogida a los montantes de la cabina, para dejar fluir una mierda líquida y mezclada con sangre y con otras materias demasiado inmundas para pensar en ellas. No había papel y cuando ya no vino nada más me puse de pie

para avanzar paso a paso, los pantalones aun en los tobillos, hasta un grifo que había en la pared con un cubo debajo. De él manaba un chorrito de agua fría y me enjuagué mal que bien las manos y la cara, luego el culo y los muslos, y volví a subirme los pantalones sucios. El agua me había devuelto un poco la sensación de tener un cuerpo y, a pesar del dolor, me costaba menos mantenerme en pie: dejé la pared en la que me estaba apoyando y, titubeando un poco, respiré atentamente. Fue así como advertí que había otra puerta, al fondo de las letrinas, no lejos de un respiradero enrejado, probablemente un armario para las escobas. Presa de una curiosidad incongruente, me arrastré hacia esa puerta, agarré el pomo y abrí. Daba a una especie de pasillo oscuro, bañado por una luz difusa que permitía discernir las paredes, pero nada más. Tan pronto como hube atravesado el umbral me sentí mejor. La puerta se cerró silenciosamente tras de mí y me puse a correr a zancadas muy pequeñas, inspirando pesadamente por mis ventanas nasales magulladas un olor de metal y de agua muerta. Cada movimiento me crispaba los miembros, pero poco a poco me acostumbré y fui recuperando algo parecido a un cierto vigor; sopesé mis senos maquinalmente, comprobándome los dientes con la punta de la lengua, todavía sabían a sangre y puede que se moviesen, pero parecían más o menos bien. Me orientaba casi al azar, la luz, muy débil y sin fuente aparente, apenas me permitía situarme y el pasillo al parecer hacía curva, pues de cada tantos pasos tropezaba con la pared, a punto cada vez de caerme de bruces. El sudor y la sangre seca me pegaban el chándal a la piel, y eso interfería en mis movimientos; en un momento dado, tropecé y me fui de lado, yendo a parar de espaldas contra el muro en una especie de pequeño hueco en la pared; me quedé allí un buen rato, jadeante, palpando los lados de la abertura, hasta que por fin salí de allí para continuar mi carrera buscando a tientas. En las paredes parecían recortarse otras aberturas, apenas discernibles por su aspecto ligeramente más sombrío, estaba completamente desorientada y las fui evitando por reflejo, titubeando de una pared a otra, agitando las manos, y fue así como emergí en el vestuario, deslumbrada por los neones, y me metí bajo la ducha para enjuagar las materias diversas que maculaban mi cuerpo, luego me puse bañador y gorro y corrí en dirección a los ecos de gritos, risas y

chapoteos, yendo a desembocar en un enorme espacio azul de luz turbia, lleno de figuras en movimiento multiplicadas por los espejos. Aturdida, busqué en vano mi propio reflejo, incapaz de identificar los fragmentos de cuerpo que vislumbraba, entonces recuperé el control por completo, avancé un paso hacia la piscina, aceleré y, con los músculos extremadamente tensos y las nalgas prietas, me sumergí de cabeza a través de la superficie reluciente, hipnótica del agua.

VII

Encadenaba los largos como si el tiempo no existiese, dejándome embriagar por la fuerza de mis músculos y la regularidad de mi respiración, impulsándome con los pies contra la pared en cada extremo de la piscina para volver a lanzarme en sentido opuesto, llevado por un vigor que me pareció inagotable. Finalmente hice un largo completo bajo el agua, los ojos abiertos, dejando que el aire escapase entre mis labios en diminutas burbujas. Cuando llegué al final, mi cuerpo salió a la superficie, mis manos buscaron el borde para izar el torso en una poderosa elevación que me sacó de la piscina, el agua que chorreaba de mi piel salpicó las baldosas azules. De pie en el charco, momentáneamente desorientado y ensordecido por los gritos, las risas y los ruidos del agua, me quité el gorro y las gafas y allí me quedé plantado, tratando de unir los fragmentos de mi cuerpo, hombro, riñones, muslo, reflejados en los grandes espejos que rodeaban la piscina. Muy cerca de mí, una joven que se echó a reír me hizo trastabillar; vacilé, luego me estabilicé y, con paso decidido, me dirigí hacia las puertas batientes que empujé con las dos manos. En el vestuario me sequé y, con una difusa sensación de placer, me puse un chándal gris, sedoso y muy suave al contacto con la piel, luego me metí de nuevo en el pasillo y reanudé la carrera, los codos al cuerpo, las deportivas blancas golpeando el suelo con ligereza. Mi respiración silbaba al ritmo de mis pasos, llenando los pulmones de un aire tibio e insípido recorrido por efluvios de agua estancada, apoderándose de mi piel en una fina capa de sudor; me guiaba un poco al tuntún porque la débil luz del lugar, difusa y sin un origen visible, apenas permitía adivinar las paredes, rozadas de vez en cuando por el tejido de mi manga, lo cual me obligaba a corregir la

carrera para ajustarla a lo que me parecía una curva. A veces dejaban paso a unos segmentos más oscuros, aberturas que daban a un trastero a cuya altura marcaba yo una breve pausa para respirar, la espalda contra el fondo respirando profundamente, o acaso a una bifurcación de la que partiría un nuevo pasillo, delante de la cual aminoraba el paso un instante para examinarlo con curiosidad. Achinando los ojos, me pareció entrever unas sombras a lo lejos, probablemente figuras humanas, pero lo cierto es que estaba demasiado oscuro como para asegurarlo, contuve la respiración para escuchar pero no oí nada, o bien sólo unos confusos ruidos indistintos, sin fuente aparente, mi curiosidad me tentó a explorarlo pero no me atreví a desviarme del camino por miedo a perderme más aún. De modo que reanudé la carrera, siempre en zigzag para evitar chocar con las paredes, alargando a veces las manos hacia los lados, y fue así como mis dedos rozaron un objeto metálico, una especie de pomo me pareció, pasé de largo y seguí corriendo hasta que, en la pared de enfrente, mis dedos dieron con un objeto parecido al primero. Entonces me detuve a contemplarlo. Destacaba vagamente en la grisalla, en efecto era un pomo y lo giré: la puerta se abrió y atravesé el umbral sin vacilar. Me hallé entonces en un jardín desconocido pero que, no obstante, suscitó en mí una fuerte impresión de familiaridad, como el lejano recuerdo de un sueño borrado por el alba, un jardín casi salvaje, abandonado, invadido por las malas hierbas. Avancé con dificultad entre las largas ramas espinosas de las buganvillas, medio asfixiadas por la hiedra que las recubría; delante de mí, la alta fachada de la casa, erguida como una torre, desaparecía bajo la glicina que proliferaba hacia el tejado y que, en algunos tramos, se doblegaba bajo su propio peso, ocultando el sol y sumergiendo el jardín en una semioscuridad que no atenuaba en absoluto el pesado calor saturado de humedad. Más allá de la esquina de la vivienda se extendía una piscina vacía, en parte a la sombra de las frondas grisáceas de una palmera rechoncha y reseca cuya corona, que estaba partida, colgaba lamentablemente a un lado. Di un paso adelante: el chapado azul de la piscina, agrietado y en algunas partes incluso ausente, estaba cubierto de desperdicios, papeles arrugados, cristales rotos, pedacitos de cerámica, cagadas de pájaros de un color verdusco. Me entretuve un momento en el borde contemplando todo eso,

luego, secándome con la manga el sudor que bañaba mi cara, me volví y entré en la casa. Todo estaba en silencio. Al fondo del pasillo empujé una puerta entreabierta: era el cuarto de un niño, examiné los juguetes por un instante, los carteles de cine, los soldaditos de plomo esparcidos sobre la gran alfombra para luego retroceder y encarar la escalera de caracol que llevaba al piso superior. El rellano lo adornaba una reproducción enmarcada de *La dama del armiño*, descolorida y apenas visible bajo tanta suciedad; arriba todo estaba vacío. Recorrí las estancias una a una, esquivando las cagarrutas secas de gato que maculaban el suelo y pasando mis dedos sobre superficies grises de tanto polvo, una capa espesa e intacta, como si la casa llevase mucho tiempo abandonada; sin embargo, por todas partes encontré rastros de una presencia reciente, la vajilla sucia se amontonaba en el fregadero, el frigorífico estaba lleno aunque los alimentos empezaban a apestar, los lirios de un estrecho florero apenas empezaban a marchitarse; en el salón, la mesa estaba puesta, había restos de comida llenando platos y más platos, montones de ropa sobre los muebles, un libro abierto en el sofá, una botella descorchada sobre una cómoda, un corazón de manzana enmohecido encima de la mesa baja. Subí al siguiente piso. La habitación estaba a oscuras, bañada por una débil luz verde, la luz del día filtrada casi por completo por la glicina que cubría los cristales. Aquí reinaba un calor sofocante y traté de abrir la ventana, pero la glicina me lo impidió y no logré más que entornarla. Quise encender la luz pero las bombillas parecían fundidas; en un armario del cuarto de baño, escondido bajo una pila de facturas de reparaciones eléctricas emitidas por dos empresas diferentes, encontré una nueva y fui a cambiar la de la mesita de noche, pero tampoco funcionó; bajé y localicé en la cocina la caja de fusibles, los plomos habían saltado, rearmé el disyuntor principal y varias luces del techo se encendieron al mismo tiempo. Arriba, la lámpara de la mesita de noche emitía ahora una luz amarilla y triste sobre la escena. Miré a mi alrededor. A los pies de la cama, amontonada con descuido, había una gran colcha con largas hierbas verdes representadas sobre un fondo dorado; había vestidos de mujer tirados por todas partes, bragas sucias, faldas, zapatos desaparejados; encima de la cómoda había tiradas varias fotografías que recogí y examiné brevemente, una tras otra. En todas aparecía yo

acompañado de un niño guapo y rubio de ojos vivos y chispeantes, se nos veía a diferentes edades y en diferentes situaciones, en la playa, en el circo, en una barca, pero siempre a mi lado, entre mis brazos o sentado sobre mis rodillas. Con las fotos en la mano, me puse a registrar los cajones; en la de la mesilla de noche encontré lo que buscaba, unas tijeras de metal, muy pesadas; empecé enseguida a recortar las instantáneas, separando cada vez mi imagen de la del pequeño, y metiendo las suyas en el cajón para cerrarlo al terminar. Luego barajé los fragmentos de fotos restantes como si de naipes se tratasen y los desplegué en abanico. Arrancado de su contexto, mi rostro congelado adquiriría vida propia y reflejaba como un espejo la presencia del niño eliminado, evidenciando todo cuanto a él lo unía y ya nunca podría deshacerse. Eso suscitó en mí un sentimiento glacial, no podía apartar la vista de esas imágenes y, al mismo tiempo, seguir mirándolas me resultó imposible; al final, agobiado por la angustia, las tiré con rabia encima de la cómoda y allí quedaron esparcidas.

En la cocina, inspeccioné el frigorífico y el congelador en busca de algo comestible; al final di con unas cigalas congeladas que me preparé salteadas al ajillo con aceite de oliva. Las degusté con un vino blanco un poco pasado pero muy fresco, desmembrando con los dedos el caparazón del abdomen y quebrantando las pinzas con los dientes para chuparles las fibras y el jugo. Cuando acabé de comer, recogí rápidamente, me lavé con cuidado las manos, que olían a ajo y a mariscos, y fui junto al ventanal del salón a beberme el vino a sorbitos, contemplando la luz azafranada de la tarde a través de la maraña de la glicina. Cuando el sol se puso por completo fui encendiendo una a una las luces del salón. También intenté poner un disco, pero el equipo de música estaba roto, algo debía de haberlo fundido. Finalmente subí. Junto a la cama, la lámpara de la mesita de noche seguía iluminando la habitación con su luz sucia; mi mirada recorrió las sábanas arrugadas y manchadas; cuando intenté mullir la almohada, esta despidió una nube de polvo que me hizo estornudar repetidas veces. Irritado, le quité la funda y saqué las sábanas, luego revolví un armario buscando otras limpias e hice la cama

deprisa. Arrastré la colcha hasta la escalera para sacudirla; el espacio se llenó de polvo y de polillas, la batí varias veces contra los peldaños de piedra, estornudando convulsivamente en medio de las partículas de tejido que revolotearon, y volví a ponerla sobre las sábanas. La luz de la luna, que penetraba a través de los intersticios de la glicina, moteaba los colgajos verdes y dorados del tejido con minúsculos puntos blancos. Me desvestí; una película de sudor cubría mi piel, seguía haciendo mucho calor, tenía la sensación de asfixiarme. Me eché boca abajo, extendiendo los brazos y acariciando con los dedos la trama roída del bordado. Sentí un hormigueo en las nalgas, la verga se me había quedado aplastada bajo el vientre y la solté; me volví para observar el gran espejo vertical, totalmente picado, que había junto a la puerta: no me devolvió más que la imagen de una esquina vacía de la cama, un lienzo de pared blanca, el borde de la ventana. Me dormí así, mi cuerpo desnudo sobre los restos de la colcha, bañado en aquella luz desigual y vacilante. Un ruido indefinible me sacó de un sueño en el que trataba de convencer a una mujer rubia, su moño meticulosamente peinado, para que se apuntase a clases de conducción. Sin volverme, miré por encima del hombro hacia la puerta: ahora estaba abierta, y yo tenía muy claro que la había cerrado. El rectángulo negro de la escalera destacaba del marco de la puerta, escudriñé en esa oscuridad, en vano, no había nada. Cuando volví a despertar, el cielo tras la glicina parecía palidecer. Aparte de un rumor de hojas muy ligero seguía sin escuchar el menor ruido. Me levanté, me puse el chándal y bajé al salón. Delante de la puerta de la cocina, por un momento sopesé la idea de hacerme un café, luego pensé que no y descendí al piso inferior. En la habitación del niño intenté llegar hasta la cama, pero los soldaditos de plomo esparcidos sobre la alfombra me lo impidieron, tenía miedo de pisarlos y permanecí un instante junto a la puerta, contemplando la cama vacía y las sábanas amontonadas, luego me volví y atravesé el pasillo para salir al jardín. Las hojas secas y las ramitas crujían bajo mis pies, el calor matutino se me pegaba a la piel, la profusa vegetación descontrolada me inspiró una inquietud sorda, vaga. Cuando me acerqué a la piscina, el tejido de mi hombro se quedó enganchado en la punta de una de las largas frondas grises de la palmera y esta se rompió en un crujido, revelando su interior, totalmente

roído, podrido. Llevado por la curiosidad, sacudí otra palma y se rompió del mismo modo; las puntas de las ramas rotas desbordaban de larvas blanquecinas, gruesas como el pulgar, que caían agitándose sobre el brocal de la piscina. Asqueado, solté la palma que todavía tenía en la mano y reulé hacia la otra punta de la piscina, donde plantado un instante en el borde, luché contra la inquietud que me inspiraba aquel recipiente vacío para luego descender paso a paso por los escalones embaldosados que llevaban al fondo. Bajo mis pies crujía la basura, con la punta de mis deportivas aparté media taza de té con el borde dorado, los restos verduscos de moho de un bocadillo, unas gafas de sol a las que les faltaba una varilla, un osito de peluche rosa tirado boca arriba que me miraba fijamente con sus ojos de vidrio azul. El fondo de la piscina todavía estaba en la sombra, pero yo no llegué tan lejos. Volví sobre mis pasos, subí de nuevo por la escalera y me dirigí hacia la puerta al fondo del jardín, que se abrió fácilmente bajo la presión de mi mano. Más allá hacía mucho más fresco, suspiré de gusto y me puse a correr, cerrando la puerta tras de mí. El pasillo en que me vi inmerso, lleno de exhalaciones subterráneas, olores de arcilla y cemento mojado, estaba sumergido en una vaga claridad que me permitía guiarme mal que bien a través de las largas curvas a un lado y al otro; avanzaba a zancadas cortas, rápidas y decididas, respirando con regularidad al ritmo de mis pasos. Levanté la mirada y no vi lámpara alguna, ni siquiera el techo, lo cual me pareció curioso porque, a pesar del sudor que bañaba mi cuerpo y me pegaba el sedoso tejido del chándal a la piel, no tenía la impresión de correr al aire libre, un misterio que me intrigaba pero que olvidé rápidamente, distraído por las aberturas oscuras por las que iba pasando, pequeñas grutas donde lo que parecía ser una figura, acurrucada sobre ella misma, plantada al fondo, me hacía saltar de sorpresa, o incluso boquetes más profundos, a veces hasta con una encrucijada al fondo, en la que me parecía vislumbrar sombras en movimiento, puede que a otro corredor como yo o acaso sólo a alguien en movimiento, al final dejé de dudar y, llegado a un lugar donde la pared se abría a un corredor lateral, giré sin vacilar y retomé mi carrera en esa nueva dirección. Aquí las paredes se curvaban, seguía reinando un mareante olor a catacumbas y estaba posiblemente un poco más oscuro, me costaba no

tropezar y todo el rato tenía que corregir la trayectoria, a punto algunas veces de chocar contra el canto de una nueva esquina, o bien con alguno de los objetos metálicos que brillaban en la pared, una especie de pomos que acariciaba furtivamente con los dedos sin aminorar la marcha. Al final uno de ellos me golpeó las falanges, enviando una onda de dolor a través de mi mano, y por reflejo lo cogí, lo giré y empujé. Más allá del umbral, mi pie encontró una superficie blanda y me detuve en seco. Me hallaba en una habitación bastante amplia, más bien clara, con pocos muebles; en las paredes, las vides doradas del papel pintado se entrelazaban entre ellas hasta llegar a las molduras; el suelo lo cubría una moqueta rojo oscuro, color sangre. Al otro lado de la habitación, separada de mí por la cama cubierta con una manta sintética donde unas hierbas verdes estriaban un fondo dorado, había una figura con el pelo azabache muy corto. Las contraventanas estaban cerradas, pero algo miraba en el cristal, probablemente su propio reflejo. Empujé la puerta y se cerró con un ruido sordo; la figura se volvió y entonces vi que se trataba de un hombre, un hombre joven y guapo que, al verme, dejó que una sonrisita furtiva le atravesase el rostro apagado y anguloso. Era de una belleza irreal, casi perfecta, una belleza que lo aislaba definitivamente del mundo. Con un movimiento cansado y un tanto molesto, rodeó la cama y, sin decir una palabra, me cogió de la nuca para atraer mi boca hacia la suya. Su barba, mal afeitada, me rascó la piel, pero le devolví febrilmente el beso, embriagado y al mismo tiempo repelido por su olor a agua de colonia barata mezclado con un sudor almizclado. Me dejé ir hacia atrás, alargándome sobre la extensión verdosa de la manta, y lo atraje hacia mí, palpando con la punta de los dedos los brazos robustos sobre los que se apoyaba, sus hombros, su nuca, su costado. Mi verga, atrapada de lado, se endureció bajo el chándal; él se incorporó, yo tendí las manos y me propuse desabrochar la hebilla de su pesado cinturón de cuero, él volvió a retroceder y se puso en pie, mis dedos hurgaron para soltar su sexo, bloqueado bajo el elástico de los calzoncillos, por fin se liberó, ya hinchado, dulce y firme, y yo me agaché a lamerle la punta antes de deslizarla entre mis dientes. Todavía se le puso más dura y me llenó la boca, haciendo presión contra mi lengua y el fondo de la garganta, la rodé entre mis labios, saboreando su suavidad y su potencia, la mano del

joven, sobre mi nuca, me aplastaba contra los pelos de su bajo vientre, respiré por la nariz, enloquecido por su olor soso y agrio, aspirando con la lengua y los labios aquella verga enhiesta, hasta que una arcada me hizo hipar y me despegué de él, deglutiendo convulsivamente. Su miembro húmedo me golpeó en la mejilla al mismo tiempo que él me regalaba una breve risa seca, su mano todavía agarrada a mi nuca. Quise acercar mi boca al sexo pero él se alejó, dejándolo latir al ritmo de su corazón entre los faldones abiertos de sus vaqueros para luego metérselo de nuevo en los calzoncillos y abrochárselo todo. «Ahora no. Tengo hambre.» Descolgó el teléfono que había junto a la cama, marcó un número y, blandiendo ante sus ojos un folleto de cartón, pidió algunos platos. Yo me levanté, moviendo mis piernas entumecidas, y fui al cuarto de baño donde abrí a tope los grifos de porcelana de la ducha, con una mano bajo el chorro para controlar la temperatura.

Bajo el agua ardiente me restregué en él, estrechándole el culo y apretándome contra su cuerpo, su verga todavía medio rígida chocando contra la mía. Hice que se girase para enjabonarle los hombros, la espalda, las caderas, deslizado mis dedos entre sus nalgas y acariciando las matas de pelo rizado alrededor de su ano. Su piel mate estaba cubierta por numerosas cicatrices pequeñas, lo suficientemente gruesas en ciertos lugares como para formar costurones, conté tres en su hombro y todavía noté otras bajo mis dedos, en el pecho y la ingle, y una larga y bifurcada en el ángulo de la mandíbula. Empujé mi verga contra su culo y puse mi cabeza sobre su espalda mientras él, a su vez, se apoyaba en la pared embaldosada. En la puerta de la habitación sonaron unos golpes sordos. Él se retiró, salió de la ducha y se puso un gran albornoz para ir a abrir. Yo me abandoné al chorro de agua, encorvando la nuca bajo su presión ardiente. La ostentosa indiferencia del chico me exasperaba; unas poderosas ganan recorrían mi cuerpo, tensando mis músculos de excitación y dejándome atravesado por una sensación de vacío. Por fin cerré el grifo y me sequé con vigor, me puse otro albornoz que había allí colgado sin preocuparme por anudarlo. Sentado con las piernas cruzadas sobre la manta verde y dorada, el joven contemplaba una gran

bandeja con varios platos de madera lacada llenos de pescado crudo y verduras confitadas. Dos cervezas doradas espumaban en uno vasos altos más bien estrechos. Me uní a él y empecé a comer en silencio. Aparte del ruido de los palillos no había el menor sonido; detrás de las contraventanas, que daban, eso suponía yo, a una calle o acaso a un patio, todo permanecía en silencio; sólo una lámpara sobre la mesita de noche nos iluminaba con su halo pálido, yo veía nuestros reflejos en los cristales de la ventana, dos siluetas un tanto vagas vestidas de blanco, que destacaban sobre el campo verdoso del cubrecama. Me acabé las últimas verduritas, deposité la bandeja en el suelo y le desanudé la bata, deslizando mi mano entre sus muslos para acariciarle la verga. Él dejó ir un suspiro y se volvió sobre el cubrecama. Abrí sus piernas y me incliné hacia delante para pasarle la lengua alrededor de las pelotas y hacerlas luego rodar entre mis labios, una tras otra. Con las dos manos le aparté las rodillas, casi contra los hombros, y seguí lamiéndolo y deslizando mi lengua a lo largo del perineo y hurgando luego entre los pelos y lanzando la punta para por fin acariciarle el ano. Aquello tenía un gusto picante, áspero, hundí la lengua hasta que él suspiró, con los ojos cerrados, los brazos detrás de la cabeza. En esta habitación el ambiente era muy seco, pronto me faltó la saliva, solté piernas y me incorporé para darle un trago a la cerveza; él tomó el vaso de mi mano y también bebió, luego, con un movimiento nervioso, se deshizo del albornoz. Con mi sexo atiesado plantado entre los muslos, lo agarré con la mano por la barbilla y atraje su cabeza hacia la mía; él se dejó hacer con una apatía desesperante, sus labios, pasivos, todavía conservaban el regusto amargo de la cerveza. Me desnudé también yo y me arrastré hacia él sobre las hierbas del cubrecama para luego cabalgarlo, su verga calzada contra mi trasero tenso, febril. Él no decía nada, se quedaba allí sin moverse, disponible pero negándose a la menor iniciativa, su respiración ronca silbaba entre sus labios mientras yo ajustaba mis rodillas sobre el tejido un poco rasposo de la manta, acariciando ligeramente sus costados con la punta de los dedos. Me apoyé sobre las caderas y, con una lentitud totalmente deliberada, hice deslizar la verga entre mis nalgas, luego me escupí un poco de saliva en la palma de la mano y la pasé por mi espalda para lubricarlo con cuidado. Ajusté la punta contra la abertura y descendí con

todo mi peso: entonces mi culo se abrió y lo engulló, hasta que mis pelotas rozaron los pelos ensortijados que adornaban el bajo de su vientre. Una llama fría y mordaz me colmó la pelvis, todavía erguí la espalda y me apoyé con las dos manos en sus pectorales, ahora mis riñones iban y venían en un balanceo fiero que dispersó todavía más lejos a través de mi cuerpo la sensación de una dulzura espantosa, mis piernas replegadas se estiraron, se separaron un poco más sobre su pelvis, él seguía sin moverse, las manos detrás de la nuca, contemplándome con aire lóbrego, mortecino. «Joder –soltó por fin–, si es que follas como una chica.» Cerré los ojos e ignoré esas palabras, que a fin de cuentas podría haberme tomado como un cumplido, el placer me electrizaba la nuca y los hombros en un largo empuje difuso, me doblé hacia delante, mi verga, casi olvidada, batía contra su vientre al ritmo de mis golpes de riñones; apoyándome sobre uno de sus hombros, me volví, volví a abrir los ojos y me fijé en su muslo moreno, marcado por varias cicatrices, aprisionado por el mío, mucho más pálido y cubierto de una pelambre rizada; luego los levanté hacia los cristales, donde distinguí claramente nuestros dos cuerpos superpuestos, la doble luna de mi culo y mis muslos abiertos encima de los suyos con una masa más oscura e indistinta entre ellos. Ahora el placer me recorría la espalda, tiraba de la piel de mi nuca; disminuí el movimiento; en ese momento sonó el teléfono y me quedé congelado encima de él. Me retorcí para descolgar, hice tanta presión como pude con los músculos de la pelvis, pero era demasiado tarde, el goce se había apoderado de mí y, en el momento en el que articulé un «¿Sí?» ronco en el microteléfono, mi esperma brotó en largas sacudidas, salpicando la trama verde y dorada, un tanto rugosa, del cubrecama. «¿Sí?» En el microteléfono no respondió nadie. Acerqué más la oreja, repetí varias veces «¿Diga? ¿Diga?», pero no escuché más que el ligero zumbido de la línea vacía. Todavía acostado a mi lado, el joven se la meneaba rápidamente, al final colgué y me volví para tomarle a manos llenas las pelotas y el muslo, crispando los dedos justo cuando él se venía.

Mientras intentaba secar los rastros de esperma del cubrecama con la ayuda de un rollo de papel de váter, un apagón nos sumergió en la oscuridad. Me

acosté junto al chico, que me dio la espalda con un suspiro difícil de interpretar. Me apreté contra él, mi verga ahora flácida anidada en el hueco de sus nalgas. Supongo que así nos dormimos. Cuando volvió la electricidad me desperté. Tenía la boca seca y pastosa; parpadeé, salí de la cama para ir a beber ávidamente del grifo del cuarto de baño, cegado por la luz del neón que enseguida apagué. Al salir contemplé al chico: seguía durmiendo, repantigado boca abajo, sus piernas velludas tapadas por la manta. Con la yema de los dedos le rocé la espalda y las nalgas, hasta llegar a las cicatrices; la piel rechinaba áspera; entre sus muslos, su esperma se había secado en chorretones blanquecinos. Tendría que bajar la calefacción, me dije un tanto confuso. Pero no vi ningún termostato, ninguna manecilla. Al final llené dos vasos de agua, los puse sobre el radiador, apagué la luz y volví a acostarme junto al joven, una mano en su costado. Unos ruidos de agua que venían del baño me despertaron por completo. La luz volvía a estar encendida y yo me hallaba solo en la cama. Llamé a la puerta y entré sin esperar respuesta: el joven estaba meando en pie delante de la taza. Le di un beso en el hombro y luego me metí en la ducha. Al salir, los riñones envueltos en una toalla, él acababa de ponerse sus vaqueros y abrocharse el cinturón. Con una sonrisa, toqué el bulto que le hacía el pene: «Buen paquete». Él se rió secamente, se pasó la camisa por la cabeza, se sacó un teléfono del bolsillo y lo miró: «Tengo que irme. ¿Me das el dinero?». Yo lo miré sorprendido: «¿Dinero?». «Sí, el dinero. Como siempre.» Él estaba ahora sentado en el borde de la cama mientras se ponía los calcetines y se calzaba las botas de cuero. Una inquietud sorda tensó mis músculos, dudé, luego fui a buscar en los bolsillos de mi chándal para regresar enseguida con un gesto de impotencia. El chico se puso de pie, lo tenía frente a mí, los hombros un tanto encorvados, el rostro tranquilo y frío; una cierta sensación de amenaza emanaba de su persona, no de su rostro sino de la redondez de sus hombros, la tensión de sus muslos, el engañoso relajo de sus brazos colgantes. «¿Y?» «En realidad no tengo dinero.» «¿Me estás jodiendo, o qué?» Su brazo se levantó y, antes de que pudiera esbozar un gesto de defensa, me dio una bofetada que me propulsó contra la pared; un segundo golpe en mi vientre, esta vez con un puño cerrado, me dobló en dos y terminé arrodillado delante de él, aturdido,

jadeando. Me cogió por el pelo, me levantó y me golpeó varias veces en la cara, haciéndome volar hasta la cama donde mi boca salpicó de sangre la gruesa tela del cubrecama. «¿Me estás jodiendo?» Ahora me perseguía por la habitación, se me había caído la toalla y yo me arrastraba desnudo mientras él me castigaba las costillas y las extremidades con unas patadas que estallaban en mi cuerpo como haces de fuego. Al final, me dejó tendido sobre la moqueta, la boca y la nariz llenas de sangre, luchando entre silbidos por inspirar un poco de aire. Tenía el dorso de sus piernas delante de mí, vi cómo mi ropa iba cayendo al suelo prenda tras prenda. «Hostia puta, es verdad que no tienes nada, cabrón», dijo su voz por encima de mi cabeza al tiempo que sus piernas se volvieron hacia mí. Todavía pude ver cómo la punta de una de sus botas reculaba, luego nada. Cuando volví en mí, seguía desnudo sobre la alfombra roja bañado en sangre; afortunadamente, no se veía demasiado. Me quedé allí un buen rato jadeando, dejando que el dolor se repartiese por mi cuerpo, luego me arrastré hasta el baño donde logré levantarme delante del lavabo. Me enjuagué la cara, la boca; el agua, enrojecida, salpicó la porcelana y el espejo, me palpé con cuidado la nariz y los dientes, uno o dos se movían un poco pero estaban todos ahí, la nariz no parecía rota, seguí bebiendo y enjuagándome la boca hasta que el agua salió prácticamente clara. Al final volví a la habitación donde recogí mi ropa con dificultad y, no sin esfuerzo, me senté con todo mi peso en el borde de la cama para ponérmela. Una vez vestido, me quedé allí un momento para recuperar el aliento. Luego fui a la puerta. En realidad, había dos, no me había dado cuenta, y no tenía ni idea de cuál había tomado el joven, con quien no quería volver a encontrarme. Abrí una al azar y salí. Enseguida el aire fresco del corredor me dio fuerzas, el dolor que atenazaba mis extremidades se desvaneció y empecé a correr a zancadas cortas, posando regularmente un pie frente al otro y respirando con facilidad. El ambiente ya no era tan seco y rápidamente una fina película de sudor me cubrió el rostro y el cuerpo doloridos; al tragar saliva seguía sintiendo un sabor acre, un tanto ferruginoso, el regusto de la sangre; presioné con la lengua sobre los dientes, me dolió pero estaban bien. El pasillo por el que corría estaba oscuro, apenas podía ver las paredes grises y lisas, también ligeramente curvas, tal como deduje del hecho de que cada vez

me acercaba más peligrosamente a una o a la otra, además se veían interrumpidas aquí y allá en secciones más oscuras, entradas a nuevas galerías al fondo de las cuales me pareció adivinar movimientos indistintos, ajeteos de sombras silenciosas que se negaban a compactarse del todo en figuras, o acaso extrañas e inútiles alcobas de nicho en las que me inmescuí un momento, corriendo sin moverme del sitio y respirando por la nariz, y así me giré para calcular la profundidad y, casi enseguida, regresar al corredor. En una de esas alcobas de nicho, ya cansado, dejé de correr y apoyé la espalda contra la pared del fondo, inspirando profundamente un curioso olor a letrinas, metal oxidado y arcilla, cerrando los ojos y quedándome dormido puede que durante unos minutos; cuando volví a abrirlos me tambaleé desorientado, di unos golpes con las palmas abiertas contra las paredes laterales y encontré, para mi sorpresa, una nueva abertura en la que no me había fijado, estrecha pero no lo suficiente como para impedir que deslizase en ella mi cuerpo, y que daba a otro pasillo con un intenso olor a humedad en el que retomé la carrera sin pensármelo. Seguía igual de oscuro y alargué las manos para orientarme, a veces mis dedos golpeaban unas protuberancias de metal con las que jugaban por un instante, unos pomos que yo giraba y enseguida soltaba, llegando a veces incluso a empujar la puerta para luego seguir adelante con una carcajada mezquina, dejándola batiendo tras de mí, medio abierta. Por fin me cansé de ese jueguito y, con la mano sobre un nuevo pomo, me decidí a cruzar el umbral: a fin de cuentas, seguir adelante no hubiese cambiado gran cosa. Esa puerta daba a un espacio oscuro, un estudio vacío que atravesé a tientas, dirigiéndome al azar hacia una ventanita detrás de la cual resonaba el monótono golpeteo de un aguacero. Un montón de edificios modestos se desplegaban uno tras otro, confundidos por la cortina de lluvia hasta desaparecer al fondo en un gris indistinto. Con los dedos recorrí la pared junto a la ventana buscando un interruptor; al final encontré uno, pero no funcionaba. Fuera no había luna, pero la lluvia reflejaba una débil luz, y en cuanto mis ojos se acostumbraron a la oscuridad, logré discernir mejor la habitación. Estaba vacía, con paredes desnudas y un suelo de madera que crujía bajo mis pies. Frente a la ventana, una abertura daba a una segunda habitación, también iluminada vagamente por otra

ventana. En el suelo había un colchón inflable, allí tirado de cualquier forma, medio cubierto con un saco de dormir verde y dorado; a su lado, una escalera plegable de madera con cinco escalones sobre los que descansaban varios objetos. Aparte de una caja de cartón abandonada distraídamente contra una pared, no había nada más. Examiné sin curiosidad los objetos dispuestos en los peldaños de la escalera, cada uno más inútil que el anterior; en el último, casi a la altura de mis hombros, unos viejos CD, conciertos para piano de Mozart, pero no había ningún lector. Decepcionado, puesto que por lo menos me hubiese gustado un poco de música, probé todos los interruptores que encontré con un éxito similar que con el primero; los casquillos de las bombillas que colgaban del techo, al final me di cuenta, estaban vacíos. El suelo y las paredes se hallaban en ciertos lugares maculados de excrementos, pequeños hilillos verdes, como salpicaduras. ¿Había entrado un pájaro? Fui a mirar en las habitaciones, examiné hasta la ducha y la taza del inodoro, pero no había nada. ¿Acaso habría vuelto a salir? Sin embargo, las ventanas estaban todas cerradas, incluso selladas con periódico y una cinta adhesiva seca, parcialmente despegada. Volví a mirar a mi alrededor con incertidumbre. Entonces me fijé de nuevo en la caja de cartón que había en un rincón oscuro. La llevé junto a la ventana y la incliné: la paloma yacía en el fondo, tendida sobre un montón de fotos viejas, muerta hacía ya tiempo, probablemente de hambre. Saqué con delicadeza algunas de las fotos de debajo de su cuerpo, también manchadas de mierda verde; pero con aquella oscuridad resultaba complicado distinguir las imágenes, en cada una de ellas no adiviné más que una serie de siluetas de hombres y mujeres desnudos llevando a cabo gestos variados. Cansado, volví a dejarlas caer sobre el cuerpo de la paloma, aparté la caja y me apoyé contra la ventana para escuchar la lluvia. De repente me sentí viejo, sin fuerzas; debajo del chándal, mi cuerpo dolorido, lleno de moretones, se iba arrugando, reblandeciendo.

En aquellas estancias hacía fresco, casi frío. Inspeccioné los armarios de la cocina en busca de algo que comer, pero no encontré más que un mendrugo de pan integral completamente seco, unas cebollas verdes de moho, una

botella de vino vacía y una lata de sardinas intacta, pero nada para abrirla. Mis tripas se contraían de hambre, golpeé la conserva contra el borde del mostrador, sin éxito. También estaba tiritando, al final dejé la lata y fui al cuarto de baño, donde abrí a tope los herrumbrosos grifos de la ducha: durante un instante fluyó un minúsculo chorrito de agua rojiza, luego nada. Contrariado, regresé a la habitación, donde dubitativamente tanteé el colchón con el pie: estaba mal hinchado y se hundía hasta la mitad, pero no tenía fuerzas para intentar solucionarlo. Me quité las deportivas y los calcetines y envolví mi cuerpo en el incómodo saco de dormir, dejándome mecer por la crepitación continua de la lluvia más allá de las ventanas. Debí de quedarme dormido. Cuando otra vez abrí los ojos seguía lloviendo y había salido la luna, que ahora iluminaba la habitación. Para mi sorpresa, el suelo alrededor de mi colchón parecía cubierto de hierba, como si fuese un prado o acaso césped, muy verde y bien cuidado; me incorporé, dejé que el saco se deslizase sobre mis riñones y alargué el brazo para rozar con la punta de los dedos las briznas de hierba. Estaba fresca y acabé de salir del saco de dormir para ponerme en pie, acariciándola con agrado entre los dedos de los pies. Estiré mal que bien mis músculos contraídos durante el sueño; el dolor de los golpes por fin se había desvanecido, sólo algunas punzadas me lo recordaban cuando estiraba un miembro. La luz de la luna caía sobre la pared a mi lado, entonces observé que no era lisa, como había pensado primero, sino que al contrario estaba picada de unos agujeritos que formaban protuberancias ligeramente abombadas. Me acerqué. Bajo mis dedos, la pared se reveló tapizada con un cuero muy fino, suave y tibio como la piel humana, que en algunos lugares se replegaba en pequeños anos, perfectamente formados con todas sus dobleces, una pared constelada de anos. Cuando muy delicadamente tocaba uno con la punta de los dedos, este se contraía; me agaché para examinar algunos de ellos más de cerca, algunos eran pálidos y claros, otros más oscuros, incluso violáceos, pero no había nada más que permitiese distinguirlos, ni discernir si pertenecían a un macho o a una hembra. Me humedecí el dedo con saliva y lo pasé por el borde de uno de ellos: temblequeó, se frunció, volvió a temblar bajo mi tacto muy suave. Cuando hundí un trozo del dedo se abrió como una corola, resistiéndose un

poco al primer envite, luego aspirando el dedo entero más allá de la segunda falange. Giré el dedo, apoyando y acariciando la pared blanda, caliente, húmeda. Junto a mi cara había situado otro ano y alargué la lengua para lamerlo, primero con la punta, luego apretando más fuerte, y al final apoyando mis labios en un largo beso, saboreando su regusto un tanto almizclado. Cuando retiré la boca y el dedo, los anos parpadearon lentamente, como ojos que me estuviesen mirando, espejos diminutos reflejándome fragmento por fragmento. Me quité toda la ropa y me apreté contra la pared, encantado por la dulzura de su piel lisa contra la mía; con los pies falcados en la hierba del suelo, abrí los brazos para acariciar su superficie, acariciando con la palma de la mano los anos que me iba encontrando o bien cosquilleándolos con los dedos, lamiendo y besando los que me quedaban cerca de la boca, y al final penetrando como chocolate derretido el que se hallaba delante de mi verga, pegando vientre y caderas contra la pared. Era una sensación increíblemente deliciosa, toda mi piel palpitaba al contacto de esos anos, de esa piel flexible y tibia, fundiéndose también ella, mezclándose con la otra, fluyendo a través de la pared, mi cuerpo todavía emergía de ella como una figura en bajorrelieve y yo seguía batiendo las caderas y meneando las manos, penetrándola cada vez más profundamente, hasta que me confundí con ella por completo, mi piel tensa como la que la prolongaba sobre toda la superficie, sólo mi propio ano seguía desmarcándose, un bultito sobre la superficie lisa que yo apretaba y aflojaba, sintiendo cómo se estremecía de excitación, presto para el dedo o la boca que, a su vez, vendría a acariciarlo.

Cuando me desperté, una luz fría bañaba el cuarto y hacía centellear la materia del saco de dormir, aunque no calentaba lo más mínimo. Estaba desnudo, enredado en el grueso edredón sobre el colchón que, a cada movimiento, se hundía bajo mi peso. Me levanté y me vestí sin perder tiempo, soñando con algo que llevarme a la boca, aunque sólo fuese una manzana. Fuera seguía lloviendo, una lluvia tupida que velaba la ciudad y el mar grisáceo que, detrás de los edificios, se adivinaba al fondo. Inspeccioné una última vez las habitaciones, y como no vi nada más que lo que ya había

visto, me dirigí hacia la puerta. En el momento de abrirla dudé, la mano sobre el pomo, entretenido por una sensación fugaz, pero se desvaneció tan rápidamente como había aparecido y cerré la puerta y salí. En el pasillo, reanudé mi carrera enseguida, lanzando un pie delante del otro con pasos flexibles y regulares, respirando con gusto un aire rico en olores de piedra remojada, lodo y descomposición. Mis músculos no tardaron en entrar en calor y me concentré en las paredes, apenas visibles en la semioscuridad que aquí reinaba, pues parecían acercarse o, al contrario, alejarse de mí como si el pasillo serpentease imperceptiblemente, obligándome todo el rato a corregir la trayectoria para evitar golpearme contra ellas, interrumpiendo el ritmo de mis pasos y de mi respiración. Aquí y allá, iban apareciendo algunas partes de pared más oscuras, pequeños huecos o una especie de túneles truncados que yo exploraba brevemente para luego volver al corredor principal; o acaso la abertura de un nuevo pasaje, igualmente irregular y oscuro, en el cual me metía un poco al azar, prosiguiendo mi carrera de forma intermitente, animado por unas sombras que vislumbraba a lo lejos, unas figuras que parecían cruzar mi camino sin detenerse, desapareciendo tal como habían aparecido, imposibles de atrapar cualquiera que fuese la bifurcación que iba tomando. A veces me decía a mí mismo que debía de haber un lugar por el que pasar, alguna forma de cambiar de rumbo para seguir una línea nueva, pero no lo lograba de ningún modo, ni acelerando, ni yendo más despacio, ni siquiera deteniéndome, siempre eran los mismos pasillos y las mismas bifurcaciones, una red que yo, seguramente igual que esas otras figuras vagamente avistadas, recorría incansablemente al ritmo de los pomos brillantes que jalonaban las paredes, unas veces los ignoraba y otras, en cambio, jugaba un momento con ellos, por distracción o por aburrimiento, hasta que al final, presa del cansancio, cogí uno y empujé la puerta, pasando el umbral sin disminuir la marcha para encontrarme en una gran sala sombría, ahumada y ruidosa. Sentados alrededor de unas mesas de tosca madera, vi a unos hombres en traje y con botas de color tierra bebiendo, desgañitándose, berreando fragmentos de canciones lascivas mientras manoseaban a unas chicas de carnes pesadas y rostros enrojecidos, sobreexcitados. Cerca del mostrador había otro grupo discutiendo vivamente. Me uní a ellos

tendiéndole la mano a mi amigo: él se volvió con una sonrisa y la tomó en la suya, sacudiendo al reír sus rizos de reflejos pelirrojos. «Llegas justo a tiempo. ¿Qué bebes?» — «Lo mismo que tú.» Se volvió hacia la encargada, una mujer fea y desdentada de mediana edad, y señalando su vaso levantó dos dedos. Mientras ella trajinaba, él me asió por el hombro y me sacudió. «Está bien que hayas venido. Imagínate lo que nos espera.» Uno de sus compañeros, un muchacho rechoncho vestido como un mozo de granja, eructó y se terminó su vaso de un trago al tiempo que hacía rodar sus ojos inyectados en sangre: «¡Ella me espera en los bosques!», bramó. — «Sabed todos —exclamó otro con una voz aguda, cascada—, que a esa perra lo que le gusta es correr desnuda entre los árboles.» — «Ya —rechinó otro—, pero eso no te impidió poseerla.» — «Está loca por mí, os lo digo yo —profirió el primero—. Loca por mí.» — «Por ti, y por todos nosotros. Esa mujer es una cesta podrida.» — «¡Cesta podrida! —empezó a entonar en coro todo el grupo—, ¡cesta podrida!» La jefa nos trajo dos vasos y mi amigo me ofreció uno. «¿Qué es lo que está pasando?», pregunté dándole un traguito al cóctel, un gin-tonic fresco, chispeante, casi amargo. Mi amigo se agachó para deslizarme unas palabras al oído, apenas audibles en medio de los gritos y las exclamaciones: «Sucede que nos dimos cuenta de que todos teníamos la misma amante. Una mujer rica, la más rica de la villa. Cada uno de nosotros creía que lo había escogido, pero en verdad se servía de todos». El jaleo no perdía fuelle. «¡Vamos! ¡Vamos juntos!», gritaron varios de los mozos de granja. Detrás de nosotros, una joven de pelo negro cortado a lo chico había acometido una canción de los suburbios, y los otros por fin se callaron para escucharla. «Una mujer de temperamento —aventuré—. ¿Dónde está el problema?» — «Para ti es fácil decirlo», replicó mientras yo daba otro trago de mi cóctel. Él se encendió un cigarrillo y exhaló orgullosamente una bocanada de humo al aire. «Tú no la conoces. Pero vamos a darle una buena lección, a esa zorra.» En ese momento las luces vacilaron, se estabilizaron, volvieron a parpadear; todo el mundo se había callado, hubo un chisporroteo y la sala quedó sumergida en la oscuridad mientras por todas partes se oían gritos, bien divertidos, bien irritados. «No es nada —pió la jefa—, no es nada. Sólo los plomos, que han saltado.» Aquí y allá aparecieron lucecitas,

hombres que encendían sus mecheros durante unos instantes; alguien acercó uno a una vela y un halo tembloroso iluminó algunas caras congestionadas; al fondo del mostrador, el haz amarillento de una lamparita portátil bailaba sobre la pared. «Y eso que han venido a arreglarlo unos profesionales – renegó mi amigo–. No una, sino dos veces.» Hubo un chasquido sordo y las luces volvieron entre una algazara de aplausos y alegres exclamaciones. La chica del pelo corto, encaramada ahora en las rodillas de uno de los mozos, volvió a ponerse a cantar. Yo contemplé melancólicamente sus brazos morenos, sus hombros redondos, sus pequeños senos, firmes bajo el fino vestido estampado, el cuello macizo y los músculos sólidos, bien separados de su compañero. Su voz era vulgar, pero rica y lánguida: *Es a los juegos, y a los amores, a quien hay que darle los días mejores*, cantaba mientras su amigo le manoseaba los muslos con una risa grosera. Por fin se calló y saltó de sus rodillas, sacudiendo sus mechas color carbón para venir recta hacia nosotros. «¿Me invitas a un trago?», exclamó estallando en una gran risotada sobreaguda. Yo levanté mi vaso con una sonrisa amistosa y le hice una señal a la encargada; pero la chica, contenta y ligera, ni siquiera esperó, me quitó el vaso de las manos y se lo bebió de un trago, soltando otra gran carcajada para luego tendérmelo, el borde manchado de pintalabios rojo. Ahora llegaba otro vaso, lo cogí, brindé con el de mi amigo y con el de la chica, que seguía sujetando el suyo vacío, y también yo me lo bebí de un trago, con una sensación fresca y chispeante en la garganta.

La tropa embriagada avanzaba ahora pesadamente a través de la humedad de los bosques. A nuestro alrededor se alzaban enormes hayas, serbales y nogales, aquí y allá un viejo roble con el tronco medio cubierto de musgo; helechos, matorrales y algunos pinitos raquíuticos atestaban la maleza; de tarde en tarde, las trenzas de la hiedra envolvían los troncos, asfixiando lentamente, año tras año, a los árboles que las alojaban. Seguíamos una especie de camino abierto en la vegetación por el trazado aleatorio de los abetos, atravesando a veces un pequeño arroyo que exhalaba un aire frío y vívido. Tal como nos íbamos acercando pesadamente, los pájaros a los que se

oía cantar en las ramas se callaban atemorizados. Con la mano sobre mi hombro, mi amigo caminaba en silencio a mi lado; yo no despegaba la mirada del suelo, preocupado por no tropezar con las raíces o las piedras cubiertas de líquen que atestaban el camino; cuando arriesgué una mirada furtiva hacia arriba, di con la oscura bóveda de las copas de los árboles, con la muy abundante hiedra, con los pocos pedazos de cielo gris visibles a través de las ramas. Hacía fresco, un tiempo que anunciaba el otoño, pero mi amigo me había prestado un abrigo grande, que yo mantenía bien cerrado por encima de mi chándal. Los hombres hablaban poco; cuando uno de ellos dejaba escapar un breve comentario que suscitaba perversas risitas, nunca faltaba otro que lo hiciese callar. Por fin, la mano de mi amigo se tensó sobre mi hombro: estábamos llegando. Delante, un seto de matorrales tupidos rodeaba un pequeño claro; en medio de las hojas relucientes y casi negras brillaban apaciblemente numerosas bayas blancas, anaranjadas, rojas, sin duda venenosas; más allá, violetas salvajes, dientes de león y capas de tréboles se entremezclaban con las hierbas verdes y mojadas que tapizaban el suelo dorado. Uno de los hombres, el mozo de granja rechoncho, se separó del grupo y se adelantó hacia el centro del claro; otros se pusieron en cuclillas detrás de los matorrales, murmurando en voz baja. Mi amigo se había encendido otro cigarrillo y el olor del humo se sumó a los efluvios almizclados que desprendía su cuerpo. Bajo el abrigo yo tiritaba: «No hace mucho calor». — «No te preocupes. Esto será rápido.» No obstante, durante largos minutos no sucedió nada; en medio del claro, el mozo rechoncho golpeteaba el suelo con el pie y renegaba; a mi lado, los hombres se frotaban los brazos y hacían circular un frasco de alcohol. La chica peinada a lo chico, que había venido con nosotros, canturreaba de nuevo en voz baja un quejido sentimental y anticuado: *En vano, por mil amantes me vi cortejada, mas ninguno me doblegó en mi rigor*. Soplando sobre mis dedos entumecidos, observé una gran cesta a sus pies: estaba llena de manzanas de todos los colores, viejas, casi podridas. Por fin, de entre los árboles del fondo del claro apareció una figura y se adelantó con calma hacia el mozo de granja. Era una mujer, una gran mujer, esbelta y de blanca piel, totalmente vestida de gris; cuando se retiró el velo y se quitó el sombrero de ala ancha, vi que tenía los

cabellos rubios color champán recogidos en un elegante moño pequeño sujeto con horquillas. Ya no hablaba nadie, los hombres contenían la respiración, todas las miradas clavadas en ella. Cuando llegó ante el mozo de granja, se detuvo. «Por fin», gruñó él, colocándose de lado para que pudiésemos verlo todo. La mujer no respondió nada, pero alargó los brazos para apartar los faldones de la chaqueta del hombre, desabrochar con lentitud la hebilla de su cinturón, y extraer, siempre con gran detenimiento, una verga corta y gruesa, ya hinchada bajo sus dedos. El mozo se rió socarrón: «No puedes evitarlo, ¿eh, querida? Te gusta demasiado». — «Sí», articuló ella claramente para luego inclinarse hacia el sexo que seguía sujetando en su mano. Pero el hombre interrumpió su movimiento con un gesto brusco, hundiendo sus gruesos dedos en el tejido gris de su hombro. «Espera. Quiero verte desnuda. Quitate la ropa.» La mujer lo miró contrariada: «Hace frío», dijo, siempre con la misma y espantosa calma. «Me la suda», ladró él bruscamente. Y empezó a atacar los botones de su cuello, pero ella misma le apartó la mano y se puso a desabrocharlos uno a uno. A medida que el vestido se iba abriendo, el hombre tiraba del tejido y descubría sus miembros, sus largos músculos esbeltos, su piel que hasta de lejos parecía cubierta por una pálida pelusilla. Por fin el vestido cayó, el hombre le quitó la ropa interior y quedó desnuda, la punta de sus senos enhiesta por el frío, exhibiendo sin pudor un espeso vellón rubio entre sus muslos que todavía resultaba más enloquecedor por las medias gris perla que se había dejado puestas. No lejos de mí, la chica del pelo negro no supo evitar lanzar una exclamación: «¡Oh, la bella putita!». — «¡Anda, cállate!», dijo mi amigo, tenso, crispado. Pero la mujer rubia no había oído nada. De nuevo alargaba la mano hacia el sexo del mozo, alzado entre los faldones de su chaqueta como un palo rechoncho. «Primero, mea —le ordenó él en tono apático, grosero—. Quiero ver a una mujer rica meando.» Sin una palabra, la mujer se puso en cuclillas y orinó, un chorro poderoso, ruidoso, interminable. El hombre volvió a dejar escapar una risita burlona, luego blandió su verga hacia la cara de la mujer. Sin vacilar, ella entreabrió los labios, dejando que el sexo le llenase la boca mientras el mozo le entremetía los dedos en los mechones rubios. Gruñó, luego se puso a golpear la frente de la mujer con su vientre, obligándola a abrir las piernas y agarrarse

a sus caderas para mantener el equilibrio. El mozo jadeó; por fin lo asaltó un estremecimiento, sin que la mujer separase un instante su hermosa boca de aquel bajo vientre. Enseguida él se retiró, se metió la verga en los pantalones y, con un gesto mucho más ágil de lo que debería haberle permitido su cuerpo rechoncho, robó la ropa de la mujer tirada en el suelo para alejarse con paso gallardo: «¡Os toca, muchachos! –berreó–. Enseñadle a esta perra lo que es bueno». Inquieta, la mujer se había incorporado súbitamente; ahora los hombres acudían a toda velocidad desde los matorrales, bombardeándola con huevos y manzanas podridas a la vez que la insultaban. Ella levantó las manos para protegerse, pero no intentó huir; los huevos estallaban sobre su cuerpo, desprendiendo incluso a esa distancia un hedor intolerable, cubriéndola con una sustancia repugnante en la que iban quedando pegados los trozos de cáscara; las manzanas, incluso blandas, debían de magullarla horribilmente, pero de sus labios no salió el menor sonido. Mi amigo se había puesto en pie pero no se movía. Me señaló la cesta de manzanas con el dedo: «¿No vas a tirarle ninguna?». Presa de un asco indecible, contemplé con espanto la escena y meneé la cabeza. Entonces la otra mujer, agitando sus mechetas cortas y negras, se plantó delante de mí con un grito de júbilo: «¡Porque tú no quieras, gallina, yo no pienso abstenerme!». Se apoderó de la cesta, corrió a unirse a los otros y también ella se puso a apuntar hacia el cuerpo endeble de la mujer de los cabellos rubios, trémulo de miedo aunque rígido de orgullo bajo los golpes y el hediondo mejunje.

La chica de los cabellos azabache, con el pelo ahora de punta, dirigió triunfante el cortejo de regreso, cantando a voz en cuello con su voz insolente: *Cuanto más sepamos del amor, más lo odiamos, ¡destruyamos su funesto poder!* Detrás de ella, los hombres avanzaban en una furia de groseras invectivas y burlas despiadadas; pero bajo su aparente satisfacción, parecía flotar como una duda la sombra tal vez de una vergüenza secreta que les velaba la risa. Incapaz de librarme de aquella imagen de desnudez, impresionado por el orgullo de la joven de pie bajo la lluvia de proyectiles, atormentado también por mi inmovilidad durante el asalto, que me había

impedido unirme a sus verdugos pero también defenderla, los seguí en un silencio lóbrego. Mi amigo, que también guardaba silencio, se había unido al grupo y fumaba. En un cruce de caminos, uno de los mozos dijo con una risa fanfarrona: «Se ha llevado lo suyo, la burguesa. Chicos, ¿vamos a tomar algo?». Mi amigo señaló en la otra dirección: «Yo me voy a casa», dijo en un tono frágil. «Voy contigo», convine yo. Los dos giramos a la derecha mientras la tropa se alejaba entre los árboles, retomando sus cánticos como para tranquilizarse: el ritornelo de la chica de pelo negro. Poco a poco, volvió el silencio. A un lado, un pájaro lanzó un largo trino; el viento removía el follaje pacíficamente; aparte de eso, el único sonido era el de nuestros pasos aplastando ramitas y hojas secas. Un poco más lejos, el camino giraba para recorrer un alto muro de ladrillos rojos, el recinto de un parque o de una vivienda. «Aquí es donde vive», murmuró mi amigo. — «¿Quién?», pregunté yo a pesar de conocer la respuesta de antemano. — «La cesta podrida, esa que se entrega al primero que pasa.» En la esquina, el camino volvía a adentrarse en el bosque; más allá, del otro lado, nacía una extensión de helechos que me llegaba a la cintura. «Yo tiro por ahí», dijo mi amigo, señalando el camino. Yo me planteé seguirlo; pero por el rabillo del ojo vi algo que me llamó la atención, una forma desnuda, allá a lo lejos, moviéndose entre los helechos. Miré a mi amigo, pero parecía no haber visto nada. «Yo iré por allá», le respondí por fin. Me quité el abrigo, lo doblé y se lo entregué: «Toma, llévatelo». — «¿No vas a tener frío?» — «Qué va, no te preocupes.» Se despidió con la mano y siguió su camino, deteniéndose unos pasos más lejos y volviéndose: «Se lo merecía, ¿verdad?». Sonrió y agitó sus mechones. Yo no dije nada y él volvió a ponerse en marcha, el abrigo doblado bajo el brazo, desapareciendo detrás de un árbol. Volví entonces la vista hacia los helechos, pero por más que escrutase el terreno, ya no vi nada excepto el verdor y los árboles al fondo. Empecé a caminar precipitadamente, abriéndome paso entre la vegetación, arrastrando los dedos sobre el ladrillo mojado y las zonas de musgo que cubrían la pared. Los helechos, elásticos, cedían fácilmente, crujían bajo mis pies; un vago recuerdo bailó por un momento en mi mente, la imagen fugitiva de un niño desnudo escondiéndose a través de semejante vegetación, pero no logré concretarla y lo olvidé igual

de rápido para concentrarme en mis zancadas, tratando también de no pensar en el cuerpo de la chica rubia, tan disponible y como impermeable a la vergüenza, esa vergüenza que resbalaba sobre ella como la asquerosa sustancia de los huevos podridos. Un poco más allá la volví a ver: su torso inmóvil por encima de los helechos, llevaba tranquilamente a un niño rubio de la mano. Los dos se habían detenido delante de una abertura en la pared y pude ver claramente las manchas que maculaban el cuerpo desnudo de la mujer, el rostro afilado, brillante de inteligencia, del niño que la miraba con aire testarudo. Luego desaparecieron con un ruido sordo de puerta que se cierra. Aceleré el paso y también yo llegué casi corriendo ante aquella puerta, un batiente de madera pintado de verde, carcomido y desconchado, pero firmemente empotrado en la pared. Sin vacilar, cogí el pomo de hierro forjado y lo giré. La puerta se abrió fácilmente y, tan pronto como la hube atravesado, me puse a correr, golpeando con mis deportivas el suelo liso del pasillo, mi respiración silbando con regularidad entre mis labios, los ojos tan abiertos como podía para intentar orientarme en la semioscuridad que me hacía ver las paredes unas veces bastante alejadas, y otras muy cerca de mí, como si el corredor se hubiese puesto a zigzaguear, obligándome a corregir la trayectoria de forma intermitente y proyectándome a veces, con un golpe brutal, contra una pared o hasta dentro de uno de los pequeños escondrijos que abrían en la superficie gris una zona todavía más oscura e indefinible. A veces, esa especie de refugios no estaban bien cerrados y, palpando las paredes a ciegas, mis manos localizaban una abertura por la que deslizarme y ponerme otra vez a correr, absolutamente concentrado en mantener el equilibrio, en el ritmo de la respiración y en las zancadas. Sucedió también que llegaba a una bifurcación, en forma de V o bien de T, y que no la reconocía sino en el último momento, lo cual no me dejaba ni un instante para pensar y escoger qué camino seguir, pues con el fin de evitar el impacto me tocaba propulsar mi cuerpo a un lado o al otro, de forma inmediata, y seguir al tuntún con mi alocada carrera, en la que no se perfilaba ni aire, ni luz, ni un resquicio por el que salir, y que parecía que no terminaría jamás. A veces, las aberturas daban a otros pasillos, ante los cuales hacía si acaso una breve pausa, corriendo sin moverme, para ver si lograba discernir algo,

aspirando dubitativamente el hedor a subterráneo, polvo húmedo y viejo hormigón desconchado. También me sucedía, a pesar de no llegar a ver nada que justificase mi elección, que tomaba una de esas direcciones y seguía por ahí mi ociosa carrera; aunque en otras ocasiones sí que vislumbraba a lo lejos una sombra moviente, una especie de figura puede que humana que corría, por qué no, lo mismo que hacía yo; entonces la llamaba, por desgracia siempre en vano, me ponía las manos delante de la boca en forma de megáfono y gritaba en esa dirección una serie de palabras que querían ser amistosas pero no recibían la menor respuesta, lo cual me llevaba a correr hacia la figura con la esperanza de entrar en contacto con ella y de establecer así un vínculo, esperanza siempre malograda pues la sombra, si es que en realidad lo era, se desvanecía en cuanto yo me acercaba, también ella debía de verse obligada a virar en un cruce, un nudo, un desvío o un camino sin salida, todo resultaba inútil y cada vez estaba más cansado, se me nublaba la vista y cometía más y más errores, tropezando más de la cuenta contra las paredes, o golpeando violentamente con los dedos aquellos objetos metálicos, brillantes en la tenue luz, que a intervalos sobresalían de las paredes, pomos de unas puertas que yo, de vez en cuando, me divertía abriendo y cerrando sin siquiera cruzar el umbral, un juego idiota que aún me consumía más las fuerzas, definitivamente extraviado, hasta que finalmente tropecé y salí volando, asiéndome en el último instante a uno de esos pomos y abriendo así una puerta que me arrastró tras de sí, salvándome de una caída definitiva y tirando de mí más allá del umbral. Mis deportivas chirriaron en la nieve y me detuve. Un hombre pasó junto a mí, guiando a un caballo con una cuerda y seguido por otros dos que llevaban una marmita, sus alientos congelados suspendidos en un aire helado que atravesaba la delgada tela de mi chándal. Me estremecí y me froté los brazos. Un poco más adelante, debajo de una prominente haya con ramas grises y desnudas, había apiñado un grupo de hombres alrededor de un fuego. Me acerqué, mis pies se hundieron en la nieve fresca; uno de los hombres me vio y me saludó: «¡Eh, mi comandante! Va a coger usted frío. Venga a cambiarse». Me condujo a un cobertizo donde encontré todo lo que necesitaba en un tosco armario de tablas: pantalones de una sólida lona marrón y un jersey de cuello alto que me puse encima del

chándal para estar más abrigado, chaqueta de oficial con botones dorados, botas de cuero y un largo abrigo de lana, de alto cuello y amplios faldones que me golpeteaban las pantorrillas. También había un sombrero de piel y un par de guantes blancos ajustados, que me puse y abroché con una notable sensación de alivio. El soldado me estaba esperando a la salida: «No olvide esto», dijo, y me dio un látigo y una funda de cuero que contenía una pistola de cañón largo, con una culata de madera pulida y redondeada. Empezó a nevar, una lluvia de copos ligeros como el aire que danzaban alegremente y se derretían al menor contacto. Sujeté la pistolera al cinturón de mi chaqueta mientras seguía al soldado hacia el fuego. Otros hombres habían venido a unirse a los primeros, todos ellos llevaban uniformes como el mío, cuando vieron que me acercaba se pusieron en posición de firmes, golpeándose los talones, y me saludaron. Varios de ellos llevaban en el cuello una pesada cruz de metal labrado; me saqué la mía del bolsillo de la chaqueta y también me la puse en el cuello, acariciando el metal con los dedos y levantando la cabeza hacia un hombre desnudo, colgado por un solo pie de una rama de la haya, su piel grisácea lacerada por golpes y cuchilladas. «¿Y este?» — «Un espía, mi comandante. Estaba merodeando por donde los caballos, le hemos dado una buena lección.» Meneé la cabeza y me acerqué a la hoguera. Un hombre sacó un taburete plegable y me senté, otro me tendió un cuenco humeante lleno de alubias rojas y una cuchara de latón. Tenía mucha hambre y devoré el plato con rapidez, le faltaba sal, pero qué más me daba, me comí hasta la última cucharada y rebañé el cuenco. Ahora ya no tenía frío, el fuego me tostaba agradablemente los pies y los muslos, algunos copos se posaban por un momento en mis mangas para derretirse enseguida y yo los miraba con agrado. Eructé y bebí agua. «Haced que ensillen los caballos —ordené al tiempo que me levantaba—. Nos vamos.» Los hombres se pusieron manos a la obra inmediatamente. El hombre colgado oscilaba lentamente encima del fuego, sujeto en su sitio por una rama más delgada empalada en su ano. Un soldado se acercó y saludó: «¿Y los prisioneros, mi comandante?». Lo pensé durante un breve instante: «Fusílenlos». — «¿Las mujeres también?» — «Las mujeres también.» Me dirigí a grandes pasos hacia el cercado. Un hombre me trajo un hermoso caballo bayo, cuyos ollares dejaban escapar volutas de

vapor mezcladas con los copos que caían, cada vez más tupidos. Cogí el roncal de las manos del soldado, acaricié el cuello de la bestia, comprobé la cincha y me subí a la silla de montar, donde me planté para observar los preparativos. En el bolsillo de mi chaqueta había un estuche con puros, me encendí uno y aspiré, las bocanadas de tabaco me proporcionaron una sensación de serenidad, ligera y animada como la nieve que colmaba el cielo. A mi alrededor, los hombres iban y venían, alineaban los caballos, plegaban las tiendas; más lejos, unos soldados escoltaban a un pequeño grupo de hombres y mujeres, la mayoría de ellos vestidos con harapos. Cuando llegaron a un bosque de pinos, los obligaron a arrodillarse en la nieve. Luego un soldado tomó su fusil, apuntó a una nuca y apretó el gatillo; el hombre salió volando hacia delante en un brusco estallido de sangre; ahora el soldado se volvía hacia el siguiente y cargaba su arma. Numerosos hombres a caballo vinieron hacia mí. Uno de ellos me tendió una lanza con el mango de fresno pulido y el filo acerado, largo y fino en forma de hoja; yo la cogí con satisfacción, la sopesé y me la puse sobre las rodillas. Cuando todo estuvo listo le di al puro una última bocanada, lo tiré sobre la nieve y blandí la lanza para dar la señal de salida. Mi caballo piafó y lo guíé con los talones, poniéndome la lanza bajo el brazo y asiendo las riendas con la mano libre. A mi alrededor, la columna se puso en movimiento, bordeando los árboles, rodeando los cuerpos de los fusilados que yacían boca abajo en la nieve enrojecida, sus miembros dislocados como muñecas. Cogimos un atajo y lancé mi caballo al trote, los cascos volaban sobre la nieve virgen, las lanzas golpeaban las ramas y provocaban una lluvia de manojos de nieve, agujas y piñas de pino que caían sobre nosotros, yo me reía y mis hombres se reían conmigo, feliz de esa improvisada carrera vespertina. Más lejos se abrían unos extensos campos nevados, rayados de marrón por la tierra revuelta por la labranza, los atravesamos sin disminuir el paso, había dejado de nevar, el cielo viraba a gris y se oscurecía, poco a poco las nubes se fueron deshinchando, vertiendo sobre la tranquilidad del paisaje la luz blanca de la luna llena. Por fin cayó la noche y di orden de que los caballos fuesen al paso. Avanzábamos a través de los campos entre el ruido de los arreos y las espuelas, los resoplidos de los caballos y el sonido amortiguado de las

decenas de cascos en la nieve, envueltos por los ricos efluvios de la tierra helada, el aceite de los fusiles, el sudor de los caballos, el cuero y el estiércol. La luna ahora lo iluminaba todo, se distinguían unas extensiones blancas y onduladas entrecortadas por arboledas, masas más oscuras dispersas aquí y allá bajo la bóveda azulada del cielo nocturno. A lo lejos brillaban unas luces y, sin decir palabra, dirigí la columna hacia allí. Poco a poco, fueron apareciendo ante nosotros las formas de un gran edificio enclavado entre árboles y rodeado de dependencias, una casa solariega aislada como tantas otras que todavía quedaban en estas tierras. Un perro que advirtió nuestra llegada se puso a ladrar, luego otro, se encendieron nuevas luces y oímos gritos breves y ruidos de puertas. Con un gesto de mi lanza, envié dos grupos de hombres a que rodeasen la casa por los flancos y seguí avanzando al paso, seguido del grueso de la tropa. Llegué a la gran puerta del recinto, construida con fuertes planchas de hierro, la golpeé con mi lanza y grité: «¡Abrid!». Los perros ladraron más fuerte, nadie respondió. «¡Abrid! ¡Abrid o lo quemamos todo!» Por fin se escuchó una voz: «¿Quién va?». — «Abre, en nombre de Dios –gruñí–, si es que queréis salvar la vida.» Las bisagras crujieron y los pesados batientes se fueron entreabriendo. Apareció un hombre algo mayor, blandiendo un farol: «¿Quiénes son ustedes? ¿Qué quieren?» Sin molestarme en responder, le atravesé la garganta con la lanza; su voz se ahogó en borbotones de sangre, el farol cayó en la nieve donde siguió brillando, él permaneció un momento enganchado a la lanza, hasta que le imprimí al eje un sutil movimiento para que se desprendiese. El cadáver se deslizó en la nieve y yo sacudí la lanza para escurrirla; luego la clavé en el suelo, desmonté, y le até el ronzal de mi caballo. No necesité decir nada, mis hombres conocían su trabajo, me encendí otro puro con calma y le di una calada mientras corrían hacia la casa, a pie o a caballo. Sonaron unos disparos, uno de ellos rodó por los suelos, los otros se arrodillaron y abrieron fuego, ametrallando las ventanas que estallaron una tras otra en una lluvia de cristales. Todo terminó muy deprisa. Una docena de soldados se precipitaron como perros rabiosos hacia la puerta de entrada derribada, del interior todavía llegaban algunos disparos, ruidos de puertas que volaban en pedazos, gritos roncós, aullidos enloquecidos de mujeres. Dejé allí mi caballo, saqué la

pistola de su funda y entré yo también, salvando el cuerpo de un joven medio desnudo cuya sangre embebía la alfombra del vestíbulo en la entrada. Unas mujeres corrían en camión por los pasillos, perseguidas por soldados alborozados; en el salón, en medio de los muebles destruidos y los cadáveres tirados como marionetas, había un viejo sentado en su butaca, los ojos terriblemente abiertos, el labio inferior tembloroso, un cuenco de manzanas verdes, amarillas y rojas entre sus manos. Por entre mis botas huyó espantado un gato gris que a punto estuvo de hacerme trastabillar: disparé perezosamente en su dirección, pero ya se había esfumado. De golpe, se apagaron todas las luces eléctricas, los plomos debían de haber saltado, pero las velas y los candeleros encendidos bastaban para iluminar la escena. Me llegó un fuerte olor a cordita y a sangre que disfruté con deleite. En la cocina, un soldado violaba a una criada gorda encima de una mesa ante la mirada jovial de sus compañeros, otro, apaciblemente sentado en una silla, se cortaba rebanadas de pan y lonchas de queso; a mi señal, dos hombres volcaron un aparador lleno de vajilla que cayó en un gran estruendo de porcelana rota. Al fondo de la casa todavía resonaban algunos disparos; en el patio trasero, más allá de los retretes, tres soldados trataban entre juramentos de matar un cerdo que gruñía y se resistía con todas sus fuerzas ante el cuchillo; cerca de ellos, metían en una carreta a dos campesinos mal afeitados, las manos atadas a la espalda, para colgarlos de un grueso roble; más lejos, ardía alegremente un granero. Subí al piso de arriba: allí reinaba el mismo alboroto festivo, un suboficial bailaba solo con una copa de champán en la mano delante de un gran espejo, un soldado meaba en las cortinas, un tercero exhibía sus manos cubiertas de sortijas y pulseras. De una puerta entreabierta salían unos gritos agudos; dos hombres ensartaban a calzón bajado a un joven desnudo, echado hacia delante sobre la cama de hierro, la cabeza enterrada en los cojines bordados. Más lejos, al fondo del pasillo, había una puerta cerrada. Tanteé el pomo, estaba cerrado con llave, di un golpe, ninguna respuesta, di otro golpe con el puño y grité: «¡Abrid!», de nuevo nada. Entonces me retiré e hice saltar la cerradura de una patada. La hoja voló; de pie delante de la cama había una mujer en ropa interior gris perla, fina y ligera, sus cabellos rubio veneciano recogidos en un moño sabiamente despeinado, iluminado por la

luz macilenta de la luna que entraba por las ventanas. Al verme, gritó y se llevó la mano a la boca. «¡Tú! –gimió–. ¿Tú? Pero ¡estás loco! ¡Estás loco!» Yo la miré, aturdido por esas palabras: «No nos conocemos», le dije, dando un paso adelante y soltándole una bofetada que la hizo caer sobre la extensión dorada y verde del cubrecama bordado. Ella se acurrucó y empezó a sollozar, arañándose su hermosa cara crispada. Yo empujé la puerta, me quité el abrigo, luego el cinturón, que puse en una silla, y me acerqué a la cama, desabrochándome la guerrera. La joven trató de darme una patada con el talón, la agarré del tobillo riendo y la puse boca abajo. Acaricié sus nalgas bajo el sedoso material del vestido, un tejido de punto sin la más mínima costura y forrado con una fina seda rosa pálido, ella gritó con todas sus fuerzas, su rostro perdido en las largas hierbas verdes bordadas de la tela, yo le asesté un puñetazo en la espalda y cesaron los gritos. Le subí el vestido hasta la cintura y con un gesto seco le bajé las bragas, revelando un redondo culo blanco, ahora ella gemía: «No, no, te lo ruego», volví a pegarle para hacerla callar, me desabroché la bragueta, me subí a la cama y, abriéndole las piernas, la forcé con un impulso violento. Ella lanzó un último grito agudo, luego cerró la boca. Adentré mis manos, aún enguantadas de blanco, en el moño despeinado y me apoyé con todo mi peso sobre su cabeza, oliendo sus aromas de brezo, musgo y almendra que emanaban de su cabello. Pero estaba seca y la sensación me pareció poco agradable, me retiré, escupí varias veces en su ano, anidado entre una pelusa rubia, me unté el glande con saliva y me adentré en ella, esta vez lentamente, ella seguía sin dejar ir un solo ruido, extendida con su vestido gris sobre el cubrecama verdoso, el rostro oculto tras sus cabellos despeinados. Me volví: al lado de la puerta entreabierta había una gran luna vertical, vi en ella mi culo, blanco bajo la luz de la luna, yendo y viniendo entre aquellos largos muslos blancos encajados debajo de los míos. Disminuí el ritmo, explayándome en el espectáculo, la mujer, bajo mi cuerpo, respiraba sibilante pero seguía callada, le di otro golpe sin tener muy claro por qué, luego otro, cada vez se quedaba sin respiración pero se negaba a gritar, y ese mutismo me enfureció, me puse a estrangularla, las dos manos enguantadas apretándole la nuca, sentía cómo sus muslos se tensaban y batían debajo de mí, su culo se contrajo y gocé violentamente, vaciándome

en ella en una gran conmoción antes de soltarla y rodar sobre la espalda, acostado encima de las hierbas bordadas, mis ojos cerrados. A mi lado oía cómo la mujer hipaba, tosía, tragaba aire convulsivamente. Abrí los ojos y me senté de nuevo, me miré el bajo vientre, tenía rastros de mierda en el pene, tiré de un faldón del cubrecama y me sequé, luego me subí los pantalones y me abroché. La mujer seguía acostada boca abajo, el culo al aire, ahora sollozaba más despacio, mordiendo el tejido del cubrecama para asfixiar el sonido. Le di una palmadita en la nalga y se calló abruptamente: «Puedes irte», le dije. Con la cabeza vuelta, se incorporó a duras penas sobre sus rodillas y tiró con los dedos del tejido del vestido para cubrirse el trasero; se puso en pie, tropezó, se apoyó en el borde de la cama, luego se agachó para subirse las bragas bajo el vestido. Yo no veía más que su perfil. Se estaba mordiendo el labio inferior y la luz de la luna jugueteaba con los cabellos despeinados sobre su nuca. Entonces me miró, sus ojos perdidos, incapaces de toda comprensión. Le hice una leve señal con los dedos y se dirigió titubeando hacia la puerta. Me incliné hacia la silla, saqué mi pistola de su funda, la armé y apunté a su nuca. El tiro la hizo volar contra la puerta, cayó sobre la alfombra en una masa gris y retorcida, dejando unos largos regueros rojos sobre la madera pulida. Dejé el arma a un lado y le volví la espalda, acariciando distraídamente con los dedos enguantados el grueso tejido del cubrecama bordado.

Justo cuando me desperté, el cielo empezaba a palidecer. Todavía se oían algunos ruidos sordos de cristales rotos, un canto melancólico. Me incorporé e intenté encender una lámpara de mesa, pero la electricidad seguía sin funcionar. Delante de la puerta, la masa sombría del cuerpo de la mujer parecía un montón de ropa sucia, echada allí para que se la llevaran las criadas. Me levanté, encendí algunas velas y me puse a buscar en los muebles, metiéndome en el bolsillo las joyas y las divisas que iba encontrando. En el cajón de la mesita de noche di con unos trozos de fotografías. Esos fragmentos recortados representaban a un niño rubio, y aunque aquí y allá se distinguían los brazos de un hombre, fue sobre todo la

expresión del niño, unas veces concentrada, otras asustada, otras radiante de alegría, las que denunciaron la presencia de otra persona que había sido eliminada a tijeretazos, una presencia que lo era todo para él. Los tiré al suelo, acabé con mi registro y, apartando el cadáver de una patada, salí a unirme a mis hombres. La inmensa mayoría dormían ebrios en butacas, sobre las alfombras o encima de alguna mesa, otros canturreaban vaciando las últimas botellas; delante de la escalinata, unos soldados más sobrios preparaban la partida, fijando sobre su silla de montar del botín o de provisiones. Le encargué a cuatro de ellos que despertasen y reuniesen a sus compañeros; luego dispuse que me trajesen mi caballo y di la orden de partida a los que estaban listos. Durante la noche debía de haber nevado otra vez, en el patio la nieve fresca brillaba bajo la luz lechosa del amanecer; lanzas en mano, atravesamos el pórtico, rodeando el cadáver del viejo del farol, atiesado bajo una fina capa de copos. El día despuntaba, el cielo era gris, delante de nosotros se extendía el blanco ensordecido de los campos de remolacha nevados, salpicados por las manchas oscuras de algunos bosquetes. De un golpe de talón, lancé mi caballo al trote, los hombres me siguieron, gallardos y risueños. A lo lejos, aislado en la extensión blanca, pude ver un puntito negro y dirigí mi caballo hacia allí. Cuando me acerqué, advertí que se trataba de una figura, la figura de un niño rubio y desnudo tambaleándose en la nieve. Lo alcanzamos rápidamente y nos plantó cara mientras lo rodeábamos, lívido, temblando de frío, sus piernas maculadas de una mierda líquida y las facciones deformadas por el llanto, el frío y el terror. Mis jinetes formaron a su alrededor un círculo de lanzas y caras cerradas. Mi caballo dio un paso adelante, el chico se cayó de culo, retrocedió, se levantó caminando con dificultad en la nieve mezclado con mierda, su rostro retorcido en sollozos, lo maté con una rápida lanzada en el ojo, lo levanté un poco, luego lo tiré hacia atrás como una marioneta en el fango pisoteado, ante la risa burlona de mis hombres. Lancé mi caballo al galope a través de los campos, llevado por una estimulante sensación de libertad soberana, el aire frío me mordía las mejillas y los pulmones y me alimentaba, me sentía crecer en mi silla de montar hasta devenir un igual a la vasta llanura, la nieve y el cielo sobre mí. Al final de la tarde llegamos a una estación tomada por las

fuerzas enemigas. El grueso de mis tropas se había unido a nosotros y la sitiábamos por todos lados en un diluvio de fuego y gritos incoherentes, en el ángulo principal de ataque habían colocado una ametralladora que nos mantuvo a raya durante un buen rato, hasta que uno de mis soldados, arrastrándose hasta el pie de la pared, logró silenciarla con una granada. Entonces se desató la escabechina. De las puertas empezaron a emerger supervivientes con las manos a la cabeza, mis hombres los pusieron contra la pared de la estación y los fusilaron a diestro y siniestro, yo fui uno de los primeros en entrar en la edificación propiamente dicha, pistola en mano, un soldado enemigo me apuntó con su fusil y lo abatí de un tiro, más lejos se arrastraba un herido y también acabé con él, por todas partes resonaban disparos y gritos de los moribundos. Al fondo de la estancia principal había una puerta, la abrí de una patada, daba a una galería vacía que atravesé desabrochándome el abrigo y el cinturón, al final había otra puerta, dejé caer la pistola y me quité la chaqueta, así como los guantes blancos, rápidamente me deshice del resto de la ropa, quedándome sólo con el chándal y poniéndome las deportivas que me había guardado en un bolsillo, la puerta estaba abierta y en cuanto atravesé el umbral me puse a correr. Había poca luz aquí, un espeso olor a tierra y agua impregnaba el espacio, estaba desorientado y tropecé varias veces contra las paredes hasta lograr algo parecido a un equilibrio que me permitió seguir avanzando de manera regular, respirando con gusto al ritmo de la carrera. Pero el pasillo se curvaba, no me aclaraba a permanecer en su centro y de nuevo mi hombro chocó con una pared, me pareció distinguir unas manchas todavía más oscuras, posiblemente ramificaciones o acaso sólo una depresión, podría haberme aventurado en una de esas aberturas, torcer a un lado o cambiar así de corredor, no sé si eso hubiese servido de algo, pero me sentía embargado por una enorme sensación de futilidad, me dije que si por lo menos hubiese visto a alguien, una figura humana, podríamos haber unido nuestras fuerzas, caminar juntos, y eso tal vez habría aliviado un poco nuestros pasos, porque aunque no nos hablásemos, aunque no intercambiásemos una sola palabra, escucharíamos nuestras respectivas respiraciones y el sonido de nuestras zancadas, sólo una presencia, ella habría estado allí a mi lado y yo al de ella,

y eso tendría algo de vagamente reconfortante, pero no había nada, ni siquiera una sombra, y así continué adelante pues, de todos modos, girar o probar por otro pasaje, en ese estado de las cosas, no habría servido de nada, así que evité mal que bien las aberturas, era difícil localizarlas con precisión, hasta que un golpe más fuerte que los otros me hizo titubear, aminoré la marcha pero sin dejar de correr, por fin desemboqué en el vestuario y me cambié sin vacilar, ajustándome el gorro de goma y atravesando las puertas batientes que daban a un gran espacio lleno de ecos de gritos y ruidos de agua, todo azul y luminoso y además agrandado por los grandes espejos engastados por todas partes; en ellos no acertaba a ver sino fragmentos de mi cuerpo, fugaces y sin relación unos con otros, vacilé, a punto estuve de caer, pero me rehice y me incorporé, recuperé el equilibrio, mi cuerpo encontró su eje y, los músculos tensos, las piernas prietas, me zambullí recto como una lanza, hendiendo con todo mi peso el agua serena y centelleante de la piscina.